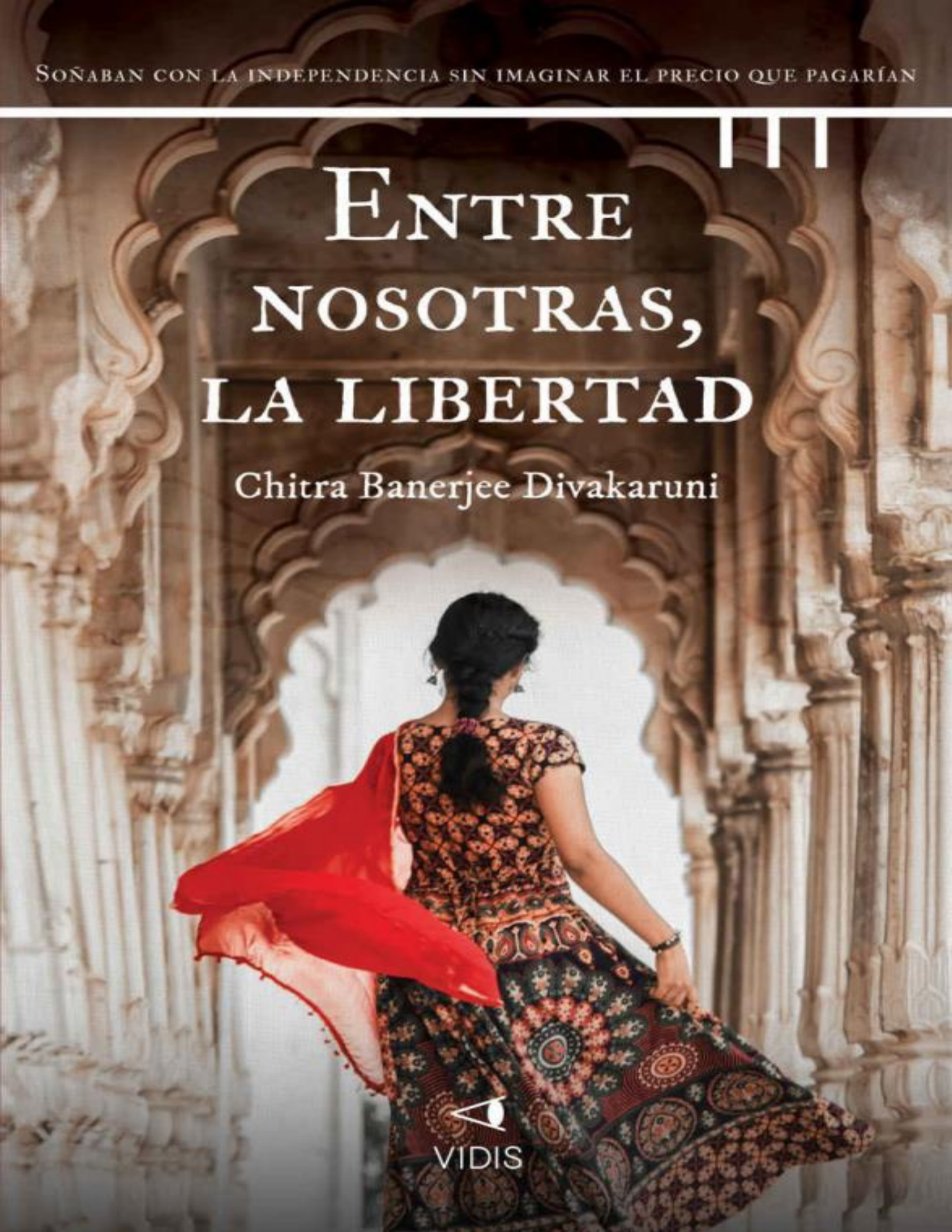
Soñaban con la independencia sin imaginar el precio que pagarían

Entre nosotras, la libertad

Chitra Banerjee Divakaruni



VIDIS



Foto de la autora: Tim Flach

LA CALLE DEL DELITO

Kate London

Traducción: Carmen Bordeu



Título original: *Gallowstree Lane*
Edición original: En Gran Bretaña por Corvus, un sello de Atlantic Books Ltd.
Derechos de traducción gestionados en colaboración con Casanovas & Lynch Literary Agency

© 2019 Kate London

© 2019 Atlantic Books Ltd

© 2025 Trini Vergara Ediciones
www.trinivergaraediciones.com

© 2025 Motus Thriller
www.motus-thriller.com

España · México · Argentina
ISBN: 978-84-19767-51-6

Para D. e Y.

Índice de contenidos

Portadilla
Legales
Dedicatoria
NOTA DE LA AUTORA
DESPUÉS
UNA PROMESA DEL FÚTBOL
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4

RESPUESTA INMEDIATA
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16

A TODA MARCHA
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21

Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38

DURANTE LA NOCHE

Capítulo 39

OPERACIÓN PERSEO: FASE DE DETENCIÓN

Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54

Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
DESPUÉS
Si te ha gustado esta novela...
Kate London
Manifiesto Motus

NOTA DE LA AUTORA

Un agradecimiento especial a Sheldon y Michelle Thomas de la organización benéfica Gangsline, quienes compartieron su experiencia, comprensión y pasión con tanta generosidad.

DESPUÉS
VIERNES, 4 DE NOVIEMBRE DE 2016

La detective inspectora Sarah Collins había salido antes del amanecer: recorrió deprisa las calles de Londres y avanzó a toda velocidad por la autopista para luego serpentear por caminos rurales hasta la iglesia sajona que se erguía, más allá de un portón y un sendero, en la cima de una pequeña colina. Los setos y árboles resplandecían con los últimos colores del otoño.

Faltaban más de treinta minutos para el funeral. Deslizó el asiento del coche hacia atrás y bebió del termo de té. Caroline se había ofrecido a acompañarla, pero no le pareció bien compartir un momento tan íntimo tan poco después de haberse separado. Suspiró y se apretó los ojos con las palmas de las manos. El único sonido era el canto de los pájaros.

Cuando tenía dieciséis años, la hermana de Sarah había muerto. Patrick, el novio de Susie, iba conduciendo demasiado rápido y perdió el control en una curva cerrada. Fue un error de cálculo momentáneo, la adrenalina juvenil desatada por la potencia del coche que había pedido prestado aquel día, pero en un instante, su hermana estaba tan muerta como si Patrick hubiera cogido una navaja y la hubiera matado.

Sarah suspiró de nuevo. Era agotador pensar en esto tantos años después y en un funeral tan diferente. Pero es imposible controlar lo que te viene a la mente. Tal vez fuera la juventud de Susie cuando murió o la inmensa tristeza que Sarah sentía ahora y que se expandía en su interior como aire.

El cuerpo no es un cuento de hadas. A veces no sobrevive a un impacto, a una puñalada o a la bala de un arma.

Se enjugó los ojos con el dorso de la mano y cerró y guardó el termo. En su mente surgieron los niños que hoy marcharían detrás del ataúd. No había remedio para la pérdida de un padre: eso era lo que no podía soportar. Sarah podía hacer en el trabajo todo lo posible por impartir justicia, pero ¿qué podía aportar ahora? Se sentaría sola en el fondo de la iglesia. Presentaría sus respetos. Sin molestar a nadie.

Habían empezado a llegar otros coches. Subían por la pendiente y aparcaban para dejar bajar a sus ocupantes en los arcenes. El funeral era de un oficial de policía, por lo que muchos de los asistentes eran también policías. Eran fáciles de reconocer por sus buenos modales, su ropa elegante y la manera en que te evaluaban al mirarte.

También había niños, que poblaban el cementerio mientras se dispersaban de camino a la iglesia. Sarah sonrió al observarlos. Un niño regordete de unos cuatro años con chaqueta y pantalones a juego. Una niña algo mayor con un vestido de tafetán albaricoque y una chaqueta de punto oscura más apropiada para una boda que para un funeral. Chicas adolescentes con vestidos ceñidos y tacones de aguja que se hundían en el sendero o temblaban bajo los zapatos. Y chicos adolescentes con el cabello engominado y enormes manzanas de Adán, apretujados en trajes horribles en homenaje al desconcertante mundo adulto al que hoy no se podía contradecir.

Sarah sintió pena por ellos y por su vulnerabilidad mal disimulada, su sensibilidad ante cualquier desaire, sus errores apresurados y sus dolorosos y prolongados arrepentimientos. Mientras contemplaba a los adultos reuniendo a sus hijos con mayor o menor paciencia, supo que a pesar de todos los tira y afloja de la paternidad y la maternidad, esos niños eran los

afortunados. Madres y padres que los empujaban a ese desesperado y grandioso y ridículo momento en el que hasta un corte de pelo parecía un acontecimiento de vida o muerte.

Y mientras salía del coche y atravesaba el portón hacia la iglesia, sus pensamientos se trasladaron a esos otros adolescentes, montados en sus bicicletas, y que robaban teléfonos y pasaban drogas de mano en mano en las calles de Londres. Se le vinieron a la mente los niños perdidos de Peter Pan que vagaban en libertad en el País de Nunca Jamás, donde morir era una aventura inmensa y donde el pirata Smee se limpiaba las gafas antes de limpiar su espada, y su mirada se desvió hacia el extremo más alejado del cementerio, donde, junto a una valla que separaba la tierra consagrada de un campo de caballos, la profunda tumba esperaba.

UNA PROMESA DEL FÚTBOL
DOMINGO, 9 DE OCTUBRE DE 2016

CAPÍTULO 1

—POR FAVOR, NO ME DEJES morir.

La primera vez, Owen no estaba seguro de haber oído bien. Y tampoco podía ver bien. La farola de la calle estaba apagada. El gran parque que se extendía a lo largo de la acera estaba oscuro como la boca de un lobo y sus ojos todavía estaban llenos del resplandor de la tienda donde acababa de estar. Al principio, lo único visible fue un movimiento entre las sombras. Luego, cuando sus iris se dilataron, distinguió a dos adolescentes de espaldas a las rejas.

Gallowstree Lane era demasiado ancha, demasiado oscura, y la vida le había enseñado a Owen por las malas a no tomarse nada a pies juntillas. Tal vez esos chavales iban a robarle. Pero el chico que había hablado dio un paso adelante y Owen advirtió que se estaba sujetando el interior de una pierna. Un charco oscuro y pegajoso se extendía alrededor de sus pies.

—Por favor, no me dejes morir —repitió.

Owen había salido a comprar cigarrillos en la tienda de la esquina antes de que cerrara. Tenía un chico en casa, un chico al que hacía solo diez minutos le había ordenado que apagara la luz, pero que era probable que siguiera despierto y atornillado a la Xbox. Apagaría la luz cuando volviera su padre y se haría el dormido. Esto solía arrancarle una sonrisa a Owen y, al pensarlo, se le cortó la respiración por un segundo, porque a pesar de que su hijo era todo lo que cabría esperar de un adolescente —perezoso, desordenado, desorganizado—, Owen lo quería tanto que sabía que era capaz de morir por él.

El chico frente a él, dedujo, tendría la misma edad que su hijo. Quince años. Intentó que la idea no lo paralizara ni lo hiciera concluir lo que el charco creciente de sangre sugería. Había sido entrenado para no rendirse, no solo por el ejército, sino también por la vida. Había visto muchas cosas. Un soldado pisando un artefacto explosivo improvisado. Un ataque suicida en un mercado. La situación le hizo volver al mismo lugar, y la reacción conocida —un cierto sudor frío— fue contrarrestada por las también conocidas instrucciones a sí mismo: “Haz lo que puedas. No te detengas a pensar en los resultados”.

Llamó al otro chico, el que parecía ileso, y este dio un paso adelante. El típico chaval londinense con el uniforme habitual: sudadera con capucha oscura y pantalones de deporte.

—¿Has llamado a una ambulancia? —preguntó Owen.

El joven meneó la cabeza.

—No tengo móvil.

—¿No tienes móvil?

Incluso en ese momento de peligro, a Owen le costó creerle. Se suponía que todos los adolescentes tenían teléfono, ¿no? Volvió a mirarlo. Sus ojos se estaban acostumbrando a la poca luz y reparó en más detalles. Piel pálida para un chico negro, boca ancha, una línea afeitada en la ceja izquierda. El logotipo de Superdry en la sudadera. Debía de estar aturdido. En estas situaciones, había que hacerse cargo, dar instrucciones claras. Sacó del bolsillo su propio teléfono, un iPhone 6, y se lo entregó.

—El pin es 634655. Llama al 999.

El chico manipuló el móvil con ansiedad.

—¡Joder! No hay señal.

—Busca señal. Avisa que hay un sanitario fuera de servicio en la escena. El paciente está consciente y respira, pero hay sospecha de hemorragia arterial. ¿Has entendido?

—Sospecha de hemorragia arterial, sí.

—Diles que necesitamos un helicóptero medicalizado. ¿Lo has entendido? Helicóptero medicalizado.

—Helicóptero medicalizado, sí.

—Diles que hay peligro de muerte.

El joven seguía manipulando el teléfono.

—¡Joder! —repitió.

—¿Cómo te llamas?

El chico negó con la cabeza, aunque no estaba claro si a causa del teléfono o porque se negaba a dar su nombre.

—Vale, como quiera que te llames, tranquilízate. Busca señal. Haz la llamada y regresa para ayudarme.

Se volvió hacia el chico herido.

—Tienes que tumbarte. —Pero el muchacho estaba confundido. Había empezado a quitarse la ropa y, cuando Owen se acercó, trató de apartarlo.

Miró a su alrededor y repitió, esta vez con rabia y miedo:

—No me dejes morir.

Dos personas pasaron junto a ellos. Dos jóvenes blancos, un chico y una muchacha. Tendrían unos veinte años. Ambos vacilaron.

—¿Pasa algo? —inquirió el joven.

Tenía el típico acento de escuela de élite, fuera de lugar en esta calle. Había miedo en su voz y desvió la mirada con rapidez hacia el charco de sangre.

Owen sujetó a la víctima cuando esta empezó a perder el control de su cuerpo y la tendió sobre la calle, incluso a pesar de que se resistió como un pájaro que batía sus alas. Luego alzó la vista hacia la pareja.

—Este chaval está en problemas. ¿Podéis ayudarme?

—¿Qué podemos hacer?

—Presiona su pierna.

El chico se arrodilló, colocó las dos manos sobre la pierna y presionó con los pulgares.

—No —dijo Owen—. Con mucha más fuerza. Ponte de pie. Pon tu pie en su ingle, aquí. Eso es, usa tu peso. No tengas miedo.

Hizo un gesto hacia la muchacha.

—Tú, cielo. ¿Cómo te llamas?

—Fiona.

Su piel era blanca como el abedul en la calle oscura y sus ojos estaban muy abiertos. Tenía el cabello largo y lacio. Owen le sonrió y trató de sonar animado.

—Vale, Fiona. Arrodíllate y apoya su pie en tu hombro. Levántale la pierna. Eso es. Súbela más. Tenemos que frenar la hemorragia.

Owen se arrodilló junto al paciente.

—Me llamo Owen, colega. ¿Y tú?

El chico se limitó a gemir. Owen empezó a buscar otras heridas. La piel ya estaba húmeda y pegajosa. Era difícil ver los detalles necesarios en medio de la oscuridad y la sangre. No tenía linterna, ni vendas, ni desfibrilador. No tenía nada.

—¿Qué ha pasado? —continuó—. ¿Te apuñalaron más de una vez?

—No lo sé.

Otra mujer se les había unido. Una mujer negra y corpulenta, de unos cincuenta años, tal vez. Tenía un aire de entereza y la luz se reflejaba en su piel como si fuera piedra pulida.

—¿Qué puedo hacer? —se ofreció.

La ropa que el chico se había quitado estaba sobre la acera. Owen señaló hacia allí.

—Revísala. Fíjate si encuentras algún otro corte.

La mujer se puso a examinar la ropa y la sostuvo en alto para captar la poca luz que había.

La chica llevaba puesto un pañuelo y Owen le pidió que se lo diera. Se lo entregó de inmediato. Podría no servir de nada, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Envolvió el pañuelo con firmeza alrededor de la parte superior del muslo. El chico estaba perdiendo el conocimiento. Owen no tenía ni sangre ni oxígeno para darle. Acercó la cara a la boca del muchacho. Aún respiraba. Todavía había esperanza. La policía ya estaba allí: se estaban poniendo los guantes de plástico mientras preguntaban qué podían hacer. Owen se volvió y miró por encima del hombro. No había ni rastro del chico al que le había pedido que llamara para pedir ayuda.

CAPÍTULO 2

AL PRINCIPIO, RYAN SE HABÍA quedado atontado. Había permanecido de pie durante un rato desesperante mientras observaba al sujeto que estaba atendiendo a su amigo. Era un tipo negro, con el pelo rapado y vaqueros. Se habían congregado otras personas y el tipo había gritado instrucciones. Parecía saber lo que hacía. Todo iría bien. Al fin y al cabo, mucha gente se recuperaba después de ser apuñalada. Era verdad. ¡Era verdad! Él lo había visto.

Había cicatrices de las buenas: esas se exhibían como trofeos. Con el pantalón levantado: un área rugosa en la pierna donde había entrado la navaja y el pelo había dejado de crecer para siempre. Con los vaqueros bajos: un cordón blanco apretado y liso sobre la piel suave y tibia de un muslo o una nalga. Con la camisa desabrochada: líneas plateadas como grapas a través de una línea de tejido engrosado. Esas eran las cicatrices buenas: pulcras, profesionales. Pero a veces, como los sanitarios siempre llamaban a la policía, no había suturas. En su lugar, había un cordón grueso y en relieve donde un amigo te había colocado una línea de pegamento a lo largo del corte. Lo que no te mata te fortalece. Es lo que dice todo el mundo, ¿no?

Ryan se había dejado llevar por sus esperanzas, pero ahora había vuelto a centrarse en su amigo Spencer, tendido sin fuerzas sobre la acera. Durante un momento, había luchado, casi se había resistido al tío que intentaba ayudarlo, pero luego pareció dejar de importarle. Había empezado como a dar vueltas; el hombre lo había sujetado. Luego lo había acostado sobre la acera. Había mucha sangre. Eso era preocupante. Pero hoy en día había todo tipo de cosas para poder salvar una vida. Muchas personas recibían puñaladas. Ryan sabía que debía marcharse, pero Spence era su amigo. No podía recordar ninguna época en que no hubiera sido su compañero. No podía darse la vuelta y marcharse.

Parte de la sangre se había estado escurriendo a una alcantarilla. Ryan se había quedado mirando durante un rato, viendo cómo la sangre de su amigo se derramaba por el sistema de alcantarillado de Londres y se abría paso a través de esos túneles sucios hacia el río. Sentía como si su propia sangre se estuviera acumulando en sus pies. Tenía el rostro rígido, la mandíbula inferior apretada contra los dientes superiores y la lengua dura contra el paladar. Había marcado el 999, como el tipo le había dicho, y la voz en el otro extremo del teléfono seguía haciendo preguntas. Oía el repiqueteo de la voz, pero ya no sostenía el teléfono junto a la oreja. Ya les había dado toda la información que necesitaban. Se llevó el móvil a la oreja.

—¡Venid de una puta vez! —gritó.

Uno de los transeúntes, una joven mujer blanca, se volvió y lo miró por encima del hombro con ligera curiosidad. El helicóptero rojo apareció sobre ellos: colgaba como si se balanceara de un cable, y luego descendió con una ráfaga de viento. Un rugido como el del equipo de sonido de una película. Las vibraciones reverberaron en el pecho de Ryan.

La calle se estaba llenando de gente, uniformados, peatones. Los conductores disminuían la velocidad para observar. Un sujeto blanco y gordo se inclinó fuera de la ventanilla abierta de un coche.

—¿Sabes qué está pasando?

—Ni idea, tío —respondió Ryan.

—Algún gilipollas que se quiso hacer el gánster Ojalá se muera —comentó el gordo, y se alejó.

Ahora había dos vehículos sanitarios. En la calle había mucho ruido y brillaba con las luces intermitentes, como una feria de diversiones.

Entonces llegó el primer coche patrulla. Una joven oficial se bajó y se acercó a Spencer y a los sanitarios. Por suerte, no se le ocurrió echar un vistazo a su alrededor. Eso fue lo que decidió a Ryan a ponerse en movimiento. No quería dejar a su amigo, pero tenía que hacerlo.

CAPÍTULO 3

CUANDO SARAH LLEGÓ, GALLOWSTREE LANE ya estaba cerrada al tráfico y una sección de doscientos metros de la calle había sido acordonada con cinta de plástico azul y blanca. Se habían instalado luces portátiles y, más allá de la cinta, la escena del crimen resplandecía brillante contra el fondo oscuro del parque. La muerte se había declarado en el lugar, por lo que el cuerpo no se había retirado. La tienda que cubría el cuerpo estaba a unos metros de un oficial uniformado que permanecía de pie junto a la sombría línea perimetral, con frío y aburrido, y; sostenía el informe de la escena en su mano enguantada.

Sarah dejó su cuaderno de registro de trabajo sobre el salpicadero y salió del coche.

Gallowstree Lane era una calle que se extendía de este a oeste, no era una vía principal, pero tampoco residencial. Había campos de césped artificial en un extremo, en el medio una tienda solitaria y, al final, un pub victoriano de aspecto tenebroso. El lugar poseía un aire de vacuidad, de ausencia. Sarah había pasado por allí en varias ocasiones de camino a otro lugar y siempre le había dado escalofríos. ¿Sería por las dimensiones, demasiado amplias, demasiado abiertas? ¿Sería el parque lúgubre y poco acogedor con sus rejas? Alguien le había contado una vez que los granjeros solían traer sus ovejas a Londres para venderlas aquí. Mercados de ovejas y ejecuciones en la horca: qué días debieron haber sido aquellos. Había otra historia sobre el lugar: que las ovejas habían contraído ántrax y estaban enterradas bajo el parque, y de ahí la falta de desarrollo de la calle y los espacios abiertos. La extraña desolación ofrecía las oportunidades inevitables. Gallowstree Lane bullía de delitos —tráfico de drogas, prostitución y peleas— y, a la vez, era un páramo. Era un buen lugar para matar a alguien y salir impune.

Abrió el maletero del coche y rompió el envoltorio de celofán de un traje forense blanco. Se lo puso: primero introdujo las piernas y luego tiró hacia arriba para colocar los brazos en las mangas, con cuidado de no enganchar la cremallera. En el proceso, observó cómo el equipo de búsqueda especializado registraba la calle: se movía en una fila silenciosa y paciente, con sus trajes blancos y sus cubrezapatos de plástico azul, y tuvo la impresión de que tal vez se estaba celebrando una liturgia secular. Era un sacramento que apreciaba mucho. En esta ciudad diversa y enorme, ningún homicidio debía pasar inadvertido.

Aunque cada detalle de la escena era un poco diferente de la anterior, una familiaridad deprimente impregnaba la calle como una acuarela urbana. Tantos jóvenes morían hoy en día que los oficiales que trabajaban en las calles de Londres se sabían el procedimiento establecido de memoria.

Se registraría el parque. Se hablaría con las prostitutas que trabajaban en esa calle. El chequeo de las cámaras de seguridad, advirtió Sarah, ya había comenzado. La pequeña tienda, Yilmaz, con sus persianas metálicas cerradas, tenía una cámara que apuntaba en la dirección del crimen y dos agentes estaban llamando a la puerta de madera de la vivienda en la parte ciega de la tienda. Una luz se encendió en la planta superior.

Sarah se puso los protectores de zapatos, sacó el cuaderno de registro y garabateó algo.

“9 de octubre de 2016. 23.22 horas. Gallowstree Lane”.

El equipo forense estaba en camino y traía un patólogo para una investigación inicial antes de la autopsia. Sarah los esperaría antes de ver al pobre chico, frío y solo en la tienda.

Se acercó al agente junto al cordón perimetral y le mostró su identificación policial. Él la llamó señora y ella sonrió.

—Por favor, Sarah.

La Gorda Elaine estaba de pie en el otro extremo del cordón y discutía con un sargento uniformado. Mientras el agente copiaba los datos de ella en el cuaderno de registro, Sarah observó a Elaine y disfrutó de sus malos modales que amenizaban esta calle triste con sus limitaciones habituales y sus muertes adolescentes.

En lugar de su habitual vestido holgado, Elaine llevaba pantalones, quizá una concesión a las cuestiones prácticas de formar parte del equipo de Evaluación de Homicidios del turno noche. Ajustados alrededor del área imprecisa de su cintura, le quedaban un poco cortos y dejaban al descubierto sus zapatillas de lona.

Sarah recuperó su tarjeta de identificación y caminó hacia ella, divertida por las protestas del sargento. El hombre se alzaba por encima de Elaine, pero su rostro se parecía al de una carpa fuera del agua, tragando aire.

—Tenemos otras dos llamadas de grado uno —le oyó decir Sarah—. Una escena de violación y un tiroteo. Necesito liberar a estos agentes.

Elaine tenía las manos en las caderas.

—Vale, sargento, la Metropolitana no está tan jodida para no poder aportar oficiales para el cordón policial en un homicidio. Y ya que estamos, necesito que traiga a los primeros en llegar a la escena para que pueda interrogarlos.

Sarah interrumpió y extendió su mano al sargento.

—Sarah Collins, investigadora principal. Gracias por su ayuda. Veo que estáis ajustados de personal.

Después de tomarse un minuto para negociar las dificultades de insistir en solicitar más personal aún, pasó a su siguiente prioridad.

—Tengo un momento antes de que lleguen los forenses. ¿Podría señalarme al sanitario fuera de servicio que encontró a la víctima? Creo que se llama Owen Pierce.

Owen Pierce estaba del otro lado del cordón perimetral, sentado en los escalones de una ambulancia, fumando. Un hombre negro delgado, de unos treinta y cinco años, con el pelo rapado. Su ropa estaba empapada en sangre, y también tenía sangre en la cara, que se había limpiado.

Ella le ofreció la mano.

—Soy Sarah, detective inspectora de policía.

Owen asintió con la cabeza.

—Soy Owen.

Parecía agotado.

—Buen intento. No debió de ser fácil.

—Me pidió que no lo dejara morir —logró pronunciar él—. Tengo un hijo de la misma edad en casa.

El comentario la impactó. Sarah no tenía hijos. ¿Acaso eso la inhabilitaba para compartir el dolor de ese hombre? Fue un momento de alienación que ya conocía, como si él hubiera sugerido sin querer que Sarah se limitaba a observar la vida en la Tierra sin participar en ella. En cualquier caso, sabía muy bien lo que se sentía cuando algo salía mal.

—Lo siento.

Owen asintió y se pasó la mano por la cara.

Tenía un aspecto horrible. Estaba fuera de servicio, iba para la tienda, el terror del chico lo sorprendió desprevenido: sin duda le había tocado una situación difícil. Las expresiones habituales se agolparon en su mente, clamando por ser pronunciadas en voz alta: “Hiciste todo lo que pudiste”, “Nada lo habría salvado”, “Al menos no murió solo”, pero la experiencia le aconsejó guardar silencio. Esas expresiones solo servían para que quien las pronunciaba se sintiera mejor. En cuanto a Owen, tendría que recomponerse, ser educado y responder algo positivo que en realidad no sentía. “Sí” o “Supongo que sí”. Se quedó callada y lo miró a los ojos.

—Sí —respondió él, captando la expresión de ella—. Gracias. Te lo agradezco. —Al cabo de un momento, añadió—: ¿Querías preguntarme algo?

—Siento hacerlo ahora.

—No, está bien. Haz tu trabajo. Atrapa a esos cabrones.

Era cierto. Justicia era todo lo que ella tenía para ofrecerle y allí, en las calles de Londres, de pronto recordó un pasaje de las Escrituras de su infancia: “Si en la tierra que el Señor tu Dios te da para que poseas, fuera encontrado alguien asesinado…”.

—¿Había otro chaval con él?

—Sí, me robó el móvil. ¿Puedes creerlo?

—¿Cómo fue eso?

—Dijo que no tenía teléfono para llamar a la ambulancia, así que le di el mío. Yo estaba atendiendo a su amigo y cuando me di la vuelta, había desaparecido.

Sarah se tomó un momento para reflexionar. O sea que verificar el abonado del móvil no iba a revelarle nada sobre el testigo que había llamado a la ambulancia y había dado el nombre de la víctima, porque no había utilizado su propio teléfono para llamar al 999.

—Dijiste que era amigo de la víctima. ¿Qué te dio esa impresión?

—En realidad no lo sé. Estaban juntos, pero también por su actitud. Estaba tan… angustiado. Aunque era negro, estaba blanco como el papel, no sé si sabes a lo que me refiero.

—¿Te dio su nombre?

—No. Se lo pregunté, pero no me lo dijo.

CAPÍTULO 4

COMO SI FUERA UN EXTRAÑO en sus propias calles, Ryan caminó mientras su mente reproducía lo que había sucedido en imágenes veloces: los chavales que les quitaron la droga; Spencer, que dio un paso adelante para intentar detenerlos; el destello plateado de la navaja bajo la luz de la calle, más consciente y más fría acerca de su cometido que cualquiera de los chicos.

Spencer retrocedió, asustado.

—Por favor, no.

El chaval alto y delgado del tatuaje había dado un paso adelante, como en respuesta, como si Spencer y él fueran una pareja en uno de esos bailes *funky* de los años setenta. A continuación, ejecutó dos movimientos muy rápidos y la navaja se lanzó hacia delante como si tuviera vida propia. Un grito ahogado: la respiración expulsada como un puñetazo. "Aaah". Casi como si Spence estuviera accediendo a algo. Luego se tambaleó hacia atrás y se llevó la mano al muslo mientras la sangre comenzaba a brotar entre sus dedos. ¿Quién habría pensado que teníamos semejante caudal dentro de nosotros? Spencer lo había mirado, aterrorizado y perplejo.

—¿Qué me está pasando, Ry?

Los otros dos chavales se dieron la vuelta y echaron a correr. Debían tener un coche cerca, porque Ryan oyó el chirrido de los neumáticos y el rugido rechinante de un coche que se conduce demasiado rápido en una marcha corta. Mientras observaba la creciente confusión de su amigo, pensó: "Joder, tío". Lo habían planeado. Debían de haberlo planeado.

Se dio cuenta de que había dejado de caminar. Sus pensamientos lo habían dominado. Abrió los ojos y, a través de una especie de nebulosa, vio el presente. La calle estaba empedrada. Casas bajas, coches bonitos. Un Porsche y un viejo Mercedes deportivo rojo. Gente rica. Se acuclilló con la espalda contra una pared. Tenía una humedad pegajosa en las manos y en las mangas de la chaqueta. ¿Tendría algún corte él también? Se puso la capucha de la sudadera y se levantó la camiseta: el torso desnudo se veía perfecto en la oscuridad de la noche. Pero al verificar su pecho, dejó una mancha oscura y pegajosa en su piel. Era la sangre de Spencer: ahora se daba cuenta. Cuando se había adelantado para sujetar a su amigo, se había manchado con su sangre. La cabeza le daba vueltas. No estaba pensando con claridad. Levantó la vista y vio una cara que lo miraba desde una de las casas de enfrente. El hombre abrió la ventana y le gritó.

—¿Qué haces aquí? Lárgate.

Ryan se levantó, se volvió a cubrir la cabeza con la capucha y empezó a alejarse deprisa por la calle de adoquines. Ese tío era de los que seguramente llamaría a la poli solo por haber visto a un hermano en su calle. La sangre que tenía en su ropa: cualquier policía que lo viera lo detendría. Una charla rápida por radio y lo arrestarían enseguida. No sabía qué hacer, pero sabía que tenía que resolverlo. Apretó los cordones de la capucha. Un ruido de cuchillas azotó el aire sobre él. Miró hacia arriba. No era el helicóptero rojo de emergencias médicas. No, era el vigilante azul y amarillo que rondaba en lo alto, giraba y escudriñaba las calles.

Ryan temía el poder secreto de esos ojos de la policía en el cielo y de sus radios que les indicaban a las hormigas en el suelo adónde ir. Una red invisible descendía sobre las calles. Resistió el impulso de correr. Eso llamaría la atención. En lugar de eso, se escurrió por las

callejuelas traseras. Tomaría el atajo hacia el canal. Allí no había cámaras y había un puente debajo del cual podría ocultarse del helicóptero.

El corazón le latía acelerado. Deseó tener su bicicleta. Maldito Spence. Su bici estaba pinchada. A pie, Ryan se sentía lento, fuera de su elemento. La ruta no era directa. Las vías del tren corrían paralelas al canal y las calles terminaban en muros altos. Estaba cercado, atrapado en las calles de la gente acomodada. Pequeñas terrazas de ladrillo. Jardines delanteros. Uno con piedras grandes y hierba alta. A través de una ventana, un piano plano con su enorme tapa levantada.

Cualquier coche de policía que anduviera por aquí se interesaría en él. Pero Ryan llevaba ventaja, porque este era su territorio. Los polis jamás conocerían los vericuetos como él.

Por fin había llegado: una pequeña abertura en el muro, justo antes de un pequeño puente curvo. Era una rampa que conducía al camino de sirga, estrecho y con olor a humedad. Mientras bajaba hacia el agua oscura y aceitosa, se imaginó por un instante a todos esos hombres de boina de hace cientos de años, ocupados en sus asuntos. No debió ser muy diferente, dedujo. Atajos, escondites y navajas. Un joven pasó en bicicleta a toda velocidad junto a él, pero casi ni se dio cuenta. Luces brillantes, chaqueta fluorescente, el ciclista estaba inmerso en lo suyo y tenía todo el equipo: las gafas envolventes, la licra elástica, el dispositivo que medía la velocidad y el ritmo cardíaco. El helicóptero sobrevolaba la zona. Los hombres de boina de hace cien años no habían tenido que lidiar con eso. Ryan se sentía completamente solo. No se atrevía a volver a su casa con la ropa manchada de sangre. ¿Y si la policía lo estaba esperando?

Se refugió debajo del puente, cegado por la imagen de Spencer tendido en la calle y su sangre que escurría por la alcantarilla. Luego, un recuerdo repentino y diferente: él corría por la banda mientras esperaba que Spence le pasara la pelota. Siempre se jactaba de que lo habían probado en el Tottenham, pero era un pésimo futbolista. Nunca pasaba la pelota. No se podía morir, ¿verdad? Por supuesto que no. ¡Joder, Ryan le echaría una buena bronca cuando todo esto terminara! Oyó de nuevo las palabras de su amigo, justo antes de que sucediera. No se parecía en nada a los vídeos de YouTube. “Por favor”, había dicho. Había sonado como una eternidad. Por favor. ¿Cómo de larga era esa puta palabra? Pero también como esas cosas infantiles que te sucedían siempre. Por favor. Como todos esos momentos en los que te sentiste pequeño y solo y poco hombre. Por favor. Y luego la otra palabra: “no”. *No*: una palabra capaz de contener en sí misma la gravedad de lo que estaba a punto de ocurrir.

El helicóptero estaba encima. Su mano se posó sobre el móvil que le había robado al sanitario. Recordaba el número de Shakiel. No se alegraría, pero era la única persona que sabría qué hacer, quién que no lo engañaría, podría ayudarlo.

Shakiel respondió después de dos llamadas.

—¿Qué hay? —preguntó en su creole jamaicano.

—Soy Ryan, Shaks. Spencer. Lo han apuñalado.

Un silencio breve y pensativo en el otro extremo del teléfono. Luego, la voz de Shaks.

—¿Está bien?

—Ni idea. —Ryan tuvo que tragarse un torrente de lágrimas que pugnaban por salir—. Tuve que dejarlo. Había sanitarios, helicóptero, de todo.

—¿Qué aspecto tenía?

—No muy bueno. Estaba ahí tirado.

—¿Qué significa eso?

—Había sangre por todas partes. Eso no significa que ...

Morir.

La palabra se cernía sobre él; se detuvo a tiempo para no pronunciarla en voz alta. Si la decía, sucedería. Y Spence no se iba a morir porque eso no era posible. Spence no.

El pánico también se había apoderado de su voz. Joder, podía oírlo, como si hubiera inhalado helio de un estúpido globo. Tenía que dejar de hablar tanto y esperar a que Shakiel le dijera qué hacer.

Se produjo una pausa.

Shakiel volvió a hablar.

—¿Cómo sucedió?

—Fue por Lexi. No apareció. En cuanto los vi supe que eran los Soldados.

Otro silencio. Pareció durar una eternidad.

—Ninguno de vosotros llevaba móvil encima, como os dije, ¿no?

—Yo no lo tenía. Spence no sé.

—¿Qué teléfono estás usando ahora?

—Lo he robado.

—¿A quién se lo has robado?

—Al sanitario.

—Mierda, Ryan. ¿En qué estabas pensando? Me has llamado desde un teléfono que le robaste a un puto médico.

Ryan esperó. Las lágrimas amenazaban de nuevo. Pero Shakiel no volvió a hablar.

—Lo siento mucho, Shaks —precisó—. No sabía qué hacer. No me atrevo a volver a casa. Estoy lleno de sangre y no tengo ropa para cambiarme.

—¿Dónde estás ahora?

—En el canal.

Hubo una pausa. Entonces, ¡por fin!, Shakiel tomó las riendas.

—Saca la SIM del teléfono y rómpela. Tírala al canal. De paso, tira también el móvil. Hazlo debajo de un puente. Quítate la sudadera y deshazte de ella. Enviaré a alguien a la rampa, junto a Deakin, contra la pared. Te llevará una muda de ropa. Espera en el canal hasta que llegue, el tiempo que sea necesario. Ponte la parte de arriba de la ropa, al menos, antes de salir del canal. Tienes que verte diferente en las cámaras. ¿Tienes efectivo?

—Sí.

—Vale, ve a una de esas tiendas de todo a una libra y compra unas tijeras de uñas y champú. Ve al gimnasio. Date una buena ducha. Córtate las uñas en la ducha. Frótatelas por debajo. Tira las tijeras. Cuando llegues a casa, deshazte de tu móvil. No lo enciendas, nada. Despréndete de él, eso sí, como es debido. No hables con nadie. Tendré que tirar este móvil desechable, pero estaré en contacto contigo.

RESPUESTA INMEDIATA
LUNES, 10 DE OCTUBRE

CAPÍTULO 5

LIZZIE CORRÍA POR EL BOSQUE. El terreno subía y bajaba. Su respiración se estabilizó hasta el punto de poder disfrutar de la luz que se filtraba entre los árboles y de la acción de sus pies fuertes que se flexionaban y giraban hacia dentro al pisar, adaptándose a las irregularidades del suelo. Era maravilloso correr. Le producía una sensación eufórica. La energía de su cuerpo. Infatigable. Hacía siglos que no corría así. Pero un ruido la distraía, algo en la periferia de su visión. Se volvió hacia una pendiente cubierta de hojas y la subió, trepó con fuerza, absorta en el movimiento. Pero el ruido insistente continuaba y reclamando su atención. Abrió los ojos, estiró la mano y apagó la alarma.

La detective Lizzie Griffiths se tapó la cabeza con las sábanas. Era demasiado duro abandonar el calor y la comodidad del edredón. Sentía que se había convertido a la vez en el burro y en el amo, y que tenía que azotarse sin cesar para seguir haciendo girar la rueda del molino.

Se sentó en el borde de la cama y, por un momento, sus dedos trazaron de manera inconsciente la cicatriz levantada en la parte posterior de sus costillas izquierdas. Más de dos años después, el dolor de la puñalada se había desvanecido, pero el impacto de la violencia y la sensación de su propia vulnerabilidad aún persistían.

Lizzie se levantó y se puso unos pantalones de deporte y una camiseta. Su madre ya estaba en la cocina, ordenando con brusquedad y limpiando las encimeras. Su maleta con ruedas estaba junto a la puerta, cerrada y lista para partir. La trona de Connor estaba vacía, con la bandeja de plástico manchada de desayuno: yogur y algo color naranja. Connor estaba jugando en la alfombra de la sala de estar. Tenía puesto un peto vaquero, absurdo para una persona tan pequeña, sobre una camiseta a rayas. En los pies llevaba unos zapatos de bebé de cuero suave color gris, perfectos para alguien que está aprendiendo a andar. Estaba jugando con mucha concentración: disponía sus elefantes con gran solemnidad, algunos en filas y otros sobre bloques de madera pintados. Lizzie observó cómo doblaba el tobillo, la suavidad flexible de su cuerpo, la colocación de su pie mientras se giraba con aire pensativo, pasando de la posición en cuatro patas a una postura sentada tan perfecta y aplomada como la de Buda.

Su madre le pasó un café.

—He hecho lo que he podido, pero tengo que irme o perderé el tren.

Connor, tal vez percibiendo el cambio de energía en la habitación, extendió los brazos para que lo cogieran.

—Mami.

Lizzie lo levantó y él le puso la mano sobre la boca suavemente. Ella cubrió la pequeña mano de Connor con la suya y la rodeó con los dedos. Connor sonrió.

Su madre tenía las manos entrelazadas con fuerza.

—¿Vas a estar bien?

—Sí, voy a estar bien. Gracias, mamá.

No era exactamente la verdad. Sería más fácil si su madre se quedara y la ayudara a organizarse, pero no tenía derecho a pedírselo. Había sido de gran ayuda: más de lo que Lizzie había tenido derecho a esperar. Era su propia responsabilidad; ella la había creado, tendría que asumirla. El padre de Connor, el inspector Kieran Shaw, no había estado precisamente

entusiasmado con que ella tuviera el bebé. Estaba casado y ya tenía una hija, Samantha. Lizzie sabía de la situación.

Su madre se alisó el cabello.

—Vale, me voy.

—Te acompaño.

Todavía con Connor en brazos, siguió a su madre por el pasillo y la besó en la mejilla en la puerta principal.

—Adiós, mamá. Gracias.

—Adiós, querida. Cuídate.

Connor estiró los brazos.

—Abu.

La madre de Lizzie sonrió y lo besó.

—Hasta pronto, cariño.

Lizzie observó a su madre, la viuda irreprochable, mientras se alejaba por el sendero. Caminó a paso ligero, se giró y saludó con la mano. Su aspecto era perfecto: la alianza en la mano derecha, los pantalones tobilleros de lino azul marino, los zapatos de tacón impecables, la camisa de algodón y el gran collar de perlas. Era esbelta y se veía joven para su edad, pero sin esforzarse demasiado; había hecho lo que ella consideraría las concesiones apropiadas al descenso de los estrógenos. Lizzie había visto cómo los hombres la trataban con cortesía: le ofrecían ayuda con las maletas y le abrían la puerta, y también había visto la reacción de su madre: amable, de buen humor y con una sonrisa cómplice, pero que no concedía nada.

Cerró la puerta, abrumada por sensaciones de su propia infancia: el matrimonio tenso, pero en apariencia correcto, de sus padres. Intentó disipar el fastidio que sentía y se recordó que hacía tiempo que había renunciado al derecho a juzgar a su madre. Volvió a dejar a Connor junto a sus elefantes y colocó las cosas del desayuno en el lavavajillas. Pero Connor no quería saber nada. Había perdido el paraíso y pedía a gritos que lo levantaran en brazos. El tiempo apremiaba a Lizzie. Lo levantó, cogió su móvil y se lo dio para que jugara. Luego lo depositó en el suelo del baño mientras ella se duchaba con rapidez y se lavaba los dientes.

Su madre siempre la había apoyado. Con hechos, no con palabras: sin duda eso era lo que importaba. No los sentimientos. Ni la posibilidad de relajarse. Esas cosas eran nimiedades a las que ya no podía aspirar.

Durante los primeros días después de haber sido apuñalada, mientras Lizzie perdía y recuperaba el conocimiento en el hospital, había sido consciente de la presencia de su madre sentada junto a ella. Leyendo. Preocupada. La proximidad de la muerte había creado una especie de propósito tácito entre ellas. Era como haber esquivado una bala: les habían dado una segunda oportunidad. Serían mejores. Más amables. Se esforzarían más.

Fue en esta cápsula dorada de tiempo cuando le reveló a su madre que estaba embarazada. No hubo recriminaciones, ni dudas. “De acuerdo, intentaré ayudar”, había dicho su madre.

El plan había sido comprar un pequeño piso cerca de su hija. Pero la casa familiar no se vendía y fue un verdadero milagro que, cuando la realidad de ayudar a Lizzie se materializó —viajes en tren interminables y una cama plegable en la sala de estar—, ella hubiera mantenido su promesa sin rechistar.

Pero Natty, la hermana de Lizzie, había sido menos servicial. Lizzie no olvidaría el día en que su hermana no había podido evitar volcar sus sentimientos.

Reunidas en la casa familiar sin vender, Natty y Lizzie habían estado limpiando en la cocina. A

través de las ventanas del invernadero, llegaban las imágenes y los sonidos de los tres primos que jugaban en una piscina inflable para niños, vigilados por su abuela, vestida con pantalones y una camiseta de rayas. Había olor a colada caliente. Mientras vaciaba el lavavajillas, todavía envuelta en esa luminosidad de los primeros tiempos de la maternidad, Lizzie había murmurado algo —complaciente casi seguro, nada pensado, no, definitivamente— sobre lo agradecida que les estaba a Natty y a su madre y todo eso. Su hermana, agachada frente a la secadora, cerró la puerta de un golpe y se levantó con los brazos llenos de camisetas, pantalones y peleles.

—Joder. De verdad no te das cuentas, ¿no?

—¿Qué…?

—¡Eres una maldita egoísta!

—Natty, por favor. Solo necesito ayuda. Yo no he planeado nada de esto.

—¿Planearlo? ¡Dios te libre de planear algo!

Lizzie acababa de empezar con el discurso "no es culpa mía" cuando Natty la interrumpió: cada doblez en la camisa o la camiseta de un niño revelaba su enfado.

—Dios, Lizzie. ¿En qué estás pensando? ¿Que mamá se mude a Londres ahora? —Añadió un pelele a la pila de ropa ordenada. Tomó otro de la pila tibia y mezclada sobre la mesa y lo sometió a sus manos furiosas—. Después de tantos años de cuidar a papá. ¿No crees que se merece un descanso? Esta es su última oportunidad de empezar de nuevo. ¿Lo has pensado alguna vez? ¿Te has puesto a pensar en qué sería lo mejor para ella? Nunca piensas en nadie más que en ti misma.

Lizzie tenía lágrimas en los ojos, pero ceder a ellas también sería egoísta. Por suerte, en ese instante, se oyó un fuerte chillido procedente del jardín. Las hermanas se volvieron hacia la ventana. Lauren, la hija de Natty, estaba tratando de ponerse de pie en el agua, con la cara roja y llorando. Su hermano, Sebastian, le dio lo que claramente era otro empujón en el pecho y la niña cayó hacia atrás y chilló de nuevo.

—Joder. —Natty tiró al suelo los pequeños pantalones pirata azules de su hija y se marchó como una tromba.

Lizzie observó a su hermana, ahora en cuclillas delante de Sebastian; lo sujetaba del brazo y le hablaba con firmeza. Lauren también miraba, con lágrimas en los ojos, pero sin duda satisfecha de cómo iban las cosas. ¿Y la madre de Lizzie? En su propio mundo, bebía café mientras Connor vertía agua sin parar en un molino de plástico rojo. La barriga tenía la curvatura y la extensión propias de los embarazos y la menopausia. La piel de sus manos cuidadas era fina y poco elástica.

Había sido como ver a su madre por primera vez. Lizzie había sentido remordimientos y había vuelto a proponerse hacer las cosas mejor, ser mejor.

Llevó a Connor de vuelta a la cocina y echó un breve vistazo a la trona sucia y las cosas del desayuno sin lavar. Se las arreglaría. Dejaría a Connor con la niñera y llegaría a tiempo al trabajo. La limpieza podía esperar hasta que regresara a casa.

CAPÍTULO 6

UNA HORA MÁS TARDE, LA detective Lizzie Griffiths, ahora vestida con elegancia, se conectó a su ordenador. Kirk y Jason, los otros detectives de servicio de su equipo, estaban cogiendo sus chaquetas de los respaldos de las sillas para ir a la cafetería local.

—Venga, todo seguirá aquí cuando volvamos —la alentó Ash, el sargento interino del equipo.

Lizzie sonrió y mintió.

—No, gracias. Ya he desayunado.

Ash llevaba el traje que había comprado en la tienda de ropa usada. Había dejado con orgullo la etiqueta marrón de la tienda, "Sue Ryder, 7 £", prendida en el bolsillo interior para poder enseñársela a cualquier detective lo bastante tonto como para mostrar los síntomas alarmantes de la ambición personal.

—Hay que trabajar para vivir y no al revés —musitó.

Ella buscó en su tarjeta de identificación y sacó un billete de cinco libras.

—Tráeme un café con un poco de leche, ¿quieres?

Sonrió y se obligó a no mirar la pantalla hasta que sus colegas cruzaron la puerta, charlando y bromeando mientras avanzaban por el pasillo hacia la puerta trasera. En otro momento, habría sido una más de ellos, una integrante divertida del equipo que podía trabajar hasta altas horas de la noche sin consecuencias. Ahora tenía que esforzarse para no retrasarse. Era como si, con el nacimiento de Connor, se hubiera despertado siendo otra persona. Se había convertido en la que comía en su escritorio y la que seguía trabajando mientras los demás competían por ver cuántas galletas podían llevarse a la boca.

A veces captaba algo de las conversaciones, siempre sobre las otras chicas, claro. El fastidio de que no hicieran horas extras. Las quejas sobre sus turnos. "No nos referimos a ti, por supuesto", aclaraban cuando la sorprendían escuchando y recordaban que ella también era madre y luchaba por criar sola a su hijo. Todavía gozaba del estatus de su reputación pre Connor. Había sido una agente que perseguía delincuentes a pie y respaldaba a sus colegas. Luego había sido apuñalada por un sospechoso y su prestigio creció: ahora era la mujer detective que había arriesgado su propia vida para salvar la de un niño. Quería aferrarse a esa reputación: intrépida, decidida, resuelta. Joder, una atleta.

No tenía ninguna foto de Connor en su escritorio. Se había propuesto cumplir todos los turnos que hacían los demás: de tarde, nocturnos, fines de semana. Jamás decía que no podía. Se quedaba hasta el final y terminaba todos los trabajos, aunque el costo de la guardería se llevara el dinero de las horas extra. Sonreía y mantenía una expresión positiva. Conocía las reglas. A nadie le gustaban los quejicas.

Inició sesión en el sistema de denuncia de delitos.

Su archivo de trabajo estaba lleno de novedades: letra diminuta oscura y despiadada. Se trataba de delitos locales: violencia, robos, tráfico de drogas, fraudes. A veces surgía una persona desaparecida o un delito sexual. Otras veces, una muerte no sospechosa que necesitaba un informe para el forense. Lizzie tenía tres nuevos informes de delitos para leer y notas sobre sus diecisiete investigaciones en curso. El ventilador del ordenador zumbaba con fuerza, como si compartiera el pánico y la resistencia que crecían en su interior. Le hizo pensar en el súbito bajón

físico que experimenta un corredor de larga distancia al acercarse a la meta, ese momento en que cada pisada se hace sentir, demasiado pequeña, demasiado insignificante en relación con la distancia que se tiene por delante. Había visto una camiseta de corredor con la leyenda "La línea de llegada no existe". Supuso que las palabras pretendían aludir al éxtasis de la euforia del corredor, ese momento en el que vuelas en lugar de correr, cuando te sientes invencible. Pero había una interpretación diferente: que el dolor de ese bajón físico podría ser interminable y no habría más remedio que seguir corriendo.

En uno de los delitos, ocurrido el sábado por la mañana y en el que había intervenido el equipo del turno noche, un homicidio por lesiones graves, se había identificado a un sospechoso. El distrito tenía una política de arresto de veinticuatro horas para los sospechosos identificados; tendría que intentar detener a quienquiera que fuera y ocuparse de él ese mismo día. Sintió el conocido nudo de ansiedad ante el habitual cálculo imposible que le había surgido al instante en la cabeza. ¿Llegaría a tiempo para recoger a Connor de la guardería? ¿Debería llamar ya a la niñera para quedarse tranquila? Pero no, lo mejor era estudiar el incidente primero. Si después tenía que cancelar a la niñera, tendría que pagarle de todas maneras y eso sería dinero tirado a la basura. Ojeó la información actualizada. Un agente local había identificado al sospechoso gracias a las cámaras de seguridad. En su bandeja de entrada, ya había un informe de identificación que incluía una comparación entre la ficha policial más reciente del chico y la instantánea de la cámara de seguridad. Estudió las dos imágenes: ambas mostraban a un muchacho negro, de aspecto joven y tez clara, con una línea afeitada en la ceja izquierda. No estaba mal, pero por sí sola la identificación nunca sería suficiente.

Detención, interrogatorio, procedimiento de identificación…, el trabajo se alargaría. Lizzie sacó de su cajón la grabación de las cámaras de seguridad y se dirigió a la sala de vídeo.

Se sentó frente al ordenador y repiqueteó en el escritorio con su bolígrafo mientras revisaba las imágenes. Un grupo en las afueras de un concierto de música electrónica se paseaba por el mármol falso del centro comercial local. Había varias cámaras, imágenes en color, sin audio. El sistema de cámaras de seguridad del ayuntamiento en la calle no estaba sincronizado con el sistema del centro comercial. Debía de haber cuatro o cinco horas de grabación que tendría que estudiar con detenimiento y reproducir para ver si podía identificar alguna secuencia de eventos. Pero ¿cuánto tiempo iba a llevarle hacer eso como correspondía?

Hizo avanzar con rapidez la parte de los chavales que hacían lo de siempre. Los chicos, de pie, todos juntos; las chicas, que caminaban en grupos, se detenían y conversaban. No pasaba mucho, pasaba de todo. Muchos saludos formales, cosa sorprendente: los chicos se estrechaban la mano o hacían el ritual de chocar los puños. Todo muy guay. Un chico negro y de tez pálida, con sudadera oscura con capucha y el logo de Superdry en el pecho, cruzó el vestíbulo hacia otro chico y le chocó los cinco. Y entonces, sin previo aviso, Superdry le dio un puñetazo en la cara.

La víctima perdió el equilibrio por un momento. Todo se aceleró sin demasiado sentido. Como una manada de perros salvajes, los jóvenes corrían por el vestíbulo de mármol y bajaban las escaleras mecánicas de dos en dos. Parecía un documental sobre la vida salvaje. La víctima permaneció en pie solo unos segundos antes de ser arrollada por una ola de atacantes que se abalanzaron sobre él. Casi parecían competir unos con otros para acercarse lo suficiente para hacerle daño. El cuerpo, en el suelo, quedaba oculto por una lluvia de patadas urgentes y repetitivas, casi mecánicas. Y luego, de la misma manera inesperada, todo terminó. Otros chicos apartaron a los atacantes. La víctima volvía a ser visible, acurrucada en el suelo, con los codos torcidos y las dos manos intentando protegerse la cabeza. Los jóvenes se dispersaron deprisa, se

levantaron las capuchas y miraron a su alrededor. Alguien ayudó a la víctima a ponerse en pie y a caminar hacia la salida. Uno de los agresores se había arrodillado junto a la escalera mecánica y se limpiaba los zapatos con rapidez. La víctima y su ayudante fueron captados por otra cámara cerca de la salida: la víctima tenía sangre en la cara y en la parte delantera de su sudadera.

De regreso en la escalera, donde se había producido el ataque, el vestíbulo era casi un espacio vacío, solo con unos pocos jóvenes que pasaban, se acercaban unos a otros y se detenían en grupos para intercambiar unas palabras. Entonces llegó la policía y los chicos que quedaban se dispersaron. Los uniformados miraban a su alrededor y hablaban por sus radios.

Lizzie volvió a verificar la identificación y echó un vistazo a la imagen de la ficha policial del sospechoso.

Ryan Kennedy. Quince años.

Reprodujo el vídeo de nuevo. Superdry, el joven identificado como Ryan Kennedy, había dado el primer puñetazo, pero luego se había marchado como si ya no le interesara.

La víctima no había denunciado la agresión. Fue el Departamento de Emergencias el que notificó a la policía su identidad. Tenía una fractura facial, una clavícula rota y dos costillas fracturadas. No sabía por qué lo habían atacado. No conocía al chico que había iniciado el incidente.

Lizzie buscó los datos de la víctima en los sistemas de inteligencia. “Robert Nelson, 04/02/1999…”. Por cierto, era conocido por la policía. Una advertencia por posesión de drogas de clase A; tres arrestos por robo que no habían generado cargos; dos arrestos por posesión con intento de distribución que se habían reducido a posesión simple.

Nelson sabía muy bien quién lo había atacado. Simplemente no quería involucrar a la policía. Los chavales tendrían la intención de arreglar el problema entre ellos.

Ash se las arregló para conseguir dos coches camuflados. Aparcaron a la vuelta de la esquina del piso y caminaron. Kirk y Jason se apostaron en la parte trasera por si Ryan intentaba esa vía de escape.

La puerta estaba descuadrada y el cristal esmerilado en la parte superior estaba roto. La mujer que la abrió llevaba una peluca torcida hacia un lado y Lizzie se imaginó toda la casa como si estuviera inclinada. Tenía rasgos de persona de color, pero tez blanca. Bajo su piel pálida y translúcida asomaban oscuras cicatrices de acné. Era delgada, demasiado. Un pantalón de deporte gris colgaba de su trasero huesudo. Una camiseta de tirantes dejaba al descubierto la piel floja de sus brazos. Era difícil saber su edad. Podía tener treinta años, o cincuenta. Asintió con la cabeza cuando le mostraron las tarjetas de identificación policial, sin delatar ninguna emoción en particular.

—Buscáis a Ryan, ¿verdad? —preguntó.

Lizzie asintió.

—¿Eres su madre?

—Así es. Loretta.

Abrió la puerta para que entraran. Suelo laminado y pegajoso. Pelusas de polvo gris oscuro amontonadas contra los zócalos. La escalera interna estaba alfombrada con una moqueta que debió de haber sido beis, pero ahora era gris, más oscura en los bordes y manchada en los peldaños raídos.

—¿Podría venir con Ryan a la comisaría? —preguntó Lizzie,

Loretta asintió y llamó:

—Ryan. Te buscan.

Ryan apareció en lo alto de la escalera. Parecía tener menos de quince años: menudo, ni alto ni bajo. Bien parecido. Una raya afeitada en la ceja izquierda. Zapatillas blancas nuevas que parecían demasiado grandes. Sudadera negra con capucha y ribetes y cordones blancos. Pantalones de deporte negros que le colgaban y dejaban ver la cintura de sus Guccis. Cosa inusual, la sudadera y las zapatillas no tenían ningún logotipo. Por lo general, estos chicos tenían algún tipo de código que los obligaba a llevar una marca determinada: Adidas, Puma o Nike. La sudadera aún tenía ese lustre que sugería que todavía no había sido lavada. A Lizzie se le encogió el corazón, pero no sabía por qué. La ropa era demasiado grande. Tal vez fuera eso.

—¿Sois la poli? —preguntó.

Ash respondió con voz exagerada y dramática.

—No. Somos del Servicio de la Policía Metropolitana de Su Majestad.

Loretta resopló en señal de apreciación.

—Así es.

Ryan los observó mientras los evaluaba y se recomponía.

—¿Qué queréis, Servicio de la Policía Metropolitana?

—¿Puedes bajar? —pidió Lizzie.

Lizzie lo arrestó. Ryan se encogió de hombros y no hizo ningún comentario. La detective lo esposó por delante y comprobó que las esposas no estuvieran demasiado apretadas.

—Siento hacer esto, pero supongo que eres rápido con los pies.

—No voy a huir, ¿verdad? Sería estúpido.

—La estupidez nunca le impidió a nadie intentarlo —replicó ella.

Lizzie llamó a Kirk y a Jason para que ayudaran a registrar el apartamento. Ash registró a Ryan y verificó la cintura de sus pantalones. Ryan lo soportó con estoicismo.

—Estoy buscando… —empezó a explicar Ash.

—Cualquier cosa que pueda hacerte daño a ti o a mí.

Ash se rio. Se puso en cuclillas y le palpó las pantorrillas.

—¿Has pasado por esto antes?

Pero Ryan sonaba enfadado ahora.

—No voy a llevar algo encima dentro de la casa.

—Nunca se sabe.

Ash revisó sus bolsillos y encontró un billete de cincuenta libras y un puñado de monedas. Lizzie extendió hacia él una bolsa de pruebas para que los guardara allí.

—Eres repartidor de periódicos, ¿no? —preguntó la detective.

—Sí. Así es.

Ash pasó los dedos por debajo de la gruesa cadena de oro que Ryan llevaba en el cuello.

—¿Cómo te compraste esto?

—Me la regalaron.

—¿Recuerdas quién te la regaló?

Ryan apretó los dientes con un gesto de desagrado. Lizzie extendió otra bolsa de pruebas y Ash desabrochó la cadena.

—Espera. La dejaré aquí —protestó el muchacho.

Lizzie sacudió la cabeza.

—No, la voy a confiscar.

—Es mía.

—Sí. Te la devolveremos.

—No tienes ningún derecho a quitármela.

—Tengo…

—Ya basta, Ryan —intervino Loretta.

Loretta salió a fumar al corredor. Kirk y Jason registraron los dormitorios. Ash vigilaba a Ryan, que siguió a Lizzie mientras ella revisaba la cocina y la sala de estar. Gracias a Dios, no era uno de esos lugares que te descorazonaban ante la imposibilidad de registrarlo. No había porquerías amontonadas en los pasillos, ni cosas que se caían de las alacenas, ni ropa metida en bolsas de basura apiladas hasta el techo. No, era justo lo contrario. Alacenas vacías en la cocina. Nevera vacía. La sala de estar tenía una pantalla de plasma y una consola frente a un sofá manchado. Sobre el sofá, había un cojín y una manta de ganchillo sucia: una manta que no le darías ni a un perro. Lizzie pasó sus manos con los guantes azules por los pliegues del sofá y encontró pelusas y una moneda de una libra. Todo lo que revisaba estaba sucio. Percibía la suciedad generalizada a través de los guantes.

Miró por encima del hombro.

—¿Aquí es donde duermes, Ryan?

Él asintió.

—¿No hay una habitación para ti arriba?

—Es de mi hermana.

Kirk asomó la cabeza por la puerta.

—Arriba no hay nada. —Miró a Ryan—. Excepto que tienes un montón de zapatillas y cosas así. ¿De dónde has sacado todo eso?

Ryan se encogió de hombros.

—No me acuerdo.

—¿Algún teléfono? — inquirió ella.

—No, ¿por qué? —contestó Kirk—. ¿Tú tampoco has encontrado ninguno?

Lizzie negó con la cabeza.

CAPÍTULO 7

LA PUERTA DE LA CELDA se cerró. Ryan estaba solo. Lo había visto en su móvil antes de tirarlo. Pero no podía hacerse a la idea. No dejaba de pensar que no podía ser cierto. Debía de ser un error porque Spencer no podía estar muerto. Era imposible.

Quería gritarlo en voz alta —era imposible, era imposible— porque, joder, ¿qué otra cosa se puede hacer con ese sentimiento? Pero no debía hablar con nadie.

Allí fuera era un soldado que se lo guardaba todo, pero aquí, de repente, no entendía nada. Tenía que sentarse o se caería. Era una sensación que no podía definir, una especie de temblor interno. Luego una imagen fugaz de esos dos chicos y el zas, zas de la navaja. Se puso de pie. ¡Si pudiera pararlo! Impedir que fuera real. Caminó hasta la puerta y regresó. Volvió a sentarse en el colchón recubierto de plástico azul.

No estaba muerto, no. No estaba muerto. Como dijo. Era imposible.

Cuando había visto a los policías en su puerta, había pensado que era por lo de Spencer: que querían que los ayudara a encontrar a los chavales que lo habían hecho. No creía que hubiera hablado con ellos, pero le hubiera gustado que por lo menos le preguntaran.

Resultó que el arresto había sido por lo otro de hacía unos días. Shakiel le había ordenado que golpeara al chaval. Ryan no sabía de qué se trataba, pero le importaba una mierda. Una puta mierda. Ese chico era de los Soldados. No tenía nada que hacer allí, fuera de su territorio. Sabía cómo funcionaban las cosas.

Su mente daba vueltas como un cuerpo que giraba insomne en la cama.

¡Ja! Una especie de risa. Recordó cuando él y Spencer les habían robado a los chavales que llegaban y usaban los campos de fútbol locales. Eran altos y desgarbados y se llamaban unos a otros con ese típico acento de ellos. Casi todos eran blancos, pero también había algunos asiáticos. Desde un rincón de su memoria, vislumbró a Spencer cuando les pidió que se unieran a ellos y los chavales contestaron: “Obvio, bro”. Pensaban que eran guays por jugar con niños negros y decir bro y tío y todo eso. Y entonces Spencer los dribleó y, en lugar de marcar, recogió el balón y salió corriendo. Les había costado correr, de tanto que se reían. Uno de los pijos resultó ser un corredor veloz. “El muy cabrón corría como Usain Bolt”, había dicho Spencer después, secándose las lágrimas de las comisuras de los ojos. Ninguno de los dos había podido hacer nada. El chaval había estado a punto de atraparlos, pero Ryan se había dado la vuelta, se había llevado la mano a la parte de atrás de la cintura y había apretado el puño para dar la impresión correcta.

—¿De verdad quieres la pelota, tío? —le había preguntado.

El chico había retrocedido.

—Vale. No pasa nada.

—No lo parece, cabrón.

Spence y él también se habían reído de eso. Ryan no ocultaba nada en la parte trasera de sus pantalones, pero pensaron que lo que el chico blanco tenía en los suyos debía de ser bastante marrón. Les dieron el balón a unos niños del barrio. Era un buen balón: un Mitre Delta Hyperseam Pro. El balón era mejor que los chicos que lo habían estado pateando. Esos chavales tenían todo lo que querían, incluso antes de saber que lo querían. Fue agradable ver lo contentos

que estaban los niños del barrio. Todo un puto Robin Hood, ¿no? Gracias, Ryan. Sí, gracias, colega.

De nada.

Emitió un sonido, una especie de grito ahogado, como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Se dobló y cruzó los brazos alrededor del estómago.

En la pantalla de su móvil antes de tirarlo al canal. Una noticia de la BBC.

"Adolescente muerto de una puñalada en el norte de Londres".

Se apresuró a reunir todos sus recuerdos de Spencer, pero entonces se dio cuenta de que no sabía dónde ni cómo buscar. ¿Cómo sabes siquiera que tienes un recuerdo?

Esto era nuevo. No sabía qué hacer con ello.

Spencer y él habían estado juntos en la escuela primaria. Habían compartido las sesiones en el suelo donde cada alumno tenía que llevar un objeto y hablar sobre él. Mostrar y contar, así se llamaba. Spencer y él nunca habían tenido nada para mostrar y lo que tenían para contar no podían hacerlo.

Le entraron ganas de golpearse la cabeza. En vez de eso, cogió la manta, se acurrucó debajo de ella y metió los bordes debajo de los codos y las rodillas.

Muchas cosas pueden hacerte feliz. ¿No es cierto? Unas zapatillas nuevas. Ver a tus amigos en la calle. Montar en bici es divertido. Robar móviles es divertido. Ese momento en el que tienes el teléfono en la mano. También es divertido el asombro del cabrón cuando de repente tiene la mano vacía. Si eres lo bastante rápido, puedes hacer un caballito con la bici. A veces, el solo hecho de caminar; a veces, puedes caminar y ser feliz dentro de tu propia cabeza. A veces, tienes que imaginarte que estás en un sitio diferente. Tienes que concentrarte mucho.

Así que se va a su casa. Es un lugar que visita de vez en cuando. Hoy es una gran casa blanca, separada de la calle por un sendero, pero a veces es toda de acero y cristal. Llega en su Mercedes deportivo azul y acciona el mando que guarda en el hueco de la palanca de cambios. El portón se abre. Deja el coche fuera, en la entrada. Antes de guardarlo en el garaje, el hombre que trabaja para él se asegurará de quitarle cualquier salpicadura de barro que pueda tener.

Se pasea por la casa. Tiene una habitación entera para sus cosas. Estantes para las zapatillas. Todas las camisas planchadas y colocadas por la persona invisible que mantiene todo perfecto. Da vueltas por ahí, contempla su ropa, se toma su tiempo, coge alguna que otra cosa. Cada vez que va a la casa, todo está en su sitio, como a él le gusta. Descalzo, baja la escalera caracol de cristal hasta el sótano. Allí hay un gimnasio con espejos de cuerpo entero, un jacuzzi y una sauna. También hay una piscina y una gran sala de juegos con suelo de madera y todo. Xbox, PS4, Nintendo. Una mesa de billar y un futbolín para cuando quieras divertirte con tus amigos. También una pantalla enorme y pufs. La pantalla es genial, está empotrada en la pared. Tiene una definición increíble. Puedes ver en directo lo que quieras. Tiene Amazon, Netflix, Sky. Todos los *box sets*. Todos los mejores juegos. A veces invita a los chicos.

Spencer interrumpe brevemente, de pie en la esquina con los pantalones empapados en sangre. Ryan tiene que apartarlo con determinación. Spencer ya no puede venir a su casa. Así que estos chicos, continúa, ignorando a Spencer, son en su mayoría futbolistas como él. Vienen y pasan un rato. Un par de veces ha traído un DJ y una gran nevera llena de cerveza y comida y un tipo que te consigue hierba. También les paga a otros tíos para que vigilen que la cosa no se desmadre. Son geniales. Se encargan de todo. A veces también vienen chicas. Pero no le gusta hacerlo muy a menudo porque puede ser un follón. Siempre hay alguien que le falta al respeto a otro.

A veces le gusta estar solo con su chica. Eso le gustaría ahora y se imagina acostado en la cama

con ella, sin hacer nada, solo tumbados, juntos. Pero eso lo pone triste, así que lo descarta. La verdad es que ella puede ser un poco pesada. Quiere un anillo en el dedo. De modo que envía a su chofer a recogerla y llevarle las bolsas de compras y todo eso. Eso la hace feliz, así que él también es feliz. La trae a la ciudad en el Lambo, la trata como a una princesa. A él le gusta bastante, pero no está listo para sentar la cabeza, todavía no. Hay muchas zorras sueltas y un hombre no puede darles la espalda tan pronto. Eso es lo que se dice a sí mismo. A ver, no me malinterpretes, ella pinta muy bien caminando de su brazo por la calle, moviendo ese gran culo y con todas esas bolsas de compras cuadradas y elegantes en sus brazos, con esos bonitos cordones trenzados de diferentes colores. Ella sabe lo que quiere. Le gusta cómo la mira la gente.

Ahí está Spencer otra vez, asomando en sus pensamientos. Sus zapatillas nuevas están salpicadas con su propia sangre.

Ryan tiene náuseas.

No puede evitar mirar a Spencer. “Por favor, no me dejes morir”. Un sollozo le sube por el pecho. Corre el peligro de perder la cabeza. Se aferra a las imágenes de su casa y se esfuerza por volver allí. Sí, su chica con el culo bonito. No quiere terminar internado y maniatado. Eso es. Estos putos sollozos siguen queriendo abrumarlo. Se pellizca la piel del interior del brazo.

Hace calor debajo de la manta y la luz atraviesa el fieltro gris como pequeños puntos. Ryan la hace a un lado, gira en la cama y se queda de cara a la pared; clava la vista en la extraña superficie incrustada de piedrecitas brillantes como trozos de cristal, pero sus ojos miran más allá, hacia otro lugar.

Los coches, eso. Se concentra en ellos. En el gran garaje donde los guarda. Las puertas eléctricas se abren y recorre la hilera a paso lento. Coches diferentes para días diferentes. A veces el Ferrari 599 GTB Fiorano, a veces el Lamborghini Aventador LP 700-4. Para los partidos tiene un chico que lo deja en el estadio. Repara en el BMW M6 con los cristales tintados en el fondo. Es un gran coche, pero no como el Bentley Continental GTC o el Maserati GranCabrio, que no necesitan presentación. Se queda con esas palabras un momento. Bentley Continental GTC. Maserati GranCabrio. No le gusta que los aficionados lo reconozcan porque es una molestia. Siempre es cortés, no me malinterpretes, les permite sacar selfis y todo eso. Todavía recuerda cómo era ser del vulgo. Nunca olvidará su origen.

Está mejorando en no mirar a Spencer, que ahora está de pie en el garaje. Tiene ganas de decirle, “Ey, Spence, hazme un favor. No te pares al lado del puto Bentley”. Pero no quiere mirar a Spencer, que sonríe con toda esa sangre encima.

La puerta pequeña se abre. No se da la vuelta porque no quiere que quienquiera que sea vea las lágrimas. Es una voz femenina. Seguro que es la tipa que lo arrestó.

—Ryan. ¿Estás bien?

Se pasa la mano por la cara.

—Sí, estoy ocupado. Pensando.

—Vale, cuando termines, estamos listos para interrogarte.

CAPÍTULO 8

LIZZIE ECHÓ UN VISTAZO A la pequeña sala de interrogatorios sin ventanas. Ryan estaba sentado junto a su representante legal, un tipo blanco y delgado, en la veintena y con un traje brillante. Loretta estaba en el extremo de la mesa.

—Vale, ¿podemos empezar, entonces?

Cuando nadie protestó, Lizzie encendió la grabadora e invitó a todos a presentarse, empezando por ella misma.

—Soy la detective Lizzie Griffiths del Departamento de Investigación Criminal, de la comisaría de Caenwood.

—Phillip Strong, representante legal de Ryan. Estoy aquí para defender los intereses de mi cliente y proteger sus derechos. Intervendré si considero que sus preguntas son inapropiadas.

Loretta captó la mirada de Lizzie y alzó las cejas en señal de burla. Era evidente que no estaba impresionada por el abogado ni por sus maneras sofisticadas.

—Soy Loretta Swift, la madre de Ryan.

—Y actúas como adulto responsable —añadió Lizzie.

Loretta asintió.

—¿Entiendes lo que eso significa?

Loretta se encogió de hombros.

—Dios sabe que lo he hecho a menudo.

—Si tienes alguna duda, siéntete libre de expresarla cuando lo consideres —indicó Lizzie.

Todos miraron a Ryan.

—Me llamo Ryan Kennedy y soy el delincuente.

El representante legal sacudió la cabeza con desánimo, pero Loretta y Lizzie intercambiaron otra mirada y soltaron sendas carcajadas. Loretta podía ser una exyonqui vieja y deteriorada, pero a Lizzie le caía bien. Sin embargo, cuando se volvió hacia Ryan, se dio cuenta de la rapidez con que su propia broma había dejado de divertirle. Su rostro estaba desencajado. Tenía la boca algo abierta. Recordó cuando lo vio sentado en la celda, de cara a la pared. Lo recordó de pie en las escaleras, con una expresión en su rostro que no pudo precisar.

Se dijo a sí misma que no debía ponerse sentimental. El chico de la grabación de las cámaras de seguridad, Robert Nelson, había sufrido fracturas.

—¿Dónde estabas la noche del viernes siete de octubre?

La respuesta de Ryan a todas las preguntas de Lizzie fue “Sin comentarios”.

Lo decía en forma educada, pero sin vacilar, y siempre con la misma entonación, como un chico tímido en el fondo de la clase. El plan parecía resultarle fácil, como si nunca se le hubiera pasado por la cabeza responder a sus preguntas. La detective prosiguió. Tenía que preguntar.

—¿Eres tú el de la grabación de la cámara de seguridad?

”¿Tienes una chaqueta Superdry como esa?

”¿Conoces al hombre de pie debajo de la escalera mecánica?

”¿Eres tú el que camina hacia él? ¿Por qué le das un puñetazo?

Se reclina en la silla. El “Sin comentarios” podía ser útil, pero solo cuando se tenían otras

pruebas convincentes para presentar en un tribunal. Cuando no se tenía nada, el verdadero truco consistía en persuadir a la persona interrogada para que hablara.

—Si no lo hiciste, no entiendo por qué no me lo dices. Si no estuviste allí, deberías decirme dónde estuviste. Así podremos verificar tu historia y quedarás libre de sospecha.

—Sin comentarios.

—Cuando la gente no hace comentarios, Ryan, suele ser porque son culpables.

El abogado intervino.

—Voy a tener que interrumpirla aquí, en este punto, inspectora.

"Bla, bla, bla", pensó Lizzie. El abogado siguió. Y siguió.

—El derecho legal de mi cliente a guardar silencio…

No era tanto que el hombre estuviera equivocado, lo irritante era su exceso de entusiasmo. Lizzie estaba tan aburrida por su propio comentario como por el del abogado. Solo lo había dicho en un intento poco imaginativo por hacer hablar a Ryan y se daba cuenta de que era inútil. El muchacho no se dejaría convencer por un planteamiento tan trillado. Necesitaba algo nuevo, tal vez otra perspectiva, pero no se le ocurría nada. Tenía la sensación apremiante de que la mente de Ryan estaba en otra parte. El chico la desconcertaba. Parecía muy inestable. ¿Por qué le había pegado al otro joven sin ser provocado? Era un misterio. Quizá debería pedirle al sargento que le hiciera una prueba de detección de drogas.

Dio por terminado el interrogatorio y mandó a Ryan de vuelta a su celda con un alarde de confianza frente al representante legal, como para demostrar que tenía más pruebas en contra de su cliente de las que en realidad tenía y así conseguir un poco de ayuda de su parte. No tenía dudas de que era Ryan el que aparecía en los vídeos, pero salvo por la identificación del oficial, no tenía nada. No habían encontrado la sudadera de Superdry en el apartamento. No habían podido determinar un móvil para el ataque ni establecer ningún vínculo entre la víctima y el sospechoso. Ni siquiera tenían un teléfono para situar a Ryan en el concierto la noche de la agresión.

Llamó a Ash para que bajara a ayudarla a llevar a Ryan al centro de identificación. Un par de testigos que habían estado en el centro comercial habían proporcionado descripciones del joven mestizo, como lo llamaron en sus declaraciones, que había dado el primer puñetazo. La esperanza era que uno de ellos pudiera identificar a Ryan. Eso ya sería algo.

Lizzie echó un vistazo al reloj y sintió una punzada de ansiedad repentina. El tiempo se le había escurrido. Debería haber sabido en el momento en que detuvo a Ryan que nunca iba a terminar a tiempo para recoger a Connor de la guardería. ¿En qué estaba pensando? Llamó a la niñera, pero la llamada pasó directo al buzón de voz. Dejó un mensaje e intentó no preocuparse.

El centro de identificación quedaba a unos treinta minutos en coche. Avanzaron con lentitud entre el tráfico denso, sin luces de advertencia ni sirena que aceleraran el viaje. Lizzie, que ansiaba poder volver a llamar a la niñera, iba al volante. Loretta ocupaba el asiento de al lado. Ash y Ryan iban en la parte de atrás. Un olor acre y penetrante reinaba en el interior del vehículo. Era habitual. Por eso Ash había un coche a las dos de la tarde: nadie quería manejar conducir el Ford del 2015.

Ash bajó la ventanilla.

—¿Alguien quiere jugar al veo veo? Para no pensar en el atasco.

Ryan esbozó una media sonrisa, pero no respondió.

—Veo veo una cosa que empieza con…

—No, tío —interrumpió Ryan—. No hace falta.

Ash sonrió, divertido ante el fastidio de Ryan por ser tratado como un niño. Pero eso lo convertía aún más en un niño.

—Como quieras.

Se produjo un largo silencio. El coche se llenó del humo del tráfico. Ash subió la ventanilla.

—No, tío, déjala bajada. ¡Este coche apesta! —exclamó Ryan y se reclinó en su asiento.

—Sí. Es EC VHS. Siempre apesta —respondió Ash.

—¿Ec vhs? ¿Qué es eso?

Ash no contestó.

—Es una sigla de la policía —aventuró Lizzie.

—¿Qué?

—Ya sabes. A la policía le encantan las siglas. MDG: montón de gilipolleces; HPM: hijo de puta molesto. ¿HPMM?

Ryan se encogió de hombros.

—Ni idea.

—Hijo de puta muy molesto.

—¿Qué significa EC VHS, entonces?

Ash alzó la vista hacia el techo.

—El coche en el que vomitó Henry Shaw.

Ryan arqueó la espalda y se separó del asiento.

—¡Qué asco!

Lizzie sonrió ante su aprensión.

—No te preocupes. Iba adelante. Vomitó en la parte de los pies.

Loretta, más optimista, se miró los pies.

—Qué agradable.

—Lo limpiaron, pero nadie puede quitar el olor. Es el único coche que siempre está disponible.

Lizzie había tomado el carril equivocado y la conductora a su izquierda, una mujer blanca de unos treinta años con un niño sentado a su lado en el asiento del copiloto, estaba empeñada en no dejarla salir.

—Bájame la ventanilla —pidió Ryan a Lizzie, y la miró por el espejo retrovisor—. No te preocupes. Nos libraré de este atasco para que podamos salir cuanto antes de este coche. ¿Cómo llamaste a esta cosa apestosa?

—EC VHS —pronunció Ash con la voz de un maestro paciente.

Lizzie miró hacia atrás en busca de la opinión de Ash.

—Por mí, bien.

Después de todo, el seguro infantil estaba puesto. ¿Qué podía hacer Ryan? Lizzie bajó la ventanilla y Ryan se asomó y extendió las manos como un suplicante hacia el coche a la izquierda. La conductora se asustó y frenó. Todos en el coche se rieron y Lizzie aceleró para pasarse de carril y luego girar hacia el centro de identificación.

Ash fue a buscar la llave.

—Lleva a Loretta delante a tomar un café —le indicó Lizzie.

Ash la miró a los ojos. Sabía lo que estaba tramando.

El portón se cerró detrás del coche. Lizzie condujo hasta el patio y aparcó. Se detuvo y miró a Ryan por el espejo retrovisor. Parecía estar a kilómetros de distancia, observando por la ventanilla, pero sin ver nada. Era un bromista, eso estaba claro, pero le costaba relacionarlo con

este otro Ryan que estaba viendo ahora; el chico que había estado mirando la pared de su celda y que ni siquiera la había oído cuando ella lo había llamado por primera vez a través de la ventanilla para ir al interrogatorio.

Se echó el bolso al hombro, salió del coche y abrió la puerta de atrás.

—Fumaré un cigarrillo antes de entrar. ¿Te importa?

Ryan estiró los brazos hacia ella.

—¿Podrías quitarme las esposas al menos?

Lizzie echó un vistazo al portón. Era alto y de metal. Quitarle las esposas era bastante seguro y un gesto para disipar las barreras. Guardó las esposas. Ryan se frotó las muñecas. Apoyó la espalda contra la pared y alzó el rostro hacia el sol. Lizzie buscó los cigarrillos y el mechero en su bolso. La verdad era que detestaba fumar; esto no era más que un juego, la única excusa que se le ocurría para encontrar tiempo para estar un rato a solas con Ryan en el patio y charlar. No era exactamente , pero ¿de qué otra forma se suponía que iban a conseguir que alguien hablara? Tal vez al menos podría averiguar el motivo de la pelea.

Se llevó el Silk Cut a la boca y encendió el mechero. Había querido ofrecerle un pitillo a Ryan, dejarle que fumara, pero no se atrevió por si la denunciaba. Tenía quince años: demasiado joven para fumar legalmente. Nunca te expongas: lo había aprendido por las malas. En realidad, era bastante ridículo. Tenía edad para robar, para pelearse, para fumar cannabis, pero aquí, bajo arresto policial, era lo que era: un niño.

Con la primera calada, su cabeza empezó a dar vueltas y se apoyó contra la pared sin hablar. El truco consistía en ir tanteando el tema, en no abordarlo de forma directa. Música, fútbol… Pero ella no estaba al tanto del fútbol y no sabía nada del tipo de música que él podía escuchar.

Ryan la miraba con fijeza, y la repentina intensidad de su mirada la inquietó. Era casi como si estuviera esperando que ella dijera o hiciera algo y ella deseó poder captar algo de lo que fuera que flotaba en al aire entre ellos.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Ryan sacudió la cabeza como si dijera que no, pero las palabras que le salieron fueron:

—Sí, estoy bien.

¿Cómo superar esa coraza callejera que no te dejaba acercarte?

—No pareces estar bien —repuso. Él frotó el suelo con las zapatillas—. Te ofrecería un cigarrillo, pero no estoy autorizada.

—Eres bastante buena, ¿sabes? Para ser poli.

Eso la hizo sonreír. Su móvil zumbó con un mensaje. Lo sacó del bolso. Era de la niñera.

“Lo siento, esta noche no puedo”.

Volvió a guardar el teléfono en el bolso. Su cara debió de delatarla, porque Ryan preguntó:

—¿Algún problema?

Ella casi ni se movió.

—No, no es nada.

—No lo parece.

Las reglas eran estas: nunca les cuentes nada de tu vida. Nunca muestres debilidad.

—Dame una calada de todos modos —agregó él al cabo de un silencio breve—. No se lo contaré a nadie.

Ella suspiró, distraída, y le dio el cigarrillo. Qué mierda.

Ryan inhaló el humo.

—Deberías tener más cuidado, señorita. —Movió la cabeza en dirección a las cámaras de

seguridad—. Me están grabando. —Su rostro era impasible y, por un momento, ella se preocupó: ¿por qué correr estos riesgos estúpidos solo para obtener información? Pero entonces él sonrió y volvió a ser simpático, solo un niño con la boca grande—. No pongas esa cara. Te estoy tomando el pelo.

La sonrisa ancha seguía allí, suavizaba su rostro y lo ponía al descubierto. Lizzie reparó en la hilera de dientes blancos y uniformes, como pequeñas perlas. Solo un joven tenía unos dientes tan sanos. Quería ayudar. Se sentía muy capaz de ayudar.

—¿Qué vas a hacer, Ryan? —preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué vas a hacer con tu vida? Dime que no va a ser todo peleas y drogas y esas cosas. Es una vida de mierda.

Él meneó la cabeza.

—Estaré bien.

Lizzie recordó su casa. El sofá sucio frente al televisor. Las alacenas vacías en la cocina. No iba a estar bien.

—Voy a ser futbolista.

—Vale, es un buen comienzo. —Hasta ella misma podía oír lo poco convincente que sonaba su entusiasmo—. Podrías jugar en un club local. Yo podría buscarte uno…

La interrumpió, descartando la idea de inmediato.

—No. —Le devolvió el cigarrillo. Ella levantó la mano para rechazarlo.

—Acábatelo tú.

—¿Miedo a los gérmenes? —Volvió a inhalar, sujetando el cigarrillo entre el pulgar y el índice.

Ella observó a su alrededor mientras trataba de pensar en personas que pudieran ayudarlo. "¿Dónde estaba su padre?", se preguntó.

—¿A quién sueles acudir? Quiero decir, cuando necesitas ayuda.

Ryan la miró con intensidad y, por un instante, pareció incapaz de soportar más, como si un dique estuviera a punto de estallar en su interior, pero luego movió la cabeza, como para evitar un insecto.

—Conozco a los polis como tú. Quieres que te cuente cosas, pero tú no piensas compartir nada.

Ella sonrió.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué era ese mensaje de texto?

Oh, Dios, sí, el mensaje: tenía que solucionar eso.

—Sí, tienes razón. Lo había olvidado. Me tengo que ocupar de eso. Mi niñera no puede recoger a mi hijo. Tengo que pensar en algo.

—¿Tienes un hijo?

Pensó en Connor con sus elefantes. Deseó estar en casa con él en este momento, en lugar de tener que trabajar hasta tarde.

—Ajá.

—¿De qué edad?

—Es solo un bebé.

—¿Y el papá no puede?

—Soy madre soltera. —Pensó que eso podría acercarlos. Tenían más en común de lo que él

podría suponer. Estuvo a punto de extender la mano y tocarlo, pero no lo hizo—. Como tu madre, en realidad.

Pero no tuvo el efecto deseado. Al contrario, Ryan frunció el ceño, tiró el cigarrillo al suelo y empezó a caminar hacia la puerta del centro de identificación. Lizzie tuvo que apresurarse para seguirle el paso y casi no pudo captar sus palabras.

—Sí, vale. Lo que digas. Hagamos esto de una vez.

Lizzie y Ash no estaban autorizados a participar en la grabación del vídeo de identificación, así que, después de registrar a Ryan, Lizzie pasó a la sala de espera separada. Ash había colocado una silla de plástico delante de él para apoyar los pies y tenía la nariz hundida en un libro desgastado.

—¿Qué estás leyendo? —Ash inclinó levantó el libro y ella divisó un mosaico aburrido de unos romanos en una fiesta—. ¿Qué es?

—Es de Juvenal.

—¿En serio? —sonrió—. De los que no puedes soltar, ¿verdad?

Ash suspiró con desesperación dramática y se puso de pie. Sujetó el libro, con un dedo en la página que estaba leyendo, y se inclinó sobre la máquina expendedora con aire contemplativo.

—¿Quieres sopa liofilizada? Ya me he tomado tres. Hay de tomate italiano o *ñam*, *ñam*, esto suena delicioso, de verduras de granja.

—No, gracias.

Se sentaron, uno al lado del otro, mirando al frente, ambos con los pies sobre las sillas de plástico.

—¿El Gran Jefe te ha dado alguna información?

—La verdad es que no.

Ash volvió a abrir el libro y empezó a leer.

—No estás enfadado, ¿verdad? —aventuró Lizzie.

Él se volvió hacia ella con aire serio.

—¿Por qué cariño?

—Por burlarme de tu libro.

Ash levantó los ojos al cielo.

—No seas tonta. Estoy en el siglo I en Roma. Es el paraíso.

Lizzie se levantó y se dirigió al rincón de la habitación. De cara a la ventana, pulsó el botón de marcación rápida. El buzón de voz tomó la llamada.

—Inspector Kieran Shaw. Deje un mensaje.

Dudó y luego habló.

—Eh, Kieran. Soy Lizzie. Tengo un prisionero y parece que voy a terminar tarde. ¿Hay alguna posibilidad de que puedas recoger a Connor?

CAPÍTULO 9

EL TELÉFONO EN EL BOLSILLO interior de la chaqueta del inspector Kieran Shaw zumbó con un mensaje de voz. La llamada debió de haber entrado cuando estaba en el metro. No lo miró. No era lugar para contestar el teléfono.

No le gustaba utilizar la estación Victoria —demasiados policías—, pero la reunión se había convocado en el último momento y al menos era más grande y anónima que la de St. James. El vestíbulo estaba atestado de policías. Era fácil reconocerlos; después de alrededor de un año de servicio, hasta las mujeres eran fáciles de identificar. Kieran intentaba camuflar cualquier indicio de que su profesión para parecerse más a un delincuente que a un agente de la ley.

Su chaqueta era demasiado elegante para un poli. Sonrió. Súper: así la describirían esos chicos.

Salió de la estación y caminó por la calle ancha y concurrida, yendo a contra corriente entre hombres de negocios atildados, aferrados a sus cafés para llevar. Miró la llamada perdida: Lizzie. Con un escalofrío de irritación, volvió a guardar el teléfono en el bolsillo.

El comisario general Baillie lo esperaba en el quinto piso de New Scotland Yard. Kieran no tenía ganas de ir. NSY estaba demasiado iluminado y las consideraciones que allí se observaban eran muy distintas de las que regían su propia vida. A lo largo de sus años de servicio, Baillie y él se habían cruzado en diversas ocasiones. La última vez, Baillie había sido inspector jefe e investigador principal de la muerte de uno de los hombres de Kieran, el oficial Hadley Matthews, y la de una adolescente, Farah Mehenni. Kieran había pasado un tiempo como inspector uniformado para ascender de rango antes de volver al mundo las operaciones encubiertas, donde se movía con más comodidad. Lizzie había sido una de sus oficiales y había estado en el tejado del edificio Portland Tower cuando Hadley y Farah cayeron, por lo que también había quedado involucrada en la investigación.

Antes de que eso ocurriera, Kieran se había sentido embelesado y encandilado por Lizzie, joven en edad y también en términos de años de servicio. A pesar de su vulnerabilidad conmovedora, Lizzie demostraba una determinación feroz para todo: las persecuciones a pie, las peleas, las escenas de crimen difíciles, los sospechosos agresivos. De pie, con el peso sobre una pierna y la cabeza ladeada, se debatía mientras les daba vueltas a las decisiones policiales. Un día, con la rodilla del uniforme rota por haber derribado a un ladrón después de una persecución. En otra ocasión —tan obviamente atraída por él—, de pie en la oficina de Kieran, sosteniéndole el chaleco antibalas mientras él dirigía por radio un incidente con armas de fuego y luego, acompañándolo al patio para observarlo partir con las luces azules encendidas.

Estar cerca de Lizzie había sido como ser un animal en uno de esos programas de fauna salvaje, atraído de manera irresistible por alguna feromona en el aire. ¡Había tenido tantas ganas de follársela! En un intento por inculcarse a sí mismo que no era un animal salvaje, había tratado de ser algo mejor que su versión más joven. Cuando retomó su actividad como policía uniformado, se prometió a sí mismo que ponerse el uniforme simbolizaría un cambio interior. Ahora sería visible. Sería lo que parecía ser. Y aunque su esposa siempre había preferido mirar hacia otro lado, sabía que ella también esperaba lo mismo.

Mientras se resistía a Lizzie, la cercanía con ella le había generado cierta agonía deliciosa. Pero no pasó mucho tiempo antes de que sintiera que esa resistencia lo hacía sentir menos, y no más,

de lo que era. Podía ser una tontería, el apetito de un hombre mayor por una mujer joven, pero, Dios, todos somos mortales. Había sabido muy bien lo que hacía cuando la llevó a su casa después de compartir unas copas con el resto del equipo. Podía imaginarse la narración de David Attenborough, como si estuviera en un documental: "El macho se ofrece a llevar a la hembra a su casa y le sugiere tomar una copa en su piso. La hembra acepta". No había habido ningún preámbulo una vez que se cerró la puerta del apartamento. Ni siquiera habían llegado al dormitorio. La primera vez se la había follado en el suelo de la sala de estar, inmovilizada contra la mesita de café. Luego habían vuelto a hacerlo en la cama. Se había sentido tan vivo. Lizzie era corredora y tenía la disciplina discreta de alguien que había competido a un nivel decente. A veces, mientras él fingía estar dormido, ella se escabullía de la cama temprano y se ponía una camiseta vieja y unos pantalones . Cuando oía cerrarse la puerta, Kieran se asomaba a la ventana y la observaba correr calle abajo, estirando su paso sin ningún esfuerzo.

Era una mujer libre.

Kieran, que creía en las personas como seres separados, admiraba a los pocos que lo entendían así. Formaban parte de un pequeño club capaz de afrontar la verdad sobre la vida. Aunque tal vez aún no lo supiera, no cabía duda de que Lizzie era una de esas personas. En el fondo de su corazón, él siempre había sabido que algún día ella lo dejaría. Era joven: seguiría adelante. Lo entristecía, pero era inevitable. No era un cínico, pero tampoco se engañaba a sí mismo. Por supuesto que tenían una relación, incluso algo más que eso. Habían pasado cosas y él se preocupaba por Lizzie, tal vez hasta la amaba. Cuando la apuñalaron, se había sentado junto a su cama en cuidados intensivos y había arriesgado su matrimonio para estar con ella. Le había dicho que la quería. Pero ni siquiera eso había cambiado nada. Ella era joven. Él estaba casado. Todos los fuegos se consumen por sí mismos. Siempre serían amigos.

Pero entonces, todavía en la cama del hospital, Lizzie le había confesado que estaba embarazada.

Fue una traición mayor que si lo hubiera dejado. En un instante, ella dejó de ser algo sencillo, la hembra en celo y vulnerable que lo llamaba a través del viento para convertirse en algo que tiraba de él y lo confundía. Le dijo que él preferiría que abortara, pero que era su cuerpo y su decisión. Cuando ella hizo lo que le había recomendado, tomar su propia decisión, casi no soportaba mirarla. Era una historia diferente a la que él había imaginado.

Su cuerpo de corredora había cambiado, su vientre se había hinchado como si se hubiera tragado algo que le pertenecía a él. Kieran se había enfadado. Se había enfadado con su fertilidad o quizá con su capacidad para cambiar y convertirse en algo tan distinto. Él también había cambiado, había perdido fuerza y claridad. Habían tenido una discusión: ella con los brazos cruzados sobre el pecho, él de pie en la puerta del apartamento. ¿Debía asistir al parto? Había parecido una conversación entre cuatro voces, ambos a favor y en contra. Al final, la hermana de Lizzie la había acompañado y él había recibido un mensaje de texto con una foto. El bebé era un niño, Connor, habían acordado, después de otra serie de mensajes. Luego había cogido en brazos a Connor y había sentido el fuerte destello de vida que ya despedía este pedacito de ser humano que aún no podía sostener la cabeza. Su hijo. Había visto cómo los ojos del bebé lo estudiaban y registraban su rostro. Ahora, él y Lizzie ya estaban unidos para siempre.

Aquí, en Victoria Street, una corredora londinense lo devolvió al presente; se acercó corriendo hacia él con los auriculares en las orejas; respiraba con dificultad y sudaba. Kieran tuvo que apartarse. Se giró y la observó desaparecer deprisa calle arriba.

Estaba en la pequeña curva que llevaba a NSY: había recorrido la distancia desde la estación

como perdido en un sueño. Se reprochó su distracción. La fase de detención de la operación se acercaba con rapidez. Era un momento de nerviosismo; las armas ya estaban en el Reino Unido. Era un riesgo estudiado retrasar su incautación, pero aun así, ¡tenía que concentrarse! Controló su respiración y se convirtió en otra persona.

Al cruzar el patio delantero frente al edificio de los años sesenta y pasar junto al letrero giratorio, Kieran Shaw no aceleró el paso. Más bien se convirtió en una figura anodina de camino a otro lugar. Habría sido fácil pasar por alto el momento en que se deslizó por la puerta lateral y mostró su tarjeta de identificación. Apartado de los cristales, se detuvo en el control de seguridad y no mostró ninguna impaciencia mientras los guardias le pasaban el detector manual alrededor del cuerpo. Esperó el ascensor, sin mirar a los ojos a nadie —uniformes, portacredenciales, ropa elegante—, dispuesto a ser tan visible como un fantasma que no deja huella en una placa fotográfica.

El descansillo estaba desierto, la puerta más allá del vestíbulo del ascensor estaba cerrada para quienes no contaban con la autorización específica. Aunque dentro de la zona de seguridad de la quinta planta Kieran estaba protegido de miradas indiscretas, seguía sintiéndose contaminado por estar en un edificio policial, como si el lugar fuera a entrar en su alma y a traicionarlo a él y a aquellos con los que trabajaba.

Deslizó su tarjeta de identificación policial y se dirigió por el pasillo desierto hacia la oficina de la esquina.

Baillie estaba sentado en su escritorio y su silueta se delineaba a medias en las ventanas a sus espaldas: un hombre delgado, de cabello rubio, cejas pálidas y piel salpicada de pecas como la arena. Llevaba el botón superior de la camisa desabrochado y su corbata estaba sobre el escritorio. Pese a su aire informal, la camisa era a medida y la corbata, de seda. Las fotos familiares obligatorias estaban exhibidas en los estantes detrás del escritorio: un niño que sonreía a la cámara mientras sostenía un pescado; un grupo de personas, entre ellas Baillie, reunidas alrededor de una pareja de novios en un jardín soleado. También estaban los recuerdos habituales de un oficial de alto rango. Distinciones enmarcadas. Un recorte de periódico: “Juez encarcela al jefe de una banda de traficantes de cocaína valorada en 70 millones de libras”. Una foto de Baillie de pie con un oficial de policía negro y grandote delante de un mural. Era la pared del Museo de Bob Marley en Kingston, Jamaica. Kieran reconoció el lugar y el uniforme del oficial porque había estado allí.

Un par de años atrás, habría pensado en Baillie como un alma gemela: ambos habían trabajado con criminales de verdad. Pero no eran iguales. Eran como dos partes de un diagrama de Venn, y Kieran era cauto en cuanto al tamaño y la naturaleza exactos de la elipsis que compartían. Respetaba a Baillie, pero respeto no es lo mismo que confianza.

¿De inspector jefe a comisario general en menos de dos años? Baillie se estaba moviendo con rapidez y eso generaba sospechas en Kieran. ¿Acaso la velocidad de su progreso revelaba un deseo de más? ¿Tenía el ojo puesto en los rangos más altos?

Cuando Kieran se había enterado de que Baillie sería el comandante estratégico de la Operación Perseo, lo había buscado en Google. Allí estaba, hablando con soltura en un documental de la BBC sobre el impacto de la delincuencia en las comunidades, la interrelación de los problemas sociales, económicos y psicológicos, el daño persistente que derivaba de los actos violentos. Tenía la típica expresión de un funcionario de alto rango. Todo eso podía ser cierto, pero ser policía era otra cosa.

Ese tipo de discurso tenía su agenda propia. Baillie lo había saludado con afecto en el

cementerio el día del funeral de Hadley; Kieran recordaba los narcisos entre las lápidas. Pero la calidez del saludo no había borrado de memoria de Kieran el recuerdo de cómo, antes de que la investigación lo hubiera exonerado, Baillie se había mantenido a una distancia cauta, listo, según Kieran había comprendido muy bien, a arrojarlo bajo el autobús sin pensarlo si eso resultaba necesario.

Baillie se había puesto de pie y le ofreció la mano. Fue un apretón firme, como Kieran habría esperado.

—Perdona que te haya hecho venir de este modo. Sé que no te gusta.

Kieran tomó asiento sin hacer ningún comentario. Estiró las piernas.

La expresión de Baillie delató un momento de evaluación intensa antes de proseguir.

—Anoche hubo un homicidio en el área de operaciones de Perseo. ¿Te has enterado?

Kieran habló sin inflexión en su voz.

—Spencer Cardoso, quince años. Herida de arma blanca en la arteria femoral. No se ha identificado a ningún sospechoso.

—No me refería al informe policial. Ya lo he leído. Me refería a qué se dice en la calle.

Kieran ya sabía de qué iba aquello. Siempre que los altos mandos se atrevían a formar una unidad especializada para abordar un problema concreto, acababan intentando ampliar el ámbito de la misión para lidiar con todo lo que aterrizaba en sus escritorios. Era probable que este homicidio reciente hubiera sido mencionado esta mañana en alguna reunión en un piso más alto y Baillie ya estaba sintiendo la presión. En su rango, era como un juego de bolos: el último que quedaba en pie conseguía el ascenso.

—No hemos oído nada. Si averiguamos algo, me aseguraré de comunicarlo.

—El subintendente adjunto nos ha solicitado información —contestó Baillie—. Había un chico con la víctima, que podría resultar clave.

“Clave”. La palabra hizo sonreír a Kieran. Sugería una sofisticación mucho más allá de estos actos de violencia adolescente. Tal vez un golpecito en la ventanilla de un coche y un pobre chico muerto por haber estado en el código postal equivocado. Eso era todo lo que solía haber detrás de estos homicidios.

—Leí el informe esta mañana. No parece que tenga nada que ver con nosotros. Diría que es un poco más de la misma mierda de siempre. Uno le falta el respeto al otro. El otro tiene una navaja. Bum. La clásica disputa de territorio, “te metes en una pelea estúpida y mueres”, nada serio ni relacionado con el crimen organizado. El equipo de Homicidios debería poder hacerse cargo sin problemas.

—El subintendente adjunto no piensa lo mismo. Cree que con Perseo en marcha deberíamos tener más información de lo que ocurre sobre el terreno. El chico que el equipo de investigación principal está buscando es un testigo probable. Si lo identificamos…

—¿Nos está pidiendo que nos ocupemos de eso?

—Te estoy preguntando lo que sabes.

—Ya le he dicho lo que sabemos.

Sin embargo, a Kieran se le ocurrió que tal vez el tira y afloja entre los Soldados y los Hermanos se había intensificado. Había habido una pelea después de un concierto, una plantación de cannabis se había prendido fuego y ahora este apuñalamiento.

Su móvil empezó a sonar. Lo sacó del bolsillo y miró la pantalla. Lizzie.

Otra vez.

—¿Necesitas contestar? —preguntó Baillie.

Kieran pulsó “rechazar”.

—No. Puede esperar.

Se produjo un breve silencio. Luego, Baillie confirmó lo que Kieran había estado pensando.

—Las estadísticas muestran un aumento de la violencia en el área cubierta por Perseo.

Kieran lo interrumpió.

—Razón de más para no aflojar y efectuar las detenciones antes de que estalle una guerra a gran escala.

Baillie dio un golpecito en el escritorio y no dijo nada. Kieran supuso que el policía que había en él estaba de acuerdo, pero que el ambicioso oficial superior estaba calculando la extensión de los riesgos y los beneficios.

—¿Sabes algo en concreto sobre este homicidio? Es una pregunta directa y estoy tomando nota.

Kieran meneó la cabeza.

—Jefe, lo que está pasando es lo que pasa siempre, a veces más, a veces menos. Sabe tan bien como yo que Perseo no puede cubrir todos los altercados, las novias despechadas y los malos negocios en el norte de Londres. Tenemos información muy detallada, pero solo en la medida en que es relevante para nuestros objetivos. Y esa información es buena. Estamos a días, quizás menos, de un decomiso importante. Siempre es difícil esperar a Navidad: la buena noticia es que este año llegará pronto y le he pedido a Papá Noel un maletero lleno de armas automáticas. Me ha ido muy bien este año, así que soy optimista. Le pido, señor, que hable con el subintendente adjunto y le explique que necesitamos proteger lo que tenemos. En cuanto les pidamos a nuestros agentes encubiertos que recojan información sobre delitos específicos, los objetivos empezarán a preguntarse de dónde viene esa información. Recuérdele al subintendente adjunto que nuestro pez gordo está tratando de dar un gran golpe. Pero no estamos tras Shakiel solamente: los rumanos intentan convertirse en proveedores. Hay que borrarlos del mapa. Un arma puede matar a mucha gente.

Kieran se marchó de NSY. Su mente estaba concentrada en Perseo y eso lo hizo acelerar el paso. Llevaba dos años recopilando información sobre Shakiel Oliver. Ahora era el momento de juntarla y organizarla. La reunión le había demostrado que no podría seguir protegiendo la operación de los entrometidos durante mucho más tiempo. ¡Joder! Su teléfono sonó de nuevo y estuvo a punto de lanzar un insulto. Sabía quién era sin necesidad de contestar. Lizzie debía de necesitar ayuda de último momento con Connor. Siempre pasaba lo mismo. Lizzie no tenía remedio.

Lo enojaba. No, le preocupaba. Porque Connor se merecía algo mejor.

Sonrió pensando en su hijo. Tal vez fueran los hoyuelos en sus hombros y debajo de sus rodillas regordetas. Tal vez fuera la maravilla de ese mecanismo misterioso que giraba en el interior del niño y desencadenaba cada nuevo avance en su desarrollo. Connor rodaba sobre su barriga, luego se sentaba, luego gateaba, luego lograba ponerse de pie en un momento como ralentizándose, con la cabeza que flotaba por encima de su cuerpo y sonidos nuevos que escapaban de él como burbujas a través del agua.

“Pa-pi”.

Kieran aminoró la marcha. Contempló la ancha calle de Londres, repleta de autobuses, taxis y furgonetas. El aire cargado de humo de los coches. Este no era el lugar ni la forma de criar a un hijo: una madre soltera que trabajaba a turnos y vivía en un piso de una habitación.

Pensó en Connor otra vez. Le había comprado unos animales de madera en el puesto de un mercadillo y lo había observado colocarlos y moverlos en el suelo como si estuvieran caminando por la llanura africana.

Pero ahora tenía que pensar en términos prácticos, en lo que sería mejor para Connor…

Cuantas más vueltas le daba, más factible le parecía a la idea de su esposa, Rachel. Cuando ella se la había planteado por primera vez, a él le había parecido inviable. Además, según las reglas, él era el culpable, ¿no? ¿Cómo podía sugerir la única cosa sensata que funcionaría para todos?

Pero ahora no estaba tan seguro.

Tal vez, después de todo, sí había una solución que funcionaría para todos: para él, para Lizzie y para Rachel. Para Connor y también para su hermanastra Samantha. Hablaría con Lizzie. Tenía que ser audaz.

CAPÍTULO 10

HABÍA UNA NUEVA NORMA QUE prohibía a los agentes entrar donde se guardaban las pertenencias de los arrestados. Era un nuevo obstáculo en el ya complicado flujo de protocolos de arresto. El oficial de detención estaba haciendo sus verificaciones de cada media hora, así que tuvieron que esperar: Ryan estaba sentado entre su madre y Lizzie, mientras el oficial pasaba despacio junto a ellos con la paciencia de un peregrino, llaves en mano. Desde el banco, se oían los sonidos habituales de la zona de detenidos: el ruido de pasos sobre el suelo de plástico, los gritos desde las ventanillas en las puertas de las celdas, el murmullo de las radios de la policía; desde la sala médica, en el pequeño altavoz del iPhone de la enfermera sonaba *Sultans of Swing*. El representante legal, ahora que sabía que Ryan saldría bajo fianza, se había largado. El teléfono de Lizzie emitió el sonido de un mensaje de voz, pero lo ignoró.

—¿Qué has hecho al final con tu hijo? —preguntó Ryan, saliendo de su estupor.

Lizzie se volvió hacia él.

—¿A qué te refieres?

—Dijiste que la niñera no podía recogerlo.

—Ah, eso, sí. Tengo una vecina…

—¿Lo has dejado con una vecina?

—Sí, nos ayudamos mutuamente.

—Señorita policía —pronunció son sorna—. Deberías haberte ido a casa con tu hijo.

—Vamos, Ryan. No puedo irme a casa hasta que tú lo hagas.

—Tu hijo debería ser lo primero. —Se volvió hacia Loretta—. ¿Qué clase de madre crees que eres?

Loretta miró a Lizzie con expresión comprensiva.

Y entonces llegó el oficial de detención con la bolsa de plástico que contenía las pertenencias de Ryan y, por fin, atravesaron la zona de seguridad y salieron a la oficina de la comisaría. Eran las siete de la tarde y el día se había deslizado de manera imperceptible hacia un crepúsculo lluvioso.

Dentro de la comisaría, Lizzie se dispuso a oír sus mensajes. No había señal en el pasillo sin ventanas, entonces desbloqueó el teléfono, pulsó el icono de reproducir y volvió a atravesar la oficina de la comisaría para salir a la calle. Con el móvil en la oreja, se dio cuenta de algo interesante. Loretta estaba sola en la parada de autobús. Ryan avanzaba por la calle hacia un coche oscuro.

Empezó a escuchar el mensaje. Era de Kieran. Por fin le había devuelto la llamada, aunque demasiado tarde. Oyó a medias el predecible mensaje: “Me es imposible ir ahora. Explícale la situación al sargento y vete a tu casa”, mientras veía cómo se abría la puerta del acompañante del coche desde dentro, del lado del copiloto, y Ryan entraba.

Alguien lo había estado esperando, y eso le interesó. En una situación normal, Ryan no recibiría ese tipo de trato. Era un ladrón de teléfonos de poca monta, un chico en bicicleta con unas pocas bolsas de cannabis en el bolsillo. Lizzie se guardó el móvil en el bolsillo trasero y sacó un bolígrafo de su chaqueta. Mientras el coche se alejaba en silencio, se apuntó la matrícula en el dorso de la mano.

CAPÍTULO 11

CUANDO RYAN SALIÓ DE LA comisaría con Loretta, un coche que estaba al otro lado de la calle encendió las luces. Sin siquiera pensarlo, Ryan supo quién estaba dentro.

—Tengo que irme, mamá —dijo, y se alejó deprisa para que ella no lo avergonzara con sus protestas.

El coche era puro Shakiel: discreto y con clase. Blanco, con una insignia VW. Un Touareg. Bonito. La puerta trasera se abrió. Ryan entró y el coche se alejó.

Reconoció al conductor, Jarral, por su cuello largo y su cabeza estrecha. Su corte de pelo era horroroso: corto en los lados, largo en la parte superior y engominado hacia arriba. A otra persona le habría sentado bien, pero a Jarral le hacía parecer estúpido. Tenía ganas de decirle "Tío, haz algo con eso", pero no podía. Respetar a Jarral no le parecía lógico. Le encantaba presumir, pero todo el mundo sabía que en realidad no era nada, solo el perrito faldero de otro.

El interior del coche era oscuro. Asientos de cuero. Shakiel iba en el asiento del copiloto. Era difícil verlo con claridad. Tenía la cabeza vuelta hacia un lado y miraba por la ventanilla; mientras avanzaban, la farola de la calle iluminó su perfil y un brillo cambiante y anaranjado destelló en su piel oscura. A Shakiel le gustaba hacer las cosas despacio. Era algo que lo diferenciaba de los demás.

Por encima del hombro de Shakiel, Ryan observó la calle que pasaba: un par de chicas con tacones, un guardia de tráfico nocturno. Sus ojos volvieron a posarse en Jarral, el conductor. Estaba mirando por el espejo retrovisor.

—¿Va todo bien? —preguntó Shakiel sin volverse.

—Creo que sí —respondió Jarral.

Shakiel bajó el retrovisor del parasol y miró a Ryan.

—¿Estás bien, hermano?

—Sí, tío.

—¿Por qué te detuvieron?

—Por el gilipollas al que golpeé. En el concierto.

—Oh, eso.

Ryan se sentía como una bebida gaseosa agitada con la tapa bien cerrada. Quería quitar la tapa y dejar que saliera todo. "¿Por qué me dijiste que le pegara, Shaks? Por eso Spencer está muerto, ¿verdad?", pero no abrió la boca. Alguien que hablara mucho aquí podría haber hablado mucho en otro lado.

Shakiel guardó silencio durante un largo rato.

—¿Qué tienen? —preguntó por fin.

Ryan se encogió de hombros.

—Vídeos de seguridad. Me pillaron peleando.

—¿Cómo saben que eras tú?

—Un poli me identificó.

—¿Tienen algo más?

—Ni idea. No creo.

—¿Tienen tu ropa?

—No. Me deshice de ella esta mañana. Llevaba puesta la chaqueta cuando Spence… —vaciló.

Shakiel se estiró hacia atrás y le apoyó una mano en el brazo.

—Ya hablaremos de eso. —Hubo una pausa y retiró la mano—. ¿Qué les dijiste?

—Sin comentarios. —Cuando nadie respondió, Ryan añadió—: Dije sin comentarios, ¿vale?

—¿Te chivaste? —preguntó Jarral.

—Ya os he dicho lo que hice.

—¿Te llevaron a una sala apartada? ¿Te pidieron que hablaras con ellos? ¿Te dijeron que eran tus amigos? ¿Ese tipo de cosas?

Ryan negó con la cabeza, pero pensó en Lizzie Griffiths de pie en el patio del centro de identificación, ofreciéndole un cigarrillo. Eso había sido bastante amistoso.

—No.

—¿Averiguaste algo más?

—¿Qué quieres decir?

—Cuando la poli te interroga, tienes que prestar atención. Tú también los estás interrogando. Averiguando lo que tienen.

Ryan se encogió de hombros.

—Ni idea, Shakiel. Solo me preguntaron qué estaba haciendo en el concierto. Contesté que sin comentarios.

Jarral miró por el espejo retrovisor.

—Si presentan cargos, publicarán el interrogatorio. Se sabrá todo lo que dijiste.

"Gilipollas".

—No dije nada.

Shakiel asintió con aire pensativo.

—Vale. ¿Y ahora?

—Estoy bajo fianza.

Shakiel lo miró.

—¿Qué pasó con Spence?

Ryan se tapó la boca con la mano. Quería contarlo, sí, pero no sabía cómo. Y había cosas que necesitaba saber, pero no se atrevía a preguntar. De todos modos, Shakiel volvió a hablar.

—Pero lo más importante: ¿Por qué me llamaste?

—Lo siento. Me entró el pánico.

—La cosa es que no puedes llamarme desde ningún teléfono, hermano. Sobre todo, desde uno que le robaste a un puto conductor de ambulancia.

—No estaba pensando con claridad.

—Ahora es un problema. En el que tú me has metido.

Ryan no pudo controlarlo. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Se echó hacia atrás para intentar ocultar su rostro en las sombras. No quería que Jarral lo viera.

—Tienes suerte de ser familia —agregó Shakiel.

Ryan se pasó la manga por la cara.

Se hizo silencio. Shakiel estaba pensando.

—Escucha, mantente fuera de la vista. No uses ningún móvil desechable. Con eso bastará.

—Vale.

—¿Dónde está la pasta, entonces? —intervino Jarral.

Shakiel interrumpió.

—Cierra la puta boca, Jarral.

Ryan tragó con fuerza a pesar del nudo en la garganta. Gracias a Dios Shakiel había puesto a su perrito faldero en su lugar. De ninguna manera se dejaría joder por ese gilipollas. Shakiel era diferente, por supuesto. Shakiel nunca necesitaba darse aires.

—Ryan, nos conocemos hace tiempo, mucho tiempo —dijo Shakiel.

—Sí.

Era verdad. Ryan conocía a Shakiel desde hacía más tiempo del que podía recordar. Él le había contado más que nadie sobre su padre: historias sobre cómo habían crecido juntos, igual que él y Spence, de cómo solían andar juntos de niños y las cosas que hacían, como tirar globos de agua a los coches y activar la alarma de incendios en la escuela. La diferencia era que Shakiel nunca se había sentido como Ryan ahora. Shakiel había sabido qué hacer. No había estado tratando de no llorar en la parte trasera de un coche.

—Cuéntame qué pasó.

—Fuimos a encontrarnos con Lexi, como nos dijiste. Pero en vez de ella, aparecieron dos tipos. Uno tenía un tatu, un pájaro en el cuello. Los dos tenían navajas. Nosotros no teníamos nada. Spence…

Paró de hablar. Jarral lo observaba por el espejo retrovisor.

—Sí, Spence. El chico con el tatuaje se adelantó y lo apuñaló. —Tuvo que contar el resto con mucha rapidez, sacárselo deprisa porque no quería que Jarral lo viera llorar—. Shaks, conozco a Spencer desde la escuela. Tenemos que buscar a esos cabrones y vengarnos.

Shakiel lo interrumpió.

—Ryan, ya sé que tenemos que encontrarlos y vengarnos. ¿No me conoces todavía?

Ryan sintió una quietud sobre su rostro. Claro que lo conocía.

—Me llevó casi dos años vengar a tu padre, pero lo hice.

Incapaz de hablar, Ryan asintió con la cabeza.

—Necesitamos que las cosas se calmen, solo un poco. Están pasando demasiadas cosas. Tienes que confiar en mí. No voy a dejar que esos hijos de puta se salgan con la suya, pero tenemos que esperar. Eres como un hijo para mí. Sé que estás sufriendo, pero tienes que esperar tu momento.

—¿Sabes quién lo hizo?

—Confía en mí, Ryan. Me estoy ocupando de esto. Vamos a vengarnos de esos cabrones, pero todavía no.

CAPÍTULO 12

TRES HOMBRES ESTABAN DE PIE en una escalera de incendios. Era difícil distinguir detalles identificativos en la grabación de las cámaras de seguridad, pero Lizzie podía hacerse una idea general. Dos de ellos, un hombre negro alto y corpulento y otro más delgado, pálido y con el pelo tieso como un cepillo, estaban apoyados contra la pared. La falta de movimiento de ambos sugería que eran mayores que la tercera figura, el sujeto con la sudadera con capucha de Superdry, que se movía como haciéndose el gracioso. Como si estuviera presumiendo: eso era lo que parecía. En un momento dado, brincó sobre el rellano como un boxeador e hizo gestos de lanzar puñetazos.

Ryan había sido identificado como el chico de la sudadera de Superdry, y cuanto más observaba las imágenes de las cámaras de seguridad, más convencida estaba Lizzie de que la identificación era correcta. No solo por el aspecto del chico, sino también por su comportamiento. Aun cuando los rostros no se pudieran identificar, podía utilizar el logotipo de la sudadera para seguir los movimientos de Ryan y saber qué había pasado en el concierto.

Connor se agitó en sus brazos y Lizzie congeló la escena. Estaba sentada ante la mesa de la cocina, con Connor en el regazo. Bañado y con un pijama limpio, se había quedado dormido en sus brazos. Estaba cansada, pero se estaba poniendo al día con las grabaciones del concierto y estaba progresando. No debería hacerlo en su casa, pero ¿en qué otro momento tendría la oportunidad de verlas? Tenía identificados a esos tres tíos llegando al lugar y una imagen mejor de ellos caminando juntos por el centro comercial. Siempre que veía a Ryan, estaba con los otros dos, excepto en el momento en que cruzó solo el vestíbulo y asestó ese único golpe sin motivo.

Extendió un brazo sobre Connor y anotó en su cuaderno la hora y la cámara, pero, al sentirse apretado bajo el cuerpo que se estiraba, el bebé se retorció y protestó en sueños. Era bastante pesado y su enfado la hizo reír. ¡Era como abrazar un saco de arena enfadado! Se inclinó y lo besó en la cabeza; la envolvió una oleada de algo físico que no podía nombrar. Como ganas de apretarlo fuerte. O de comérselo, tal vez. Le mordisqueó la mano y él la apartó, irritado porque le alteraba el sueño. Lizzie se rio de nuevo.

—Vale, gruñón. Vámonos a dormir.

Había hecho un buen trabajo. Era hora de parar.

Pero sonó el timbre. El reloj en la pantalla del ordenador marcaba las 21:30. Por el amor de Dios. Se colocó a Connor en el hombro. Él volvió a protestar, pero ella le acarició la espalda y él se acurrucó en su clavícula. En la puerta principal, desplazó la cadera para contrarrestar el peso dormido de Connor, por la mirilla y vio a Kieran esperándola con más animación de la que parecía necesaria.

Abrió la puerta.

—Es tarde.

—Sí, lo siento. Quiero hablar. ¿Puedo pasar?

Lizzie entró en la sala de estar. Ahora que él estaba allí, vio, casi como a través de los ojos de él, lo mucho que había cambiado su piso en comparación a cómo había estado antes de Connor. Ropa de bebé doblada y un vaso Tommy Tippee morado sobre la mesa. Había que limpiar la trona.

—¿Connor no debería estar acostado?

Lizzie suspiró.

—Sí, debería, pero cuando intenté hacerlo, se puso a llorar.

Kieran parecía decidido a marcarle todas las cosas que estaba haciendo mal. Lizzie se guardó la otra cosa que protestaba en su interior, porque eso solo serviría para darle más munición: que este era el primer momento aceptable que había pasado con Connor en todo el día.

Su salvapantallas reproducía imágenes rotativas de su hijo. Dormido en la cuna, con los brazos estirados a los lados y doblados hacia arriba como la letra H. De espaldas, con expresión de profunda concentración mientras jugaba con su gimnasio para bebés. Luego, sobre el hombro de su madre, en un éxtasis de risa mientras ella le hacía pedorretas en la tripa.

Kieran hizo un gesto hacia el ordenador portátil.

—¿Qué estás haciendo?

Ella se encogió de hombros. Él se acercó y, sin pedir permiso, movió el ratón. El ordenador aún no estaba bloqueado y Kieran vio la imagen borrosa pero inidentificable e inequívoca de una cámara de seguridad. Enarcó las cejas, pero no dijo nada.

Lizzie apartó una silla de la mesa con el pie y se sentó.

—¿En qué otro momento voy a verlo si no?

Connor, molesto quizá por el tono, se agitó. Lizzie le dio unas palmaditas en la espalda e intentó tranquilizarlo, pero Kieran siguió hablando.

—No en tu propia casa cuando no estás de servicio, eso seguro.

Y con eso Connor se despertó de manera irremediable, con la expresión fruncida de un bebé enfadado. Su mirada se enfocó y extendió los brazos hacia su padre para que lo cogiera. Lizzie se lo pasó y Kieran lo sentó en sus rodillas y empezó a sacudirlo de arriba abajo como si estuviera montando un caballito. Era bonito, vale, pero el momento de conciliar el sueño se había perdido.

Kieran levantó la vista y advirtió su enfado.

—¿Estás bien?

—Estoy muy bien.

Kieran sonrió.

—Lo de la grabación no era ninguna crítica. Solo intento cuidarte. Traer estas cosas a tu casa te puede acarrear todo tipo de problemas.

Si de verdad hubiera querido cuidarla, podría haberse quedado con Connor antes, como ella le había pedido. Pero aquí estaba ahora, no cuando Lizzie lo había necesitado, sino cuando a él le convenía. Suspiró. Estaba cansada, era poco razonable, tenía ganas de discutir y se sentía incapaz de pensar con claridad. Se puso de pie y fue hacia la puerta.

—Lo siento. Mañana me toca madrugar. Tengo que irme a la cama. Si quieres pasar tiempo con Connor, ¿puedes acostarlo antes de irte?

—¿Estás viendo la grabación de seguridad aquí porque tuviste que salir antes del trabajo?

El dejo tono compasivo le molestó. Y también que él pensara que le había hecho caso.

—No me fui antes.

Había sido estúpido decir eso. Kieran saltó y sobreaprovechó la oportunidad sin vacilar.

—¿Quién se quedó con Connor entonces?

—Mi vecina. Sandy. Te hablé de ella.

Podía oír la crítica tácita: dejar a su hijo con alguien que no conocían bien.

—Ella también es una madre. Nos ayudamos mutuamente. —Se frotó la nuca—. Mira, Kieran, si no puedes ayudarme con Connor, lo solucionaré como a mí se me dé la gana.

—¿Has hecho alguna averiguación sobre ella?

—Si te refieres a lo que creo que te refieres, entonces no, no la he investigado, porque eso sería ilegal. —Dio un paso hacia él y extendió los brazos para coger a su hijo—. ¿Sabes qué? Dame a Connor y déjame ir a la cama, ¿quieres? Ha sido un día muy largo.

—Lo siento. La cosa ha salido mal. No he venido aquí a pelear. Quería hablar. Conversar contigo. Ver cómo podemos mejorar las cosas.

—Me estás cansando y necesito irme a dormir. Como te dije, me tengo que levantar temprano.

Kieran sonrió a Connor y luego echó una mirada alrededor del apartamento.

—Pero esto no está bien, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir con que no está bien? ¿Qué es lo que no está bien? Sería mejor si ayudaras más, pero está bien.

—¿De verdad?

—Sí. Yo estoy bien. Los dos estamos bien.

—Estás agotada. No puedes hacer bien tu trabajo. ¿Y qué hay de Connor? Incluso cuando estás en casa, te pones a ver grabaciones de cámaras de seguridad.

—Dámelo. Me voy a la cama.

—En un minuto. Quiero sugerirte algo. Algo para ayudar.

CAPÍTULO 13

MIENTRAS CONDUCÍA, KIERAN AÚN PODÍA oír a Lizzie. Primero, su incredulidad.

—¿Tú y tu esposa queréis adoptar a Connor?

Había esperado que se sorprendiera. Era razonable. Pero también había esperado que se comportara como una adulta: que escuchara. Al menos, que considerara la posibilidad. Pero cuando trató de explicarle la lógica de la idea —que la puerta trasera de su casa daba a un campo agrícola y que Connor olería a tierra, a arroyos y a sol en lugar de a gasolina, y que Rachel siempre estaría a su lado en lugar de que Lizzie tuviera que recurrir en el último momento a extraños para cuidarlo—, la expresión de Lizzie había cambiado. Una alarmante suavidad en su boca había insinuado posibles lágrimas.

—Soy su madre.

Estaba claro que no era el momento de persuadirla de lo acertado de la propuesta. Lo que había que hacer ahora era mantener a raya la amenaza de la emoción. Hablarían de ello en otro momento.

—Estás cansada.

Ah, ¡demasiado tarde! Había elegido mal las palabras. La elección de palabras había sido errónea y, en un instante, el riesgo de lágrimas se transformó. Ahora estaba enfadada. Lo advirtió en el ligero ceño fruncido entre sus ojos.

—No tiene nada que ver con estar cansada.

Kieran quería ser amable, pero la verdad era que cuando ella se ponía así, no la entendía. Tan cambiante. ¡Tan irrazonable!

—Connor necesita estar conmigo. Soy su madre.

—Pero lo seguirías viendo. Seguirías siendo su madre.

—No, Kieran. No, no, no. No voy a hacer lo que me dices. Olvídalo.

Connor, conectado al humor de su madre como un vehículo a un motor, había empezado a llorar. Tenía la cara arrugada. Era lo último que Kieran hubiera querido. Justo lo contrario.

—Tienes que calmarte. Tú elegiste tener a Connor. Ahora los dos tenemos que pensar racionalmente qué es lo mejor para él.

—Ya sé lo que es mejor para él. Necesita estar conmigo.

Eso no era un argumento de verdad, ¿no? Era emoción.

—Como dije, estaría contigo. Parte del tiempo. Cuando no estés trabajando.

No era exactamente lo que Rachel había sugerido, pero bueno…

La expresión en del rostro de Lizzie había cambiado. Ahora era casi serena y distante.

—¿Y el resto del tiempo estaría con tu esposa?

—Sí. —La miró; le costaba descifrarla—. ¿Entiendes? Tendrías lo mejor de los dos mundos: podrías ver a Connor… —explicó y, en este punto, le dedicó lo que esperaba que fuera una sonrisa comprensiva— y también podrías volver a calzarte las zapatillas de correr y empezar a disfrutar de la vida de nuevo.

El semblante de ella permaneció inmutable, aunque tal vez un poco más intenso.

—Entiendo que es difícil para ti, Lizzie. Lo entiendo. Y te agradezco por siquiera considerarlo.

Pero piensa en Connor. Estaría seguro y feliz. Sé que lo estaría. Y tu vida sería mucho más fácil. Rachel es una madre increíble. Tampoco es fácil para ella, pero está dispuesta a hacerlo.

Ah, ahora entendió su expresión. Qué idiota había sido. Era desprecio. Por supuesto. Pero de todos modos insistió, porque ahora que había empezado, no podía parar.

—Piensa en Rachel por un momento.

Lizzie sacudió la cabeza, casi como desconcertada.

—Pero lo que más importa eres tú, ¿no? Eso es siempre lo más importante,

Y entonces, de repente, Kieran fue quien levantó la voz. Porque ella estaba siendo una gran egoísta. Y mezquina. E infantil.

—Connor viviría con una mujer que no estaría tratando de encontrarle un momento entre turnos. Y viviría con su hermana. Piensa en eso. Eso es una familia. No esto. No un apartamento de una sola habitación y tener que dejarlo con los vecinos cuando no puedes salir pronto del trabajo.

—Hoy podrías haberme ayudado.

—Estaba ocupado. Nunca dije que quisiera tener otro hijo.

—Lárgate, Kieran. Mañana tengo que trabajar temprano. No quiero oír más al respecto. Vete.

Gracias a Dios que Lizzie había dicho eso, porque en ese momento, salir de allí había sido exactamente lo que él necesitaba hacer. Una ira creciente se acumulaba en su interior. Lo último que ninguno de los dos necesitaba era empezar a levantar la voz y que un vecino entrometido llamara a la policía.

Se alejó en el coche con el motor rugiendo, poseído por la indignación. Pensó en la posibilidad de contratar a un abogado. Sí, eso es lo que haría.

Pisó el freno. Más adelante, el semáforo de peatones se había puesto en rojo a pesar de que nadie lo estaba utilizando. ¿Por qué todos los putos semáforos estaban en su contra? Tardaban siglos en cambiar y muchas veces sin motivo. Las reparaciones de las calles también generaban retrasos y eso que no pasaba ningún coche. Por Dios. De repente, el presente se tornó frustrante y desagradable.

Esperó junto a la intersección vacía, odiándose a sí mismo por su obediencia a la señal sin sentido, un acatamiento absurdo, y pensó con frustración en Lizzie y en Rachel. Era casi como si estuvieran conspirando en contra de él. No le importaría, pero ¿una conspiración para conseguir qué? Esa era la cuestión: ¿qué querían en realidad? Kieran sabía lo que *él* quería: hacer lo mejor para Connor. Se permitió un momento de odio hacia Rachel, su sufrida esposa desde hacía tanto tiempo.

Rachel no era como Lizzie. Ella lograba lo que quería con tranquilidad. El primer indicio que había revelado sobre el asunto fue cuando le pidió ver fotos de Connor. Se había sentado junto a la ventana de su casa, que ofrecía una extensa vista de las colinas, y había ojeado el móvil de su esposo con semblante pensativo.

Demasiado manipuladora.

Más tarde había llegado la primera exigencia. Ni siquiera lo había mirado cuando se la había hecho. Kieran había llegado a su casa después de una serie de turnos. Rachel estaba de espaldas: el cuchillo afilado picaba cebolletas en un *staccato* rápido. Samantha, había dejado caer, debía conocer a su hermano.

Por un instante, él no había podido responder. ¿Cómo demonios iba Samantha a conocer a Connor? A veces pensaba que su matrimonio estaba terminado. Vale, la había cagado, pero lo que Rachel quería era imposible.

Luego, en la cama, un par de días más tarde, Rachel había comentado que siempre había querido un niño. El bebé que había perdido era un varón y, mientras yacían uno junto al otro en la oscuridad, ese niño que había nacido muerto estaba allí con ellos, como una gran tristeza sin remedio. Después de aquella pérdida, Rachel había llorado sin parar hasta que se le hincharon los ojos. Ahora, Kieran yacía con los ojos abiertos mientras las palabras de su esposa brotaban con la velocidad con que el agua corría entre las piedras. Su corazón se llenó de algo. ¿Qué era? ¿Su propia tristeza? ¿O el horror por la tristeza de las mujeres? No estaba seguro. Sería más duro para Lizzie, oyó decir a Rachel, pero la incluirían. Serían amables. Lizzie podría ir de visita, tal vez tener a Connor algunos fines de semana. Sería poco convencional, pero podría funcionar. Hoy en día, las familias eran diferentes.

Suspiró. Por el amor de Dios, tenía una operación que dirigir. Tal vez Rachel y Lizzie deberían resolverlo entre ellas. Reunirse y después transmitirle la decisión. Joder, fuera cual fuera, él la aceptaría.

El semáforo no había cambiado. Él no era así. No era el tipo de hombre que se quedaba paralizado. Pero aquí estaba, atascado frente a un semáforo en rojo, sintiendo que no tenía salida. Que no había una maldita respuesta. ¿Qué clase de vida te hacía sentir así? ¿Cómo lo había permitido?

El móvil zumbó con un mensaje de voz. Rachel, quizás, para saber cómo había ido la conversación. ¿O Lizzie, furiosa? No quería mirarlo. El semáforo seguía en rojo; las únicas que cruzaban eran las plantas rodadoras. Se acercó el teléfono a la oreja, deseando que algún policía lo obligara a hacerse a un lado de la calle por usarlo. Alguien con quien ser grosero.

Pero mientras escuchaba, la calle londinense empezó a impregnarse de sus placeres ocultos. El brillo del asfalto. Una lavandería con una mujer sentada en un círculo de luz. Un grupo de jóvenes que caminaban por la acera. El potencial oculto para el incidente y la acción.

El informe de seguimiento había llegado y eran buenas noticias. Shakiel Oliver por fin se estaba moviendo. Alabado fuera Dios. La hora de la entrega de armas no estaba fijada, pero sería pronto. En un par de días.

¡Qué alivio!

Aquí había algo que él sabía hacer muy bien. Y también algo importante.

Kieran sonrió. Esa escena de *Tiburón*. Todos esos niños que jugaban en la playa, como si eso fuera lo importante, sosteniendo cubos, tal vez con pececillos que nadaban en sus propios círculos ansiosos de destellos plateados. Y mientras tanto, todo el tiempo, una amenaza sin precedentes yacía en las profundidades de esas aguas palpitantes. Kieran sabía lo que también había sabido el pobre policía de aquella ciudad de vacaciones: no puedes dejar que te distraiga por lo que ocurre en la playa. Tienes que atrapar al maldito tiburón. Si quieres mantener Londres a salvo, al Londres real, donde la gente real vive y trabaja, debes concentrarte en la amenaza existencial. Seguir reduciendo el crimen organizado e impedir que consigan armas.

El semáforo cambió y el coche avanzó. Los pensamientos de Kieran giraban ahora en torno a Perseo y se deslizaban sobre las próximas cuarenta y ocho horas como sobre una pista helada. Este era su elemento natural. El trabajo lo calmaba y le daba la claridad que había perdido.

Se había dejado arrastrar por una maraña de emociones, pero cuando volvió a pensar en Connor, Lizzie y Rachel, pensó en ellos como en una serie de problemas que había que gestionar y priorizar. Esta mentalidad era mejor. Después de todo, no era diferente de Perseo: una jugada a largo plazo. Esperar el momento, ser paciente. Ver cómo se desarrollan las cosas. No debería dejarse empujar a enfrentamientos. Imaginó a Connor sobre sus piernecitas robustas. Su hijo

tenía una enorme sonrisa desenfadada y una risa que te repicaba en el pecho como campanas. Necesitaba a su padre y Kieran no lo abandonaría. Encontraría la forma de estar juntos. Podía permitirse esperar y ver qué forma podría ser esa. Después de todo, Perseo le había llevado dos años.

Mientras tanto, tenía algunas ideas positivas sobre cómo proseguir. Se desvió de su camino y enfiló hacia la comisaría de Marylebone.

CAPÍTULO 14

En vida, Spencer Cardoso debía haber sido uno de esos chavales habladores, pero sobre la mesa metálica de la morgue era un niño silencioso y su cuerpo rebosaba juventud. Parecía un atleta y Sarah pensó en pistas de asfalto y campos embarrados marcados por zapatillas con tacos. Tenía los músculos esculpidos, la piel tonificada y uniforme, tan perfecto como si, de no ser por la herida limpia en la parte superior del muslo, aún se le pudiera insuflar vida. Como si fuera a llevar los brazos hacia atrás y apoyar su peso en las manos, sentarse sobre la mesa, balancear las piernas al suelo y salir corriendo hacia su futuro.

Clicó en el resto de las fotos de la autopsia. Aquí estaba la sección de la herida, el corte limpio a través del músculo sano y la carne que exponía con indiferencia clínica la profundidad con que había penetrado la navaja.

"Muy eficaz", había comentado el patólogo mientras sus dedos enfundados en guantes de plástico trazaban la línea de la herida. "Cuando se perfora la arteria femoral, esta se retrae hacia el interior del cuerpo. El sanitario no habría podido hacer nada para evitar que se desangrara".

Sarah se pasó la mano por la cara.

En todos los equipos de Homicidios de Londres abundaban este tipo de casos: jóvenes que se desangraban en las calles de la ciudad. Por lo general, solo merecían un párrafo breve en el *Evening Standard*. Una foto de la víctima: un futbolista prometedor o popular en la escuela y querido por sus profesores.

Los homicidios solían cubrirse como representativos de algo más: la mala crianza de los hijos, la decadencia de la sociedad, la situación del gobierno, los fracasos de la comunidad negra o las deficiencias de la policía. En general, los datos específicos de los chicos muertos no captaban la imaginación del público. No había intriga ni una historia particular. Se trataba, en su mayor parte, de obras dramáticas de un solo acto, y tampoco muy buenas: sin complicaciones, sin giros que las tornaran interesantes, sin aprendizaje para las personas implicadas. Algún que otro nombre perduraba en la memoria del público debido a la extremada juventud de la víctima o a su más absoluta inocencia: el horror de estar en el lugar equivocado en el momento equivocado con el que cualquier londinense podía identificarse, pero la mayoría de estos chicos caían pronto en el olvido.

Sin embargo, Sarah recordaba cada uno de los nombres de los casos en los que había trabajado: David Hendrick, Kyle Loughlan, Omar Begum…

Ahora tendría que añadir a Spencer Cardoso.

La muerte le había sido tan indiferente como a las hormigas. Como explicó el médico, había sido una cuestión fisiológica: la arteria femoral se había retraído al interior del cuerpo como una goma elástica rota, y el corazón sano de Spencer había bombeado su vida sobre la calle. Rápido y definitivo, pero con el tiempo justo para que Spencer hubiera sentido miedo por lo que estaba ocurriendo.

Sola en su oficina, se quitó las gafas y las dejó sobre el escritorio. No servía de nada ponerse sentimental. Spencer se había estado metiendo en líos, cosas de poca monta que podían ir quedando atrás a medida que crecía y se hacía más prudente o que podían escalar y terminar en algo peor: violencia, prisión. Ahora estaba muerto. Esa siempre había sido la otra opción.

Se dio un par de palmadas suaves en la mejilla para despertarse. Volvió a ponerse las gafas. Ella y el resto de su equipo habían trabajado en el homicidio durante toda la noche, al día siguiente y todavía lo estaban haciendo. Había dormido un par de horas en la silla, pero su turno de veinticuatro horas terminaría pronto y estaba aflojando el ritmo. Clicó otra vez en el documento de Word. Tenía que terminar el informe de situación para que el inspector jefe y el equipo pudieran ponerse al día de sobre cualquier novedad mientras ella se iba a casa a dormir un poco.

Desde un principio, el trabajo había sido incierto. Incluso había sido difícil identificar a Spencer; los agentes locales habían tenido que utilizar una máquina de huellas dactilares en el lugar de los hechos. Los habituales recursos que solían generar posibles pistas habían resultado negativos. La cámara de la tienda de la esquina no había grabado. La víctima no llevaba móvil encima. La cámara de reconocimiento automático de matrículas que estaba a solo ochocientos metros de distancia no había captado nada. Había un testigo, pero no sabían quién era.

Fue en ese momento cuando a Sarah se le ocurrió movilizar un poco de publicidad; la información temprana podría ser útil. Para romper el muro de silencio, necesitaba sacar a Spencer de las filas de muertos anónimos.

Algunas familias de las víctimas conocían a jugadores de fútbol o a actores que accedían a fotografiarse junto a altares callejeros que apestaban a flores podridas en celofán. Algunas familias asociadas con criminales acompañaban a la familia detrás del féretro para demostrar a la comunidad que habría apoyo para quienes contribuyeran a esclarecer el nombre de los asesinos.

Pero el primer recurso era siempre un llamamiento de los padres. Sarah había supervisado algunos de ellos. Eran espantosos. Recordó a la pobre madre de Kyle Loughlan, una mujer menuda y delgada, abrumada por el dolor y la confusión que, en un intento desesperado por romper el muro de silencio, había admitido entre sollozos que su hijo “no había sido ningún ángel”. La mujer había atenuado su declaración —lo cierto era que Kyle había sido condenado por violencia y tenencia de armas y se había visto envuelto en una despiadada guerra de pandillas — con la típica, pero no por eso menos trágica y angustiada frase: “Pero no merecía morir”.

Como si alguno de ellos mereciera morir. Para Sarah, las víctimas eran jóvenes demasiado involucrados en el delito y sin la más mínima idea del poder al que se enfrentaban ni de cómo escapar de él.

Era pronto para someter a la familia a una rueda de prensa, pero nada parecía indicar que habría un avance en la investigación. Cuanto más rápido pudieran identificar a los sospechosos, más fácil sería asegurar y preservar las pruebas. Todavía estaban en la etapa de localizar a los familiares más cercanos de Spencer. Elaine se manejaba bien con las familias de las víctimas, tenía un trato realista, sincero y compasivo, así que, antes de entrar en la autopsia, Sarah le había encomendado la triste tarea de convencer a la madre de que hiciera un llamamiento.

Pero había salido de la autopsia con más malas noticias.

Resultó que no había un padre ni un madre afligida que hiciera un llamamiento por Spencer, muerto a los quince años, porque había sido un menor bajo la tutela de las autoridades locales. Separado de su madre a los siete años, hubo intentos de darlo en adopción, pero todos fracasaron. Y ahora su madre estaba muerta y se desconocía la identidad del padre. Así que no habría llamamiento por parte de la familia. Y tampoco habría un padre o una madre que proporcionara nombres de amigos ni el número de su móvil.

Habían recuperado un móvil de la habitación de Spencer. Ya habían hecho un rastreo de

emergencia de las llamadas, pero el único número registrado era el de su tutor. Tal vez tuviera otro teléfono, pero si lo tenía, ya no estaba.

Así que todas las pistas habituales y los golpes de suerte se habían agotado. Habría que indagar, indagar, indagar. Intentar persuadir a la gente para que hablara; "buena suerte con eso", pensó mientras repasaba su resumen de la investigación hasta la fecha.

Vídeos de las cámaras de seguridad: Sarah trazó los parámetros de búsqueda. Sin ningún resquicio de luz, los amplió tanto en el ámbito geográfico como en el temporal: sesenta y cuatro horas antes y después del homicidio. Serían terabytes de datos, imposible verlos todos, y al equipo no le gustaría nada tener que trabajar con semejante margen, pero no podía dejar pasar ninguna oportunidad. Todo lo que no se registrara se perdería para siempre. Todavía no podía saber qué iba a ser importante. Ni siquiera sabía qué buscar.

Se levantó del escritorio, estiró la espalda y pensó en servirse otro café de la máquina del alféizar. Era tentador, porque su cerebro se estaba derritiendo, pero en cuanto terminara el informe se iría a su casa a dormir un poco y no quería arriesgarse a yacer en la cama con los ojos abiertos por la cafeína. Tendría que estar de vuelta a las siete para la reunión con el inspector jefe.

Retiró el montón de mensajes relacionados con la llamada al lugar de los hechos y la respuesta del servicio de emergencias y deslizó el dedo por el texto impreso:

22.42.07 Emergencias.
22.42.10 Hombre joven apuñalado. Nombre de la persona que llama: DENEGADO.
22.43.01 Informante da nombre de la víctima, SPENCER.
GALLOWSTREE LANE: frente a SUPERMERCADO YILMAZ.
22.43.09 UNIDADES enviadas: QZN26, QZN23, QZN24.
22.43.15 Informante manifiesta presencia de un sanitario fuera de servicio en la escena. Sujeto consciente y respirando. Vida en peligro. Se informa hemorragia arterial.
22.43.21 Oficial de guardia: SE DECLARA INCIDENTE CRÍTICO.
22.44.01 Informante manifiesta que se requiere un helicóptero medicalizado. El sujeto ha perdido la conciencia.
22.44.22 Oficial de guardia: entendido. Se solicita informe de situación a la primera unidad en llegar a la escena. Se solicita descripción de los sospechosos.
22.44.37 Informante no responde a las preguntas. Permanece en línea.
22.44.41 Helicóptero: ambulancia aérea en camino.
22.44.59 QZN26: en la escena. Con ambulancia. Buscando identificación de la víctima.
22.45.07 Oficial de guardia: unidad en cada extremo de la calle y callejón para bloquear.
22.45.21 QZN26: se requiere máquina de huellas dactilares para identificar a la víctima.
22.45.28 Oficial de guardia: unidades para identificar al testigo.
22.45.32 QZN24: se requiere tienda forense. Oficial de guardia. QZN26 no tiene ninguna disponible. Se solicita asistencia a distritos vecinos.
2.45.42 QZN26: la víctima sufre un paro cardíaco.
22.45.57: no pueden ayudar con la tienda.

Y continuaba. La lucha por la vida de Spencer en simultáneo con la lucha policial habitual por conseguir los recursos y preservar las pruebas. Volvió a mirar los resúmenes de las llamadas al 999. Eran los rastros del joven que había estado con Spencer antes que nadie, que probablemente había estado allí cuando lo apuñalaron. Tenía que ser la persona más importante a identificar.

"Nombre de la persona que llama: DENEGADO".
"Informante no responde las preguntas".

A veces se obtenía más de la grabación de una llamada que de la transcripción. A veces se podía captar algo que podría ser de gran ayuda. Llamó a la central de comunicaciones y pidió que le reprodujeran la llamada.

La grabación siseó y luego se activó. La operadora era una mujer con un suave acento de Yorkshire.

"—¿Cuál es la emergencia?"

Tras una pausa, otra voz: sin duda londinense, joven, hombre, probablemente negro por el acento, angustiado.

—Lo han apuñalado.

—¿Cuál es su ubicación?

No hay respuesta.

—A Spencer lo han apuñalado.

Sarah garabateó: "Lo llama Spencer. *El que llama conoce a la víctima".

—Entendido. Ahora necesito saber dónde está para enviar una ambulancia. ¿Dónde está?

—Eh, Gallowstree Lane.

—Vale. Gallowstree Lane. Deme un punto de referencia para la ambulancia.

—Hay un pequeño supermercado. Yilmaz.

—¿Cómo se llama usted?

Silencio.

—Vale. No importa. Háble me de Spencer.

—Necesitamos el helicóptero medicalizado. Daos prisa.

—Háblame de Spencer. ¿Cómo está? ¿Dónde lo han apuñalado?

—En la pierna. Está sangrando. Mucho.

—¿Está consciente y respira?

Sarah oyó sollozos.

—De acuerdo. Respira. Sigue hablándome…

—Me dijo que dijera que era hemorragia arterial.

—Vale, hemorragia arterial. Entendido. ¿Quién te dijo que dijeras eso?

—El tío. Dice que es sanitario.

—La ambulancia está en camino.

—¡Coño, será mejor que se den PRISA!

—Están en camino.

Más sollozos.

—¿Puedes contarme qué pasó?

No hay respuesta, solo la respiración. Luego más sollozos.

—Están en camino.

Un largo silencio.

—¡Venid de una puta vez!

Venid ya, joder.

El tono prolongado indicó el fin de la llamada al 999.

Sarah se rindió e introdujo dos cápsulas, una tras otra, en la cafetera. El mero olor del café la hizo sentirse mejor. Se acercó a la ventana y leyó lo que habían averiguado sobre el móvil que el testigo le había robado al sanitario. Vio que había dos llamadas registradas: una al 999 y otra

después del robo. No hubo más actividad. El teléfono había sido apagado; tal vez se había deshecho de él.

Habían identificado un repetidor para la segunda llamada. La ubicación no era precisa, un círculo dibujado en un mapa, pero estaba en la zona del canal. Los ojos de Sarah pasaron de la escena del crimen al repetidor. Era factible suponer que el testigo había huido por el canal. Además, se había desplazado con relativa rapidez: nueve minutos para llegar al canal a través de calles sinuosas.

Decidió fijar una tarea urgente para que su equipo inspeccionara las cámaras en las inmediaciones de las salidas del canal, en un radio de quince kilómetros de la llamada. Quizá obtuvieran alguna imagen. Se merecían un poco de suerte.

Volvió a pensar en la llamada al 999. El testigo había llamado a la víctima por su nombre de pila, con voz desesperada. Aún podía oírlo. "Spencer… lo han apuñalado". Casi como si, presa del pánico en esa noche despiadada, creyera que todos conocían a Spencer; como si el operador fuera a decir, "Oh, no, Spencer no. No puede ser Spencer". Aun así, fuera quien fuera aquel muchacho sollozante, por mucho que le hubiera importado, se había largado del lugar. Sarah también reflexionó sobre eso. ¿Qué instinto profundo y tan poderoso lo había urgido a abandonar a su amigo moribundo?

Cogió las notas que había tomado al hablar con Owen, el sanitario que había intentado salvar a Spencer. Había escrito textualmente su descripción del testigo: "Mestizo, de un metro setenta, cara ancha. Unos quince años, supongo, no más. Sudadera negra con el logo de Superdry en el pecho, pantalones de deporte negros. Una línea afeitada en la ceja izquierda".

Cerró los ojos y lo visualizó: la capucha de la sudadera subida y el chico que se alejaba con rapidez sujetando en la mano el móvil del hombre que intentaba salvar la vida de su amigo.

También reflexionó sobre eso. Le había dicho al sanitario que no tenía teléfono. ¿Sería cierto? ¿O, sabiendo que la policía investigaría cualquier llamada de petición de auxilio desde el lugar de los hechos, habría tenido la presencia de ánimo de no utilizar su propio móvil? A juzgar por su pánico y su angustia, no parecía capaz de haber tomado ese tipo de decisión. Había estado muy desesperado por conseguir ayuda. Pero, si decía la verdad, ¿por qué no tenía un teléfono encima? ¿Imprudencia adolescente? ¿Lo había perdido, se le había roto, se lo habían robado? ¿O fue otra cosa? ¿El testigo estaba haciendo algo malo cuando su amigo fue herido y tenía la suficiente experiencia o lo habían instruido lo bastante bien para saber que cuando uno está haciendo algo malo no es conveniente llevar un teléfono encima?

Así que allí estaba, corriendo, solo, con el teléfono del sanitario en la mano. Luego, se había detenido en algún lugar del canal y había hecho una llamada. La única llamada que había hecho después de robar el teléfono. Quienquiera que fuese, era alguien importante para él. O alguien que él sabía que podía ayudarlo.

La llamada había durado solo tres minutos.

Ya tenía los resultados de la verificación urgente de ese número. Era un móvil prepago y no estaba registrado. Seguro que era desechable. Requirió con urgencia una investigación completa del teléfono.

Su propio móvil sonó y miró hacia abajo. La foto de su novia, Caroline, en el salvapantallas, interrumpida por un mensaje de ella.

¿Vienes?

Durante la semana, a Caroline le gustaba acostarse temprano y levantarse temprano para estar en la escuela mucho antes de que llegaran sus alumnos. Sarah cogió el teléfono y contestó.

No me esperes levantada. xx

Dos besos para Caroline antes de retomar su tarea, absorta por completo en la búsqueda del testigo.

El sanitario había dicho que el chico parecía tener quince años como mucho. Vestido con sudadera con capucha, solo y a altas horas de la noche: la mayoría de los policías se fijarían en él. Alguien podría haberlo parado, aunque solo fuera para hablar, para preguntarle qué estaba haciendo. Abrió la base de datos que contenía los registros de personas a las que se paraba y se cacheaba en las calles, pero no había nadie durante la noche anterior o la madrugada que coincidiera con la descripción. Diez años atrás, era más frecuente que la policía parara a las personas en las calles, porque los agentes aprovechaban la oportunidad de hacer arrestos por alteración del orden público, pero hoy en día, un chico podía moverse con libertad por la noche.

Tecleó el nombre de la víctima, Spencer, en la búsqueda de inteligencia combinada. Muchos resultados. Información no confirmada de que estaba relacionado con Los Hermanos de Eardsley. Pero todo eran suposiciones: se lo había visto con fulanito o en un concierto o cerca de una pelea. Si andaba con Los Hermanos, entonces estaba en la periferia. El vínculo podía ser importante o simplemente parte de vida que lo había puesto en peligro. Revisó sus arrestos. Muchos por robo, casi todos sin consecuencias posteriores, sin necesidad de acción adicional, pero en cuatro ocasiones había sido arrestado con el mismo chico: Ryan Kennedy.

Tecleó el nombre de Kennedy en la base de datos. La pantalla se llenó con una larga lista de referencias. Registros de notificaciones a servicios sociales. En una ocasión, implementación del artículo 46, cuando, a los siete años, había sido puesto bajo protección policial en forma temporal. Luego, ya de mayor, delitos menores.

Resultó que Kennedy había sido arrestado esa mañana. Sarah escaneó el informe con rapidez. Lesiones graves. Hacía tres días. La víctima, Robert Nelson, no había querido saber nada.

La oficial a cargo de la investigación era alguien con quien Sarah se había cruzado antes: Lizzie Griffiths. Cuando trabajaba en el Departamento de Investigaciones Especializadas, había indagado la posible participación de Lizzie en la muerte de un oficial al cargo, Hadley Matthews, y de una adolescente, Farah Mehenni. También se había topado con ella hacía poco tiempo, cuando Lizzie fue apuñalada en el cumplimiento del deber. En cierta forma, Sarah le había salvado la vida, pero, cosa extraña, no se sentía orgullosa de eso. Era molesto: había algo en Lizzie que hacía que Sarah se sintiera confundida, torpe y poco inteligente.

Vale, no tenía sentido pensar en eso ahora.

Hizo una búsqueda rápida de información sobre la víctima. Robert Nelson también tenía su historial delictivo, pero a un nivel menor, igual que Spencer: algunos robos, algo de violencia y un posible vínculo con Los Soldados, rivales de Los Hermanos.

¿Tal vez el homicidio había sido una venganza por esto?

Y, de repente, se sintió abrumada por la cadena de información: podía buscar y buscar eternamente, seguir y seguir y seguir, y aun así acabar igual que al principio. Pensó en Caroline, con la cabeza apoyada en las almohadas de algodón, leyendo antes de estirarse para apagar el interruptor de la luz. Deseaba estar con ella, rodearla con un brazo y apoyarle una mano en el estómago.

Pero de todos modos, permaneció sentada en el escritorio y echó un último vistazo al posible colega de Spencer, el principal sospechoso de las lesiones graves, Ryan Kennedy. Examinó los detalles del informe: Ryan llevaba una chaqueta sudadera de Superdry en el vídeo de la agresión. Eso era interesante. Sacó la ficha policial del arresto más reciente. La ropa no era la misma, porque llevaba una chaqueta negra con capucha y ribetes blancos, pero el físico encajaba. Un joven mestizo menudo, de piel clara, con la ceja izquierda afeitada.

CAPÍTULO 15

LA NOCHE ERA FRÍA. DESDE que Shakiel lo había dejado, Ryan había estado caminando. Sentía que era lo correcto, lo *único* que podía hacer. Caminar y caminar. Como Samuel L. Jackson en *Pulp Fiction*. "Hasta que Dios me ponga donde él quiera que yo esté". Él y Spence se sabían todas las frases de esa película. "Ya sabes cómo llaman a un cuarto de libra con queso…". Toda esa mierda y los dos discutiendo sobre quién tenía que ser Travolta. Sonrió, pero entonces, a continuación de ese recuerdo, lo asaltó otro pensamiento: que había sido él quien había involucrado a Spence. Había sido él quien al principio le había preguntado a Shaks si Spence podía andar con ellos. Era difícil no sentirse culpable, y más si se quedaba quieto. Así que caminó y trató de no pensar, y cada vez que pensaba, caminaba más deprisa.

Las calles estaban casi vacías; las tiendas, cerradas. Poco a poco, el frío había ido creciendo en su interior y le había generado un vacío. Al ver a un tío que dormía acurrucado en un saco de dormir viejo y sucio en la puerta de una tienda, se preguntó cómo harían esos indigentes. Al final, aunque no quería regresar a su casa, volvió sobre sus pasos.

El barrio de Deakin estaba iluminado: las aceras y los espacios abiertos brillaban más que a la luz del día. Ryan no era de los nuevos. Siempre había vivido allí. Conocía bien el lugar, sabía cómo funcionaban los distintos niveles, adónde llevaban las aceras. A pesar de la buena iluminación, sabía dónde quedaban los rincones oscuros. También conocía la ubicación de las cámaras de videovigilancia y sabía cuáles estaban rotas. Él mismo había roto un par de ellas. Varios residentes nuevos habían comprado pisos en las plantas superiores. Era fácil reconocer a los nuevos. Ahora había una asociación de vecinos. Ponían avisos en tablones de acero. "¡Bienvenidos todos!". Habían plantado flores en una de las áreas de cemento. La llamaban el prado. Algunas personas se habían enfadado, porque utilizaban esa zona para aparcar sus coches. Pero a él y a Spence les gustaba el prado. Se enviaban mensajes de texto: "¿Vamos al prado, tío?". Era bonito: flores azules, flores rojas, de todo tipo. Solían sentarse allí en las tardes de verano y fumarse un porro.

La gente nueva podía ser molesta, pero había que tomárselo bien. Su madre recibió una notificación para que retiraran las bicicletas viejas de la escalera. Al principio, ella tiró el aviso a la papelera, pero entonces la encargada del edificio, una mujer africana gorda con mal aliento y sin nada mejor que hacer, llamó a la puerta y le entregó a su madre una especie de notificación que le hizo firmar. "Un contrato, ¿entiendes?". Gorda imbécil. No sabían quién era el responsable, pero seguro que era uno de los que se sentaban en el salón comunitario a comer galletas y hablar de colores de pintura. Ryan los conocía porque Spence y él habían ido una vez a una de las reuniones y se sentaron en el fondo atiborrándose de galletas hasta que dejó de ser gracioso y se volvió aburrido. Su madre le había gritado por lo de las bicicletas, se habían deshecho de ellas, y luego Spence y él habían pintarrajeado las paredes de la escalera para que la asociación de vecinos tuviera algo de qué preocuparse y nuevos colores para elegir.

Esa era la forma de lidiar con las cosas: verlas de otra manera. Como los zorros en Londres. No los encontrarías quejándose por la falta de campos ni otra mierda. Sacaban la comida ellos mismos de los contenedores. Si Dios te da limones… y todo eso.

La acera daba a las vías del tren. Un metro rojo y plateado estaba parado en un semáforo en

rojo y Ryan se detuvo y observó a la gente que esperaba en los vagones. El pequeño tren, con su frente romo y plateado, tan tranquilo y paciente. Parecía un tren para niños. Se imaginó ahí sentado con Spence, viajando en la línea hacia la ciudad. Así era como faltaban a las clases en los primeros tiempos: se escabullían a través de las barreras abiertas o engañaban al revisor, que estaba mirando la pantalla de su teléfono y a quien, de todos modos, no le importaba una mierda.

"Lo siento, tío, perdí mi tarjeta de transporte".

Eso fue bastante después del funeral de su padre.

No sabía si era real, pero tenía una imagen clara del hombre y la mujer que se habían presentado en su casa con la noticia. Delgados y trajeados, así los recordaba. Pulcros y bien arreglados. Más tarde supo sus nombres: Edward y Jennie. Salvo por una frase breve que le había quedado grabada, las palabras que pudieron haber dicho eran ahora puro ruido para él, como intentar oír bajo el agua. El hombre, Edward, lo había mirado desde el sofá y le había preguntado: "¿Eres Ryan?". Lo recordaba porque, a sus cinco años, se había quedado sorprendido; ¿cómo era posible que ese desconocido supiera su nombre?

Recordaba el funeral como en instantáneas. Se había sentado con su madre en la parte trasera de una limusina negra. Le habían dado un cojín para que estuviera más alto. Había bajado y subido la ventanilla hasta que su madre le pidió que parara. Llevaba ropa nueva, y su hermana y su madre habían ido a la peluquería y se habían hecho la manicura. Su madre se había alisado el cabello. Tia se había peinado con trenzas. Iban detrás de los caballos y del carruaje con el ataúd. Se parecía a algo en lo que hubieran acarreado transportado a Blancanieves cuando todos pensaban que estaba muerta. Los caballos llevaban penachos de plumas y unos ocho amigos de su padre caminaban delante del carruaje fúnebre. Flores encima del ataúd: Papá. Había cuatro o cinco coches iguales, en una fila larga y la gente, de pie en la calle, los observaba pasar como si fueran de la realeza.

No conocía a casi nadie en la iglesia, pero sí a Shakiel, porque era como un tío. Shakiel se sentó en la parte delantera, en el mismo banco que él y su madre. La gente no paraba de decirle que su padre estaría orgulloso de él. Sabía que no debía llorar y no lo hizo. La realidad es que no entendía demasiado. Sus ojos se desviaban a la caja blanca que estaba delante de él mientras se preguntaba si su padre estaría de verdad allí o si todo no sería una especie de broma extraña. Más tarde, sí le echó de menos. Aunque no lo había visto mucho, los breves recuerdos de él eran felices. Siempre le llevaba regalos: zapatillas, balones de fútbol, una PlayStation, una chaqueta de cuero.

Edward y Jennie iban de vez en cuando y él había aprendido la palabra "policías". Edward y Jennie eran policías. Había aprendido lo más importante sobre los policías: nunca confíes en ellos. No son lo que parecen.

Ed se hacía el amigo para impresionar a su madre: "Hola, Ryan. ¿Cómo va todo?".

"Bien".

No se dejaba engañar por sus sonrisas. Se lo habían advertido.

Se quedaban hablando con su madre en la cocina. Ella nunca los invitaba a sentarse. Cuando él intentaba escuchar, su madre cerraba la puerta de la cocina y le decía que se entretuviera con algo.

Una vez los estaba acompañando a la puerta y debió de pensar que él estaba jugando con la PlayStation o algo así, porque la oyó decir: "Vale, si supiera algo os lo diría. De todas formas, era un fanfarrón. Todo el mundo habla muy bien de él, pero siempre decepcionaba a los niños. En lo que a mí respecta, dejarse apuñalar es lo mejor que ha hecho en su vida, dejarse apuñalar".

¿De dónde había sacado eso? ¿En qué estaba pensando? Su padre era un héroe. Bastaba ver cuánta gente había acudido a su funeral. Tampoco le gustaba oír que su padre lo había decepcionado. De todos modos, ¿qué sabía ella acerca de decepcionar a la gente? ¡Todo, eso es lo que sabía! Había un tipo blanco que solía venir de visita. Empujaba a Ryan. Lo empujaba en el pecho, lo abofeteaba, lo empujaba por la puerta principal y le decía que se fuera a la mierda y no volviera en toda la tarde. Su madre tenía un ojo morado. Shakiel tuvo que encargarse de él al final. Ryan nunca más volvió a ver al tipo blanco. Y después estuvo toda la mierda que tuvo que aguantar por culpa de ella.

"¡Tu puta madre!", le había dicho a un gilipollas en la escuela que estaba hablando de algo que estaba mal escrito y no sé qué mierda y el chico había respondido, con su puta voz afectada: "Querrás decir, *tu* puta madre".

Lo había pronunciado como cantando una canción.

—Puta falopera. Puta falopera. Tu madre es una puta falopera.

Ryan ya tenía los puños apretados.

—¿Qué quieres decir?

Aunque no sabía lo que significaba, sabía que era algo malo y, de alguna manera, que fuera lo que fuera, también era verdad. Así que le dio un puñetazo tan fuerte al chaval que le dejó la nariz sangrando. Los profesores lo llevaron a una sala mientras esperaban a que llegara su madre. Odiaba la sala, odiaba a todos con sus cuchicheos. Odiaba a su madre. El subdirector le apoyó una mano en el hombro. "Vale. Podemos arreglarlo. ¿Qué te dijo?". Podría haberle pegado también al profesor, pero no lo hizo. En vez de eso, rompió la ventana. Todavía tenía una cicatriz en el costado de la mano. La policía fue a la escuela, pero su madre no. Algo pasaba. En esas situaciones, era muy importante no dejar que nadie supiera lo que sentías. De hecho, era bastante fácil, porque Ryan no sabía lo que sentía.

Estuvo fuera toda la noche, entre el hospital, la policía y todo eso. El asistente social actuó como su adulto responsable. Alto, con el pelo medio largo y lacio, una gorra y una camiseta de *Better Call Saul*. Ewan, así se llamaba. No paraba de decir "a salvo" y "¿estás bien?". Ryan sintió pena por él. Por la mañana, Shakiel lo recogió en la comisaría. Tenía un coche grande entonces, no como ahora. Era un Humvee, y Ryan se sentó delante, al lado de Shaks. Shaks lo dejó elegir la música.

—Vamos a pasar por la escuela y me vas a señalar a ese cabrón —le dijo.

Ryan permaneció sentado en el asiento del copiloto y señaló al chico.

—¿El imbécil con la mochila azul? ¿Ese?

Ryan asintió.

—Espera aquí.

Ryan observó. Shakiel se bajó del coche y siguió un poco al chaval. En la esquina, le puso la mano en el hombro. Pareció un gesto amable, cortés. Hablaron un rato. El chico asintió con aire respetuoso. Podría haber estado hablando con un profesor. De repente, Ryan recordó su nombre. Miles. Joder, qué nombre estúpido. Mientras se alejaba, Miles miró un segundo por encima del hombro y Ryan sonrió por primera vez en mucho tiempo. Miles se estaba cagando encima.

Shakiel volvió al Humvee y llevó a Ryan a comer pollo. Shakiel no era de los que abrazaban ni nada parecido, pero Ryan siempre recordará lo que le dijo: "Si alguien le falta al respeto a tu madre, me avisas, ¿vale? Tu padre y yo éramos familia".

Luego estaba la otra gran cosa que le debía a Shakiel. El recuerdo vivía en la nebulosa de su primera infancia, mucho antes de esto otro en la escuela. Lo primero que recordaba era a Shakiel

hablando con su madre en la cocina. Había sido un poco como cuando venían Edward y Jennie, salvo que ella le había pedido a Shakiel que se sentara. Antes de que le cerraran la puerta en la nariz, Ryan vio a Shakiel dejar el periódico sobre la mesa.

Un rato después, su madre acompañó a Shakiel a la puerta y le dijo: "Gracias". Pero cuando se fue —y Ryan vio que ella miraba la calle para asegurarse de que se había ido—, su madre lo cogió de los hombros y le advirtió: "No quiero que lo veas. No quiero que aceptes sus regalos ni que montes en su estúpido coche. Se hace el gran hombre, pero era malo para tu padre y es malo para ti. No lo admires. Aléjate de él". Algo en su rostro debió decepcionarla, porque lo volvió a sacudir y agregó: "¿Me estás escuchando, Ryan?".

Más tarde, se ofreció a sacar los cubos de basura. Sacó el *Standard* de la bolsa negra. El titular estaba manchado con té. Se sentó a leerlo en la escalera exterior, moviendo el dedo por la línea como en la escuela.

"Narco muere apuñalado".

Podía leerlo, pero no sabía lo que significaba. Sabía que era importante, pero no exactamente por qué. En aquellos días, aún dormía en la habitación de su hermana y guardó el periódico debajo del colchón y lo leyó una y otra vez. Poco a poco, fue descubriendo el significado. Primero, el hecho básico: un sujeto, Daniel Harris, había sido asesinado. Luego, a modo de inspiración, comprendió que Shakiel lo había hecho.

"La Policía Metropolitana teme que sea parte de una guerra territorial entre bandas rivales del norte de Londres".

A medida que Ryan crecía, la naturaleza del evento se hizo más clara y su significado se expandió. Se convirtió en parte de él: algo solemne. Shakiel y su padre habían sido como hermanos. Shakiel había honrado ese vínculo y había pagado su deuda. Por eso era tan difícil ahora, porque Shaks no era solo un narco. Era familia.

Así que le molestaba.

El tipo, el que había apuñalado a Spence, tenía ese tatuaje en el cuello, el pájaro. Había visto a ese chico en el local de pollo frito antes del concierto. Se acordaba de él porque se había portado como un gilipollas con su abrigo largo, alardeando y mostrando dinero. Le llamó la atención. Más tarde, Shakiel le había dicho que pegara al otro gilipollas en el concierto. Ryan ni siquiera sabía de qué se trataba; solo había hecho lo que le habían dicho. No había parecido gran cosa en su momento. Pero Shakiel sabía de qué se trataba. Shakiel sabía por qué le había dicho a Ryan que pegara al tío. ¿Qué coño estaba pasando? ¿Era solo una coincidencia que el tipo que había matado a Spence hubiera estado también cerca del lugar del concierto? Ryan no lo había visto con el tipo al que pegó. No tenía nada que ver con la muerte de Spence.

No quería seguir dándole vueltas a esa pregunta. Era una falta de respeto pensar que Shaks no había cuidado de él. Shaks era familia. Bastaba con ver lo que había hecho por Ryan. Pero no podía evitar recordar una y otra vez: Spence agarrándose la pierna y la sangre en el suelo. El terror en su cara. Y Ryan que le decía: "Te vas a poner bien". Y luego aquel tío con el pelo rapado que pasó por allí como si nada y Spence que se le acercaba, como si Ryan fuera irrelevante o algo así, y le pedía: "Por favor, no me dejes morir". Había tenido ganas de reírse: "¿Por qué hablas con *él*, Spence? No te vas a morir, amigo. No seas estúpido".

El metro se estaba alejando. Se llevó la mano a la cara. Nunca volvería a ver a Spence. No era posible.

Si Shaks lo enviaba a hacer algo, Ryan nunca decía nada. Nunca hacía preguntas. Sería una falta de respeto. Shaks sabía lo que hacía. Y no pudo haberlo sabido, no, porque Lexi era una

clienta habitual y le estaba vendiendo en el lugar habitual. Nada fuera de lo común. Shaks no podía haber sabido que era una trampa. Tendría que haber ido bien.

Ryan estaba llorando. Se alegraba de que nadie pudiera verlo. Tenía que estar a la altura. Lo asustaba, pero no era una elección, no era algo que pudiera elegir hacer o no hacer. No eran unos putos deberes para casa. Era una deuda que tenía que pagar. Spence había sido su compañero. No era algo que podía dejar pasar. Shaks lo entendería por eso otro, lo de su padre y Daniel Harris.

Se volvió hacia el apartamento. Quería abrir la puerta sin hacer ruido. Subir derecho al dormitorio de su hermana y esconderse. Pero su madre lo estaba esperando, fumando en la cocina. Le bloqueó el paso antes de que llegara al pasillo.

—¿Dónde has estado?

—Caminando.

Su madre frunció el ceño.

—Caminando.

—Ajá. —Sonrió sin poder resistirlo—. Al estilo del duque de Edimburgo.

Ella sacudió la cabeza.

—Debería darte una bofetada. —Se quedó inmóvil durante un momento. ¿Furiosa, tal vez? Él consiguió escabullirse y se disponía a subir las escaleras, pero la oyó agregar—: ¿Por qué vienen esos chavales a mi casa, Ryan?

Eso lo detuvo. Se volvió hacia ella.

—¿Qué chavales?

—Olvídalo. Sé quién te fue a buscar. Dime qué está pasando. ¿Qué estás haciendo con Shakiel?

—Nada. Deja de preocuparte.

Ella lo imitó, enojada y sarcástica.

—Deja de preocuparte. —Luego, tras una pausa, repitió—: ¡Deja de preocuparte! ¿Qué se supone que debo hacer? ¡Aparecen chavales en mi puerta! Te arrestaron esta mañana…

Ryan protestó y, por un momento, se lo creyó.

—Por algo que nunca hice.

—Si no lo hiciste, ¿por qué no lo dijiste? ¿Por qué tenías que decir sin comentarios?

—Siempre digo sin comentarios. Es lo mejor.

—No eres un gánster, Ry. Tienes quince años.

—¿Quiénes eran los chavales, mamá?

Ella lo estudió.

—Dime qué está pasando. ¿Tengo que llamar a la policía?

—No, mamá. No hagas eso. —Quería marcharse, dejarla sola, encender la PlayStation, pero necesitaba saber quiénes eran los chavales—. ¿Quiénes eran? ¿Qué dijeron?

Ella lo observaba de nuevo, tensa y preocupada, sin darse por vencida.

—¿Estás en problemas? Puedes contármelo.

Él negó con la cabeza, irritado. ¿Qué podía hacer ella? ¿Cómo podía ayudar?

—No, mamá. —Intentó evitar su mirada.

Ojalá le respondiera y lo dejara en paz. Necesitaba saber qué había pasado. Entonces, ella sonrió y era doloroso ver esa sonrisa triste en su rostro maltrecho. Nadie respetaba a su madre.

—Sea lo que sea, puedes decírmelo —insistió.

Se sentía molesto, triste y desesperado al mismo tiempo.

—¡Solo dime quiénes eran!

—No tienes que resolverlo tú solo.

¡Pero sí tenía que hacerlo!

—Dímelo.

Su madre frunció el ceño y pensó por un momento. Ryan se dio cuenta de que iba a ceder, se notaba.

—El cabecilla era delgado. Con cara de malo. Tenía un tatuaje en el cuello, un pájaro azul.

Habían venido a su casa. ¡A amenazarlo a él, a su madre, a su hermana!

—¿Sí?

—Ry, si me dices lo que está pasando, podremos resolverlo.

—¿Qué dijo?

Su madre frunció el rostro. Pensó que se echaría a llorar.

—Dijo: "Dile a Ryan que no se haga el loco. Dile que sabemos dónde vive".

No pudo evitarlo. La empujó y salió por la puerta principal. Ella corrió por el pasillo detrás de él, gritando.

—¡Ryan, Ryan! ¡Regresa! ¿Quiénes eran? Vuelve. —Era vergonzoso que gritara así. Y además estaba descalza. Siempre lo estaba avergonzando.

Ya no tenía un número para llamar a Shakiel. Ni un móvil desechable. ¿Qué debía hacer? Bajó los escalones de cemento y cruzó el prado en dirección a los trasteros, donde guardaba la navaja. Quería sentirla, pesada y fría en su mano.

Abrió la cerradura del trastero de su madre y se sentó con la espalda contra la pared. La luz se filtraba por los listones de madera de la puerta. Nunca hacía calor en esta pequeña celda de hormigón. Spence y él habían comprado la navaja en internet. Habían clicado en los distintos modelos y lo habían discutido en la habitación de Spencer. ¿Esas navajas enormes? No, al final eran una mierda. Toda esa tontería de arrancar las entrañas. ¡No la querían para una cirugía! Lo único necesario era una buena hoja. Además, era imposible ocultar esas hojas monstruosas. Spence había dado un golpecito con el dedo en la imagen de la que habían elegido. "Esta es la buena", había comentado. "Navaja de supervivencia Zombie Hunter" decía el anuncio. Las palabras estaban impresas en el mango. La navaja plegada era pequeña, se podía meter en la bota o en la parte trasera del pantalón, y la hoja tenía un aspecto diabólico. Cuando llegó, se la pasaron de uno a otro, la giraban en sus manos y sacaban la hoja. Spence se cortó con ella.

—Es de puta madre, tío —había exclamado con admiración mientras se chupaba el dedo y le pasaba la navaja a Ryan.

La habían llevado un par de veces, pero los ponía paranoicos. Habían acordado guardarla en el trastero de Ryan por si la necesitaban. Era el lugar más seguro porque, como siempre habían dicho, entre risas y chocando los cinco, a la poli no le daba el coco para encontrar el trastero.

Ryan sonrió al recordar la estúpida broma y giró la navaja en su mano, donde se asentó con comodidad. Le quitó el seguro con el pulgar y la cuchilla se desplegó: acero oscuro plateado con un filo dentado que se curvaba hasta formar una punta mortal. Apretó la mano alrededor del mango e imaginó la fuerza de atestar una puñalada hacia delante. Lo hizo varias veces. Empujó la hoja hacia atrás con las dos manos, con una sobre el mango y con la otra forzando la hoja. La cuchilla estaba rígida y le resultó difícil, como si no quisiera esconderse. Luego, apoyó la navaja plegada en la palma de su mano y sintió su potencial, el resorte oculto, la hoja dentro como acero maligno, y liberó la cuchilla con un movimiento decidido de su pulgar. Fácil.

¡Chas!

Chas, chas. Chas, chas, chas.

Pasó la yema del dedo índice por el borde y le salió sangre. Su sangre, la sangre de Spence. Le había dejado esa navaja. Estaba destinada.

Lanzó una puñalada desde la altura del hombro.

Mataría al muy puto cabrón. A ver qué les parecía a los putos cabrones de sus amigos.

Se guardó la Zombie Hunter en la parte trasera de los vaqueros y cerró el trastero. Tal vez estaban viniendo a por él en este momento. Esperaba que así fuera. Lamentaba no habérselos cruzado. Esta vez estaría preparado. Se la clavaría dos veces. En el cuello. Que *él* no se hiciera el loco. Recorrió en bicicleta las calles alrededor de Deakin, describiendo ochos, en círculos, con la esperanza de que aparecieran. Un coche de policía redujo la marcha al pasar. Sintió que la pareja uniformada lo observaba, pero luego el coche patrulla aceleró y continuó su camino.

Para ser sincero, era un poco decepcionante. La navaja le ardía en la cintura, esperando ser usada.

Podía acercarse al territorio de ellos. Escabullirse en el paso subterráneo, quedarse ahí y esperar. No tenía que ser el chaval del tatuaje. Podía ser cualquier otro de ellos. Pero no tenía con quién ir. El poder de la navaja se estaba debilitando y se odiaba a sí mismo. Sería mejor aquí, en Deakin. Tenía más posibilidades de éxito. Se sentía como un bebé. Pero la próxima vez, llevaría la navaja encima.

Regresó al prado y se tumbó de espaldas junto a la bicicleta. En la noche londinense un poco oscura, las ventanas de los pisos eran como un mosaico, la mayoría iluminadas de naranja. Las margaritas del verano habían desaparecido hacía tiempo.

La Tierra estaba girando a miles de kilómetros por hora. Una línea se extendía desde su pecho, hacia afuera, más allá del sistema solar, hacia el espacio, una mota de luz que desaparecía en la nada. Era más pequeño que una hormiga. Necesitaba a alguien más grande que él. Su madre era inútil. La navaja en el bolsillo le quemaba, ansiosa por ponerse en acción. Volvió a subirse a la bicicleta.

Avanzó con sigilo por las calles de Londres, con la bicicleta que se balanceaba bajo su cuerpo. Como un halcón describiendo círculos, permaneció cerca de una de las paradas de autobús, observando, patrullando. El cazador es paciente. El cazador se mueve en la noche. Como era de esperar, allí estaba la mujer que bajaba del autobús y sacaba su móvil del bolsillo delantero de sus vaqueros. Ryan se abalanzó, sintió el móvil en su mano, aún tibio por calor del cuerpo de ella, la pantalla brillante como una linterna. Levantó la rueda delantera en el aire. Y a continuación, como un balde de agua fría, la alegría se esfumó. No tenía a Spence para entregarle el móvil. Nadie le lanzó una sudadera para que se cambiara con rapidez. Nadie le chocó los cinco, no hubo risas. Se volvió y miró a la mujer que lo perseguía por la calle. Corría raro, con los pies y las rodillas desalineados. Era un poco gorda. Le dio pena. Quería disculparse, porque tener el teléfono solo lo ponía triste. “Lo siento, tía. El teléfono no significa nada para mí, pero tenía que hacerlo. Necesitaba una excusa para ver a Steve”.

Unas calles más adelante, encadenó la bici a una farola. A pie, ya no se parecía a lo que la policía estaría buscando. Giró en Farrens Lane. La máquina para limpiar las calles, como un R2-D2 de pacotilla, iba despacio por el asfalto, con las luces superiores encendidas y los cepillos que barrían los restos del mercado del día. Unos hombres silenciosos con chaquetas fluorescentes sucias también caminaban por la calle y arrojaban bolsas de basura llenas dentro de un camión de basura que avanzaba con lentitud. Ryan aceleró el paso para sobrepasarlos. Se detuvo en una tienda de productos chinos de la salud y tocó el timbre junto a una puerta de entrada estrecha. Una ventana de guillotina se abrió sobre él y un hombre blanco se asomó.

—Amigo. ¡Joder, es casi medianoche!

—Tengo algo para ti.

Steve desapareció de la ventana. Ryan esperó y escuchó deslizarse el pestillo de la puerta. Siguió a Steve por las escaleras angostas y empinadas hasta la puerta superior. Sonaba una música de mierda. Entraron en una sala de estar.

—¿Qué es esta mierda? —preguntó Ryan.

—No tienes vergüenza. Es Steely Dan.

—Eso es un chiste, bro.

—¡Que te den por culo!

A Ryan le gustaba eso de Steve: era tan poco guay que acababa siendo guay. Ryan se dejó caer en el viejo asiento de coche que había en el suelo. Steve estaba de pie, con el brazo apoyado en la asquerosa repisa de la chimenea. Debajo, un radiador eléctrico escupía calor. Steve estaba en calcetines, con unos vaqueros azules viejos que le colgaban del culo delgado y una camiseta a rayas.

—¿Todo en orden? —preguntó.

—Todo en orden, sí.

—¿Te has enterado?

—¿De qué?

—Del chaval ese, Spence, creo que se llamaba.

Ryan asintió.

—Me enteré.

—¿Sabes algo?

Ryan se encogió de hombros.

La cara de Steve parecía papel arrugado. Ryan se preguntó cuántos años tendría. Viejo, seguro. Sonó el pitido de un microondas. Steve se acercó.

—Estaba a punto de comerme un curry. ¿Quieres un poco?

—No, estoy bien.

—¿Seguro?

—Anda, vale.

Había una mesita y un par de sillas de madera, pero Steve le llevó el plato donde estaba. Steve se sentó a la mesa. A Ryan le gustó eso: un poco de distancia. Era respetuoso. No había comido desde que le habían dado esa especie de cartón de mierda cuando lo arrestaron. Resultó que estaba famélico. Engulló el curry y se quitó la sudadera.

—Hace demasiado calor aquí dentro.

Steve se encogió de hombros.

—No puedo ayudarte con eso. Tuve un problema con la coca hace cuatro años y desde entonces nunca puedo entrar en calor. Creo que se me jodió algo por dentro.

—¿No tienes un jersey?

—Paso. Además, tengo el contador de luz trucado. No me cuesta nada.

—¡Es como estar en una sauna!

—¿Quieres un té?

—¿Con este calor? Me estás jodiendo.

Steve fue hasta la nevera ruidosa y sacó una Coca-Cola para Ryan.

—Te refrescará.

—Gracias.

Ryan inclinó la lata y bebió un sorbo del líquido dulce. A pesar del calor que hacía, Steve le caía bien. No era como Shakiel; no avanzaba, se quedaba donde estaba y era feliz con eso. Estaba preparando el té, de espaldas, y en medio del silencio y la privacidad, Ryan murmuró:

—Lo conocía.

—¿A quién?

Intentó soltarlo sin más como si no fuera gran cosa.

—Al chaval que apuñalaron. Lo conocía.

—Ah, ¿sí?

—Repartíamos juntos.

Steve regresó a la mesa y no dijo nada. Se bebió el té.

—Lo siento.

Ryan sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—¿Tienes un porro?

—Lo siento, no me queda.

Permanecieron sentados y comieron en silencio. Steve se limpió la boca con la manga y empezó a liarse un pitillo.

—¿Erais muy amigos?

Ryan bajó la mirada. No podía hablar.

—Tío. Lo siento —agregó Steve.

Joder, quería que Steve cambiara de tema. Y lo hizo.

—¿Tienes algo para mí, entonces?

Ryan asintió. Sacó el teléfono del bolsillo delantero y se lo dio. Steve lo evaluó, apreciándolo con admiración.

—Está guay. Uno de los Samsung nuevos. Era de una chica, ¿no?

—Sí, se estaba bajando del autobús.

Steve giró el móvil.

—Me cago en tu puta madre.

—¿Qué?

—Tiene una inscripción grabada.

Ryan se mordió el labio.

—No te preocupes. Me lo quedo. Tres Ayrton.

—¿Qué?

Steve se rio.

—¿Demasiado joven para entender eso?

Ryan se encogió de hombros.

—Ayrton Senna: diez libras. Treinta libras.

—Vale.

Steve palpó el bolsillo de sus vaqueros y sacó tres billetes.

Ryan se puso de pie porque sentía que debía hacerlo, no porque quisiera.

—Me quedaría, pero se me hace tarde.

—Todo bien, tío.

Ryan guardó los billetes en su bolsillo y vaciló.

—¿Te vas, entonces? —preguntó Steve.

Ryan apretó la mandíbula.

—Sí. Gracias.

Steve deslizó las manos por el frente de sus piernas como si estuviera alisando algo.

—Mira, si quieres hablar de eso, ya sabes, de tu amigo… Vale, aquí estoy.

Ryan se dirigió hacia la puerta.

—Sí, vale. Nos vemos.

Steve esperó hasta que oyó que la puerta se cerraba. Aguardó un par de minutos más antes de entrar en el dormitorio. Sacó una bolsa de pruebas y unos guantes de plástico de un cajón inferior. Mientras introducía el teléfono en la bolsa y rellenaba la etiqueta, habló en voz alta.

—Acaba de marcharse Ryan Kennedy. Me ha dado un móvil robado. Lo estoy colocando en la bolsa de pruebas B3429687. Dice que se lo robó a una mujer en una parada de autobús. Es un Samsung y tiene una inscripción en la parte de atrás: “Para Julie, te amaré siempre, Tom”, y un corazón. Debería ser fácil de rastrear. Y dice que conocía a la víctima del homicidio, Spencer. Que eran buenos amigos. Parecía bastante afectado. Traté de obtener más información, pero no quise parecer demasiado interesado.

CAPÍTULO 16

Después de lo de la noche anterior, Lexi no se atrevía a ir a Gallowstree Lane. Mientras contemplaba las luces de Londres, tuvo un mal presentimiento. Nunca había querido meterse en los asuntos de los demás. Se había dedicado a una única cosa. Nunca se había ofrecido para nada más.

Lexi era una actriz secundaria, una extra. Cuando era más joven, había tratado de rebelarse contra eso; había asistido a una escuela de arte dramático en el oeste, incluso había intentado conseguir un papel principal, pero desde hacía unos años, se había dado cuenta de que, después de todo, no quería ser protagonista. Estar en la periferia significaba que lo que ocurría en tu vida era asunto tuyo y a ella le gustaba así.

Pasaba la mayor parte del tiempo sola en el piso 22 del edificio Burcote Tower, observando el vasto cielo gris. Si apoyaba la frente en el cristal frío, podía ver los extremos de Londres, una planicie amarillenta de carreteras y líneas ferroviarias. De un lado a otro del inmenso cielo vacío, diminutos aviones blancos transportaban a los participantes de despedidas de soltero, turistas urbanos y europeos del este que construían y reparaban Londres. El piso estaba sucio y casi sin muebles. Los cambios de sábanas y las compras semanales no son cosas que te preocupen cuando te interesa otro tipo de alimento. De vez en cuando salía a buscar suministros: minifalda, blusa corta, tacones. En realidad, no era un atuendo, sino más bien una especie de plumaje que señalaba sus intenciones. Dios sabe por qué querían follársela, pero ellos detenían sus coches en Gallowstree Lane y ella se subía al asiento trasero y abría sus muslos cada vez más delgados o se arrodillaba ante ellos detrás de los contenedores, como una yonqui tomando la comunión.

Durante un largo tiempo gris, había estado atrapada como una rata de laboratorio que está encerrada en una caja y va y viene al comedero; se movía entre la necesidad y la satisfacción. Las necesidades de ellos, luego las suyas: el largo y satisfactorio vacío que solo podía encontrar cuando el humo se arremolinaba alrededor del cuenco. Luego, de regreso a Gallowstree Lane con sus medias llenas de carreras. En algún momento, esto encontraría su propio final. Se estaba acercando. Lleva un tiempo arrasar el cuerpo cuando aún se es relativamente joven y fuerte. El cuerpo tiene sus procesos. Hay que respetarlo. A veces le entristecía ser testigo de la lenta destrucción de ese organismo sano en el que había crecido. Recordaba su infancia como si la viera a través de un cristal oscurecido. Había sido bastante buena nadadora: tenía piernas y brazos fuertes, pies con empeines altos que dejaban la huella húmeda perfecta en el suelo de un vestuario. Ahora su cuerpo estaba consumido, surcado de venas visibles, viejo antes de tiempo. Sin embargo, no se daba por vencido, su corazón seguía latiendo y sus pulmones se inflaban con aire. Hacerse esto a una misma era algo privado y lo único que quería era que la dejaran en paz para hacerlo a su manera. Solo era una clienta, por el amor de Dios. Joder. ¿No puede una mujer cambiar de proveedor cuando quiere?

Tenía un poco para el resto del día, pero empezaba a sentir ansiedad. Intentaría aguantar lo máximo posible a base de barritas Mars y latas. Se puso unos vaqueros y una camiseta. Bajó los veintidós pisos en el ascensor. En el interior de la caja sucia y revestida de plateado, estaba temblando. Por el hueco, subía y bajaba un silbido como de sables de luz. No le gustaba pensar en los cables de los que pendía su vida, pero tampoco le importaba. Se rodeó el cuerpo con los

brazos. Debería haberse puesto una chaqueta. Tenía un chicle en el bolsillo y se lo puso en la boca. Una familia entró en el ascensor y obstruyó la puerta con el cochecito de bebé. ¿Qué hacían fuera a esas horas de la noche? Una mujer blanca de unos sesenta años con un pantalón pitillo ajustado y una camiseta blanca, su hija veinteañera con un hiyab y una falda larga. Cuatro niños. Uno de ellos, un varón de unos ocho años, no podía apartar los ojos de Lexi.

—¿Nadie te dijo que mirar fijamente es de mala educación? —le soltó.

La abuela tiró del niño hacia ella, le rodeó el pecho con el brazo y lanzó una mirada de desaprobación a Lexi.

Cuando salió a la noche, Lexi contempló el espacio vacío entre los edificios. No estaba oscuro, pero tampoco iluminado. La familia se dirigió con audacia hacia la parada de autobús. La pequeña tienda con las rejas en las ventanas y la ventanilla nocturna quedaba cerca, pero Lexi estaba tan asustada como si hubiera un francotirador oteando la entrada del edificio.

Había desconfiado cuando los dos chicos se habían acercado por primera vez hacía una semana. Era obvio que andaban vendiendo. Uno de ellos era alto, llevaba un abrigo largo e intentaba parecerse a Henry Fonda. Tenía un tatuaje y un coche enorme, un BMW 4x4 negro que no podía ser más llamativo. Lo único que le faltaba era una matrícula personalizada. GILIPOLLAS, tal vez.

Las otras chicas se habían alejado de ellos, pero Lexi se había mantenido firme. “Deberíais estar en el instituto”, había querido decirles. Pero entonces se acercaron muy amables y haciendo bromas. Más por menos, decían. Más por menos.

No los reconoció y cuando les preguntó si eran de Los Hermanos se rieron, se pavonearon y fingieron sentirse insultados. ¿Eran de los rivales, entonces?

—¿Soldados? —preguntó.

Intercambiaron miradas entre ellos. Parecía una pregunta más difícil.

—Tampoco —contestó el alto con el tatuaje del martín pescador en el cuello—. No somos de nadie.

No cabía duda de que estos dos estaban intentando acaparar territorio. Supuso que habían trabajado para Los Soldados y habían visto cuánto dinero pasaba de sus manos a las manos de sus jefes. Y ahora querían quedárselo. Y lo estaban intentando en el territorio de Los Hermanos porque no estaban tan locos como para enfrentarse a los integrantes de su antigua pandilla.

Pero Lexi ya se había aburrido de la política. Tenían precios muy bajos y su parte hambrienta había empezado a murmurar que no era asunto suyo y que, de todos modos, ¿qué importaba? Las veinte libras conseguidas en la parte trasera de un coche le quemaban en el bolsillo.

—Vale —había dicho—. ¿Por qué no?

Se frotó el labio superior con el dedo índice mientras los jóvenes tomaban el dinero. En su piso, con vistas al cielo sombrío de Londres, podía convencerse a sí misma de que estaba tomando decisiones sofisticadas sobre la vida y la existencia, pero en la calle, su pobre amígdala primitiva no podía evitar intentar sobrevivir. Gallowstree Lane pertenecía a Los Hermanos. Ella tenía su proveedor habitual y, cuando los chavales nuevos le entregaron el envoltorio, miró por encima del hombro por si acaso. Ya se estaba arrepintiendo de haberle comprado al señor Martín Pescador. Una de las peores cosas era la sensación de que debería haberlo pensado mejor. Ese es el tipo de malas decisiones que se toman cuando uno sale de peregrinaje y no presta atención.

Le dieron un número al que llamar, para la próxima vez que necesitara comprar, le habían dicho, y se habían marchado en el coche ostentoso. Lexi los había llamado y les había pedido, por favor, que fueran a Burcote Tower, pero ellos dijeron que no, que se encontrarían con ella en

Gallowstree Lane. Le estaban enviando un mensaje y ella lo había entendido. El territorio no era solo la calle; era la gente. Ella les pertenecía y ellos querían que la calle lo supiera. Lexi había tenido que decir que sí porque ella había hecho la llamada. Les compró una vez más en Gallowstree Lane y después ya no volvió a llamarlos. Regresó con los vendedores callejeros de Shakiel que hacían las entregas habituales: pequeños gánsteres en bicicleta, con las manos en las caderas en lugar de en el manillar. Spencer y Ryan, así se llamaban. Le caían bien.

—Hace tiempo que no te veíamos —comentó Ryan, sacando la bolsita de su bolsillo trasero—. ¿Has estado enferma?

—Sí —Lexi guardó el envoltorio en el bolsillo y reprimió el impulso de comprobar que no hubiera un BMW 4x4 negro cerca—. Gripe.

Se alejaron haciendo caballitos, convirtiéndose en lo que eran: adolescentes en bicicleta. Críos inocentes.

Había pensado que eso era todo, pero anoche había visto a Martín Pescador a través de la mirilla de su puerta principal. Por supuesto, abrió. ¿Qué otra cosa podía hacer? Él sabía dónde vivía. Ella misma se lo había dicho, como una imbécil, cuando le había pedido que fuera allí en vez de hacer el intercambio en la calle. No abrir la puerta solo empeoraría las cosas. Vale, no estaría contento, le dijo a su mano temblorosa mientras deslizaba el pestillo, pero ¿cómo de cabreado podía estar? Mejor acabar de una vez. A lo mejor ni siquiera lo sabía. Pronto necesitaría meterse otro tiro, pero por ahora estaba bien. Un poco nerviosa, pero bien. Todo iba a ir bien. Podía comprarle un cristal y arreglar el asunto con eso. Al final no era tan malo.

—Hola —dijo—. ¿Cómo estás?

Él pasó a su lado sin hablar. Su amigo lo siguió y cerró la puerta con suavidad. La forma en que entraron en la habitación fue como si hubieran visto demasiadas películas de gánsteres y estuvieran practicando.

El cabrón del tatuaje se acercó a la ventana y observó Londres. Como contemplativo. Su amigo, bajo, de cara delgada y ojos estrechos como los de un roedor, se sentó en la única silla y clavó la mirada en Lexi. Ella sintió ganas de decirles: “Debería daros vergüenza tratar así a una mujer. A vuestra edad. ¿Vuestras madres saben que estáis haciendo esto?”. Decir ese tipo de cosas en voz alta era una fantasía tan grande como la forma de actuar de ellos. Hablaría con el típico acento entrecortado de Ealing, como en *Breve encuentro*. Le salía bien ese acento. Cien años atrás había tenido una versión de ese acento en su contestador, una imitación de la reina dirigiéndose a los niños al final de una guerra lejana: “Y cuando llegue la paz, recordad que os corresponderá a vosotros, los niños de hoy, hacer del mundo de mañana un lugar mejor y más feliz”.

Algo había brotado de su boca: sonó como un gemido.

—¿Qué has dicho? —preguntó Martín Pescador.

Le temblaba la mano. Se odiaba por tener miedo y se odiaba por odiarse a sí misma.

—Nada. ¿Tienes un pitillo?

Él le tendió su caja de Marlboro. La llama del encendedor morado de Lexi parpadeó. Al otro lado de la ventana, la noche anaranjada de la ciudad reflejaba la curva del cielo que los envolvía.

—Has estado comprándoles a Los Hermanos.

Ella dio una calada; la mano aún le temblaba.

—No me ha hecho falta.

Él meneó la cabeza.

—Odio a los mentirosos.

—Lo siento.

Lo sentía de verdad, al punto de echarse a llorar.

—¿Qué coño crees que es esto, Comparar.com? —inquirió el roedor.

—A partir de ahora solo trataré con vosotros. ¿Tenéis algo para mí?

Lexi quería hablar de lo único que le importaba, pero era como si ellos se interpusieran en el medio, como su padre cuando se ponía a gritar delante de la pantalla del televisor y lo único que ella quería era ver *Rugrats*.

—Hazme un favor primero. Llámalo —pidió Martín Pescador.

La habían abofeteado bastante de niña, así que sabía que no le gustaba. Una de las chicas le había mostrado el brazo donde su proveedor le había apagado colillas.

Llamó al número de inmediato, intentando no pensar en las consecuencias.

La voz en el otro extremo del teléfono era grave, pausada, cortés. Shakiel. Solo lo había visto una vez, pero era todo lo contrario del señor Martín Pescador. No ostentaba un gran coche. Siempre era algo elegante, pero discreto. ¿En qué carajo había estado pensando comprándole a otro? Si alguien era aterrador, era este tío.

—Sí, no te preocupes. Me ocupo. Te mando a mis chicos.

—Gallowstree Lane —agregó ella, como le habían ordenado los chavales—. Junto a la tienda.

Cada momento era solo una postergación. Lo único que quería era que se largaran. Martín Pescador le sacó veinte y le dejó en la mesa una bolsita con el cristal, que ella había podido calentar. Le dijo que a partir de ahora lo llamara a él.

Por lo general, le gustaba esperar a que se le pasara un poco el efecto antes de dar otra calada, pero en cuanto la puerta se cerró tras ellos, le colocó la cadena y preparó la siguiente antes de haber terminado de exhalar la última. No había espacio ni siquiera para el ansia. No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado. Solo que cuando Martín Pescador regresó, sentía como si todo el apartamento estuviera patas arriba. Lo observó desde la silla, con la cara tan entumecida como bajo los efectos de la novocaína.

No parecía el mismo, ya no era como el gánster de una película. Más bien parecía un niño asustado. Había caminado por el piso con su compañero flacucho y le había ordenado que cerrara la puta boca, aunque ella no había dicho nada. No paraba de mirar el móvil, y extrajo una navaja y liberó la cuchilla un par de veces. Todo eso fue como a intervalos y los ojos de Lexi habían vuelto a la pipa y se había preguntado si a él le importaría que diera otra calada. Indiferencia, eso era lo que otra calada le provocaría. Al minuto siguiente, él se había puesto a mirar por la ventana, a contemplar la vista de Londres, que se extendía hasta convertirse en campos y ríos y pequeños aviones que llegaban para aterrizar. Ella había esperado y él volteado hacia ella, había bajado la mirada hacia la navaja y luego asentido con la cabeza de manera elocuente. Sus nervios daban más miedo que cualquier cosa que hiciera. Lexi había mirado la navaja.

—Sí, lo sé. Nunca le diría nada de nada a nadie —aseguró.

Entonces, de repente, él pareció concentrarse en otra cosa, pasó junto a ella con rapidez y salió por la puerta principal. Su amigo bajito lo siguió y miró a Lexi antes de cerrar la puerta.

Y ahí estaba ella, en la tienda de la esquina. El asiático gordo que estaba detrás de la ventanilla la conocía. Sentía sus ojos clavados en ella por si robaba algo. Los caramelos estaban allí. Quería ir a por una de esas bolsas baratas de chocolatinas, pero no le apetecía caminar y, además, Tesco no estaba abierto veinticuatro siete.

—Dame cinco barras Mars, por favor —pidió, y mientras buscaba el cambio, sus ojos se posaron en la pila de periódicos apilados en una estructura metálica a su derecha.

Víctima de apuñalamiento era un prometedor futbolista…

Vio la foto solo un momento: una camiseta de fútbol, una sonrisa, una copa pequeña sostenida a la altura del pecho. Spencer. El chico de la bicicleta. Sintió mucha pena. Recogió el periódico y se volvió hacia el hombre de la tienda.

—¿Cuánto cuesta?

—Son gratis.

Cruzó deprisa la entrada del edificio, con el periódico bajo el brazo y Spencer que le sonreía desde el titular.

A TODA MARCHA
MARTES, 11 DE OCTUBRE

CAPÍTULO 17

BAJO EL HECHIZO DE LA mañana temprana, la amplia oficina del Departamento de Investigaciones Criminales de la comisaría estaba silenciosa y en calma. Lizzie, aún con el abrigo puesto, estaba de pie junto a la repisa, fuera de la oficina del detective de guardia, y echó un vistazo rápido al libro de incidentes de la noche: ocho detenidos para la oficina principal, tres para la unidad de violencia doméstica y una persona de alto riesgo desaparecida, todavía pendiente. La ansiedad la carcomía. Esperaba poder evitar algún detenido. Hoy tenía que llegar a tiempo a su casa.

Se acercó a un escritorio en la esquina y se conectó. El ordenador arrancó despacio. A su alrededor, la oficina estaba despertando. La gente la atravesaba, colgaba abrigos, arrojaba bolsos sobre los escritorios. Era la charla habitual, un día habitual por la mañana temprano habitual. Lizzie asintió y saludó, pero sus pensamientos estaban en otra parte.

Connor había estado llorando cuando Kieran se fue. Se había acurrucado con él en la cama y había intentado parecer tranquila. Al final se habían quedado dormidos juntos, pero Lizzie se había despertado a las cuatro de la madrugada con la horrible sensación de que la propuesta de Kieran había sonado muy razonable. "Pero lo seguirías viendo". Las luces de la ciudad, que nunca dormían, se habían filtrado por los bordes de la cortina y ella había contemplado a Connor, con sus mejillas enrojecidas y su pecho que subía y bajaba. La hora solitaria la había hecho sentir un miedo paralizante a que se lo arrebataran. Peor aún: de la idea de que alguna locura se apoderara de ella y lo terminara entregando de manera voluntaria.

Ash ya estaba en la oficina, con su casco de ciclista y los pantalones metidos dentro de los calcetines. Miró a su alrededor y luego, se dirigió a las mesas alineadas y en gran parte vacías de la oficina, extendió los brazos como un cantante de ópera y cantó algunos versos en italiano.

—*Batti, batti, o bel Masetto.*

Uno de los detectives más jóvenes le arrojó un libro de tapa dura. Se quedó corto. Ash cantó un poco más antes de parar y recoger el libro.

—Ah —comentó—. *Guía práctica de la defensa penal*. Tenía ganas de leerlo.

Se acercó a su escritorio, hojeando las páginas y canturreando.

—Hola, Lizzie.

Ella sonrió y esperó parecer tan feliz y cómplice de sus payasadas como siempre.

—Hola, Ash.

¿Cómo pedirle que no le diera un detenido? No le gustaba hacerlo. Era un amigo. No le gustaba tratarlo como a alguien de quien poder conseguir algo, pero tendría que hacerlo.

Ayer, esta vida con tantos crímenes y las dificultades del cuidado de un niño le había parecido demasiado dura. Ahora se daba cuenta de que había sido pan comido. Ayer había podido pedir ayuda. Le había mandado un mensaje a Kieran, por el amor de Dios, preguntándole si podía quedarse con Connor. No se le había pasado por la cabeza que cada mensaje, cada dificultad con el cuidado del niño, podían convertirse en una posible munición en el tribunal de familia. A partir de ahora tendría que actuar de otra manera, fingir mejor que todo iba de maravilla. Dejar de pedir ayuda. Dejar de comentarle a la gente que era difícil. Iba a tener que luchar por esta vida difícil.

Los oficiales llegaban con tazas de café en la mano. Otros traían ejemplares de *Metro* que

habían estado leyendo de camino hacia allí. Uno estaba vestido con ropa de correr. La consabida carrera por conseguir los escritorios buenos estaba en pleno proceso. Todo el mundo cogía un puesto de trabajo y lo reservaba antes de ponerse a ordenar sus cosas. Alguien había dejado un ejemplar ajado del *Standard* del día anterior de ayer sobre el escritorio de Lizzie. Vio el titular. "Promesa del fútbol muere apuñalado". Mientras se iniciaba el ordenador, echó un vistazo al artículo. Una foto del helicóptero rojo medicalizado que se veía incongruente en una calle ancha de Londres. La habitual cinta de plástico azul y blanca. ESCENA DEL CRIMEN. Otra foto, al parecer sacada de Facebook, de un chico delgado, con una raya afeitada en una ceja y una gorra de béisbol puesta al revés.

Spencer Cardoso, de 15 años, había probado con el club local…

El ordenador había arrancado y Lizzie tiró el periódico a la papelera.

Revisó sus correos electrónicos. Uno era de alta prioridad. "Urgente: Indagación de testigos". Reconoció el nombre del remitente. Inspectora Sarah Collins. Sus caminos se habían cruzado más de una vez. Sarah había dirigido el equipo que había investigado la muerte de su amigo, el oficial Hadley Matthews, y de la adolescente Farah Mehenni. Lizzie todavía recordaba a la pequeña Farah con su uniforme escolar verde y su mochila de lunares. Apartó el recuerdo, como había aprendido a hacer, y leyó con rapidez el correo electrónico.

Ayer detuvisteis a Ryan Kennedy. Inteligencia sugiere que Ryan era un buen amigo de una víctima de homicidio reciente, Spencer Cardoso…

Spencer Cardoso, el futbolista prometedor que Lizzie acababa de arrojar a la papelera de la oficina. Ceja afeitada, como su compañero Ryan. Sarah le había pasado un número de móvil; Lizzie tomó asiento en su escritorio y la llamó.

Sarah fue directa al grano y preguntó por la chaqueta de Superdry que aparecía en las grabaciones de las cámaras de seguridad de la agresión que Lizzie estaba investigando.

—Sí, la buscamos cuando lo detuvimos, pero no la encontramos.

—Qué pena. Tengo la descripción de un testigo con una chaqueta Superdry. Esperaba tener suerte. ¿Qué sabes de la pelea?

—No mucho. Nadie quiere hablar. La víctima, Robert Nelson, no quiere saber nada. Lo he intentado un par de veces. Para ser sincera me está costando.

—Necesitaré una copia de los vídeos de seguridad.

—Vale. Llámame cuando estés lista para recogerla.

Hubo una pausa.

—Volvamos a Ryan —sugirió Sarah de repente—. Estoy bastante segura de que es nuestro testigo. Lo arrestasteis el día después del homicidio. ¿Cómo estaba? Me refiero a su humor.

—Bueno, nunca lo había visto antes, así que no puedo comparar.

—Entiendo. ¿Pero las primeras impresiones?

—Inestable. Se hacía el bromista y de pronto se quedaba como distraído. Lo bastante volátil como para que me llamara la atención. Pero la mayoría de estos chicos son volátiles.

Ash golpeó la esfera de su reloj. Lizzie levantó la palma de la mano, con los dedos bien abiertos. Cinco minutos.

—¿Le quitasteis los móviles? —inquirió Sarah.

—No encontramos ninguno.

—Interesante. ¿Algo más que puedas decirme?

—Tenía bastantes cosas.

—Ah, ¿sí?

—Todo eso que les gusta… ya sabes, zapatillas de marca, una cadena de oro. Una cadena de gánster verdadero, cara, y solo tiene quince años. Un apartamento de mierda y sin ingresos visibles para pagarlo.

—Vale, gracias. —A continuación, tras una breve pausa—: Has reparado en cosas muy útiles.

Sarah Collins tenía ese tono. Lo que tal vez pretendía ser una rama de olivo sonaba condescendiente. Sin embargo, y esto también era desconcertante, Lizzie quería complacerla.

—Hay algo más.

—¿Sí?

—Cuando salió bajo fianza, lo acompañé a la puerta de la oficina de la comisaría. Había un coche esperándolo. Su madre estaba con él, pero se separaron. Por lo general, estos chavales se van caminando. O en bicicleta. Pero tener un coche esperando parecía un poco hollywoodense para alguien del nivel de Ryan. Anoté la matrícula.

—¿Puedes dármela ahora?

—Sí, claro. Espera. —Cogió su agenda y leyó la matrícula en voz alta—. Era un Volkswagen Touareg blanco.

—Gracias.

Otra pausa.

—¿Cómo estás?

Estaba el otro asunto: el ataque a Lizzie. No se habían visto desde entonces. Lizzie le había enviado un correo electrónico dándole las gracias y no había recibido respuesta.

—Estoy bien. Gracias por preguntar y por lo que hiciste.

—De nada. Me alegro de que estés bien y de vuelta al trabajo.

La línea se desconectó. Ash estaba sentado en el borde del escritorio.

—Vale, señorita Darrow, King Kong quiere verla arriba.

—¿Señorita Darrow?

—¿En serio? ¿No puedes adivinarlo? —Ash se tapó los ojos con dramatismo y habló con acento estadounidense—. Tápate los ojos con las manos y grita, Ann, grita por tu vida.

King Kong o KK, como sus oficiales solían abreviar su apodo, era el superintendente en jefe de detectives Trask, comandante del distrito. Un hombre de un metro ochenta y pecho ancho que había pertenecido a la Brigada Móvil en la época en que el crimen armado era el principal foco de la policía y los altos oficiales todavía guardaban botellas de whisky en los cajones de sus escritorios.

Cuando recibió a Lizzie en su oficina, se puso de pie y le tendió su enorme mano. La visión de aquella palma ancha la hizo sonreír al recordar la estúpida broma de Ash y se imaginó a Trask subiendo el Empire State con su traje de rayas y sosteniendo a una damisela de vestido plateado en una de sus garras gigantescas.

—Tengo un trabajo para ti, Lizzie —afirmó con una sonrisa brillante—. Fuera del distrito.

Señaló la silla frente a su escritorio. Menos entusiasmada de lo que suponía que la situación debía requerir, Lizzie tomó asiento.

—Gracias, señor. Es emocionante.

—Es una putada dejarte marchar, pero ¿qué puedo hacer? Te lo mereces.

Sonrió. Casi todo el mundo admiraba a KK o alegaba hacerlo. A pesar de su tamaño y su arrogancia, no era ningún idiota. Si descubría tu talento, lo ponía en uso. Y si no, al menos te servía para acrecentar tu reputación incipiente. Nadie quería perder la buena opinión de Trask.

—¿Puede decirme algo sobre el trabajo, señor?

—Es confidencial. —Le guiñó un ojo—. No estoy autorizado a saber nada al respecto.

Confidencial. A pesar de sí misma, sintió una repentina oleada de euforia. Algo nuevo. Delitos graves.

—Es justo el tipo de cosa que necesitas. Trabajo de policía de verdad. Te gustará. —Empujó un trozo de papel a través del escritorio—. Aquí están los detalles de a quién tienes que reportar y eso. —Sonrió—. Tienes que quemarlo después de leerlo. —Se puso de pie para que Lizzie se apresurase en salir de la oficina—. Te quieren allí hoy mismo.

Ella se incorporó también.

—Gracias, jefe.

Ya tenía la mano en el pomo de la puerta cuando él agregó:

—No se te ocurra llevarte un coche.

Lizzie se volvió.

—Por supuesto que no, señor.

—Ya tengo bastante con perderte a ti. Necesito conservar los coches. Cristo, toda esta mierda de escritorio. Ojalá fuera joven de nuevo y pudiera empezar como tú. Diviértete.

Y le guiñó el ojo otra vez, como si estuvieran compartiendo una broma buenísima.

El metro emergió del túnel y salió a la expansión urbana. Los arbustos de budleyas se extendían a los lados de las vías. Más allá de ellas, los largos jardines traseros de las casas adosadas de los años treinta: césped cubierto de maleza, tendederos, invernaderos de PVC. Ash le había dado a Lizzie un póster improvisado. “Para tu nueva oficina”. Lo sacó del bolso, lo miró y sonrió: la damisela de vestido plateado sentada en la pata del gran simio. Debajo, una leyenda:

> Es dinero, aventura y fama. Es la ilusión de toda una vida y un largo viaje por mar. Para el resto de nosotros, es más trabajo y menos gente para hacerlo.

El metro entró sacudiéndose en la estación. Lizzie dobló el póster y lo guardó en el bolsillo. Este era el límite del distrito de la Policía Metropolitana. Un pub Red Lion con fachada de azulejos verdes y banderas de la Unión. Begonias rojas y amarillas que luchaban por espacio en cestas colgantes de plástico gris. “Esta rotonda está patrocinada por Lodder’s Garden Centre”. Siguió su mapa para salir de la calle principal y atravesar hectáreas de depósitos y aparcamientos.

Las oficinas estaban escondidas detrás de una pequeña puerta con un cartel de plástico: Valley Supplies. Lizzie pulsó el telefonillo y miró a la cámara. La puerta se abrió con un clic y ella subió unas escaleras estrechas. Un hombre pequeño y delgado la estaba esperando. Sus ojos celestes la estudiaron desde detrás de unas gafas sin montura. Su ropa, un cárdigan verde con solapas, pantalones ajustados grises y mocasines, parecían ser producto de un gran esfuerzo y fácilmente susceptibles a cualquier indicio de burla.

—Detective sargento Mark Angel. Soy tu superior y me informarás a mí.

Ya se había vuelto y Lizzie lo siguió hasta un puesto de trabajo vacío.

La pequeña oficina estaba en silencio, salvo por el chasquido de los teclados. Unos diez

oficiales, hombres y mujeres, todos en vaqueros, estaban inclinados frente a sus ordenadores. Un aparador y un armario a un lado hacían las veces de cocina: una tetera, un fregadero, un microondas. En el rincón más alejado de la sala, una única oficina privada hecha con tabiques ocultaba a su ocupante.

—¿Lo primero? —señaló Angel, convirtiendo cada afirmación en una pregunta—. ¿Necesito que firmes esto?

Le entregó un montón de papeles en una carpeta de plástico: una copia de la Ley de Secretos Oficiales.

—Ya lo he firmado…

La interrumpió.

—¿Esto es específico para esta operación? Lo firmarás de nuevo cuando te vayas.

Su expresión no delataba nada. Lizzie firmó el papel y se lo devolvió.

—¿Lo otro es asegurarme de que sepas cómo son las cosas? ¿No puedes hablar de esta operación con nadie, ni siquiera con tus amigos policías? —Esperó mientras ella se conectaba. Luego se inclinó sobre ella y Lizzie percibió el olor a antiséptico—. Voy a mirar mientras borras todas tus conexiones a las impresoras de la metropolitana. ¿La única impresora que puedes utilizar es la que tenemos aquí?

Una vez hecho eso, le entregó un CD.

—Empieza con este.

Lizzie sonrió con nerviosismo.

—¿Qué necesita?

—¿Transcripciones?

—Vale.

—Te he dado acceso al disco compartido de la operación. —Volvió a inclinarse sobre ella, hizo clic en una unidad etiquetada “Perseo” y abrió una carpeta. Listas de archivos con nombres únicos seguidos de fechas y horas aparecieron en la pantalla—. Copia el formato en estos. —Hizo más clics en el disco compartido—. ¿Y si no estás segura de quién es quién... —agregó, y abrió otra carpeta llamada “Nominales”—, ¿es probable que estén aquí?

Lizzie miró a su alrededor, esperando que alguien le sonriera. Nadie apartó la vista de su pantalla. Hizo clic en el archivo del CD y se abrió el reproductor multimedia.

Vio una sala grande: el vestíbulo de un edificio de apartamentos, supuso. El ángulo era alto, mirando hacia abajo y ligeramente de ojo de pez. Puertas dobles de cristal con mallas metálicas, una escalera ancha a la derecha con una barandilla oscura, ladrillos de vidrio a través de los cuales se filtraba la luz, que arrojaba una tonalidad azul.

“¿Dónde has estado?”.

Hablaba un hombre negro corpulento. Estaba sentado en medio del vestíbulo en lo que parecía una vieja silla de oficina con ruedas. Tenía los antebrazos apoyados en los reposabrazos y las piernas abiertas. Descansaba los pies sobre la parte trasera de los talones y las suelas de las zapatillas, como destellos blancos, se inclinaban hacia arriba mientras movía la silla con lentitud de un lado a otro. Lizzie lo entendió de inmediato. La incongruencia de aquella silla de oficina en el vestíbulo de un edificio de apartamentos era una declaración de autoridad. No le gustaría entrar allí sola.

Un hombre blanco, más delgado y pequeño, había entrado en escena. Apoyado en una de las columnas, había estado oculto a la vista, e incluso ahora, con su silueta a contraluz, sus rasgos eran casi invisibles.

Lizzie detuvo el vídeo.

Cargó uno de los documentos que Angel le había mostrado. Era la transcripción de otra conversación. No la leyó, sino que la recorrió deprisa para hacerse una idea del diseño y el estilo. Luego borró el texto existente y cambió el nombre del documento, pero mantuvo el formato e introdujo su propio número de prueba documental en la parte superior. Pulsó el botón de reproducción del vídeo y se concentró; empezó a teclear lo que veía y oía en el vestíbulo.

Hombre negro: ¿Dónde está?
Hombre blanco: Está ocupado.
Hombre negro: He estado esperando.
Hombre blanco: Sí, pero… [inaudible] … una chica guapa. ¿Entiendes?

El hombre blanco hablaba con acento, como de Europa del Este, supuso Lizzie. La silla de la oficina oscilaba despacio de un lado a otro.

Hombre negro: ¿Me estás jodiendo?
Hombre blanco: No, Shakiel.

Así que el negro se llamaba Shakiel. Lizzie se dio cuenta de que el sargento Angel estaba hablando. Pulsó el botón de pausa y se volvió hacia él.

—Lo siento, no le he entendido.

—Te he preguntado si no tienes unos auriculares.

El altavoz había estado encendido. Lizzie echó un vistazo alrededor con aire cohibido, pero nadie la estaba mirando.

—Sí, claro.

Conectó los auriculares en el ordenador. Parecía una oficina bastante solitaria.

Pulsó buscar y reemplazar y sustituyó la descripción por el nombre de Shakiel. Repasó el texto que acababa de editar. No captaba los matices: la falta de arrepentimiento en la actitud del hombre blanco, la amenaza en la pregunta del hombre negro. Se había perdido el último intercambio y tuvo que retroceder. El hombre blanco se había adelantado un poco. Se dio cuenta de que estaba fumando. Debió de encender el cigarrillo cuando estaba apoyado contra la columna. Ahora podía ver los detalles de su chaqueta. Era una de esas chaquetas de cuero de mala calidad, de estilo aviador, ajustada y con demasiadas cremalleras.

Shakiel: No te conviene joderme.
Hombre blanco: Para nada. Mi jefe no es de los que joden.
Shakiel: Eso lo voy a decidir yo. ¿Y? ¿Vas a llamarlo?
Hombre blanco: Claro, voy a llamarlo.

El hombre blanco sacó su móvil y Lizzie oyó el pitido bajo del teclado de acceso. Una mujer había entrado con un cochecito. Observó a los dos hombres y los saludó con la cabeza, pero no dijo nada, bajó la mirada y se movió con rapidez. Sin meterse en lo que no le importaba. ¿Quién no lo haría? Desapareció de la imagen en dirección a lo que Lizzie supuso que sería su piso o el ascensor. El hombre blanco estaba hablando por teléfono y ella empezó a teclear de nuevo.

[Inaudible] El hombre blanco habla por teléfono en un idioma desconocido.

El hombre negro, Shakiel, volvió a mover su silla de izquierda a derecha. El hombre blanco

terminó la conversación y se guardó el teléfono en el bolsillo.

Shakiel: ¿Qué dice, tu jefe?
Hombre blanco: Dice que en qué clase de negocio estás metido. Que te diga que todo parece un montón de mierda. Que ya no está seguro.

Shakiel se incorporó y se acercó al otro hombre. Lo superaba en altura y anchura y a Lizzie le impresionó que el otro no cediera terreno. Ahora que los dos sujetos estaban cerca, era difícil oír las palabras. Lizzie intentó mejorar el audio, subió el volumen y tecleó lo que obtuvo:

Shakiel: [Inaudible]… Este territorio es mío… [Ruido en la grabación]… [Inaudible]… habla demasiado… [Inaudible].

Shakiel agarró por la solapa de la chaqueta al otro hombre durante un segundo.

Hombre blanco: Te llamaré. Todo va a salir bien.
Shakiel: Más te vale. Hablo en serio.
Hombre blanco: Te la consigo, tío. Cien por ciento que te la consigo. Voy a conseguir…
[Inaudible: ¿la consigo?].

El intercomunicador de la oficina zumbó. Lizzie dedujo que ella era la persona de menor categoría de la sala, de modo que movió la silla para incorporarse, pero el sargento Angel lo advirtió y meneó la cabeza.

—Solo unos pocos estamos autorizados a abrir la puerta.

Lizzie se volvió a sentar; se sentía ridículamente humillada. Intentó disimularlo mirando la pantalla. Se centró y guardó el documento que acababa de terminar mientras se preguntaba si debería revisarlo. Entonces se dio cuenta de que alguien se había acercado a su escritorio; levantó la vista y vio a Steve Bradshaw. Le sonrió. Él ya había apoyado una nalga en un lado del escritorio.

—Lizzie. ¿Estás trabajando en Perseo?

—Acabo de empezar hoy.

Sentía la atención de la oficina sobre ella y el creciente estatus que le otorgaba la amabilidad de Steve. Conversaba con ella como si fueran viejos amigos, aunque la verdad era que no se conocían bien. Tres conversaciones en total, como mucho. Y una que jamás olvidaría ni mencionaría: cuando él la había convencido de que no arrojara su vida por la borda por una adolescente y un amigo muertos.

Steve sonrió.

—Me enteré de que has tenido un bebé.

—Sí, un niño, Connor.

—Enhorabuena. ¿Tienes una foto?

Ella buscó entre las fotos en su móvil y le pasó el teléfono.

Steve la miró.

—Tiene tus ojos.

Le devolvió el móvil y le ofreció el suyo. Lizzie vio una chica de pelo largo y oscuro, de unos dieciséis años, con un vestido ajustado y tacones.

—Ella es Abbie.

Steve volvió a coger el teléfono y deslizó el dedo hacia la derecha: dos adolescentes varones,

abrazados y riendo. Con el cuello de la camisa desabrochado. Tocó sobre la imagen del que estaba a la derecha.

—Mi hijo mayor, David. Empieza la universidad el año que viene. Va a ser médico. ¿Puedes creerlo? Y mi hijo menor, Adam. —Cogió el móvil de nuevo—. Como sea, ya no me necesitan. ¡Excepto por el dinero, por supuesto!

—Estoy segura de que no es verdad.

Él le dio unas palmaditas en la mano.

—¿Qué te han pedido que hagas?

—Oh, transcripciones. Muy glamuroso.

—Es un comienzo, supongo. —Hizo una pausa—. Pero un poco por debajo de tus habilidades.

Lizzie se sonrojó, pero se sintió halagada.

—No me corresponde a mí decirlo. ¿Qué me dices de ti?

—Soy agente encubierto de Perseo.

—¿Agente encubierto? No sabía nada.

Él sonrió.

—Esa es la idea. —Miró por encima del hombro hacia la oficina separada—. Será mejor que me ponga en marcha. —Buscó en su bolsa—. Ya que estás con transcripciones, ¿te importaría transcribir esto? —Le entregó un CD—. Perdona que te lo pida, pero creo que el jefe necesita revisarlo con urgencia.

—No hay problema. Lo haré ahora mismo.

El disco contenía dos archivos. Lizzie clicó en el primero.

Steve estaba subiendo unas escaleras estrechas y empinadas, seguido de un joven que era casi invisible. La luz de la escalera estaba apagada.

Lizzie guardó el archivo en un documento y escribió.

LJG2/11.10.16.
Dos hombres suben una escalera interna. Uno es el agente encubierto conocido como Steve. No hay intercambio de palabras.

Clicó en el otro archivo. La cámara ofrecía una vista en altura de un pequeño apartamento. El Steve que vio era sutilmente diferente del Steve que conocía: desaliñado, caído en desgracia, un poco humillado por la vida. El chico lo seguía con la cabeza gacha y el rostro oculto por una capucha. Sonaba música y el chico habló. Ella tecleó.

Menor no identificado: ¿Qué es esta mierda?
Steve (AE): No tienes vergüenza. Es Steely Dan.

Ahí estaba la sonrisa fruncida de Steve, la que le arrugaba las comisuras de los ojos. A todo el mundo le gustaba estar con Steve. Todos confiaban en él. Hasta que el chaval no se sentó —había un viejo asiento de coche en el suelo—, Lizzie no pudo verlo bien. Puso en pausa el reproductor para asegurarse.

Todo lo que sabía sobre él cambió. Tuvo la sensación de que Ryan era *real*, una persona real a la que estaban engañando.

Steve (AE): ¿Te has enterado? … Del chaval ese; Spence, creo que se llamaba.

La cámara, dondequiera que estuviera escondida, proporcionaba una buena vista de cualquiera que estuviera sentado en el asiento de coche. Ryan se encogió de hombros. Para cualquier otra persona no sería más que un cotilleo —cháchara de vecindario sobre puñaladas y violencia y las cosas que pasaban—, pero a Lizzie no le cabía ninguna duda de que el comentario de Steve había sido un cebo. Pero no había presionado. Lizzie tecleó.

Steve (AE): Estaba a punto de comerme un curry. ¿Quieres un poco?

Un plato de curry estaba en las manos de Ryan. Se sentó y comió como un perro hambriento. Steve le dio una Coca-Cola.

Steve (AE): Te refrescará.

Hubo un momento de silencio. Lizzie era libre para observar, sin tener que preocuparse de que sus dedos se movieran sobre el teclado. Steve estaba de espaldas. Estaba preparando una taza de té. Y Lizzie pensó: ¿qué policía no conocía el valor del silencio?

Ryan: Lo conocía. […] Al chaval que apuñalaron. Lo conocía.
Steve (AE): Ah, ¿sí?
Ryan: Repartíamos juntos.

No pudo teclear lo que siguió: el silencio era tan doloroso que le daban ganas de cerrar los puños. Ryan sentado en ese asiento con la lata de Coca-Cola en las manos. Se mordía el labio superior y este le temblaba por la presión de la ansiedad. El silencio se prolongaba, pero Ryan se mantenía callado. No habló de cómo era Spencer ni del tiempo que hacía que se conocían. Nada de eso. No era como esas personas de los programas de entrevistas en la televisión que magnificaban sus conocimientos sobre alguien asesinado y, al hacerlo, intentaban magnificarse a sí mismas y su lugar en el mundo. No, lo que fuera que mantenía a Ryan al borde de las lágrimas se lo guardó.

Steve (AE): Lo siento.

Ryan se agitó.

Ryan: ¿Tienes un porro?

Lizzie pensó en sí misma en el patio, fingiendo fumar y finalmente dándole el cigarrillo a Ryan. Se preguntó si Steve tendría las mismas consideraciones. No conocía las normas de los agentes encubiertos. ¿Les estaba permitido dar cannabis a un menor? Se dio cuenta de que era una pregunta irrelevante. ¿Por qué darle alivio cuando el mismo alivio sería lo que haría que Ryan dejara de hablar?

Steve (AE): Lo siento, no me queda.

Más silencio. Un intento más…

Steve (AE): ¿Erais muy amigos?

Ryan miraba hacia abajo, pero seguía sin hablar. Y, entonces, Steve cambió de tema. Para el chico que no hablaba, las cosas se pusieron serias. Si querías estar cerca de Steve, tenías que hablar. A Steve le interesaba la información. Ryan le ofreció el teléfono que había robado. No era el mejor: estaba grabado con el nombre de la víctima. Donde había ofrecido alivio, ahora Steve ofreció indiferencia.

Steve (AE): ¿Te vas, entonces?

Y Ryan bajaba las escaleras, pequeño y solo. Lizzie pensó con una punzada en su pequeño Connor y en cómo sería no cogerlo en brazos cuando lloraba. ¿Steve estaría siempre escuchando?, se preguntó. ¿Estaría siempre recabando información? ¿Su amabilidad tendría algo de real?

Pero Ryan era real, sin duda, caminando por la calle con el peso solitario de su conocimiento.

Pausó la grabación. La puerta de la oficina que estaba en el fondo de la sala se había abierto y Steve estaba saliendo. La miró y sonrió.

—Nos vemos, Lizzie.

El saludo resonó en su interior como una transcripción.

Steve (AE): Nos vemos, Lizzie.

Guardó el archivo y se quedó pensativa un momento. El sargento Angel estaba ensimismado en su pantalla. Lizzie no tenía la más mínima gana de hablar con él, pero se acercó.

—He hecho un par de los archivos.

—Bien.

Lizzie le despertaba tanto interés como si trabajara en una fábrica poniendo cerezas en los pasteles. No era más que diez dedos que tecleaban, una secretaria con un carné de policía. Ella conocía el mito sobre este tipo de oficiales: te partes el lomo trabajando, por así decirlo, hasta que al final se fijan en ti y te valoran. Excepto que, según su experiencia, este tipo de oficiales nunca te valoraba, y cuando se fijaba en ti era solo para enfadarse.

—Iré a presentarme al jefe, si no le importa.

Él la miró un instante breve y con una indiferencia rayana en la grosería.

—Vale.

Se dirigió a la oficina en la que había estado Steve y llamó a la puerta.

—Sí.

Asomó la cabeza por la puerta y estaba a punto de hablar cuando lo vio. Por unos segundos, se quedó estupefacta. Luego se sintió furiosa. Luego, desconcertada de nuevo. Entró en la habitación y dijo lo primero que se le ocurrió.

—¿Es una coincidencia?

Kieran esbozó una ancha sonrisa.

—No seas tonta.

La mente de Lizzie iba a toda velocidad, pero, aun así, tuvo un poco de margen para reparar en esa palabra. “Tonta”.

—¿Me pediste a mí en particular?

—Por supuesto.

Una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro y Lizzie recordó que esa expresión, con su sugerencia de maldad y diversión, le había fascinado alguna vez. Difícil de creer ahora.

—Después de nuestra discusión de anoche, ¿por qué ibas a pedir trabajar conmigo? Pensaría que estar juntos en el mismo equipo sería lo último que querrías.

¿De verdad él había hecho un gesto de fastidio? No se lo podía creer.

—Después de nuestra *discusión* de anoche —respondió él, restándole importancia a la palabra con su énfasis—, me quedé despierto pensando qué era lo mejor para Connor. No qué era mejor para mí.

Enarcó una ceja y esperó.

—¿No se te ocurrió consultármelo antes?

—¿La verdad? Ni siquiera se me pasó por la cabeza que pudieras molestarte por tener esta oportunidad. La mayoría de los oficiales con tu nivel de experiencia matarían por un puesto aquí.

"Tu nivel de experiencia".

Ahí estaba: el aire de arrogancia, el conocimiento superior, la capacidad de conceder dádivas. Había sido una tonta al enamorarse de él. Lo recordó en un instante doloroso: cómo se le aceleraba la respiración cada vez que él llegaba; la emoción cuando tropezaba con él en un pasillo o se sentaba en cualquier coche que él condujera.

—Podrías haberme dado la posibilidad de elegir.

—Mejor para ti que te trasladen aquí, ¿no crees? Me imagino que no querrás que te conozcan como la exnovia.

—KK… Quiero decir, Trask. Mi comandante de distrito. ¿Sabe de lo nuestro?

Kieran sonrió de nuevo y Lizzie recordó el guiño de despedida de Trask.

—Podría ser.

Lo extraño era que Kieran parecía creer que a ella también le haría gracia. Se estaba dando cuenta de lo que había pasado. KK no la había asignado a la operación confidencial porque tuviera talento. No, lo había hecho porque uno de sus antiguos compañeros se lo había pedido. Pensó en el póster que Ash le había dado. La damisela en la palma de la mano de un simio.

—Oh, vete a la mierda, Kieran —exclamó—. Que te jodan.

Kieran abrió un cajón, sacó una hoja de papel y la deslizó por encima del escritorio. Lizzie la observó: una captura de pantalla del Sistema Informático Nacional de la Policía con el nombre de su vecina, Sandy. Había un apercibimiento policial: posesión de clase B con intención de distribución. Dejó el papel sobre el escritorio.

—¿Has investigado a mi vecina en el SINP? Eso es ilegal.

—Oh, madura de una vez.

—¿Madura?

—Has dejado a nuestro hijo con una traficante de drogas.

—Ese apercibimiento es de hace diez años. Podría significar cualquier cosa. Solo tenía diecinueve años. Tal vez le dio un porro a una amiga. Es solo otra de tus excusas…

Kieran estaba hablando, pero Lizzie casi no lo oía. No podría volver a dejar a Connor con Sandy nunca más. Otra pequeña ayuda acababa de esfumarse de su vida. Kieran quería hundirla. Ahora estaba levantando la voz. Era probable que todos pudieran oírlo en la oficina.

—Quieres lo imposible: quieres una carrera interesante en la policía y también conservar a Connor. Intento ayudarte y mira cómo reaccionas.

—No lo entiendes, ¿verdad?

—Tienes razón. No lo entiendo. Todo lo que veo es a alguien que quiere sorber y soplar a la vez.

—Eso es exactamente lo que quiero. Después de todo, es lo que tú haces. Siempre has podido

sorber y soplar a la vez. Es tu especialidad.

¡Cabrón hijo de puta! Estaba llorando. Se apartó una lágrima deprisa con el dorso de la mano. Kieran no habló.

—Siento no haberte preguntado antes —concedió él a continuación. Hizo una pausa—. Pero mi intención era buena. Si trabajas en esta operación, tendremos más control sobre tu horario y podrás hacer trabajo de policía de verdad. ¿Qué más da cómo hayas llegado aquí? Perseo es una oportunidad para ti. Es tu primera incursión en trabajo especializado. ¿No es lo que quieres?

Ella lo miró: las lágrimas habían sido reemplazadas por otra cosa.

—¿Trabajo especializado? ¡Soy una maldita mecanógrafa!

—Por algo se empieza.

—¿Tú empezaste mecanografiando?

—Cuando yo empecé, era joven y soltero.

—¿Y un hombre? —lo interrumpió.

Otro gesto de fastidio.

—No tenía un bebé al que cuidar.

De repente, se sintió derrotada. Lo único que quería era largarse de esa oficina. Entonces, recordó el asunto que la había llevado allí.

—Esta mañana recibí un correo electrónico de Sarah Collins. ¿Te acuerdas de Sarah?

—¡Dios, esa mujer! ¿Cómo olvidarla?

—Es la investigadora principal de un homicidio callejero reciente. ¿Spencer Cardoso?

Él se encogió de hombros.

—Vale.

—Está buscando a un testigo clave y cree que podría ser un chaval al que arresté ayer. Ryan Kennedy. Acabo de transcribir una conversación en el piso de Steve. Parece que Ryan es, efectivamente, el testigo que Sarah está buscando. Tendremos que decírselo.

Kieran se reclinó en la silla. Esto era algo diferente: el Kieran profesional, reservado, inescrutable. Daba la impresión de estar considerando lo que ella acababa de decir, pero Lizzie no estaba convencida.

—¿Qué sabes de Perseo?

—Nada, excepto cómo formatear las transcripciones.

Kieran suspiró ante el cinismo.

—¿Quieres sentarte un momento?

Desconfiada y recelosa de los motivos, Lizzie tomó asiento. Ahí estaba una vez más: su voz de “escucha a tus mayores”.

—El objetivo de Perseo es desarticular la importación de armas de fuego. Llevamos dos años investigando. Los Hermanos han sido responsables de al menos siete homicidios en los últimos quince años y de muchos delitos graves: violencia, tráfico de drogas, intimidación. Han llegado a convertirse en una prioridad de la Metropolitana porque su líder, Shakiel Oliver, se ha vuelto ambicioso. Lleva mucho tiempo enfrentado a sus rivales, Los Soldados, y parece que quiere consolidarse. Se ha conectado con una cadena de suministro que se extiende desde Rumanía hasta Bélgica. El producto es militar: armas automáticas, munición, granadas.

Esperó que respondiera. Lizzie se encogió de hombros.

—Vale, importación de armas de fuego. Delitos graves. Quizás terrorismo. Entiendo.

—No solo queremos atrapar a Shakiel y a Los Hermanos. También a los distribuidores extranjeros. Shakiel está esperando una entrega. Para asegurarnos una condena a largo plazo,

necesitamos que la entrega tenga lugar. Hemos dedicado mucho tiempo y esfuerzo a esto. No podemos tirarlo por la borda por la posibilidad remota de que un engranaje pequeño de la operación pueda haber sido testigo de algo. ¿Lo entiendes?

Era difícil resistir la presión. Aun así, lo intentó.

—Pero no estamos hablando de obstruir la investigación de un delito menor. Estamos hablando de un homicidio.

—De ninguna manera estamos obstruyendo la investigación. Ya has dicho que Sarah sabe de la existencia de Ryan. No nos necesita para seguir esa pista. Ryan ni siquiera nos ha dicho nada. ¿En qué podríamos contribuir nosotros? En nada.

Lizzie pensó en Ryan, sentado en aquel viejo asiento de coche, mordiéndose el labio superior. Lo vio bajando las escaleras, tan pequeño y solo.

—¿Y qué hay de Ryan? ¿No tenemos el deber de…?

Kieran la interrumpió.

—¿Tenemos alguna razón para sospechar que corre algún peligro en particular? Quiero decir, ¿algo muy diferente del peligro al que está expuesto todo el tiempo?

—No lo sé. No sé nada sobre este homicidio.

—Ryan anda con una pandilla. Está en peligro todo el tiempo. Pero no es responsabilidad nuestra. Es su vida. No podemos estar preocupándonos por él ni por nadie más. Si queremos desarticular el suministro de armas de fuego, tenemos que dejar que las cosas fluyan hasta que estemos listos para hacer los arrestos. De lo contrario, echaremos a perder la operación. Hemos hablado de Ryan. Está autorizado. No corre más riesgo ahora que antes de Perseo. Una vez que hayamos hecho los arrestos, estará más seguro.

¿Más seguro? Iría a prisión. Ryan sería uno de los detenidos; Lizzie sospechaba que el robo del teléfono era solo uno más de muchos delitos. Imaginó, en un arrebato involuntario de solidaridad, lo traicionado que se sentiría cuando se diera cuenta de cómo Steve lo había engañado.

Kieran estaba hablando otra vez, ahora con el tono de una sesión informativa oficial.

—Hay un principio establecido y aceptado: solo el pequeño grupo de gente involucrada en Perseo conoce la operación. Tiene que ser así. Las personas no lo pueden evitar; cuando saben algo, lo terminan contando. Si Sarah se entera de que Ryan está involucrado con la operación, le hablará de otra forma, le dirá otras cosas.

Luego le sonrió, como disculpándose por saber mucho más que ella. La conversación había terminado.

Lizzie se puso de pie.

—Vale, tengo que pensar si trabajaré en esta operación. Voy a despejarme un poco.

—De acuerdo. Si decides no aceptar el puesto, no habrá consecuencias. Pero tengo que ser claro en una cosa. No eres libre de hablar con Sarah sobre Perseo. No te equivoques con eso. Es una orden de arriba.

CAPÍTULO 18

KIERAN MIRÓ CÓMO SE CERRABA la puerta. Apoyó las manos en el escritorio y clavó la mirada en el rincón de la habitación.

Steve también lo había planteado. Con más moderación que Lizzie, pero, sin embargo…

"Me parece que Ryan sabe más del homicidio de Spencer Cardoso de lo que dice".

Steve sabía de estas cosas. Sabía cómo hacer lo correcto y cómo dejar constancia de que había hecho lo correcto. Le había dicho a Kieran que le había dado a Lizzie el disco para que lo transcribiera con urgencia y que había dejado una nota en sus registros de que había informado al oficial a cargo. La pelota estaba ahora en el tejado de Kieran.

La incertidumbre repentina le provocaba un cosquilleo en la piel. Había tenido cuidado de que Lizzie no lo advirtiera, pero a solas en su oficina, se permitió contemplar la posibilidad de que Ryan y su amigo muerto fueran a echar por tierra dos años de trabajo meticuloso.

¡Un don nadie muerto de una puñalada en la calle! Era una pequeña tragedia, pero la triste verdad era que ocurría continuamente. El homicidio de Spencer era un síntoma, no la enfermedad. Ryan y Spencer eran actores secundarios; Shakiel era la estrella. Kieran necesitaba que la calle se mantuviera en calma durante otras veinticuatro horas para que la entrega pudiera seguir adelante. No tenía sentido atrapar a Shakiel por unos pocos trapicheos. Ese no había sido el objetivo de los dos años de Perseo.

"Más allá de la mera preparación": hasta los policías novatos conocían esa frase. Los arrestos no se hacían cuando los delincuentes estaban fuera de la casa de apuestas con la pistola en una bolsa. No, tenían que estar dentro, apuntando con ella y gritándole a la aterrorizada anciana de detrás del mostrador que metía el dinero dentro de una bolsa de papel. Ese era el momento en el que se hacían los arrestos.

Perseo estaba esperando lo más importante: la entrega de las armas. Tenían que estar en el maletero del coche de Shakiel, indiscutiblemente en su poder y con la clara intención de ser distribuidas. Estaban a un paso de conseguirlo.

Pero los riesgos se multiplicaban de forma caótica e imprevisible. Si las calles se convertían en un campo de batalla ruidoso e interesante para las autoridades, los rumanos podían llegar a evaluar el peligro y retirarse.

¡Ese era el problema con estas pandillas! No eran como las antiguas familias criminales. No se podía confiar en ellas. Shakiel podía querer consolidarse, pero las calles a su alrededor cambiaban a cada instante a su alrededor. Sus miembros eran impulsivos, jóvenes sin lealtad ni paciencia. Jodían, jodían, jodían. Gastaban, gastaban, gastaban. Dos tiros en la cabeza. Ataúd cerrado. Amén.

Kieran no quería atrapar a los cabrones inútiles que dejaban caer sus armas cerca de la escena del crimen, que dejaban huellas dactilares y se paseaban por las zonas acordonadas por la policía haciendo preguntas sobre cómo ocultar pruebas de ADN.

El daño que hacían era real y no lo desestimaba. Para nada. Lo había presenciado en muchas ocasiones. Cráneos fracturados, una niña de diez años con un disparo en la cara por accidente, ahorcamientos, torturas; en numerosas ocasiones. Quemar con colillas parecía ser un método popular; al parecer, los alicates también eran útiles. Eran cosas antiguas, repulsivas y básicas.

Una vez había visto un joven muerto a golpes solo por bajarse del coche en un semáforo y discutir con la persona equivocada. Parte de su cerebro había salpicado una farola. No había sido agradable. No era que Kieran fuera indiferente a ese daño. Lo odiaba. Era estúpido y brutal, e innecesario. Pero no le llamaba la atención. Insistiría en eso si alguien estuviera lo bastante interesado para preguntarle, cosa que no ocurría, por supuesto. No era asunto suyo horrorizarse, ni indignarse, ni opinar sobre por qué alguien había hecho lo que había hecho. Esas reacciones le parecían más bien autocomplacencia. Su tarea era atrapar a los hijos de puta de verdad, a los que eran capaces de planear cosas. Y, por suerte para todos los quejumbrosos, eso era también lo que le gustaba hacer. Se reducía a pura matemática: donde *x* era criminalidad seria, *y* era el grado de dificultad y *z* era la cantidad resultante de felicidad que obtenías cuando atrapabas a los cabrones; por tanto, *xy* µ *z*. Frente a tanta farsa, se reducía a una simple ecuación. Mejores criminales = más diversión.

Echó un vistazo a la red de Los Hermanos de Eardsley que estaba cargada en el disco de acceso restringido de Perseo. El diagrama no revelaba nada: solo líneas que unían monigotes con los nombres y asociaciones escritos debajo en una letra pequeña y ordinaria. Ese esquema escueto, el resultado de más de dos años de trabajo, trazaba la historia de un pequeño rincón de Londres que nunca se conocería con tanto detalle ni devoción fuera de las pequeñas paredes de Perseo. Implícitos en esas finas líneas negras estaban las escuelas, los clubes nocturnos, las calles y los barrios. También estaban las amistades, las novias, las madres de los bebés, los niños. Y la historia: los homicidios, los actos de bondad, las deudas pendientes. Y en el centro de todo, estaba Shakiel Oliver. Había que tener talento para estar ahí.

Kieran había conocido a Shakiel durante sus primeros años de servicio en Atcham Green, su primera comisaría, ahora cerrada. Parecía que había pasado un siglo. Los dos estaban empezando: Kieran de uniforme y Shakiel, unos años más joven que él, vendiendo droga con su compañero Aaron Kennedy en uno de los barrios. Por aquel entonces, los dos eran pequeños camellos con una balanza eléctrica y un montón de bolsitas de plástico transparente que trabajaban en una habitación del apartamento de la madre de Shakiel. Aaron parecía demasiado joven para ser padre, pero Kieran lo había visto un par de veces paseando con la madre de su bebé y el cochecito.

Pasaron siete años hasta que Kieran volvió a encontrarse con Shakiel.

Había sido un asesinato despiadado y eficaz. Había doscientas personas en el club nocturno. Daniel Harris fue apuñalado varias veces en medio de una pista de baile abarrotada, pero nadie vio nada. Los agentes locales habían hecho todo lo posible por retener a los testigos en el lugar. Kieran, en ese entonces miembro del equipo de Homicidios que acudió a la escena del crimen, había entrevistado a una de las chicas. Pantalones vaqueros cortos y rotos, camiseta de tirantes, la sangre de la víctima salpicada en las tetas: parecía bobalicona, casi una pánfila. Pero no resultó así. Nunca obtuvo nada de ella. Ni una maldita pista. Al final de la investigación, lo había intentado todo. Le ofreció todas las ventajas de ser una informante. Cuando eso no funcionó, la arrestó por obstrucción. Pero su relato se mantuvo firme. No tenía ni idea de cómo se había manchado de sangre y no había visto el crimen. Para ella, todo era un gran misterio.

Luego estaban los vídeos de seguridad o, mejor dicho, no estaban. El patólogo calculó que la llamada al 999 se había hecho una media hora después de la muerte. Daniel se había desangrado antes de que los sanitarios llegaran a la escena. Cuando acudió la policía, el disco duro de las cámaras de seguridad había desaparecido. Sabían que hubo uno porque las autoridades de control habían comprobado el sistema dos días antes. La propietaria de la discoteca fue procesada por

obstrucción a la justicia, pero se aguantó: no hizo comentarios en el interrogatorio, se declaró culpable y cumplió los doce meses. Nunca vaciló.

La policía se hizo eco de un rumor sobre quién lo había hecho y por qué, pero no había pruebas contundentes.

Al principio, a Kieran le costó creer que el asesino fuera Shakiel, el chaval al que una vez había arrestado por posesión de drogas. Pero el compañero de Shakiel, Aaron, había muerto hacía dos años y Shakiel había tomado la batuta. Nadie se había enfrentado a él, ni en ese momento ni nunca.

Kieran lo detuvo por el homicidio. No tenían casi nada, solo cierta información de inteligencia, pero el jefe había considerado que con tantos dedos que apuntaban a él, sería negligente no arrestarlo. Podían registrar su apartamento. Quién sabe, quizá tuvieran suerte.

Pero no habían tenido suerte. No encontraron nada incriminatorio en el piso. Y Shakiel ya no vivía con su madre, sino en un almacén reconvertido con su novia y su hijo pequeño. Las bolsas de plástico y las balanzas habían desaparecido hacía tiempo. Ahora había encimeras de mármol y vistas al canal. No hubo ningún drama cuando ejecutaron la orden. La novia se llevó al niño con tranquilidad. Luego Shakiel ofreció las muñecas para que lo esposaran sin que se lo pidieran.

En Atcham Green, Shakiel hizo una breve declaración en la que negó haber cometido el homicidio y no hizo más comentarios. Sabía cómo funcionaban las cosas. La policía tenía que probarlo, y hasta que no tuvieran algo aceptable, él no tenía que seguir respondiendo.

Su abogado había protestado mucho y había cuestionado a Kieran por los motivos de la detención. Pero no había presentado ninguna denuncia. Shakiel estaba tranquilo. No quería joder a la policía innecesariamente. Solo había hecho una petición: ¿podía ser liberado por la puerta trasera? Shakiel desdeñaba la fanfarria habitual, el pavoneo del gánster en la comisaría. Al igual que Kieran, sabía que las sombras eran el mejor lugar. El jefe, un inspector general retirado hacía tiempo, se había enfadado cuando se enteró de que Kieran había accedido a la petición. “Esos son los pequeños gestos con los que les mostramos quién manda”. Pero Kieran no había estado de acuerdo. Shakiel se había detenido un instante en la puerta trasera —“Gracias”— y había aprovechado la oportunidad para hacerle saber que valoraba lo que había hecho.

“De nada, Shakiel. Nos vemos pronto”.

Durante años, había sido una promesa vacía. Después de ese corto período en Homicidios, Kieran había seguido adelante, encubierto. Su trabajo lo había alejado de Shakiel, pero entonces, mientras ambos crecían en paralelo, como un río que serpentea de vuelta a sí mismo, se habían reencontrado.

Por un lado, no era para tanto. No merecía demasiada atención. De hecho, lo que se precisaba era cautela. Y por otro lado y secretamente, pues nadie lo sabía excepto Kieran, le daba cierto encanto al trabajo. A Kieran le gustaba cumplir sus promesas y pagar sus deudas.

Shakiel se había casado con la madre de sus hijos: dos niños y una niña. Y había otra mujer que vivía en un piso bonito en Whitechapel Road con un niño pequeño de piernas regordetas. También se ocupaba de ella. Shakiel tenía casas, coches. En un par de años, se mudaría del centro de Londres, enviaría a sus hijos a una escuela privada y sería el único negro del grupo de padres. El mejor amigo de todos. Kieran se lo imaginaba conversando con las madres en las puertas arboladas de una escuela en algún lugar de Essex. Fascinadas con él.

Para entonces, cada delito sería más difícil de probar. Shakiel habría dado el paso legendario: dejar atrás el peligro.

Lo primero que harían cuando lo arrestaran sería empezar a arrebatarle el sueño de Essex. El

investigador de finanzas estaba preparado para indagar, listo para desenmarañar todas esas cuentas bancarias y todo ese dinero blanqueado. Cuando saliera de prisión, Shakiel sería un nombre del pasado.

Era un poco triste, la verdad, un poco como dispararle al ciervo de la cornamenta grande. Kieran no sabía cómo ocurriría, si Shakiel se declararía culpable de los cargos o si el presidente del jurado se pondría de pie y pronunciaría "culpable", pero sabía que cuando eso ocurriera él, el hombre que había dedicado dos años de su vida a atrapar a Shakiel, lamentaría por un instante que todo hubiera terminado. Había sido difícil. Había sido divertido. Los buenos trabajos se atesoraban.

Lo mejor estaba aún por venir. Los documentos del caso estaban listos para ser presentados y las solicitudes a la Fiscalía de la Corona para el permiso de acusación habían sido redactadas. Era una fiesta sorpresa para Los Hermanos de Eardsley y no tenían idea de qué se avecinaba. Todos los involucrados en la operación percibían la tensión. Un par de ellos se había tomado un día de descanso en anticipación del gran día. Hicieron apuestas sobre el número total de años que iban a pasar encerrados. Kieran siempre sacudía la cabeza cuando le ofrecían participar. "No, gracias". No es que le pareciera mal. Simplemente no quería gafar la operación. No había nada como ese momento cuando los delincuentes ya habían sido aprehendidos, pero aún no se daban cuenta de lo jodidos que estaban.

Por lo general, se pavoneaban como siempre: "¿Por qué me habéis detenido? No tenéis nada contra mí".

Entonces, era el momento de decirlo.

"Podrás dar tu versión de la historia en el interrogatorio".

Siempre era divertido. Le había dado las instrucciones a su equipo: es una tradición. Tenéis que decirlo. Aseguraos de que todos lo oigan. El que se ría invita a pasteles.

Para eso trabajabas. No por una recomendación, sino por esa sensación de logro. Y el día después: el agotamiento combinado con el placer de atar todos los cabos sueltos, reírse con los compañeros de todas las pequeñas cosas divertidas que habían pasado, con los pies sobre el escritorio, sin que nadie se queje y sin nada que hacer durante veinticuatro horas, excepto disfrutar. Un recuerdo atesorado que siempre te dará satisfacción.

Pero ahí estaba el impredecible Ryan. Kieran podía sentir desprecio por los más jóvenes de Los Hermanos, pero no subestimaba su habilidad para estropearlo todo. ¡Todas esas transcripciones y cajas de expedientes, los informes a la Fiscalía de la Corona, la paciencia! Joder. Todo ese trabajo. Y ahora, de repente, se encontraba con un nido de ratas que no podía doblegar a su voluntad.

Había pensado que estaban a un paso. Ahora tenía que preguntarse si no habría pasado por alto el panorama general. Se le ocurrió una palabra que lo avergonzó. Complacencia. Sería la peor forma de perder, la marca del aficionado.

Detrás de sus pensamientos, fluía una corriente subterránea persistente y se obligó a detenerse y prestarle atención. Pero mientras se centraba en ella, algo comenzó a aclararse. Tal vez el problema fuera también la solución.

Ryan.

Un experimento en la escuela, algo que, cosa poco habitual, le había llamado la atención: había que dibujar un círculo y una cruz y, luego, tapándose un ojo y moviendo el papel, concentrarse en la cruz. Si lo hacías bien, el círculo que tú mismo habías dibujado desaparecía. No se desdibujaba ni se volvía borroso. No, desaparecía. Se tornaba invisible. Recordaba ese hecho con

claridad: que había un lugar en la retina que era un punto ciego, pero que no lo percibía porque el otro ojo lo compensaba y te ocultaba tu propia debilidad. El disco óptico, así lo llamaba el profesor.

Tal vez las leyendas funcionen así: crean un punto ciego donde eres débil. Quizá las historias que cuentas sobre ti mismo solo te engañan a ti mismo. Te pueden traicionar de muchas maneras, pero la peor es hacértelo a ti mismo.

Kieran había estado aquel único día con Shakiel, pero el encuentro le había generado una fuerte impresión. Se había sentado a su lado en el área de detención mientras esperaban interminablemente a que el sargento los atendiera. Shakiel bien podría haber estado en un parque esperando a un amigo impuntual: un poco impaciente, quizá, pero tranquilo. No habían mantenido la charla habitual. Ningún comentario de fútbol. Ninguna provocación. Solo una paciencia interminable sin bromas ni protestas. Si hubiera sido cualquier otra persona con el perfil de Shakiel, Kieran habría intentado entablar amistad, convencerlo de que hablara, de que compartiera información. Pero con Shakiel estaba claro que eso nunca sería una posibilidad. Sugerirle que hablara no sería más que exponer tu propia avidez, tu propia debilidad.

El undécimo mandamiento: no te chivarás. Para algunos, se reducía a puro miedo, porque, como todo el mundo sabe, los chivatos terminan con suturas. Pero para el resto, era mucho más que eso. Era quién eras, tu lugar en el mundo. Era tu hombría.

Contaba la leyenda que un antiguo gánster del East End que estaba muriendo desangrado en el asiento de su coche le dijo al primer oficial que llegó a la escena que estaba dispuesto a dar el nombre del hombre que le había disparado.

Según se contaba, el oficial sacó su libreta de bolsillo y, a pesar del estrés del momento, recordó que en la última página había un apartado especial para esa eventualidad. Sacó el bolígrafo, las manos le temblaban por la importancia del asunto, ansioso por escribir la declaración del moribundo. Tal vez hasta se imaginó de pie en el Old Bailey, con su uniforme de gala y recibiendo el agradecimiento del juez.

El delincuente sonrió mientras le hacía señas al agente para que se acercara a oír sus últimas palabras.

“Fue… fue…”. Su voz flaqueó, su boca se llenó de sangre; aun así, se esforzó por hablar, ansioso por señalar al hombre que lo había matado. “Fue MM”.

“MM”, escribió el policía y le apoyó una mano en el hombro con desesperación. “MM, ¿qué significa eso? ¿Puede decirme algo más?”.

El gánster volvió a indicarle que se acercara. El agente sintió su aliento en la oreja antes de oír el susurro.

“Fue Mickey Mouse”, murmuró el moribundo, y dio un último suspiro de satisfacción. “¿No te han enseñado nada, hijo?”.

Esos eran los mitos de cómo comportarse y Shakiel los cumplía. No hablaba, no se hacía amigo de la policía y no se rodeaba de nadie que pudiera ser un chivato.

Pero Ryan era diferente, porque Ryan estaba en el disco óptico de Shakiel. Como una de esas ventanas que reflejan la luz del sol con tanta intensidad que te ciega, Ryan encajaba de manera tan perfecta en la leyenda que Shakiel tenía de sí mismo, que no podía verlo de verdad. Era casi como un espejo que le mostraba a Shakiel la imagen de sí mismo que quería que todos vieran.

El hijo de su amigo asesinado. Durante más de diez años, la mirada de veneración de Ryan se había posado sobre él. Cuando Shakiel lo usaba, le daba pequeños trabajos, se sentía bien. Era probable que ni siquiera se diera cuenta de cuánta información compartía con él, porque no se

trataba de eso. Se trataba de ser el gran hombre. Era el disco óptico. El peligro estaba oculto de una manera perfecta, no en la deslealtad de Ryan, sino en su opuesto: en la admiración de Ryan, en el mito de las amistades y las generaciones y la lealtad.

Ryan nunca se chivaría, no, pero sí hablaría.

Steve lo había manipulado con facilidad. Un poco de respeto y dignidad, un poco de amabilidad, y Ryan, débil y perdido, desesperado por aprobación, no había podido parar de presumir, de revelar cosas.

"No debería decir esto, pero…".

La frase se había convertido en una especie de broma en la oficina.

"No debería decir esto, pero si alguien quiere un sándwich, voy a Pret".

Se había convertido en el apodo de Ryan: Ryan, el que no debería decir esto. Pronto lo acortaron.

"No debería".

En cierto modo, era triste que Ryan tuviera que pagar por sus delitos menores, porque nunca había sido más que un peldaño hacia Shakiel. No habría placer en atrapar a Ryan, pero tampoco habría forma de evitarlo. Era el juego en el que todos habían elegido participar.

Y ahora Kieran se daba cuenta de que se había equivocado al enfadarse con Ryan. Él nunca había sido el problema. Solo había sido el testigo y volvería a ser útil. Perseo necesitaba saber cosas sobre el asesinato de Spencer y parecía que Ryan había estado allí.

¿Por qué había sucedido? ¿Cómo había sucedido? ¿Quién era el responsable? ¿Cuál era la amenaza?

En lugar de intentar ignorar el asesinato de Spencer, Kieran necesitaba centrarse en él porque lo que amenazaba con echar por tierra Perseo también amenazaba con echar por tierra a Shakiel.

Kieran y Shakiel se estaban acercando el uno al otro. Compartían el mismo interés: la entrega de las armas. Solo después de eso, sus caminos se apartaban. Shakiel necesitaba que las cosas continuaran fluyendo sin problemas durante veinticuatro horas y Kieran tal vez podría ayudarlo con eso, despejando su camino de cualquier irrelevancia.

La estrategia era beneficiosa para todos, porque todo era justificable y correcto en términos de gestión del riesgo en las calles. Kieran podía anotarlo en su cuaderno de registro de decisiones y sacarlo a relucir en esas malditas reuniones. Estaría protegiendo Perseo y haciendo lo correcto al mismo tiempo.

Todo parecía diferente. En vez de socavar Perseo, Lizzie y Steve lo habían salvado. La verdad es que era muy sencillo.

Kieran cogió el móvil y llamó a Steve. Estaba en su elemento. Se sentía bien.

CAPÍTULO 19

SARAH ENCONTRÓ UN LUGAR EN una de las mesas bajas junto a la ventana.

Observó cómo los cadetes hacían tonterías, presumían y llenaban el espacio principal de la cantina. En los extremos, los oficiales más experimentados se miraban unos a otros como reconociendo esa historia compartida: la timidez de ser uno de los nuevos y tu nombre escrito en la espalda con rotulador que te provocaba vergüenza. Los cadetes realizarían su primera ronda de entrenamiento para convertirse en oficiales y saltarían alrededor del enorme y frío gimnasio, golpeándose unos a otros con porras de gomaespuma y gritando: "¡NO TE RESISTAS! ¡ENSÉÑAME LAS MANOS!". Una vez que hubieran adquirido experiencia en la calle, los instructores les permitirían menos entusiasmo.

Tommy llegó con un café. Suspiró ante una bandeja que alguien había dejado allí y que contenía tazas sucias y un plato embadurnado con los restos de un desayuno frito. A quienquiera que lo hubiera dejado sobre la mesa no le habían gustado mucho las alubias cocidas. Recogió la bandeja y se marchó.

Elaine y Lee fueron los siguientes con los cafés, las tostadas y la bollería que Sarah había pedido. Esperaba dar al equipo una inyección de azúcar. Desde que les habían asignado el caso, nadie había dormido lo suficiente, pero no era solo el cansancio lo que hacía que todos estuvieran irritables. Era la sensación de trabajar duro y no progresar.

Un adolescente apuñalado en la calle: esos homicidios solían ser actos espontáneos de jóvenes imprudentes. A esas alturas de la investigación, Sarah habría esperado que la información fuera abundante: vídeos de cámaras de seguridad, móviles, ADN. Si había un contexto —alguna pelea patética, alguna disputa territorial—, era fácil de identificar cuando la gente empezaba a hablar y las redes sociales se llenaban de cotilleos. Se hacían arrestos y esos arrestos generaban más pruebas. Los chavales, presas del pánico en sus celdas, olvidaban el código de silencio de la calle. Como niños frente a un padre enfadado, empezaban a acusarse unos a otros*:* "¡Ha sido él! Él me obligó. No quise hacerlo. Fue idea suya".

Pero Spencer llevaba más de un día muerto, tumbado solo en el cajón de la morgue y no había ningún avance en el caso, ni gritos de auxilio, ni filtraciones. Ni arma homicida. Ninguna de las putas que trabajaban en Gallowstree Lane quería hablar. La víctima no tenía teléfono ni familia que pudiera brindar información.

La única opción era seguir indagando.

Tommy volvió y se sentó, demasiado grande para la silla baja. Sabía casi todo lo que había que saber sobre teléfonos y eso era todo lo que su trabajo le exigía. Le pasó un fajo de papeles a Sarah y empezó a hablar del número al que el testigo del homicidio había llamado desde el canal.

—Solo lleva activo un mes. Todo indica que se trata de un uso delictivo: no hay mensajes de texto ni búsquedas en internet, solo llamadas de voz. Muchas llamadas, por lo general cortas. Lo obvio sería venta de drogas. Después de la llamada que nos interesa, el número pasa a estar fuera de servicio. Si es una reacción a nuestra llamada, resulta interesante, pero no consigo encontrar nada útil. He rastreado un poco, eso está en la página quince. Te mostrará algunos puntos visitados con frecuencia, pero en su mayor parte, el móvil se mueve de un lado a otro. Por las distancias recorridas y las escalas de tiempo diría que casi todo el tiempo está dentro de un

coche. Podría profundizar más, pero necesitaría una nueva autorización legal y tenemos un problema de intrusión colateral: ya estamos investigando un teléfono del que desconocemos su procedencia. Todo lo que sabemos es que alguien llamó a ese número después del homicidio. En mi opinión, se está volviendo un poco dudoso.

Sarah se quitó las gafas y se frotó los ojos.

—Vale, gracias. ¿Qué tenemos de las cámaras de seguridad?

Elaine le pasó dos capturas de pantalla por sobre la mesa.

—Tenemos este vehículo en Lion's Road, casi llegando a Gallowstree Lane, que luego regresa a los veinte minutos. La imagen no nos permite identificar el número de matrícula, pero los tiempos encajan. Cruza el semáforo a las 22.27 y vuelve por el mismo camino a las 22.45. El crimen podría haber ocurrido con facilidad en ese tiempo. La primera llamada al servicio de ambulancias fue a las 22.42.

Sarah se quedó pensando. Podría ser una coincidencia. O podría ser el resquicio de luz que necesitaban. Le pasó la imagen a Lee.

—¿Qué marca de coche dirías que es?

Lee examinó las imágenes.

—Podría ser un BMW serie X; ya sabes, uno de esos todoterreno de alta gama.

—Vale, redactaré una orden para revisar las cámaras de reconocimiento de matrículas y cruzaremos la información. Estableceremos parámetros más amplios: cualquier cosa que se ajuste a ese tipo de vehículo. Buen trabajo. Es un buen dato. ¿Algo más?

—La salida del canal. —Elaine le entregó una imagen—. Esto es un kilómetro y medio más adelante.

Una calle londinense anodina. Adoquines, una farola, un contenedor negro. Un chaval caminando con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha. Sudadera negra con capucha, y cremallera y cordones blancos. Sin logo.

—No es la misma sudadera —comentó Lee.

Elaine suspiró.

—Pero igual apostaría a que es nuestro testigo. Altura correcta, contextura correcta, color de piel correcto, ubicación correcta. Además, no tenemos a nadie más saliendo del canal que se ajuste al perfil.

Sarah estuvo de acuerdo. No era solo la delgadez y la estatura del chico, sino también su actitud, algo en la forma acostumbrada en que ocultaba la cara, el giro particular de la cabeza, la inclinación de la barbilla hacia el pecho. Si era él, había recibido ayuda: alguien le consiguió una muda de ropa. Debía de ser la persona a la que llamó desde el canal.

—Tommy, voy a presentar otra solicitud de autorización para el teléfono no identificado. Quiero que sigas trabajando a fondo con eso.

Tommy se encogió de hombros.

—Como quieras.

Elaine le entregó a Sarah otra hoja de su carpeta de plástico. Era el mapa de una calle. Señaló una cruz dibujada en él.

—Esta es la ubicación de la cámara junto al canal. —Se inclinó y señaló otra cruz—. Y ese es el piso de nuestro posible testigo, Ryan Kennedy, en el barrio de Deakin. Hay dos kilómetros y medio entre los dos.

—¿Has podido rastrearlo hasta allí? —preguntó Lee.

Elaine suspiró.

—Dame un respiro. Solo han pasado treinta y seis horas desde que nos asignaron el trabajo. Soy buena, pero no soy la puta Superwoman.

Sarah levantó la mano.

—Un poco de amabilidad, por favor. Estamos todos cansados. —Puso un billete de diez libras sobre la mesa—. ¿Alguien quiere otro café? Me voy afuera a pensar.

De pie mientras vapeaba, echó un vistazo a su teléfono y vio un mensaje de Caroline.

Hola

Pensó en su novia, profundamente dormida cuando llegó a casa anoche y que casi no se movió cuando Sarah se marchó a las seis de la mañana. Quizá debería llamarla. Hablarle de tonterías. Prometerle unas vacaciones. Pero rechazó la idea. Sus pensamientos estarían en otra parte y Caroline lo sabría.

Tecleó un mensaje.

Hola

Luego otro.

Te quiero

El chico de la sudadera de Superdry volvía una y otra vez a su mente. Lo veía merodeando en los alrededores mientras los sanitarios trabajaban y su amigo se desangraba en la cuneta. Un criminal aguerrido se habría dado la vuelta y habría dejado morir a su propia madre. Y el sonido de sus sollozos en un teléfono robado. No era el sonido de una persona que se hubiera preparado para lo que había ocurrido.

Pero había una contradicción. El resto de las acciones del chico habían sido las de una persona que evitaba con cierta habilidad ser detectada Sin teléfono. Una sola cámara de seguridad lo había captado. Y había recibido ayuda.

Se preguntó sobre este homicidio. ¿Qué era? ¿Un robo que salió mal? ¿Una venta de drogas? En cierto sentido, tenía toda la apariencia de algo delictivo. Pero estaba ese chaval que sollozaba… Si lo encontraban deprisa, tal vez hablaría.

Sacó el móvil del trabajo del bolso y llamó a Lizzie Griffiths.

—¿Es un buen momento para llamar?

—Sí. No hay problema. Estoy yendo hacia el metro.

—Ryan Kennedy, cuando lo arrestaste, ¿qué llevaba puesto?

—Zapatillas blancas, pantalones de deporte negros, una sudadera negra con ribetes blancos. Me fijé porque no tenía logo.

Sarah buscó la imagen de las cámaras de seguridad entre su montón de papeles: en ella, el testigo estaba abandonando el canal. Sudadera negra. Ribete blanco. Sin logo.

—¿Sabes algo más sobre la pelea? —preguntó—. Algún contexto, a cuenta de qué se produjo, ese tipo de cosas.

—Lo siento, no.

—Vale. Recogeré el disco más tarde.

Cortó. Entonces, recordó el otro dato que le había dado Lizzie: el coche que había recogido a Ryan después de su arresto. Investigar ese vehículo era otra tarea urgente.

A través de la ventana de la cantina, observó cómo Elaine y Lee se ignoraban mutuamente. Lee tenía los ojos en su teléfono. Elaine comía un trozo de tarta y miraba por la ventana. Siempre lo mismo: no se soportaban. El billete de diez libras seguía sobre la mesa. Sarah habría preferido que Elaine la acompañara a hacer averiguaciones, pero estaba ocupada con los vídeos de las cámaras de seguridad. Tendría que ser Lee.

CAPÍTULO 20

RYAN ESTABA ACOSTADO EN EL sofá. No estaba dormido ni despierto. Un agujero en su interior bajaba y bajaba y bajaba, a través del edificio, a través de sus cimientos y hasta el centro de la Tierra. No tenía fin.

Su madre se había vuelto loca. Había estado preguntando por ahí, le había dicho, y ahora sabía lo de Spence. "¡Como un hijo para mí!", había llorado. Y luego se había puesto a gritar. ¡Esos chavales que habían venido! Iba a ir a la policía. No quería que Ryan viera más a Shakiel. Cuando Ryan trató de calmarla, lo abofeteó como si fuera un crío. Luego se arrepintió y volvió a llorar. "Háblame, Ryan. Me estoy poniendo mala de tanto preocuparme".

Después de unos minutos, había tenido que dejarla porque no hacía más que decir cosas sin sentido. Cuando regresó, ella ya se había ido. Los martes trabajaba como limpiadora. Debía de haberse tranquilizado y había salido. Su madre limpiaba para otras personas, ¿por qué coño no podía limpiar allí? Había marcas en la pared y telarañas en el rincón, grises por el tiempo. Unos hilos de telarañas colgaban y se movían sin sentido. La pintura junto a la ventana estaba agrietada.

Ryan tenía esa cosa en lo profundo de su interior que casi no se movía, y pero luego estaba la superficie, donde la misma cosa daba vueltas y vueltas y más vueltas.

Shakiel se lo había prometido, pero no había pasado nada. Y Ryan tampoco se había enterado de nada. Shakiel no se había mostrado por ningún lado ni había enviado a nadie. Ojalá pudiera tener una charla con él, sacárselo de encima; entonces no sentiría toda esta presión.

A veces tenía esta impresión como de que no podía confiar en Shakiel, pero ahora era más que eso: estaba seguro. Shakiel le había soltado la mano, no quería saber nada de él ahora que Spence había muerto. Después de todo, el tipo no era un santo. Era un hijo de puta. Sin embargo, a Ryan le costaba sostener esa certeza. Shakiel no era así. Era un tipo honorable. Bastaba recordar cuando había visitado a su madre con la noticia de la muerte de Daniel Harris: el periódico sobre la mesa de la cocina. Shakiel era pura lealtad y respeto. Ryan podía confiar en él.

La grieta en el rincón, el hilo de la telaraña que se balanceaba en el aire. Odiaba ese apartamento. ¿Por qué su madre nunca limpiaba?

¿Sabía ya Shakiel quién lo había hecho? ¿Había estado preguntando? Debían de ser Los Soldados. ¿Quién más podría ser? Pero ¿sabía cuál de ellos? ¿Quién era el chaval que se había adelantado con la navaja, el chico con el pájaro azul en el cuello?

Tal vez, de todos modos, no importaba. Debería ir y matar a alguno. Uno de ellos por uno de nosotros. Podía hacerlo, sabía que podía. La muerte de Spence le había enseñado cómo. La navaja Zombie Hunter descansaba en su palma. La hoja hambrienta se clavaría una, dos veces, tal como lo había hecho la otra. Ojo por ojo.

Había una foto de su padre en la pared. Atrapaba la luz y se reflejaba en la habitación; Ryan conocía bien la foto. Su padre estaba sonriendo y se le veía la joya en un diente. Shakiel se había ocupado de eso. Había descubierto quién lo había hecho y lo había resuelto. Y nadie había ido tras él por eso.

Allí estaba, dando comienzo al círculo otra vez, listo para empezar desde el punto de partida.

No podía seguir allí tumbado. Se puso unos vaqueros y una camiseta, y se metió la navaja en la cintura. Daría unas vueltas en la bici. Vería qué estaba pasando.

Abrió la puerta antes de darse cuenta de que estaban allí. Un hombre y una mujer. Dos policías. Empezó a cerrar la puerta, pero el hombre había metido un pie.

La mujer, pequeña, blanca, delgada. Pantalones y chaqueta. Pelo corto, un poco de pintalabios rojo. Bollera, seguro. El cabrón, el típico poli. Bien afeitado, pelo engominado. Chaqueta Rocawear. ¿No sabía que ya nadie usaba esa mierda? El arnés de policía se vislumbraba debajo de su brazo. Se suponía que lo llevaba oculto, pero el tío no podía resistirse a mostrarlo un poco, ¿verdad? Seguro que desearía tener un arma. Seguro que desearía ser como un policía yanqui de una serie de televisión, con el arma debajo del sobaco y la placa enganchada en la cintura.

—¿Ryan? —preguntó la mujer.

—¿Quién quiere saberlo?

—Me llamo Sarah Collins. No te has metido en ningún problema.

"En ningún problema". Muy graciosa. Siempre decían eso y siempre había problemas.

—No quiero hablar con vosotros.

Empezó a cerrar la puerta. No quería que lo vieran hablando con ningún policía.

—Se trata de tu amigo —precisó la mujer. ¿Cómo había dicho que se llamaba? ¿Sarah?

Fue como si el suelo se hubiera inclinado y un ímpetu lo hubiera empujado hacia atrás y lo hubiera frenado. Así es como trabajan los policías: intentan meterse en tu cabeza. Tienes que resistirte a ellos.

—Soy detective inspectora de Homicidios. De la Metropolitana —agregó.

—Obvio. No vas a ser una extraterrestre, ¿no?

Ella sonrió, pero había algo triste en su sonrisa. A él tampoco le gustó eso.

—¿Podemos hablar?

Lo harían de todos modos, ¿no? Una vez que lo habían decidido, no había nada que los detuviera.

Ryan abrió la puerta y pasó al vestíbulo. Luego se volvió, en parte para ocultar la parte posterior de sus vaqueros. No quería que vieran la navaja.

—¿Qué queréis?

—Se trata de Spencer.

La mujer lo miraba con una especie de curiosidad amable. Ryan no respondió.

—¿Cómo lo llamabas, Ryan? ¿Spencer o Spence?

¡Lo estaba poniendo nervioso! Quería enfadarse porque era más cómodo, pero ya sentía que se le tensaba la piel en esa expresión horrible que lo avergonzaba.

—Spence.

—Lo siento. Sé que erais buenos amigos.

¿Lo sentía? Vale, tal vez lo sentía, pero no lo suficiente. Eso no basta, se dijo, como si la muerte de Spencer fuera culpa de esa mujer que estaba en el pasillo.

El pasillo era estrecho y oscuro, poco iluminado por la luz del cristal sucio de la puerta. Había olor a cannabis y a comida frita. Sarah intentó esbozar una media sonrisa, no grosera, solo algo para indicar que comprendía cómo eran las cosas.

—¿Podemos hablar en la sala? —sugirió.

Lo observó mientras él lo pensaba, con los ojos que se le desviaban hacia un lado. Tenía esa mirada salvaje, como la de un animal listo para huir, y recordó a un gato salvaje que la madre de

una amiga había atrapado una vez en una jaula con la intención de rescatarlo de su dura existencia. No bajaba la guardia ni un segundo, vigilaba temeroso desde detrás de la malla y arañaba y mordía a cualquiera que intentara tocarlo.

—Pasad. Vosotros primero.

Había algo extraño en eso y Sarah sabía que Lee sería reacio a pasar junto a Ryan y darle la espalda, aunque fuera unos minutos. Pero lo hizo y ella lo siguió y lo protegió con su cuerpo mientras sentía el calor de Ryan detrás de ella. Lee había insistido en llevar el arnés, y aunque ella se había arriesgado a entrar sin él, ahora pensó que su compañero había tenido razón.

No hubo sorpresas en la sala. Una bandeja de poliestireno de comida para llevar en el suelo con unas pocas patatas fritas y restos de aros de cebolla dentro. Una almohada y una manta sucia en el sofá: el chaval debía de dormir allí. En el suelo, un cenicero con un par de colillas quemadas. Una foto enmarcada de otro joven negro apuesto: la sombra de un bigote y una sonrisa ancha que revelaba una joya roja en uno de sus incisivos.

Quedaron de espaldas al sofá, con Ryan frente a ellos, bloqueando la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho y los pies bien separados. Sus vaqueros, caídos hasta las caderas, dejaban ver la cinturilla de sus Guccis. Era a la vez intimidante y un poco ridículo. ¿Niño u hombre? Ninguno de los dos. Ambos. ¿Este era el testigo, entonces? Tenía sentido.

Había un millón de maneras de empezar a hablar. Como si ella lo supiera todo. Como si no supiera nada. De alguna manera, quería demostrarle a Ryan que lo veía o, al menos, que adivinaba el lugar oscuro en el que se encontraba.

—¿Cómo estás, Ryan?

La pregunta se acercaba peligrosamente a una provocación. La insinuación de que tal vez no estuviera bien tenía un tufillo a humillación. Ryan era sin duda el tipo de chico al que le iba muy mal, pero que quería que los demás pensaran que le iba bien. Sarah no se atrevía a mirar a Lee; tenía la esperanza de que al menos se mantuviera neutral.

—Bien. ¿Y tú? —Ryan esbozó una sonrisa belicosa.

Ella asintió y trató de decir la verdad. Le pareció justo.

—Bien. Algunos problemas con mi novia.

Eso lo sorprendió, y su sonrisa fue diferente. Su rostro se expandió. Ella atisbó dientes bonitos y el destello de algo simpático.

—Lo siento.

Sarah también sonrió.

—Ya sabes cómo es eso.

—En realidad, no.

Su sonrisa era casi una carcajada ahora, pero no maliciosa. Había bajado la guardia por un instante y ella intentó avanzar.

—Sé que Spence y tú estabais muy unidos. Me enteré de lo mal que estabas cuando llamaste a la ambulancia… —Incluso mientras hablaba, se dio cuenta de que sus palabras eran un error. Ryan había tensado el rostro con hostilidad. Pero luego comprendió que no era hostilidad; era la amenaza de las lágrimas. Prosiguió con suavidad—. Quiero que me ayudes a atrapar a quienquiera que lo haya matado.

Las manos de él colgaban lánguidas y su rostro estaba inexpresivo.

—No sé nada de eso —contestó.

Ella asintió.

—Vale.

Sarah esperó, pero él no dijo nada más.

—Sabemos que estuviste allí. Tenemos una grabación que te muestra saliendo del canal después del homicidio. Y cuando te detuvieron esa mañana, tenías puesta la misma ropa que llevabas cuando abandonaste el canal.

Ryan se encogió de hombros.

—Sin comentarios.

—¿Sin comentarios? Eso es para los sospechosos, Ryan. Tú no eres un sospechoso, eres un testigo.

—Lo que tú digas.

Sarah deseó que estuvieran situados de manera diferente, tal vez uno al lado del otro. Quizá si no la tuviera enfrente, le resultaría más fácil hablar.

—Dices que no sabes nada, pero hay muchas formas de no saber. ¿La tuya tiene que ver con no querer hablar con la policía? Porque si es eso, puedes contarme lo que quieras y jamás lo vincularían contigo. Puedo explicarte cómo funcionaría. Cualquier información es útil ahora mismo. Quiero atrapar al que mató a Spence.

Ryan emitió un chasquido callado y sacudió la cabeza.

—No.

Lee ya estaba harto.

—¿No quieres justicia para Spencer? —preguntó.

Ocurrió en un segundo. Ryan se llevó la mano a la cintura. Fue casi como un reflejo, el más breve impulso traducido en movimiento, pero no por eso menos atemorizante. Sarah y Lee lo habían advertido y los ojos de Ryan se habían desviado con rapidez hacia un lado. No había querido hacerlo. Tal vez lo dejarían pasar —eso parecía sugerir su sonrisa— y, en un momento de locura, Sarah se preguntó si podrían hacerlo. Sin embargo, por el rabillo del ojo, vio que la mano derecha de Lee desaparecía debajo de su brazo, donde llevaba la pistola. Lee no cedería hasta que Ryan les entregara lo que fuera que estaba ocultando, y tenía razón.

Sarah sonrió.

—Me has puesto un poco nerviosa con ese movimiento de tu mano.

—No llevo nada.

¿Qué era? ¿Una navaja? Solo un tonto no temía a una navaja. Recordó la cara cenicienta de Lizzie Griffiths y su camisa empapada de sangre. Lee había hecho bien en llevar su arnés. Deseó tener el suyo. Y que ambos llevaran chalecos antibalas. Había corrido un riesgo estúpido.

Lee estaba hablando.

—Anda. Muéstranos lo que tienes en la cintura, amigo.

—No soy tu amigo.

Ryan había pasado el peso de su cuerpo a los talones. Esta era una persona diferente a la que se había reído de sus problemas de Sarah con su novia.

—Os invité a entrar. Dijisteis que yo no estaba en problemas.

Ahí estaba: la confianza traicionada que podía justificar cualquier cosa. Lee señaló con la cabeza el cenicero con las dos colillas.

—Eso es hierba, ¿verdad?

La amenaza era clara: una inspección conforme a la Ley sobre el Uso Indebido de Drogas para encubrir la búsqueda de una navaja. Era legal dentro de una vivienda. Pero Sarah no creía que Ryan estuviera de humor para permitir ninguna inspección, ya fuera legal o no. Esto se estaba poniendo feo. La habitación era pequeña y estaban acorralados.

—¿Sabes qué, Ryan? —Sarah habló con rapidez—. Tienes razón. Nos dejaste pasar. Estamos aquí para hablar contigo, para averiguar lo que sabes. Nos pusiste nerviosos, eso es todo. No creo que sean drogas. Creo que es una navaja, en realidad. Espero equivocarme, pero si lo es, no es ilegal que la tengas aquí. Estás en tu propia casa. Pero me sentiría mejor si estuviera a la vista. ¿Te parece bien? Creo que todos nos sentiríamos mejor.

Ryan miró a uno y a otro. Habló sin ninguna cordialidad.

—Poli bueno, poli malo, ¿es eso?

Por un momento, Sarah pensó que no tendrían suerte, pero luego Ryan se encogió de hombros con desánimo y se llevó la mano a la espalda. La mano de Lee se dirigió de nuevo hacia la pistola, pero Sarah lo perdonó porque ya estaba viendo la navaja que descansaba en la palma de la mano de Ryan. Incluso plegada, tenía un aspecto diabólico. Pudo distinguir dos de las palabras grabadas en el mango.

Zombie Hunter.

—¿Puedo cogerla? —inquirió.

Ryan asintió y ella extendió la mano. Estaba tibia por el calor del cuerpo, pero su esencia era la frialdad. Algo en la navaja te daba ganas de cerrar la mano alrededor del mango. Tenía un botón, y ella sabía que, si lo tocaba, aunque fuera ligeramente, la hoja se abriría con un resorte letal. Se quedó pensando en la hoja, en su precisión, su filo. Había algo esencial en esa clase de navajas, como si fueran portadoras de una verdad diferente. Los policías se las mostraban unos a otros con algo parecido al asombro y la admiración. ¿Habría utilizado Caín una navaja para matar a su hermano? La Biblia no era clara, pero ella siempre había imaginado una hoja en alto y afilada para aquel primer homicidio.

Le pasó la navaja a Lee, con lo que pretendió ser un gesto despreocupado, pero que fracasó por completo. La navaja era demasiado grave para eso.

—¿Puedes tenerla tú? —le pidió con voz débil.

Lee la giró en su mano, el movimiento al que ella se había resistido. Sabía muy bien lo que estaba pensando y, aunque deseaba que no fuera así, estaba de acuerdo. De ninguna manera podían devolverle la navaja. Miró a Ryan y vio que él también lo sabía. Y se dio cuenta de que perder la navaja era importante para él y que ahora Ryan nunca les hablaría de Spencer.

CAPÍTULO 21

LA PUERTA SE HABÍA CERRADO. Los dos policías se habían ido. Ryan había perdido la navaja y ¿qué había recibido a cambio? Una estúpida tarjeta.

Detective Inspectora Sarah Collins, Comando de Homicidios

"Llámame a cualquier hora, veinticuatro siete", le había dicho. Mujer estúpida. Encendió la esquina de la tarjeta con el mechero y observó cómo la llama la enroscaba. ¿Acaso no sabía que él no podía llevar encima una tarjeta como esa? Todos pensarían que era un chivato.

La mujer policía le había explicado que no se había dado cuenta de que la navaja era tan peligrosa. Resultó que sí era ilegal después de todo. Una ley u otra. Bla, bla. No iban a arrestarlo, pero no podían dejar que se la quedara. Ryan sabía que eran gilipolleces de la policía, pero parecía que discutir solo empeoraría las cosas. No pareció haber forma de oponerse y había visto cómo el hombre la metía en una de sus bolsas de plástico transparente. Luego Ryan había firmado la libreta como le habían dicho y ahora no tenía la navaja. Era la navaja que había comprado con Spencer: el arma destinada a vengar la muerte de su amigo.

Pateó el cubo de la basura en la cocina varias veces.

Tia bajó las escaleras.

—¿Qué coño te pasa, Ryan? —preguntó. Tenía puesta una estúpida máscara facial. Era una sabelotodo.

—Vete a la mierda —respondió.

—Gilipollas.

—VETE A LA MIERDA —repitió, cogió su chaqueta y cerró la puerta principal a sus espaldas.

Avanzó deprisa por la acera, con un calor abrasador detrás de los ojos que lo hacía llorar sin emoción. No sabía nada. No sabía si habían sido Los Soldados. No sabía si Shakiel sabía algo. O si le importaba. Todos se estaban meando de risa. No era tan difícil conseguir una navaja, pero tenías que saber a quién recurrir. Fue al trastero y cogió su bicicleta.

Había una persona que probablemente tendría la respuesta y trabajaba en Gallowstree Lane.

CAPÍTULO 22

LEXI ESTABA SENTADA EN EL retrete, inclinada hacia delante mientras esperaba juntar fuerzas para levantarse y limpiarse. Le castañeteaban los dientes de manera incontrolable, pero también sudaba, como si estuviera en un clima tropical.

Había una frase para eso, ¿no?, cuando querías dos cosas que se excluían mutuamente. Cuernos de Caribdis, ¿eso existía? No, no era eso. No estaba segura. ¿A quién le importaba? Eran los desechos tediosos de su mente, los jirones, los trozos de papel pintado que no se habían terminado de despegar del todo de la pared desconchada. Lo principal era que necesitaba la droga, pero estaba demasiado asustada para ir a buscarla.

Se puso las bragas, luego las mallas y una camiseta sobre su pecho escuálido.

En el cenicero había un canuto al que le quedaban unas cuantas caladas. Se frotó el pómulo con un nudillo ansioso, lo encendió e inhaló, intentando pensar con claridad. Ahora estaba de pie junto a la ventana, con la frente apoyada en el cristal frío, y se vio a sí misma en otro tiempo en el que todavía iba a ser alguien. Incluso entonces, de pie en alguna clase de su escuela de arte dramático en las afueras de Londres, con aquella falda larga negra de ensayo que les hacían comprar a todas las chicas, nunca lograba entender quién era quién o quién estaba emparentado con quién y de qué lado estaban. Esas viejas y aburridas historias de Shakespeare, todos esos discursos declamatorios y alianzas y reveses. Catesby, Hastings, Bardolph y Nym. ¿Quién coño eran todos ellos? ¿Y por qué? La rosa roja y la roja blanca… en realidad, no se diferenciaban en nada, todos los personajes eran confusos e indistinguibles, pero, al igual que los chavales en Gallowstree Lane, sangrientos y ávidos de poder, dispuestos a matar para conseguirlo. La bondad de los buenos siempre sonaba hueca. Solo los malos eran convincentes.

Le temblaban las manos. Tenía humedad debajo de las uñas y vio oscuridad allí. Se llevó los dedos a la boca y sintió gusto a sal. Se había rascado tanto que tenía sangre.

Había sido una mentira tonta, tanto bailar y brincar alrededor de suelos de plástico negro soñando con una vida que nunca sucedería. En la vida real, había acabado con un papel de mierda. Muy pocas líneas. Se rodeó la cintura con los brazos y se encorvó. Cuando se le pasó el espasmo, corrió al baño y se quitó las mallas y las bragas justo a tiempo. Que el cuerpo siguiera haciendo sus cosas era un misterio total y absoluto. La piel se le estaba desprendiendo, de modo que su cráneo quedaba al descubierto y sus dientes se veían largos en las encías retraídas. No era Shakespeare, era Beckett. O Alien. La adicta atrapada en su propio cuerpo, devorándose a sí misma. Saldría de su pecho en cualquier momento.

Entró con paso vacilante en la bañera y se duchó con manos temblorosas.

Tal vez llamase a una ambulancia, diría que tenía el mono. Pero era incapaz de ver más allá del sufrimiento oscuro de la espera en urgencias, con el médico escéptico que escribía y le recomendaba de mala gana un programa de tratamiento. No habría cama. Tendría que volver a casa con una receta de metadona. No resolvería el problema. Más de lo mismo.

¿Y la policía? Inútiles. Se frotó los dientes delanteros con la mano de forma compulsiva y se imaginó que intentaba convencer a algún gilipollas de aspecto aburrido y prejuicioso de que no se lo estaba inventando y que tampoco era estúpida y que el hecho de que estuviera hablando con ellos significaba que no estaba a salvo.

Salió de la bañera, se secó con una toalla y se puso las bragas y las mallas. Se acercó a la silla junto a la ventana y se acurrucó en ella. El periódico estaba en el suelo a su lado: el rostro desafortunado de Spencer la miraba fijamente.

Cuando tenía energía suficiente, se odiaba por su muerte. Pero, en general, no la tenía. Más que nada, necesitaba una solución a su problema.

"Es una carrera de dos caballos… y a medida que se acercan a la meta, Necesito-las-putas-drogas está codo con codo con Intento-seguir-viva". ¿Y entonces, qué? Gallowstree Lane era un campo de batalla. No podía trabajar allí. La gente de Shakiel querría matarla por haberle tendido una trampa a uno de los suyos y, como era un testigo, Martín Pescador también podría preferir verla muerta. En cualquier caso, no tenía fe en que sus chicos la protegieran. Lo que los más pequeños debían hacer, recordaba de las obras de teatro, era encontrar un mecenas para poder vivir. ¿Qué más debían hacer? Anticipar hacia dónde soplaría el viento. Mostrar respeto, pero no sentir lealtad. Y cuando el viento cambiara, debían formar nuevas alianzas y servir a nuevos amos sin escrúpulos.

Pensó en Los Soldados. ¿Podrían ser un lugar donde refugiarse? Tenía el número de Michelle en su teléfono y sabía que Michelle había hecho tratos con ellos en el pasado.

CAPÍTULO 23

LIZZIE, DE PIE EN LAS escaleras de la comisaría de Caenwood, vaciló. El oficial de Trask le había informado que Trask se encontraba en una reunión y regresaría más tarde. Tal vez debería irse a su casa. Se suponía que ese tipo de cosas no se hacían. Se suponía que solo había que darle buenas noticias al comandante del distrito.

Pero se imaginó la llamada que Kieran le había hecho a Trask: la historia compartida, lo no dicho, pero comprendido. ¿Había creído Trask que a ella le gustaría que la sacaran de un lado y la pusieran en otro sin consultarla? ¿Había pensado siquiera en lo que ella quería? Tenía que decir algo.

Con la idea de mantenerse fuera de la vista, se escabulló dentro de la sala que los agentes uniformados utilizaban para redactar sus informes. Se sentó delante de un ordenador en el rincón más alejado, debajo de la ventana. El duplicado del disco con la grabación del incidente de las lesiones graves seguía en su bolso. Recordó la prohibición de Kieran: no debía hablarle a Sarah de Perseo. Pero su curiosidad natural se estaba despertando. Quién sabía, la pelea podría tener las respuestas al homicidio de Spencer. Y examinar los vídeos de las cámaras de seguridad no era exactamente traicionar a Perseo: era parte de su trabajo de investigación sobre el caso de la agresión. Introdujo el disco en el ordenador.

Las distintas cámaras estaban dispuestas en una cuadrícula y cada una mostraba un fotograma congelado en el tiempo. Jóvenes que deambulaban por un centro comercial antes de un concierto. Acontecimientos sin importancia evidente que podrían ser la clave de una muerte que todavía no había ocurrido. Era el mismo material que había visto la noche anterior, antes de que la destinaran a Perseo, pero ahora, con su conocimiento de la operación, podría descubrir una narrativa más comprensible. Escogió la cámara 11 y avanzó hasta las 21.34 horas. Allí estaban los tres, hablando en una escalera de incendios, pero esta vez reconoció al instante al tipo negro, alto y corpulento como el hombre que había visto a través de la lente que miraba al vestíbulo de un edificio de apartamentos: Shakiel Oliver, el principal objetivo de Perseo.

Y allí estaba Ryan, brincando por el rellano como un boxeador. Ansioso por complacer, pensó. ¿Acaso el puñetazo posterior junto a la escalera mecánica había sido por orden de Shakiel? Sarah sabía que era algo común: iniciarse en una pandilla a través de un acto de violencia.

Retrocedió y detuvo el cuadro. Estudió al otro tío, el que estaba de pie junto a Shakiel, más delgado, más pálido, con el pelo tieso como un cepillo. Quizá también pudiera identificarlo. Clicó en su acceso directo a la unidad de disco restringida de Perseo. Alguien había creado una carpeta: “Objetivos”. Había una columna de imágenes en miniatura. ¡Ahí estaba! Clicó y vio una imagen de una ficha policial y, debajo, el nombre del objetivo: Ujal JARRAL. Lo garabateó en su agenda.

Su móvil estaba sonando. Era el oficial de Trask. Podía verla ahora.

—Gracias. Voy para allá.

Sacó el disco y lo volvió a guardar en su bolso.

Trask estaba detrás de su escritorio, tirándose de la oreja. No tenía su habitual expresión mezcla de sabiduría y estupidez, sino algo menos amable.

—No esperaba verte de vuelta por aquí tan pronto.

—¿El puesto en la operación Perseo?

—¿Sí?

—Vale…, señor. Estoy preocupada. —Lo miró a los ojos y sonrió, pero la expresión de él no cambió. Lizzie continuó—: Preocupada porque me hayan asignado a Perseo por mi relación con el inspector Kieran Shaw.

Trask apoyó sus grandes manos sobre el escritorio.

—Todas mis designaciones se basan en el mérito. Me sorprende que pienses lo contrario.

Este era un gorila mucho menos amistoso. Y Lizzie tomó conciencia, demasiado tarde, de que no había considerado las implicaciones de lo que diría. También estaba cuestionando su integridad.

Se aclaró la garganta.

—Por supuesto, señor. Gracias.

Él esperó. En lo único que ella podía pensar ahora era en la puerta y en cómo salir por ella. Deseó ser una persona más valiente y capaz de defenderse a sí misma. Y se dio cuenta, con patetismo, de que seguía siendo ambiciosa.

—Solo quería dejar algo en claro, señor. Que no tenía ni idea de quién dirigía Perseo hasta que llegué allí esta mañana.

—Y ahora que lo sabes, ¿te resulta un problema? —Cuando la respuesta se hizo esperar, añadió con una sonrisa—: Porque si quieres, puedo anular la designación y enviar a otra persona. No hay problema.

Algo dentro de ella se resistía con fuerza a renunciar a la buena opinión de Trask. Ojalá se le ocurriera una forma divertida de decir lo que tenía que decir. Pero no se le ocurrió nada. Hizo una mueca y se odió a sí misma.

—Vale, señor, había esperado un trabajo policial de verdad, pero me han puesto a teclear.

—Ah. —Trask se reclinó en la silla y entrelazó los dedos. ¿Qué era eso que había atravesado por su rostro con fugacidad? ¿Compasión? ¿Diversión? Daba igual, su respuesta fue cien por cien profesional. Por algo había llegado donde estaba.

—Perseo requerirá oficiales para ciertas tareas. Tendrás que cumplirlas.

—Sí, señor.

Dios, se odiaba a sí misma. ¿Cuántas veces había usado la palabra “señor” desde que estaba en la maldita oficina?

Trask continuó.

—Pero puedo mencionarle al inspector Shaw que te he designado porque también espero que la operación contribuya a tu desarrollo profesional.

Lizzie percibió tanto una advertencia como cierto estímulo detrás de esas palabras. Pero junto a una fugaz sensación de logro, surgió el temor avergonzado de que se hubiera perjudicado más de lo que se había beneficiado al protestar; que tal vez se había colocado fuera del círculo informal donde las cosas se hacían extraoficialmente en beneficio de todos. En cualquier caso, Trask la observaba con cierta impaciencia. Estaba claro que la reunión había terminado. Se levantó y sonrió.

—Gracias por su tiempo, señor.

Trask le ofreció la mano.

—Cuando gustes. Ahora ve y enorgullece al distrito, Lizzie.

Lizzie bajó las escaleras.

“Ve y enorgullece al distrito”.

¡Qué frase tan ridícula!

Se apresuró hacia la puerta trasera, con la esperanza de evitar a Ash o a cualquier otro del Departamento de Investigación Criminal. Pensó en la enorme oficina en la que trabajaban todos: las tazas de café manchadas, el microondas sucio, los informes de los casos apilados en escritorios cubiertos de polvo gris pegajoso. Los detectives, como nadadores diminutos con gorros de natación de silicona de la policía metropolitana, flotaban en el río sucio de Londres y agitaban los brazos con desesperación contra el oleaje imposible de sus cargas de trabajo. Todos habrían agradecido esta oportunidad de escapar.

A la mierda con Kieran.

En el patio, los chicos del depósito de bienes incautados estaban catalogando un montón de bicicletas apiladas contra la pared. Le sonrieron y la saludaron con la mano.

—¿Todo bien, Lizzie?

—Sí, todo bien.

A la sombra de la comisaría, los vendedores ambulantes del mercado estaban recogiendo sus puestos. Furgonetas aparcadas con las puertas dobles abiertas. Percheros de ropa sobre ruedas tambaleantes. Mientras avanzaba entre ellos, Lizzie le envió un mensaje a Kieran. “Me voy a casa. Por favor, deja registrada mi ausencia”. Metió el teléfono en la chaqueta y caminó deprisa, con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha.

CAPÍTULO 24

CUANDO LEXI ABRIÓ LA PUERTA, uno de los dos chicos hacía tintinear unas llaves con impaciencia. Vio el llavero antes de verlo a él: un tridente con una flecha en el centro. Un poco fálico, hecho con buen gusto, pero bastante legible. Maserati, eso era. Si les pudieras dar a todos un coche deportivo, quizá se dejarían de joder y serían felices. Pero no lo harían, porque siempre necesitarían uno mejor y más grande.

No eran gemelos, pero podrían haberlo sido. La misma estatura, no altos, un metro setenta y cinco más o menos, el mismo uniforme: sudaderas con capucha sobre gorras de béisbol, pantalones anchos oscuros. Uno tenía acné.

Una puta Comedia de las equivocaciones.

—¿Qué tal? —preguntó Acné.

—Bien.

—¿Estás lista?

—Necesito un tiro antes. ¿Podéis ayudarme?

Intercambiaron miradas. Estaba claro que esa decisión estaba fuera de su alcance. El que tenía menos granos metió la mano en el bolsillo y sacó una papelina. Tenía esa mirada. Se la creía. "Tener buena piel no te hace Jamie Foxx, cariño", pensó Lexi.

—Me la tendrás que pagar.

Ella se la quitó de la mano, aburrida de su inocencia prepotente y entró en el apartamento.

—Lo sé.

Se produjo ese intervalo. Xanadú. Después, Lexi estaba sentada en el asiento trasero de cuero de un BMW de cinco puertas. Los chavales estaban demasiado excitados. La música resonaba con estruendo desde los altavoces. Todo el coche vibraba. El coche decía mucho sobre ellos. ¿En qué había estado pensando cuando le había comprado a Martín Pescador en aquel todoterreno ridículo y enorme? Shakiel había sido diferente: nunca nada llamativo. Debería haberse quedado con él y su gente. Qué estúpida había sido. Muy estúpida.

Las calles de la ciudad se deslizaban a través de una bruma de lluvia. Gotas de lluvia como cuentas sobre los hombros de los abrigos. Una niña pequeña bajo un paraguas brillante y transparente. Los chicos seguían hablando, como si ella no estuviera allí. Casi no podía oírlos.

—Negro mate. Tiene que ser negro mate.

—Con cristales tintados.

Se apoyó en el reposacabezas. Las luces de la calle se habían encendido antes de tiempo, color rosado contra el cielo de la tarde. Cerró los ojos y dejó que la bañaran.

Abrió los ojos. Desorientada. Estaban al sur del río, más lejos de lo que había pensado. En medio del abarrotado tránsito, en Elephant and Castle.

—Estamos muy lejos —comentó.

El conductor giró para tomar una calle ancha y respondió.

—No te oigo.

Ella se inclinó hacia delante entre los dos asientos.

—He dicho que estamos muy lejos. Tengo que volver.

—Cuando hayas terminado nos llamas y te llevaremos de vuelta.

—Pero va a salir todo bien, ¿no? Quiero decir, estoy muy lejos del territorio de Los Soldados. ¿Estaré a salvo?

—Todo bien.

Se reclinó. Los chicos no sabían nada. Solo eran repartidores callejeros. ¿Qué estaba haciendo aquí? ¿Por qué había pensado que podía confiar en Los Soldados? No le debían nada.

Se detuvieron y Lexi se bajó, estirándose la falda corta sobre sus muslos delgados en un hábito de modestia, como un perro que gira en círculos milenarios sobre hierba imaginaria.

Se quedó de pie, ofreciendo su mercancía con poco entusiasmo.

La hora punta había comenzado, pero la mayor parte del tráfico se movía con relativa rapidez, en gran medida alejándose de Londres, supuso, y en dirección al mar o a South Downs. Rottingdean, quizá, o Seven Sisters. Debían ser lugares imaginarios para tener nombres así; se imaginó cines *art déco* y piscinas y té marrón oscuro preparado como es debido en teteras. Pequeñas blondas de encaje sobre jarras de leche tibia. Aquí el aire olía a gasolina. Para la mayoría de la gente, esa calle no era un lugar: era poco más que una franja de asfalto que había que recorrer para llegar a un lugar mejor. Pero aquí existían dos realidades, una al lado de la otra: los coches veloces y los coches que paseaban. Otras chicas estaban trabajando, de pie, inclinadas hacia los vehículos. Era temprano, pero algunos coches aminoraban la marcha y se detenían. Lexi caminó un poco, se giró y permaneció de pie, con el peso sobre una cadera. Era desalentador trabajar aquí, tan lejos de casa. Y también solitario. No conocía a ninguna de las otras chicas y nadie mostraba interés en ella. Quería volver, pero necesitaba dinero para pagar la papelina, el viaje y la próxima papelina.

Los coches reducían la marcha, aceleraban, pasaban una y otra vez, se acercaban al bordillo. Se bajaban las ventanillas. Conversaciones. Decisiones. A veces más de uno en el coche. Nunca le gustó eso. Siempre le pareció peligroso. A veces subía una chica: un momento de sorprendente delicadeza, como si ellos fueran sus chóferes y ella una estrella de camino a una alfombra roja.

Un coche se le acercó. Dos adelante, dos atrás. Esbozó una sonrisa sombría ante el doble sentido, sacudió la cabeza y se apartó del arcén. No estaba dispuesta a eso. Ni siquiera ahora.

Odiaba ese lugar. Nadie la cuidaba allí. Haría un cliente y después llamaría a los dos Dromios.

Un coche blanco estaba detenido en el semáforo más adelante. Nada especial. Los faros parpadearon. Lexi dio un paso hacia él. “Ya te he visto”. De rojo a verde. El coche pasó el semáforo. Insignia VW. Lexi se tiró de la falda y se preparó para parecer entusiasmada. Y entonces, sus neuronas se dispararon con una lentitud infinita y su mente cambió de rumbo. La silueta a través del parabrisas era reconocible. Su cuerpo iba muy por detrás de su cerebro, que había comprendido todo en un instante. A pesar de su lentitud, experimentó una intensa claridad cuando se volvió y corrió con los pies pesados y la intención de interponer la farola de la calle entre ella y el coche que avanzaba hacia ella como un camión dispuesto a atropellar un animal en la carretera. Ya casi lo había conseguido, cuando se le rompió el tacón del zapato.

CAPÍTULO 25

LEE CONDUCÍA. SARAH SACÓ EL teléfono.

—Elaine, se me acaba de ocurrir algo. La cámara de seguridad de la tienda de Gallowstree Lane…

—No funcionaba.

—¿La verificaste?

—No, lo hicieron los agentes locales.

—¿Puedes mirar si tomaron nota de por qué no funcionaba?

—Te llamo después.

El tráfico circulaba tan despacio que los peatones los adelantaban colina arriba. El barrio era tan diferente del Londres del Big Ben como si los separara un viaje en avión y no unos pocos kilómetros. Junto a las puertas de las tiendas había recipientes con plátanos y guayabas. Un grupo de albañiles de rostros rudos, vestidos con botas con puntas de acero, y pantalones manchados de pintura esperaban a un lado de la calle. Una mujer gorda con un tocado africano colorido se contoneaba por la acera junto a un niño igual de gordo y con uniforme escolar gris. Bajo las luces de una tienda de comida natural, un ciclista, totalmente fluorescente y con zapatillas de ciclismo, sostenía una cesta metálica y hacía cola con el casco puesto.

La debacle con Ryan carcomía a Sarah. Había salido demasiado mal. Lo había alertado sobre sus intenciones, pero no había conseguido nada en términos de información. Más bien todo lo contrario: lo había alejado.

Ella y Lee se dirigían a verificar la ubicación del móvil al que Ryan había llamado desde el canal. Era el último intento por dar un impulso a la investigación sobre la muerte de Spencer antes de dar por concluida la jornada.

Envió un mensaje.

¿A las siete en Cesarino’s?

Saldría más o menos a su hora y llevaría a Caroline a su restaurante italiano favorito. Bebería vino tinto y se iría a la cama con su chica. Dormiría. Por la mañana, volvería renovada, revisaría todo, empezaría de nuevo. Este iba a ser uno de esos trabajos de resistencia. No podía dejar que un pequeño contratiempo la desanimara.

Entraron en el barrio. Era de la década de 1970: un patio delantero abierto, calles y pasarelas elevadas, edificios lineales de tres y cuatro plantas y, más allá, la Torre Oxford. Mientras aparcaban y se bajaban, el silbido de un camello advirtió que había llegado la policía. Tres hombres se alejaron deprisa, encorvados e inidentificables. El cielo era amplio y pálido y parecía bajar hasta el nivel de la acera.

Lee tenía una llave de la puerta de incendios y accedieron a uno de los edificios sin tener que hablar con nadie.

La luz se filtraba azul y fría en el vestíbulo a través de una franja ancha de ladrillos de vidrio. Las columnas de cemento blancas tenían pintadas hechas con bolígrafo negro. A la derecha, junto a una única escalera, había una oficina cerrada en desuso. Frente a ella, una silla de oficina con ruedas abandonada.

—Bonito lugar —señaló Lee.

Una mano empujó las puertas dobles con malla metálica. Una niña pequeña con un vestido de colores brillantes entró, seguida de la parte delantera de un cochecito. Lee se acercó.

—Permítame que la ayude.

Sarah pudo ver ahora a la mujer que empujaba el cochecito, pequeña y pulcra, con un abrigo negro largo y un hiyab negro con ribetes dorados en zigzag. La mujer emitió un sonido de fastidio y meneó la cabeza.

—Yo puedo. —Manipuló el cochecito con habilidad y lo entró. La pequeña ya se encaminaba hacia el ascensor, pero la mujer se detuvo y miró a Sarah—. ¿Es usted policía?

Sarah asintió.

—¿Cuándo vais a hacer algo con este sitio?

—¿Cuál es el problema?

La mujer miró a su alrededor.

—Traficantes de droga, todo el tiempo. —Señaló hacia la silla—. Esa es su oficina. A veces da miedo entrar aquí.

—¿Su oficina?

—Un tipo negro. Se sienta ahí, hace llamadas, arregla sus negocios.

Sarah mostró aburrimiento.

—Vale, en realidad no es nuestro trabajo, pero lo informaré en la comisaría.

La mujer negó con la cabeza, decepcionada, pero no sorprendida. Ya estaba siguiendo a su hija hacia el ascensor.

—Este sitio es un vertedero. Intentamos mantenerlo bonito, pero a nadie le importa.

Volvieron al coche y salieron del barrio.

Había un mensaje de texto de Elaine en el móvil de Sarah.

Agentes locales no dejaron constancia de por qué no funcionaba la cámara de seguridad de Yilmaz ni desde cuándo.

Sarah la llamó.

—Tenemos que averiguar más sobre la cámara de seguridad: ¿sabrían los sospechosos que estaba rota o tuvieron suerte?

—Sí, lo siento. Se nos pasó. Ya he dado la orden.

—Gracias.

Sarah se apoyó en el reposacabezas y cerró los ojos.

—Podríamos poner cámaras de vigilancia en la calle de la torre. Averiguar más sobre el traficante —sugirió Lee.

Ella asintió y abrió los ojos.

—Lo pensaré mañana.

Estaban volviendo hacia el oeste. Gasolineras. Casas de apuestas, una tras otra. Un enorme pub con una fachada de estilo Tudor falso que ofrecía de todo: buena comida, al parecer, y cervezas de verdad, música en directo, Sky Sports. A lo lejos, el icónico horizonte de la ciudad parecía más el póster de una película de catástrofes que algo real. Casi se podía ver la nave espacial sobrevolándola.

Giraron a la derecha y se dirigieron a Farrens Lane, la otra ubicación frecuente del teléfono al

que había llamado Ryan. La calle estaba cortada por un mercado y tuvieron que aparcar y seguir andando. En la planta baja del apartamento había una tienda de productos naturales chinos de aspecto lúgubre.

—Solo curan las que empiezan con i —comentó Lee, y Sarah miró y vio que era cierto. Una lista de las dolencias que se trataban en el lugar estaba pintada en el escaparate. Impotencia. Infertilidad. Incontinencia. A la derecha del escaparate había un timbre junto a una puerta de entrada estrecha.

Enfrente, una cafetería con un letrero de plástico rojo: "De rechupete". Los precios en el escaparate ofrecían un desayuno inglés completo por 5,60 libras y una hamburguesa de pollo por 4,99 libras. Un mostrador se extendía a lo largo del escaparate; se sentaron allí, en sillas altas, uno al lado del otro, junto a un anciano en mangas de camisa que olía fuerte a sudor y cigarrillos. El café llegó como si lo hubieran despachado a través de un túnel del tiempo desde los años cincuenta: gris, tibio y con un sabor indeterminado. Lee tomó un ejemplar del *Mail* y lo hojeó. Sarah vislumbró a una famosa embarazada entre las páginas y luego desvió la mirada hacia la angosta puerta de entrada. Un hombre al que reconoció caminaba por la acera de enfrente. Era el detective Steve Bradshaw. Él se volvió hacia la cafetería como si buscara unas llaves y la vio. Fue solo un momento de reconocimiento. En un instante, había entrado en el piso y cerrado la puerta a sus espaldas.

El móvil de Sarah empezó a sonar. Era su jefe, Fedden, del Departamento de Investigación Criminal. Escuchó.

—Vale, jefe, ¿puede repetirlo? ¿Qué relación tiene esto con Spencer?

CAPÍTULO 26

SARAH CONDUCÍA. INCLUSO CON LA sirena encendida, tenía que alternar entre acelerar por tramos y sortear de manera tediosa el tráfico que se hacía a un lado o se negaba a moverse con obstinación.

El vínculo era débil, tal vez, pero era demasiada coincidencia para ser mera casualidad.

La víctima de la colisión había llamado al mismo número al que Ryan había llamado después del homicidio de Spencer.

Y había otra conexión. El vehículo que había atropellado a la víctima era un Volkswagen Touareg blanco, del mismo modelo y color que el coche que había recogido a Ryan frente a la comisaría de Caenwood. Sarah le pidió a Lee que llamara al Sistema Informático Nacional y que asignara una señal de alerta al número de matrícula que le había dado Lizzie.

—Mi cuaderno está en el bolso, lo encontrarás ahí. Lo apunté esta mañana a eso de las ocho.

Miró por el retrovisor y se pasó al carril contrario para avanzar. Una moto la seguía, aprovechando sus luces azules.

—¿Qué pongo en los comentarios? —preguntó Lee.

Sarah miró el retrovisor y regresó al carril anterior. La moto seguía allí, pegada con tenacidad a la parte trasera de su coche. Qué fastidio. Tendría que estar atenta. Lo último que necesitaba ahora era ser parte de un accidente.

—Inspección de daños. Posible incautación del vehículo y arresto del conductor por homicidio. Establece la conexión con el informe del crimen.

—¿Arresto por homicidio? Es un poco extremo. ¿Qué pruebas tenemos?

—Tenemos otra conexión en la investigación con el mismo modelo y color. Si es un coche diferente, entonces es una gran coincidencia. El tiempo corre en nuestra contra; si es el mismo coche, desaparecerá de las calles en poco tiempo. Agrega el número de mi móvil en el informe de averiguaciones. No perdemos nada haciendo preguntas. Cuando termines, llama a Elaine y pídele que verifique cómo van las averiguaciones sobre el coche. Solicité una orden para que alguien visitase la empresa de alquiler.

—¿Puedes ponerme al tanto primero?

—Lo siento, tengo que concentrarme. Llama a Elaine.

Llegaron a una intersección y cruzaron con el semáforo en rojo. La moto que los seguía lo pensó mejor antes de saltarse un semáforo y, por fin, Sarah pudo acelerar y alejarse.

Lee había estado hablando con Elaine. Colgó.

—Dice que todavía no está la orden para la empresa de alquiler.

—Vale. ¿Puedes ocuparte? Elaine te dará los detalles.

Hubo una vacilación.

—Claro.

Sarah percibió su reticencia, pero la ignoró.

—Te dejaré aquí. Coge un taxi a Elephant. Será más rápido en metro desde allí.

—¿Hablas en serio? Estamos en medio de la nada.

Sarah detuvo el coche.

—Por supuesto que hablo en serio. ¿No me conoces todavía?

—Maldita sea, Sarah. Costará una fortuna.

Sarah se movió para sacar su monedero del bolso, pero él le hizo un gesto de que no lo hiciera.

—Olvídalo. —Ya se había quitado el cinturón y tenía la mano en la manilla de la puerta.

—Guarda el recibo.

—Sí, vale.

Lee se bajó y empezó a andar. Ella condujo a su lado con la ventanilla bajada.

—Piensa en positivo, Lee. Podría ser un avance importante.

Él levantó el pulgar con expresión cínica.

—Sí, podría.

—¿Lee?

—¿Qué? —Miró dentro del coche y ella sonrió.

—Gracias.

Él sacudió la cabeza con un gesto de fastidio, sonriendo, pero irritado al mismo tiempo.

—Te crees muy encantadora, Sarah, pero no lo eres.

Lo dejó esperando a que cambiara el semáforo en un paso de peatones. El tráfico era tan denso que todavía le faltaban otros diez minutos de viaje.

La aproximación al lugar de los hechos fue anunciada por un ruido como la fanfarria de mil vuvuzelas. Se había cerrado el cruce entero y el tráfico estaba siendo desviado. Una agente de policía de baja estatura, con un uniforme de alta visibilidad demasiado grande, estaba de pie en el cruce cerrado y su expresión tensa sugería que había recibido muchos insultos en los últimos noventa minutos. Sarah mostró su identificación policial y la agente introdujo sus datos en el registro de la escena del crimen.

Sarah se puso el equipo correspondiente y miró hacia el cordón interior, que empezaba a unos cien metros de distancia, junto a los semáforos. En contraste con el ruido y la frustración crecientes del atasco, la escena del crimen era un oasis de concentración extrañamente apacible. Más allá de la segunda línea de cintas perimetrales, dos oficiales de la división de Tráfico con sus gorras blancas trabajaban sin descanso en sus tareas técnicas. El mundo de la investigación de accidentes de tráfico era una especialidad que se resguardaba con celo y a la que ella no tenía acceso. La agente señaló hacia los semáforos que estaban más adelante en la calle, en dirección a uno de los oficiales de Tráfico, que estaba de espaldas mirando por un teodolito.

—Clarke es de la división de Tráfico.

Sarah había supuesto que Clarke era un hombre, pero cuando se volvió hacia ella, descubrió que, en realidad, era una mujer alta y atlética. Una gruesa trenza rubia le caía por la espalda.

—El equipo de Homicidios está en la tienda —la informó Clarke.

Tenía un acento escocés rural imposible de ubicar que combinaba la sensación fugaz de un paisaje diferente con un deje perspicaz. Sarah le tendió la mano y sonrió.

—Inspectora Sarah Collins.

La sargento Clarke aceptó el saludo con un apretón breve y firme.

—Lo siento. Estaba enfrascada en esto. Meghan Clarke.

Hicieron una pausa. Ambas sonrieron. Fue un destello de reconocimiento.

—¿Podrías explicarme por qué crees que es un homicidio? —preguntó Sarah.

Meghan señaló calle abajo, hacia la tienda blanca junto a una farola.

—Allí se produjo la colisión. A noventa y dos metros. Tendremos una medición más precisa para el informe.

Sarah asintió.

—O sea, que el vehículo se detuvo aquí. Luz verde y se dirigió derecho a la víctima.

El tono era desapasionado: esa era una mujer que se enfrentaba día tras día a la despiadada física del choque del cuerpo humano contra más de tres toneladas de metal.

—Hay un testigo. Una de las prostitutas locales. Es buena. Observadora. —Meghan sonrió—. Debería haber sido policía. En fin… —Indicó hacia delante y al otro lado de la calle—. La testigo estaba en la acera de enfrente. La ubicamos a veintidós metros de la víctima, a sesenta y tres de los semáforos. Tenía una visión perfecta. —Abrió su cuaderno y bajó la vista—. Sí, la testigo dice que la víctima llamaba la atención, que no era una de las habituales. La había estado observando, pensó que nunca conseguiría un cliente. Tenía un aspecto lamentable. Como si le diera igual. Pero nunca se sabe. A algunos tíos les gustan ese tipo de cosas. —Miró a Sarah a los ojos con astucia—. Cada uno con lo suyo, ¿no?

Sarah se sonrojó y, en un instante vergonzante, pensó en esa mujer de la trenza rubia en la espalda y en qué sería "de ellas".

—Da igual, entonces el vehículo estaba detenido aquí y la testigo estaba allí, ¿vale? Los faros del coche parpadean, el semáforo cambia y el vehículo enfila hacia la víctima. Lo primero que pensó la testigo fue: "Vale, la chica nueva consiguió un putero". Pero el pensamiento duró un segundo, cuenta ella, porque —se interrumpe para volver a verificar el cuaderno—, vale, en sus propias palabras, "el coche ruge" y nuestra víctima de repente echa a correr. En lugar de frenar junto a la acera para recoger a la fulana, el coche acelera. En mi opinión, ahí está la intención: en ese pie en el acelerador. Luego está la dirección del vehículo. No se detiene al lado del bordillo como un cliente cualquiera; no, da un volantazo y se sube a la acera.

Meghan se interrumpió, orgullosa de su pericia y, al parecer, también de sí misma. Miró a Sarah a los ojos fijamente y Sarah sintió un calor repentino en el rostro. En medio de la liberación que significaba haber salido del armario, ¡por fin!, y tener una relación, a veces todavía se sentía desconcertada por las puertas que se abrían en su interior. Meghan sonrió, asintió con la cabeza y prosiguió.

—El coche atropella a la víctima en un ángulo raro. Creo que estaba de espaldas y corriendo cuando la embiste. Es difícil de saber, por el impacto.

—¿No pudo haber sido una pérdida repentina de control del vehículo? La víctima lo advierte, se da la vuelta y sale corriendo.

—No. Con los frenos ABS ya no solemos tener marcas de derrape, pero había polvo y suciedad en el borde de la calle y eso significa que los neumáticos estaban rodando. No hay nada que sugiera una frenada. Según la testigo, el sonido del motor tampoco se modificó. En todo caso, se intensificó. Así que el conductor aceleró, no trató de frenar. —Hace una pausa y luego agrega—: Otra cosa, a pesar de toda su colaboración, la testigo no quiere declarar, ni siquiera dar su nombre. Tampoco quiere que la vean hablando con nosotros. Está muy nerviosa. Creo que sabe más de lo que dice.

Otra sonrisa, lenta. Esta, un poco desafiante.

—Es trabajo de Investigación Criminal, no de Tráfico. Sin duda alguna.

"Sin duda alguna". Sonó bien con ese acento. Serio. No tan serio.

—Pensaba que los de Tráfico erais de Investigación Criminal.

—Hay que tener cuidado con eso. De cualquier manera, es de vuestra incumbencia, no nuestra. Como dije, sin duda alguna. —Sonrió—. Os ayudaremos con la física. Pero vosotros, los detectives listos, tendréis que ocuparos de todo ese asunto difícil del *cui bono*.

—¿*Cui bono*? Qué sofisticación.

—Nunca subestimes a una oficial de Tráfico.

—Jamás se me ocurriría.

Meghan volvió a sonreír.

—Tus colegas están en la tienda.

—¿Qué sabemos del coche?

—Un VW Touareg blanco, alta gama. Obtuvimos la matrícula gracias a una cámara de reconocimiento de matrículas. Ya he dado aviso para que detengan el vehículo. Pero la matrícula es falsa, el coche real ha estado aparcado todo el día en el sendero de entrada de la casa de un director de colegio en Cardiff. Parece que el propietario es un fanático del ejercicio físico y va a trabajar en bicicleta. La policía de Gales ya lo ha verificado y nos ha enviado unas fotos preciosas.

—O sea, que nuestra víctima ha sido atropellada por un coche con una matrícula doblada.

—Así es. A todas luces un homicidio, ¿no crees?

Sarah se encogió de hombros.

—Eso parece. ¿Quedó algo del coche en el lugar?

—No, pero si consigues incautarlo, estará dañado y lleno de ADN. La víctima sangró mucho. Casi perdió la pierna derecha. Llámame si lo encuentras. Necesitarás que el examinador de vehículos lo revise una vez que haya terminado el equipo forense. No queremos que el cabrón aduzca un fallo mecánico.

CAPÍTULO 27

RYAN, CON LAS MANOS EN los bolsillos, dirigía la bici con el cuerpo. Iba cuesta abajo y luego venía una curva. Incluso antes de la muerte de Spencer había odiado Gallowstree Lane. No debería haber calles así en Londres, tan anchas y desiertas. A la derecha, los campos de césped sintético ya estaban iluminados contra la luz que se iba desvaneciendo. Más allá, el supermercado Yilmaz y, frente a él, el espacio viejo y sombrío rodeado de rejas de hierro negro. Siguió pedaleando deprisa y dejó atrás el lugar donde había muerto Spencer. Los chicos decían que la tierra estaba envenenada. Que había miles de ovejas enterradas debajo del césped cubierto de maleza. Por eso no se podía construir ahí, hacer que se pareciera más a la actualidad y menos a una película de vampiros. Ryan se creía la historia. Podía ver a los fantasmas de las ovejas entrando en Londres a través de campos que ahora eran carriles de autobuses y complejos de cines y concesionarios de coches. Se lo había contado a Spencer y, desde entonces, Spencer no había parado de burlarse de él: se ponía a balar y se hacía el tonto y se caía de la bicicleta meándose de risa. Ahora Spencer también era un fantasma y la sombra de su bicicleta zigzagueaba por la calle al lado de Ryan.

Las chicas solían trabajar a lo largo de toda la calle, caminando solas o de dos en dos. Al principio, Ryan no se cruzó con ninguna, pero a medida que avanzaba, vio a un grupo de chicas de pie, apiñadas como una manada, conversando. Siempre le habían caído bien. Se habían burlado de él y de Spence, los habían llamado vírgenes, pero luego los habían mirado de arriba abajo y habían dicho que no les importaría hacerles un trabajito. Se detuvo a un par de metros de distancia. Ahora era diferente. Ya no podían gustarle. Una de ellas había delatado a Spence.

Lo habían visto y se habían vuelto hacia él. Permaneció con un pie en el asfalto, como hacía cuando distribuía. Lexi no estaba allí, pero era una de ellas y ellas sabrían dónde encontrarla. Sabrían quién era el chico con el tatuaje del pájaro. Si era necesario, Ryan estaba dispuesto a hacerles daño para conseguir la información. Y por más que corrieran, él era más rápido.

Pero no corrieron. En lugar de eso, una de ellas dio unos pasos hacia delante y salió del grupo. Sostenía un móvil en la mano y lo agitaba hacia él. Furiosa. Ryan no tenía ni idea de qué estaba diciendo. La conocía, le había vendido crack más de una vez. Michelle. Bajita, pelirroja, con tetas grandes y pecosas y boca de pez. Habría sido gracioso porque era tan pequeña y ridícula con sus tacones enormes que podría derribarla de un puñetazo sin problemas, pero ahora tenía la cara llena de lágrimas y su boca de pez entreabierta y babeante. Todo un espectáculo. Estaba gritando.

—Hijo de puta. Hijo de puta. Cabrón hijo de puta.

Una de las chicas tiraba de ella hacia atrás, pero Michelle se la quitó de encima y empezó a avanzar hacia él de nuevo.

Ryan no quería tener nada que ver con esa locura. Saltó con la bici a la carretera y se alejó pedaleando. Ella gritaba tras él y él miró por encima del hombro. Michelle estaba de pie en medio de la carretera, bramando como un animal.

—Fue Shakiel, ¿verdad?

Hizo una pausa en el semáforo y se quedó pensando. Volvió. Las chicas se habían vuelto a

reagrupar, con los brazos alrededor de la espalda de Michelle. Se detuvo a cierta distancia y esperó. Una de las chicas lo miró, delgada y alta, negra como pintura.

—¿Qué quieres?

CAPÍTULO 28

SARAH ENTRÓ EN LA TIENDA.

Aunque sobrevivir a la colisión habría sido improbable, los sanitarios lo intentaron Siempre lo hacían Era su dogma. La víctima no estaba como había quedado tras sufrir el impacto. Yacía de espaldas, con la ropa cortada y a los lados, y varias almohadillas en su pecho delgado y desnudo. Allí había un ser humano: tetas pequeñas y flacas, costillas que estiraban la piel blanca. Los ojos de Sarah se desviaron hacia la cadera y los apartó antes de volver a mirar, esta vez con frialdad, la sangre, el cartílago y los huesos, expuestos como en una lección de anatomía chapucera. El coche debió de lanzar a la víctima hacia delante y luego pasarle por encima de la pelvis y la pierna derecha. La falda y la piel del abdomen se habían desgarrado por la presión y algo semejante a mermelada espesa rezumaba del interior. Además de algo parecido a lo que se podría encontrar flotando en un barreño en una carnicería. La pierna derecha había sido enderezada, pero se notaba que el ángulo seguía siendo imposible. El fémur roto atravesaba la piel. El pie estaba doblado en dirección contraria a la pierna, como para demostrar que la carne y el hueso habían sido doblegados por el metal.

Pero la cara estaba intacta, con la boca abierta y los ojos fijos. Tal vez la víctima había estado consciente en un principio. Eso debió de ser duro. Por mucho que intentara borrarlo de su mente, Sarah nunca olvidaría una situación similar en su época de uniforme: la confusión y el miedo ante la muerte y nada que hacer al respecto. Meghan no había comentado nada sobre eso, lo que sugería que, de haber estado consciente, la víctima no había estado en condiciones de hablar. Mientras desenvolvían su kit, los sanitarios debieron de haber sabido que era improbable que la secuencia de intervenciones que estaban a punto de iniciar fuera a ser algo más que la extremaunción de la ciudad. Se le ocurrió otra posibilidad: que la muerte hubiera tardado en llegar y que ellos hubieran batallado, sabiendo que el helicóptero ya surcaba el cielo de Londres, con la esperanza de un milagro. Se imaginó el helicóptero que descendía y aterrizaba en esa calle desierta. Pero aquel día no sería el asombroso salvavidas rojo de Lego, sino la mariposa calavera. Los médicos que bajaban y corrían por el asfalto y un breve examen de la víctima que confirmaba lo que sabían desde el momento en que la vieron. “¿Estáis todos de acuerdo?”. Un vistazo al reloj y se declaró la muerte.

Una persona empezaba a cobrar forma. Una mano con la palma hacia abajo en el suelo. Uñas pintadas con esmalte azul brillante descascarilladas. La pierna destrozada aún tenía puesto el zapato: un modelo sin talón negro, demasiado elegante y fuera de lugar. Eso también hablaba de alguien que había vivido alguna vez, alguien que elegía zapatos elegantes y anticuados que pertenecían a las películas en blanco y negro, no a ese lugar. Los ojos de Sarah se detuvieron en el otro zapato y advirtió un último detalle. Le faltaba el tacón. La mujer había corrido y se le había roto. Podía verlo, una huida desesperada que se convirtió en un salto, un brinco, y el tacón cedió bajo su pie. Luego, la caída hacia delante, el impacto del vehículo que la arrolló y la dejó rota, pero lo bastante viva para saber y comprender que su vida se escapaba de manera irremediable.

Sarah levantó la vista del cuerpo. Además del forense, había otro hombre en la tienda. Era inspector también y lo conocía vagamente de los pasillos, de las reuniones informativas y los

días de entrenamiento. Atildado, asiático, inteligente. Un buen traje de lino azul. Era una maravilla que lo mantuviera tan limpio en una escena del crimen. Por un instante, su nombre de pila se le borró, pero luego lo recordó.

—Hola, Sourav. Tráfico dice que ella es de Homicidios y tú dices que es nuestra. ¿Es así?

CAPÍTULO 29

RYAN ENCADENÓ SU BICICLETA A uno de los árboles raquíticos de la calle y se acercó a la angosta puerta de entrada. Las persianas de la tienda de productos chinos de la salud estaban bajadas. Tocó el timbre. No hubo respuesta. Tocó otra vez. Y otra vez. Joder. Golpeó el cristal con la malla gris que había encima del buzón. Si lo rompía, ¿qué más daba?

—¡Steve, Steve!

Oyó la ventana de arriba que se abría con un temblor.

—¡Colega! —gritó Steve.

Ryan levantó la vista y Steve sonrió.

—Joder, Ryan, estaba en el baño. Ya bajo y te abro.

CAPÍTULO 30

JUSTO ANTES DE VAUXHALL BRIDGE, Sarah detuvo el coche y arrojó su cuaderno de registro sobre el salpicadero. Cruzó la calle concurrida para entrar por una puerta de cristal en un Lambeth que había sido ambientado como un pequeño restaurante de una callejuela de Lisboa. Sillas de metal y mesas de formica. Un grupo de hombres hablaba en portugués y jugaba al dominó en un rincón. Olor a buen café. Una mujer bajita y gorda con un vestido de *tweed* escocés limpiaba una mesa.

—Enseguida estoy contigo, cariño.

Solo cuando estaba pidiendo en la barra se acordó del mensaje que le había enviado a Caroline. Miró el reloj: ya eran las siete y media. Cogió el teléfono del bolso, pero la llamada pasó directa al buzón de voz.

"Lo siento" sonaba a nada, pero Sarah lo dijo de todos modos.

Se sentía mal. En los primeros días, Caroline había sido comprensiva, pero ahora su rostro se volvía inexpresivo cuando Sarah empezaba a narrar los detalles de la nueva experiencia traumática que le había impedido hacer lo que había prometido.

Permaneció sentada frente a su café. La mujer gorda se acercó con un plato en la mano izquierda. Con la otra mano limpió la mesa que ya estaba limpia.

—No te preocupes, cariño. Tal vez nunca ocurra. —Colocó el plato delante de Sarah—. Esto ayudará.

Las croquetas de pescado calientes dejaban un círculo húmedo de aceite sobre la superficie de cerámica blanca.

Los hombres hablaban en medio del ruido de las fichas de dominó. Sarah pensó en Steve Bradshaw, que había salido de aquel piso hacía unas horas. Había trabajado con él en el Departamento de Investigaciones Especializadas. Había ido muy bien y luego, había ido muy mal. Ella había querido acusar a Lizzie Griffiths. Él no. De ninguna manera.

Vale, en el calor del momento, a veces se dicen cosas. Quizás Steve se había arrepentido de sus palabras. "Joder, con razón estás tan sola". Lo había vuelto a ver después de eso. Se había mostrado amable y conciliador. Pero cuando lo había visto esta tarde, la vergüenza y el estupor seguían ahí.

Allí estaba él, apareciendo en su investigación. ¿Qué estaba pasando? La puerta se abrió con un tintineo. Lee entró, radiante y dando golpecitos a un sobre marrón. Se sentó, demasiado alto para la mesa, y sacó una foto del sobre.

—Captura de pantalla de la cámara de seguridad de la empresa de alquiler de coches.

Sarah la cogió. Vio a un hombre asiático delgado, con el pelo de punta.

—La empresa de alquiler dice que el tío ha alquilado este coche varias veces. Le gusta. Lo recogió esta mañana y hace una hora llamó y preguntó si podía quedárselo un día más.

—¿Sabemos quién es?

—Usó una identificación falsa para reservar el coche, pero conseguí el contrato de alquiler. Podríamos obtener huellas químicas. El problema es que tarda mucho.

—¿Qué hay del número de teléfono que le dio a la empresa de alquiler?

—También falso. La empresa nunca lo usó. El número estaba a nombre de una mujer de

Ealing. No tiene ni idea de quién es.

—¿Y la llamada de hoy para prolongar el alquiler?

—Teléfono público. No sé por qué se molestó en llamar para quedárselo un día más. Nunca lo va a devolver.

—Para ganar tiempo —murmuró Sarah. Estaba estudiando la imagen. Podían hacerla circular. Quizá incluso hacer un llamamiento público. Pero eso sería lento. Necesitaba incautar ese coche —. Tienes que pedir en la barra, Lee. Las croquetas de pescado están buenas.

Sacó su teléfono y llamó a Lizzie Griffiths.

—Sí, me preguntaba si podría pasar a buscar el vídeo de la pelea. ¿Podré encontrarlo en la oficina? Oh, vale… Sí, no hay problema. Creo que me acuerdo, pero de todas formas dame la dirección.

Escribió en su cuaderno y colgó. Lee estaba sentado de nuevo y se estiró hacia atrás en la silla.

—Vale, ¿quieres contarme qué tenemos?

CAPÍTULO 31

STEVE HABÍA DICHO QUE ERA urgente. Había llamado y había venido con la grabación. A excepción del sargento Angel, que estaba sentado solo frente a su pantalla, todos los oficiales de Kieran se habían ido a casa en anticipación del largo día que les esperaba. Kieran abrió el archivo y tecleó la contraseña.

Hacía mil años, Steve también había trabajado en Atcham Green. Habría que buscar para encontrarlo, pero estaría en su hoja de servicios y en la de Kieran; una coincidencia breve de fechas. Habían estado asignados a equipos de intervención diferentes, pero se habían cruzado como lo hacen los equipos, cuando uno terminaba el turno de la noche y el otro tenía el primer turno, o cuando uno terminaba el turno de la tarde y el otro comenzaba el de la noche.

Habían sido los comienzos de Kieran, cuando ponerse el uniforme cada día había significado convertirse en una persona nueva. En aquella época, todavía notaba cómo la gente lo miraba diferente desde que era policía, y aún sentía emoción cuando se encendían las luces azules. Atcham era una de las comisarías más antiguas. Del siglo XIX: rejas de hierro, ladrillo rojo, escalones de piedra hasta las puertas dobles, un dintel de piedra blanca con una única palabra grabada: "POLICÍA". Desde el momento en que entró en la sesión informativa en su primer turno —con un corte en la mejilla que se había hecho al afeitarse a las cuatro de la madrugada, con la luz que se derramaba desde las altas ventanas sobre un suelo que se remontaba en el tiempo a las cabinas de policía azules y los silbatos, y con los demás agentes ya sentados que miraron al chico nuevo de arriba abajo con miradas escépticas—, había comprendido que a través de la turbulencia constante de incidentes, de delincuentes y víctimas y testigos fluía un río diferente.

La reputación.

Conversaciones apoyado en la pared mientras esperabas para fichar a tu preso. Reuniones a las tres de la madrugada a las que no todos estaban invitados. El Támesis que fluía oscuro junto a ellos mientras bebían café de petacas y comían chocolate y charlaban de gilipolleces. Allí era donde se construía la reputación.

Joven como era, Kieran había intuido cómo construirla y lo importante que sería.

Estaba el que quería ser divertido, pero no lo era, o el que contaba cuentos. Los veteranos… el pobre difunto Hadly Mathews había sido uno de esos. Había miles de historias sobre él. En una ocasión, un hombre con una botella rota durante una pelea de bar lo había provocado: "Ven aquí si quieres cojones", y él había pronunciado su célebre respuesta: "Enseguida lo atiendo, señor", antes de dirigirse al resto del pub con una calma expansiva. "¿Alguien ha llamado a la policía?". No todo el mundo podía hacer eso.

Pero el respeto no se ganaba imitando a otros: era algo individual, propio de uno mismo. Lizzie, que había trabajado para él junto con Hadley en la comisaría de Farlow, en el oeste, se lo había ganado desde el primer día: una combinación de su presencia física ligera y su determinación inquebrantable. A los pocos días de haberse unido al equipo, había perseguido a pie a un ladrón ella sola y lo había atrapado. Hadley, recordó Kieran, había bromeado sobre ella cuando estaban sentados en la cantina y la observaban hacer cola para un desayuno que parecía más grande que ella: "Cuando esa nació", comentó, "el médico se la entregó a la madre y le dijo;

‘Enhorabuena, señora Griffiths. Es una policía’”. Hadley la tenía en la mira, quería trabajar con ella, convertirla en su protegida. Lo había ocultado, pero no había querido decepcionarla. Tal vez ese había sido su talón de Aquiles, lo que lo había hecho débil, lo que lo había derribado del tejado de un edificio de apartamentos.

Y, también en ese entonces, había estado Steve Bradshaw. El joven agente de policía Kieran Shaw, que trabajaba duro y se guardaba sus opiniones, lo había observado moverse con sus detenidos como un susurro. Nada de historias de guerra, nada de fanfarronadas. La gente contaba las historias por él. Había un orden jerárquico para los arrestos y los trabajos. Homicidio en lo más alto, por supuesto. Hurto en tiendas, cerca de la parte inferior. Uno de los arrestos de Steve había sido un homicidio. Había estado patrullando a pie y lo oyó por la radio: un apuñalamiento. Encontró al tío escondido en un garaje, todavía con la navaja en la mano, y lo detuvo él solo. Pura suerte, había alegado Steve: lugar correcto, momento correcto y el sospechoso demasiado aturdido por lo que había hecho para resistirse al arresto. Pero Steve siempre tenía suerte, mientras que otros oficiales nunca la tenían. Steve poseía esa habilidad, pero su mejor habilidad era hablar. Era el oficial más requerido para hablar: un preso difícil, un menor que podía tener alguna información, una mujer maltratada que podía enviar a su novio mafioso a la cárcel pero que estaba demasiado asustada para hablar.

Algunas personas tenían una marca, eran especiales. La noticia sobre Steve había viajado de manera misteriosa por los cables invisibles del telégrafo selvático de la Metropolitana y él había desaparecido del distrito. Ningún cartel anunció la fiesta de despedida que nunca se organizó. Se había esfumado. Cuando Kieran había preguntado cuál era su nuevo destino, nadie había sido muy claro. Kieran había leído entre líneas: Steve había sido apartado, elegido para un trabajo interesante.

El archivo de datos se había cargado. Kieran vio la imagen estática del piso. Ryan estaba entrando y allí estaba Steve, tranquilo: entraba y salía del cuadro, intentaba que el chico se sintiera cómodo, le ofrecía Coca-Cola y comida, conversaba.

—¿Estás bien?

—Sí.

Ryan lo seguía, como un perro contento de ver a su amo.

—Parecía que ibas a tirar la puerta abajo —señaló Steve, de pie junto a la pequeña encimera al lado del fregadero, siempre lleno de tazas y platos sucios.

Kieran recordó que eso formaba parte de la leyenda. Se imaginaba que el fregadero en la casa de Steve estaría ordenado. Un cepillo de plástico en un soporte de acero inoxidable de Ikea. Steve vivía solo. Divorciado.

—Siéntate, Ryan. Ahora te lo traigo.

Ryan se sentó en el asiento de coche y dio un sorbo a su Coca-Cola.

—¿Queso y Branston, colega?

Kieran sonrió. Steve tenía la cualidad más envidiable de todas, ese no sé qué, la habilidad de no ser un gilipollas. Todos, policías y ladrones, querían caerle bien a Steve.

Ryan tenía ahora un plato en el regazo con dos sándwiches y una bolsa de patatas fritas. Steve estaba de pie junto a la mesa baja, liándose un cigarrillo. Ryan no parecía haberse dado cuenta ni haber cuestionado en ningún momento el hecho inusual de que ese adulto le preparara comida. Además, parecían buenos sándwiches, muy contundentes, de pan blanco grueso aplastado bajo la mano y cortado por la mitad con el cuchillo de pan. La necesidad de Ryan y la perfección con que estaba siendo satisfecha parecían haberlo cegado respecto a la rareza del obsequio.

¿Acaso en algún punto Steve no era más que un buen tío que veía a un niño hambriento y le preparaba un sándwich? Si ese era el caso, Kieran también lo envidiaba, porque había llegado a creer que ser amable era un talento tan grande como ser músico o, suspiró al recordarlo, en el caso de Lizzie, correr rápido. No le resultaba natural ver la bondad en la gente. No se subestimaba a sí mismo. Tal vez su talento era el escepticismo. No era un mal don para un policía. No era sentimental ni se dejaba engañar con facilidad. ¿Pero era amable? No sería lo primero que diría de sí mismo.

Ryan colocaba patatas fritas entre las rebanadas de pan. Siempre hambriento: así era Ryan. Después de todo, quizás no era más que un crío.

Steve se había acercado a la ventana abierta y estaba de espaldas a la habitación, asomado, fumando en silencio.

Kieran observaba. De repente, se sintió inexplicablemente solo.

Steve señaló con la cabeza el tabaco sobre la mesita.

—Líate uno cuando termines, tío.

Ryan se limpió la boca con el dorso de la mano, se lio un cigarro y se acercó a Steve en la ventana. Steve encendió el mechero. Fumaron. El lenguaje corporal de Steve era lo que de verdad comunicaba, pensó Kieran, no lo que decía ni las preguntas que hacía. Casi siempre estaba callado.

—No sé qué trama Shakiel —comenzó Ryan.

—¿Qué quieres decir?

No hizo falta más. Como cuando se aprieta la válvula de un neumático desinflado y se oye el silbido del aire, las primeras sílabas se escaparon.

—Estuve ahí, Steve. Cuando apuñalaron a Spencer. Estaba con él.

Ryan necesitaba un acicate, un pequeño apretón, y Steve se lo ofreció con facilidad.

—¿Estabas con él?

—Shaks nos dijo que fuéramos allí y nos estaban esperando.

—¿Qué quieres decir?

—Fue una trampa. La puta falopera de Lexi llamó a Shaks porque quería una dosis y él nos envió con mercancía. Pero ella no apareció. Esos dos chavales nos estaban esperando y apuñalaron a Spence. No estábamos preparados. No llevábamos nada encima. Nada. Spence…

La conversación se detuvo. Kieran oyó sollozos y vio a Steve que acariciaba la espalda de Ryan.

Kieran apoyó los codos en la mesa y descansó la barbilla en las manos. Oyó a Steve, amable, paciente.

—Tranquilo, tío. Tranquilo.

Ryan volvió a hablar.

—Spence estaba muy asustado y no sabía lo que estaba pasando y luego como que se acostó.

—Tío…

—Fui a ver a Shaks y le dije que teníamos que hacer algo, vengarnos, y él no ha hecho NADA y entonces hoy esta puta adicta de Lexi… Steve, él ordenó que la mataran.

Kieran se dio cuenta de que no estaba respirando. Se llevó las manos a la cara ante la terrible noticia. Su instinto inmediato fue que todo se había ido al carajo. No solo Perseo, sino todo. Shakiel había ordenado un homicidio durante la operación a su cargo. Nada bueno. El hecho de que nunca llegara a arrestarlo con las armas podría ser solo un detalle menor en comparación con

el tornado de mierda que estaba a punto de tocar tierra. Pero Steve, incluso allí en la habitación con Ryan, se mantenía más frío.

—¿Qué quieres decir con que ordenó que la mataran?

—Vale, no sé, pero hoy estuve ahí, en Gallowstree Lane, la calle donde trabaja. Quería hablar con ella. Averiguar quiénes eran los cabrones que mataron a Spence. Pero no estaba y le pregunté a una de las putas qué había pasado y me contó que alguien había atropellado a Lexi y la había matado. Creo que se enteraron por WhatsApp. Shakiel debió de querer que las putas lo supieran.

Hubo un silencio.

—Vale, pero, Ryan…, no sabes si fue Shakiel quien lo hizo.

Por un momento alarmante, Kieran oyó a un oficial de policía verificando los hechos, pero luego, en un instante, se dio cuenta de que no era un policía el que estaba hablando, sino un amigo mutuo preocupado, un amigo de Shakiel y de Ryan que quería pensar lo mejor de todos. Steve estaba abriendo la puerta para, de ese modo, permitir a Ryan la posibilidad que tanto deseaba y, en el proceso, descubrir todo lo que el chico sabía.

—¿Quién otro podría ser? —replicó Ryan, con la esperanza, supuso Kieran, de que le dijeran que podía ser cualquiera menos Shakiel.

—Pero espera un poco, ¿sabes que fue Shakiel? ¿Has oído algo?

Ryan sacudió la cabeza.

—¿Te dijeron algo las putas?

—No, nada.

—Vale. Entonces, podrían haber sido los mismos tipos que apuñalaron a Spencer, ¿no?

La pregunta coincidió de manera tan perfecta con el deseo profundo de Ryan que ni siquiera estuvo cerca de darse cuenta de que Steve ya no era el viejo y cansado exyonqui, sino un interrogador preciso.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, esa fulana… ¿cómo dijiste que se llamaba? Lexi. Si la usaron para tenderle una trampa a Spence, entonces, era una testigo, ¿no? Querrían silenciarla, ¿no? ¿Los conoces?

Ryan negó con la cabeza.

—¿Sabes algo de ellos? ¿Qué aspecto tenían?

Kieran se inclinó hacia la pantalla. Dios, ¡Steve estaba pidiendo una descripción! Sin duda Ryan se despabilaría y se daría cuenta de quién era su interrogador, pero no, se volvió ciegamente hacia Steve.

—Uno de ellos tiene un tatuaje.

—¿Qué clase de tatuaje?

—De un pájaro, con alas azules. En el cuello.

Tal vez al final Steve no era tan amable. Primero había puesto a Ryan en el asiento de coche, desde donde se lo podía ver mejor. Luego habían hablado junto al micrófono que estaba oculto al lado de la ventana. Kieran llamó a Baillie, de Investigaciones Criminales.

CAPÍTULO 32

SENTADA EN LA CAFETERÍA MIENTRAS bebía una segunda taza de café, Sarah le había contado a Lee parte de lo que ahora comprendía sobre los homicidios de Lexi y Spencer.

En primer lugar, como Lexi no llevaba identificación cuando murió, los primeros policías que acudieron al lugar de la colisión, encargados de identificar a los familiares más cercanos, habían revisado su teléfono. Estaba claro que había sido un poco descuidado, un poco chapucero, pero en ese momento, no tenían ni idea de la complejidad de lo que se habían encontrado. Solo estaban identificando a la víctima de un atropello y una fuga. Era comprensible: aquellos dos agentes uniformados en la calle sucia, escasos de tiempo y presionados por tener que atender otra llamada, cumplieron su trabajo sin demasiados miramientos. Pero los pocos contactos del teléfono de Lexi no habían ayudado. Solo había nombres de calles. No figuraba mamá. Ni papá. Así que, mientras verificaban el móvil con la destreza de policías que tienen los teléfonos de otras personas en sus manos día tras día, se habían fijado en el registro de llamadas.

En los últimos tres días, desde el teléfono de Lexi solo se habían hecho dos llamadas. Eso era poco común, así que los oficiales se comunicaron con un colega de la comisaría y le pidieron que buscara esos dos números en los sistemas de inteligencia. Y esa búsqueda rápida, aunque poco ortodoxa, había resultado ser afortunada, porque se estableció un vínculo que podría haber tardado días en descubrirse si las cosas se hubieran hecho bien. La llamada más reciente era a otra prostituta, Michelle Roberts. Pero el segundo número era más interesante. En cuanto el colega lo introdujo en el sistema, saltó una conexión con un homicidio al norte del río. Resultó que Lexi, una drogadicta y prostituta, había llamado al mismo número al que había llamado Ryan poco después de que Spencer fuera apuñalado.

La llamada realizada por Lexi había sido corta y se produjo a las 21.37 horas del 9 de octubre, alrededor de una hora antes del asesinato de Spencer. En sus contactos, el número marcado aparecía como S. Había otras llamadas desde el teléfono de Lexi a ese mismo número en días anteriores. Todas cortas. Ningún mensaje.

—¿Encargo de drogas? —sugirió Lee.

—Parece probable.

—Vale. Así que Lexi llama a este tío, S. Le pide droga y, una hora después, Spencer muere asesinado. ¿Qué pasó? ¿Lexi les tendió una trampa? Ryan y Spencer son solo los repartidores. O sea, que después de que apuñalan a Spencer, Ryan corre al canal y llama a su jefe… para contarle lo que ocurrió o para pedirle ayuda.

—Eso es lo que estoy pensando.

—¿Y qué pasa con el coche que atropelló a Lexi? ¿Qué relación tiene con Ryan?

—Ryan fue arrestado por lesiones graves al día siguiente de la muerte de Spencer. La agente que lo detuvo advirtió que un Volkswagen Touareg blanco lo recogió en la comisaría. Un poco inusual para un chico como él tener un coche esperándolo, así que la agente apuntó el número de matrícula. Y resulta que el vehículo que hoy ha atropellado a Lexi es de la misma marca, el mismo modelo, el mismo color. Diferente matrícula, pero resulta que las matrículas han sido dobladas. Y mientras tanto, el coche en el que recogieron a Ryan todavía no ha sido devuelto a la empresa de alquiler. Esa es la relación.

—Joder. Tenemos que encontrar ese coche y arrestar al tipo de la empresa de alquiler con ese pelo ridículo. ¿Quién es?

—Ni idea.

Sarah habló de todo esto con Lee antes de sugerirle que se llevara el coche a su casa y durmiera un poco. No le contó que había visto a Steve Bradshaw saliendo de ese piso. La única persona con la que había hablado de eso era con Fedden, su jefe de Investigaciones Criminales.

Sarah detuvo el coche frente al piso de Lizzie. Las luces estaban encendidas. Lizzie abrió la puerta. Tenía un bebé en brazos. El bebé se inclinó hacia Lizzie como si intentara escapar de Sarah y Lizzie le acarició la cabeza.

Sarah se sorprendió, casi consternada. Lizzie cambiaba todo el tiempo y Sarah no podía seguirle el ritmo. De pronto se sintió casi celosa, pero no del bebé, sino de la impetuosidad de esa mujer a la que casi no conocía. Lizzie había estado desaparecida, había perseguido a pie a sospechosos armados y luego cambió su vida al tener un hijo. Sarah no tenía ni idea de lo que era ser ella. Quería conocer los detalles, ansiaba preguntarle si el bebé era de Kieran, como si el niño pudiera ser de alguien más que de Lizzie.

En un instante, se dio cuenta de que llevaba demasiado tiempo en la puerta; su curiosidad, combinada con su reserva natural, la había congelado. Sonrió con torpeza.

—Siento molestarle cuando no estás de servicio.

—No hay problema.

Lizzie se volvió y la guio hacia el interior.

La primera vez que había estado en el apartamento, Lizzie estaba desaparecida y habían ido a registrarlo. Lizzie no había estado allí, pero sí su huella: una chica soltera. Ropa interior de encaje en los cajones, zapatillas de correr junto a la puerta. La segunda vez había sido diferente. Aunque había sido por la mañana temprano y probablemente había luz, Sarah recordaba el pasillo a oscuras. En ese momento, olía a sangre, a aire viciado y a miedo. Ahora olía a leche y a una fragancia dulce como de caramelos de gotas de pera y algo más que le recordaba a la paja mojada. En la sala de estar había un tendedero con bodis y baberos. Sobre la mesa, un biberón Perspex medio lleno de leche. El bebé había llenado el pequeño piso con su presencia. Pero Sarah advirtió que todavía había zapatillas de correr junto a las ventanas francesas.

—¿Te haces tiempo para correr? —preguntó.

—De vez en cuando.

Lizzie se sentó a la mesa de la cocina e hizo rebotar al niño en su regazo.

—¿Quieres tomar algo?

—No, no tengo mucho tiempo.

Sarah suponía que debería estar haciendo muecas y preguntando cómo se llamaba el niño y preguntando si podía cogerlo en brazos. Pero no quería cogerlo. Sería incómodo y el bebé se daría cuenta y lloraría.

Lizzie la miró a los ojos.

—Es de Kieran. —Se sonrojó un poco—. Por si querías saberlo.

Sarah asintió con la cabeza y sonrió, pero enseguida se dio cuenta de que la sonrisa no era la adecuada: compasiva en vez de entusiasta.

—Vale —dijo y volvió a sonreír. Otra sonrisa incómoda—. ¿Y cómo va eso?

Lizzie se encogió de hombros. Sarah sintió una curiosidad renovada. ¿Cómo era Kieran? ¿Era

un buen padre? ¿Estaban juntos? No parecía haber rastro de él en el piso. Incluso las preguntas que imaginaba eran demasiado rudimentarias y no podían empezar a llenar el vacío de la vida que veía ante ella, pero que no conocía.

—¿Cómo se llama?

—Connor.

—Bonito nombre.

Lo era. Habían elegido un buen nombre.

—Fue el único en el que nos pusimos de acuerdo.

Lizzie sonrió despacio y cambió de tema.

—La grabación está en mi bolso. Es una copia. El original está archivado en el depósito de la comisaría. Ya firmé una declaración de continuidad en tu nombre.

Por un momento, Sarah lamentó la falta de entendimiento entre ella y esta joven mujer. Pero no había tiempo para esos pensamientos; era evidente que Lizzie estaba cansada con el bebé y el trabajo y quería que se fuera.

—¿Has conseguido identificar a alguna de las personas que estaban con Ryan antes de la agresión?

—Estaba con dos personas. Te envié un correo electrónico con los horarios y las cámaras.

—¿Sabes quiénes son?

Lizzie no había oído la pregunta o la había ignorado.

—¿Qué hay de Robert Nelson, agredido en el concierto? ¿Lo has investigado? ¿Podría ser el asesino de Spencer?

—Fue una de las primeras cosas que hice. Tenía una coartada. Al parecer estaba en el Odeón, en una nueva versión de *Los siete magníficos*. Parece una manera poco probable de pasar una noche de domingo para alguien como él, pero lo verificamos y allí estaba, grabado en las cámaras de seguridad del cine. Cuando llegó y cuando se marchó. Conseguimos una muy buena toma facial también. Sin capucha. Lo único que no hizo fue guardar la entrada.

—¿Es una coartada planeada?

—Podría ser. ¿Has identificado a los compañeros de Nelson?

Lizzie negó con la cabeza.

—¿No pudiste localizarlos en la grabación?

—Lo siento, no he tenido tiempo. No eran parte de la investigación.

—Vale. —Sarah metió la mano en el bolso y sacó el sobre marrón de Lee—. ¿Recuerdas que Ryan se subió a un Volkswagen Touareg blanco cuando salió en libertad después del arresto? —Puso sobre la mesa la captura de pantalla del hombre no identificado—. Este es el hombre que alquiló el coche. ¿Aparece en algún lado en los vídeos?

Algo atravesó el rostro de Lizzie.

—Ryan estuvo con él antes de la agresión —contestó.

—¿Sabes quién es?

Lizzie volvió a mirar la imagen, pero no respondió.

—Tenemos un incidente que creemos que está vinculado. Una prostituta, Alexandra Moss. ¿Lexi? Trabajaba en Gallowstree Lane. ¿Te dice algo?

Lizzie sacudió la cabeza.

—No.

—Un VW Touareg blanco con una matrícula doblada la ha atropellado hoy. Creemos que fue una venganza, por Spencer. El coche le aplastó la pelvis y casi le amputa una pierna.

Lizzie la miró a los ojos con una expresión curiosamente tranquila y sensible a la vez.

—¿Está muerta?

—Sí. —Sarah dio un golpecito a la imagen del hombre que había alquilado el Touareg—. Tenemos que identificarlo con rapidez antes de que perdamos pruebas.

Lizzie dejó a Connor en el suelo. De inmediato, el niño empezó a mirar a su alrededor y a quejarse.

—Mami.

Sarah se sentó junto a él y cogió un elefante que encontró.

—¿Es tuyo este elefante, Connor? Es muy bonito. —El niño sonrió. Animada, Sarah hizo que el elefante se encabritara y barritara, y Connor se rio. Todo iba más que bien.

Lizzie había tomado su cuaderno. Parecía impaciente.

—¿Puedes apuntar esto?

Sarah se dispuso a buscar su cuaderno, pero Connor tenía ahora el elefante y lo hacía dar barritos. A Sarah le pareció antipático dejarlo en la mitad del juego.

—Joder —murmuró Lizzie. Escribió en un trozo de papel y se lo entregó a Sarah—. Ese es su nombre y su número de identificación.

Sarah echó un vistazo al papel.

—Ujal JARRAL. —Alzó la vista hacia Lizzie—. Genial. Gracias. ¿Cómo lo identificaste?

Hubo un movimiento leve, una ligera sacudida de cabeza y, de repente, Sarah vio a Steve Bradshaw entrando en aquel piso de encima de la tienda china. En un instante, su sospecha fue total. Y recordó, como si hubiera sido ayer, aquel lapso entre que Steve había encontrado a Lizzie después de que hubiera desaparecido y el momento en que Lizzie había llegado al área de detención para ser interrogada. Sarah imaginó vínculos, deudas y amistades que solo podía empezar a adivinar.

—¿No tendrá algo que ver con Steve, por casualidad?

Lizzie negó con la cabeza.

—No jodas, Sarah.

CAPÍTULO 33

Lizzie metió a Connor en la cuna y empezó a ordenar con furia: limpió la mesa de la cocina, abrió el lavavajillas y colocó las tazas sucias dentro.

¡Sarah Collins!

Debería haberle pedido que se quedara y la ayudara a fregar los platos. Hacer las compras, cocinar, alimentar a Connor, recoger la mesa, lavar la ropa, doblarla: Lizzie nunca podía con todo. Y cuando pensaba que lo había logrado y que iba a tener un momento para sí misma, siempre se interponía algo. Y aunque nunca había hecho las compras sin olvidarse de nada esencial, como papel higiénico o pañales, siempre había comida deprimente en la nevera cuya fecha de caducidad había pasado por alto. Nunca demasiado, solo un día o algo así, suficiente para preocuparse. Dios, la cantidad de conversaciones que había tenido consigo misma sobre si comerse o no una maldita pechuga de pollo, lúgubre y pastosa detrás del papel de celofán.

Sarah se había marchado, por supuesto que se había marchado, en cuanto había conseguido lo que quería. Lizzie era un medio para un fin. Sarah había exigido todo, no solo la información, sino incluso el nombre de Lizzie en una declaración policial. Había intentado resistirse, pero Sarah, con su habitual razonamiento inmaculado, había insistido.

"Estás proporcionando información en calidad de agente, Lizzie. No hay más remedio. Tenemos que arrestar a Jarral lo antes posible y necesito una declaración que lo identifique. Es parte de la cadena de pruebas. ¿Cómo puedo justificar que un agente no presente una declaración? Pero no lo revelaremos. Jarral solo sabrá que obtuvimos una captura de pantalla de la empresa de alquiler".

¡Estaba todo mal! La información no debería haberse dado así. Debería haberse negado a hablar, haber llamado a Kieran.

"Pero no se me permite hablar de la operación".

"No estás hablando de la operación. Nadie verá esta declaración. El único problema sería cuando el asunto llegue a los tribunales, pero para entonces, la operación ya habrá terminado. No te preocupes. Has hecho lo correcto".

Y a continuación, Sarah se había largado, se había apresurado de regreso a su vida simple donde las cosas eran blancas y negras, y el mundo era perfectible. Solicitaría la captura de Jarral, lo arrestaría y obtendría otra gran estrella dorada. Para Sarah, hacer lo correcto nunca parecía complicado ni poco claro. Sin duda, Kieran tenía razón. Había que proteger Perseo. Y, en cualquier caso, ¿qué pasaría con la propia vida de Lizzie? ¿Y su relación con Kieran? ¿Qué ocurriría ahora? Debería haberlo llamado primero. Joder.

Se dio cuenta demasiado tarde de que estaba poniendo la vajilla sucia en un lavavajillas que acababa de terminar su ciclo. Los restos de té y café habían salpicado los platos limpios que había debajo. Por un instante, la breve catástrofe paralizó su mente. Se quedó allí de pie y se preguntó qué hacer. ¿Volver a ponerlo en marcha y dejar todo lo sucio a un lado? ¿Lavar las pocas cosas que se habían vuelto a ensuciar? ¿Lavar lo que estaba a un lado? ¿Tirar las cosas sucias al maldito cubo de basura? Tirar todo a la basura. ¡Por Dios!

Connor estaba llorando en su cuna. Por supuesto que sí. ¿Por qué no se dormía cuando ella lo acostaba? Fue hasta la habitación y se detuvo junto a la cuna. El bebé tenía la cara roja, se

retorcía y estaba furioso, y aunque ella lo quería tanto que sería capaz de morir por él, si no tenía cuidado también podría matarlo. Allí estaba, igual que su padre, gritando, decidido a que se atendieran sus necesidades. Se alejó y su furia se convirtió en remordimiento. Volvió a la cuna y vio a Connor, no un monstruo, para nada, sino a su pobre bebé con el pecho lleno de angustia.

—Cariño.

Lo alzó. Con mucha dulzura, él apoyó la cabeza contra ella y le dio unas palmaditas en los pechos. Eran un equipo, claro que lo eran. Lo había decepcionado.

—Lo siento mucho.

Connor se frotó la cara. Le había picado un mosquito en la ceja y la tenía irritada y un poco hinchada.

—¿Te molesta? —Lizzie le cogió la mano y le mordisqueó los dedos—. No te toques, cariño. —El niño soltó una risita y trató de apartar la mano.

Mientras colocaba un hielo envuelto en una toallita sobre la picadura de mosquito, Lizzie se sentó con él en el sofá. Se preguntó si Connor se acordaría de ella, de pie junto a la cuna como Medusa. El momento del nacimiento era como una promesa que debía guardar. Había emergido como una pequeña foca engrasada y la había buscado no solo con las manos, sino también con sus ojos muy abiertos y escrutadores. Y cuando lo acercó a su pecho, fue como si no fueran dos en realidad, sino uno.

En un minuto, los dos estaban dormidos.

CAPÍTULO 34

SARAH HABÍA LLAMADO A LEE al salir de la casa de Lizzie y le había pedido que diera media vuelta y condujera hasta el juzgado para solicitar una orden de registro fuera del horario laboral. Ahora estaba con él y con Elaine frente a la casa de Jarral.

Era una casa adosada de los años treinta con mejoras de los años ochenta. Ventanas de PVC de doble cristal. Puerta de cristal esmerilado. Jardín delantero pavimentado. Contenedores de basura con ruedas y dos coches: un Mazda Spyder y un Honda Jazz. A la derecha, pegado a la casa, un garaje con una puerta enrollable de metal gris. Un callejón sin salida rodeaba la parte trasera y Sarah había apostado agentes uniformados allí por si Jarral se daba a la fuga. Un coche lleno de oficiales esperaba más adelante en la calle para llevar a cabo el registro de la vivienda.

El operativo era lo menos ostentoso posible, en vista del riesgo de huida o violencia: Lee, Elaine y Sarah, con chalecos antibalas ocultos, se acercaron por el sendero y llamaron a la puerta. Abrió Jarral, reconocible al instante por su foto de la ficha policial: un hombre alto y delgado con el pelo de punta. Llevaba zapatos puntiagudos de ante negros con hebillas doradas, vaqueros azules y una chaqueta de cuero fina. Lee lo detuvo por el homicidio de Alexandra Moss, lo esposó por delante y lo registró.

—¿Vais a entrar? —preguntó Jarral, con una mezcla incómoda de ansiedad extrema y dignidad ultrajada.

Lee estaba palpando la parte posterior de la cintura de su pantalón.

—Venga, ya sabes cómo es esto.

—Haremos todo lo posible para no molestar a tu familia —interpuso Sarah—. ¿Tienes algún abogado?

Jarral asintió.

—Vale, hagamos una llamada entonces para poner las cosas en marcha. Luego te daré un momento para que le expliques a tu esposa lo que está pasando.

Observó cómo metían a Jarral en el coche. Elaine se acercó al garaje y probó la manilla metálica. Estaba cerrado.

En el pasillo había un zapatero, Sarah se descalzó y se dirigió a la sala de estar. Dos niños, de unos cinco y siete años, estaban sentados en pijama en el sofá. La casa estaba ordenada al máximo. Una alfombra de colores dorados. Dos sofás de cuero blanco. Un cuadro enmarcado de un templo sobre la chimenea de madera. La esposa de Jarral, una mujer menuda vestida con una túnica larga sobre pantalones en color morado y blanco, y con un chal sobre la cabeza mantenía las manos apoyadas en la parte delantera de las piernas y le hablaba sin parar a Sarah en un idioma extranjero.

Sarah se aclaró la garganta y habló despacio.

—Quizá quiera que un familiar recoja a sus hijos.

La mujer negó con la cabeza.

—Niños quedarse aquí.

Sarah le mostró la orden.

—Como le expliqué a su esposo, la orden me autoriza a registrar su casa.

La mujer volvió a sacudir la cabeza y agitó la mano.

—No entender mucho inglés.

—Acompáñeme.

Sarah se acercó al ventanal y señaló hacia el garaje. La mujer se quedó mirando como si no lo hubiera visto nunca. ¡Nadie se sorprendió tanto de verlo como ella! Elaine, de pie junto al garaje, sonrió, puso la mano en la manilla e hizo el ademán de girarla. El gesto era bien claro y a Sarah le vino a la mente Marcel Marceau y pensó que se burlaría de Elaine por ello más tarde, pero la mujer de Jarral se encogió de hombros como si no tuviera ni idea de lo que significaba.

—¿La llave? —preguntó Sarah.

La mujer volvió a hacer un gesto con la mano.

—No entender mucho inglés.

Sarah se volvió y miró al chico mayor. No era lo ideal, pero no quería esperar a un intérprete ni forzar la puerta del garaje si podía evitarse. En cualquier caso, sospechaba que en cuanto su hijo empezara a traducir, el inglés de la mujer mejoraría de manera milagrosa.

Y así fue.

Diez minutos más tarde, Sarah, ahora con los guantes, la máscara y el traje apropiados, levantó la puerta del garaje. Estaba bien engrasada y se deslizó con facilidad por los rieles. El Volkswagen, que aún llevaba la placa de la matrícula doblada, había sido aparcado marcha atrás, quizá para facilitar el trabajo en el frente dañado. El suelo de cemento todavía estaba húmedo. El espejo retrovisor del lado del conductor estaba roto, pero lo habían lavado a fondo. Sarah se arrodilló y miró debajo del arco de la rueda. También lo habían lavado. Se preguntó si Jarral lo habría hecho él mismo o le habría pedido a su mujer que lo hiciera.

CAPÍTULO 35

LIZZIE SE DESPERTÓ DE SU sueño atrasado y profundo preguntándose qué estaba pasando. El timbre estaba sonando. Cargó a Connor en la cadera y avanzó por el pasillo en calcetines. Kieran estaba allí, acicalado y fingiendo vergüenza por llegar sin avisar. Entró al apartamento. Connor se zafó de los brazos de ella para que lo cogiera su padre, quien lo hizo y lo subió y lo bajó en el aire.

—Tiene algo en el ojo. ¿Está bien?

—Sí, le picó un mosquito.

—¿Podemos hablar?

—¿No podías haber llamado?

—Lo intenté, pero saltó el buzón de voz. No tardaré mucho.

—Entonces cierra la puerta.

Lizzie se volvió y entró en la sala de estar; se preguntó si él estaría grabando esto de alguna manera. Sus pantalones de deporte grises gastados, caídos en el culo. Una mancha de algo en la parte delantera de su camiseta. ¿Puré de aguacate? A Connor le gustaba el aguacate. La cocina desordenada. Una bolsita de té usada en un platillo. Un biberón medio lleno de leche infantil tibia. El lugar era como una prueba presentada en un tribunal de familia. Madre incompetente; prueba documental No 1 de KS.

Su móvil estaba sobre la mesa. Verificó si tenía una llamada perdida, pero Kieran tenía razón: se había quedado sin batería.

Él estaba hablando: tenía noticias sobre Perseo. Las cosas iban deprisa. La entrega seguía adelante: mañana. Esta era la parte divertida.

Lizzie reanudó su intento de imponer orden en la cocina. En el apartamento londinense de Kieran, las camisas colgaban en perchas de haya delgadas, los jerséis estaban doblados en montones y los cubiertos organizados en una bandeja de bambú. Habían tenido mucho sexo en ese piso. Tanto follar en esas habitaciones masculinas austeras y ordenadas. Y ahora esto.

Kieran, en el suelo con Connor jugando con sus animales, parecía feliz. La pelea a gritos de la noche anterior, la bronca en la oficina: al parecer habían quedado olvidadas. Lizzie se maravillaba de la capacidad de él para seguir adelante. Tenía un trabajo para ella mañana, estaba diciendo. Operativo. Levantó la vista y sonrió. Mejor que teclear. Ella escuchó y respondió, pero su mente estaba en otra parte, observando a Connor y a su padre.

Kieran paseaba el elefante bebé por el suelo y Lizzie recordó que Sarah había hecho lo mismo hacía poco más de una hora. Sarah lo había hecho con vacilación, sin confianza, pero Kieran era el amo de los elefantes. Cuando había intentado convencerla de que abortara, le había advertido: “Tener hijos cambiará tu vida para siempre, nunca volverás a ser libre”. Viéndolo ahora, no parecía haber sido tan desastroso. No para él, al menos. Tenía un don. El elefante bebé se estaba alejando demasiado de la madre, que dio un barrido intenso y galopó hacia él. Connor se echó a reír.

—¡Bebé travieso! —exclamó el niño.

Connor estaba emitiendo sus primeras palabras; surgían en fragmentos, salían de su boca como burbujas, como si el lenguaje formara parte del mismo milagro que había desarrollado los brazos y las piernas, y los dedos de las manos y de los pies del renacuajo que había visto en la ecografía.

Kieran levantó la vista de los elefantes.

—¿De acuerdo, entonces?

Ella asintió.

—Sí. ¿Te dijo Trask que lo hicieras?

Kieran meneó la cabeza.

—No. Tengo una llamada perdida suya, pero no he tenido ocasión de devolvérsela.

Ahora sonó su teléfono, lo sacó del bolsillo y miró la pantalla. Se inclinó, dio un beso rápido a Connor en la frente y se puso de pie.

—Era Angel. Será mejor que me vaya.

Connor, sorprendido por el cambio repentino, empezó a lloriquear. Kieran lo levantó, lo hizo rebotar en el aire y se lo entregó a Lizzie. “Vale, vale, mamá está aquí”. Y lo más dulce, y lo más doloroso, fue cómo Connor se prendió a su cuerpo y se sintió reconfortado, pero extendió la mano hacia su papá. Kieran también se dio cuenta. Cogió la mano de Connor y fingió morderle los dedos. Connor se rio y apartó la mano, burbujeante como un arroyo, y Kieran sonrió.

—Siento lo de anoche, Lizzie. Intentemos hacer que esto funcione.

—Sí —convino ella.

No se atrevieron a entrar en detalles sobre cómo sería hacer que eso funcionara, pero quién sabía, tal vez pudieran hacerlo después de todo. Kieran se arriesgó a darle un beso en la frente.

—Hasta mañana.

Lizzie no tuvo valor para estropear el momento y contarle lo de Jarral. Esperaba que la llamada no hubiera sido por eso.

CAPÍTULO 36

LA CIUDAD SE VEÍA INCREÍBLE, las luces de neón, las ventanas de los rascacielos iluminadas y una superluna enorme en un cielo azul intenso. ¿Cómo mierda hacían para que se viera tan bien? Trevor corrió hasta un Zentorno, abrió la puerta y sacó a la conductora a la calle. Tenía el cabello largo y rubio, llevaba vaqueros ajustados y gritó como de costumbre. Ryan eligió un fusil de asalto y le disparó. Se oyó la radio de la policía. "Ciudadanos reportan un dos-cuatro-cinco". Casi de inmediato, un coche patrulla se detuvo al otro lado de la calle. "Central, objetivo a la vista". La policía de Los Ángeles ya estaba disparando. Ryan usó el poder especial de Trevor y la velocidad de la acción disminuyó. Pum, pum, disparó el fusil de asalto. Todos se rindieron ante Trevor. Trevor era un hijo de puta loco.

Ryan detuvo el juego. Se oían voces en el pasillo. ¿Desde cuándo habían estado allí conversando?

Escuchó: la voz de su madre, baja pero furiosa, con la esperanza de que él no la oyera, seguro.

—Fuiste tú, ¿no? ¿Hiciste que mataran a Spence?

Ryan cogió su sudadera, se levantó del sofá y caminó por el pasillo intentando aparentar que no tenía prisa.

Shakiel estaba en la puerta, educado como siempre, pero también impetuoso.

—Tengo que hablar con él un minuto, Loretta. Después me voy.

Era obvio que su madre lo estaba avergonzando.

—Vale, pues no.

Ryan supuso que ella habría cerrado la puerta si no fuera porque el pie de Shakiel estaba en el umbral. Ahora había visto a Ryan y se inclinó junto a su madre y asintió.

—¿Cómo va? —lo saludó.

—Bien. Todo tranquilo.

Su madre se volvió.

—Vuelve adentro. Hazme caso.

Ryan se cubrió la cabeza con la capucha.

—Enseguida vuelvo.

Empujó a su madre al pasar junto a ella. Fue fácil. Entonces era mucho más fuerte que ella. Pero la expresión de su madre había cambiado. Parecía que iba a llorar y, como un balde de agua fría, Ryan sintió un instante de arrepentimiento incómodo por tratarla así. Advirtió que Shakiel llevaba una mochila al hombro. De cuero negro y verde. No era habitual. Por lo general, no llevaba mercancía. Ese era el trabajo de Jarral. Estaban caminando por la acera hacia el sitio desde donde se podía ver el metro, cuando Ryan oyó el grito de su madre.

—¡Te dije que no volvieras por aquí! —Y luego un portazo.

—Lo siento —se disculpó Ryan, avergonzado.

Shakiel dejó escapar un sonido de fastidio.

Ryan bajó la vista a sus pies. Por un segundo, se sintió furioso con Shakiel. Su madre había sido grosera, vale, pero Shakiel no debería faltarle al respeto. Luego notó cómo había cambiado el ambiente entre él y Shakiel. Era como encontrarte de pronto a solas con una chica que estaba por encima de tu nivel. Emocionante, claro, pero también un poco incómodo. Ryan solía

mantenerse a cierta distancia esperando que Shakiel le prestara atención. Ahora que había conseguido lo que creía que quería, la atención exclusiva de Shakiel, estaba inquieto. ¿Dónde estaba Jarral, el perrito faldero de Shakiel? Y ese gran abismo de soledad volvió a expandirse en su interior, ahora que no tenía a Spence. Era diferente hacer estas cosas solo.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

—Todo va bien. Está pasando algo. ¿Quieres sumarte? ¿Ser parte de ello?

—Por supuesto que sí. —Trató de parecer animado, pero la soledad seguía ahí, como un gran charco de agua negra que se extendía. Entonces se enfadó consigo mismo. En lugar de estar entusiasmado, era como el puto Hobbit del póster de la película: una figura diminuta contra un gran trasfondo desolado. Toda esa mierda.

—Antes que nada, tengo a tu hombre —afirmó Shakiel.

—¿Qué quieres decir?

—Al hijo de puta que mató a Spence. Lo llaman Martín Pescador. Lo sé todo sobre él. Dónde vive, toda la mierda. Nos encargaremos de él.

Era como el mareo que experimentó una vez en un autobús. Todo se movía rápido, pero en cámara lenta al mismo tiempo. La fulana —Lexi—, todo eso: ¡quería saber más! También estaba asustado, ahora que Shaks había dicho que estaba ocurriendo de verdad, esto que creía haber deseado tanto. No quería admitirlo. De todos modos, no tenía tiempo de hacer todas las preguntas que necesitaba hacer porque tenía que demostrarle a Shakiel que estaba a la altura.

—Genial. ¿Cuándo vamos a hacerlo?

Odiaba su voz. Todavía sonaba demasiado aguda. Pero Shaks se rio. No parecía haberse dado cuenta.

—Tienes prisa.

Ryan se rio también, un poco aliviado y también un poco porque creía que debía hacerlo.

—Obvio.

Miró la mochila y se preguntó qué habría dentro. Pero tampoco tenía tiempo de preguntar sobre eso. Si alguien tenía prisa, era Shakiel.

—Tienes que ponerte las pilas. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Puedo hacerlo.

—Va a pasar algo antes de que nos encarguemos de Martín Pescador y necesito que formes parte de eso. Si quieres progresar, tienes que hacerlo.

Shakiel parecía nervioso, impaciente. A Ryan le preocupaba que fuera culpa suya. Necesitaba ponerse las pilas, como había dicho el hombre. Joder, dejar de ser un blandengue. Seguía queriendo saber de Lexi, pero no se atrevía a preguntar. Parecía que Shakiel lo tenía todo planeado. Así que no preguntó.

—Cuenta conmigo —dijo en su lugar.

Shakiel le apoyó una mano en el hombro.

—Y cuando terminemos con eso, nos encargaremos del puto mocoso Martín Pescador, ¿vale?

—Sí.

Shakiel se quitó la mochila del hombro.

—¿Tienes algún buen lugar para esconder algo?

Ryan miró la bolsa con temor.

—Sí.

—¿La poli no lo sabe?

—No.

—Tienes que estar seguro. Ciento diez por ciento.

Y entonces pensó en él y en Spence, cuando se reían y decían tonterías y chocaban los cinco. “A la poli no le da el coco para encontrar el trastero”. No era una broma que pudiera compartir. Se sentía tan solo.

—Cuando me arrestaron la última vez, nunca se acercaron, nunca preguntaron, nada. No lo conocen.

—Vale, ya te explicaré. La cosa está en marcha. Cuando acabemos, lo de Martín Pescador será pan comido. Ya verás. ¿Has visto *Bajo escucha*?

—Por supuesto que sí.

—Martín Pescador quiere ser Marlo, ¿verdad? O Stringer Bell. Pero no es más que ese crío pequeño con trenzas, el que se pone a llorar cuando alguien le pega.

Algo que lo avergonzaba despertó en Ryan. Lo había sentido todos esos años, sentado en fríos escalones de cemento en algún lugar demasiado público: el chico al que habían empujado por la puerta de entrada y le habían dicho que desapareciera durante la tarde.

Shakiel seguía hablando.

—Ya lo verás. —Levantó la mochila—. ¿Te gusta?

La mochila era algo distintivo de Shakiel. Había que saber eso para apreciarla, porque era como los coches, nada llamativa, pero distinta a las de todos los demás.

—Obvio que sí —respondió.

—Me costó seiscientos cincuenta billetes. Harvey Nichols. Cuando acabemos con esto, será tuya.

Por alguna razón, Ryan sintió ganas de llorar.

—Gracias.

—Cógela. Guárdala bien.

Se la tendió y, en el momento de sentir su peso, Ryan ya lo había adivinado. No se atrevió a hablar.

CAPÍTULO 37

HACÍA RATO QUE LAS AMPLIAS calles que rodeaban la estación de Victoria se habían vaciado de sus oficinistas diurnos. Los guardias de seguridad de New Scotland Yard estaban apoyados contra la pared, hablando sin parar mientras esperaban que las personas pasaran por el escáner de rayos X. Sarah recogió su chaqueta y su móvil de una de las bandejas de plástico gris y avanzó. Compartió el ascensor con un hombre bajo y moreno, de barba canosa y casquete de ganchillo, cuya mano descansaba en un carrito con materiales de limpieza. A su lado en el suelo, había una aspiradora deprimente y llena de rayones. El ascensor se detuvo y Sarah dejó al hombre y a su aspiradora y salió a un espacio desierto en la quinta planta. Su tarjeta de identificación no funcionó en la cerradura interna y tuvo que esperar. Kieran Shaw la saludó solo con su nombre, "Sarah", luego se dio la vuelta y regresó por el pasillo silencioso.

No pudo contener la indignación al verlo. Siempre había sospechado que Kieran conocía a Steve desde mucho antes de que ella y Steve hubieran trabajado juntos en la investigación de las muertes en el edificio Portland Tower. Y eso explicaba también la participación de Lizzie. Menuda banda despreciable.

Se había dejado llevar por los sentimientos. No eran guías fiables. Se obligó a detenerse y respirar hondo, la acometió una sensación de soledad momentánea, pero familiar.

La oficina era típica de un oficial superior: se veían imágenes del comisario general Baillie en diversas funciones policiales —en general, siempre era el hombre más importante—, pero una foto en particular llamó su atención. Cuando había trabajado para Baillie en el Departamento de Investigaciones Especializadas, se había quedado mirándola un largo rato, desconcertada por el significado del rostro sonriente y nervioso del niño con el pez desesperado y con la boca abierta fuera del agua que sostenía en su regazo. Baillie había ascendido dos rangos desde entonces. Eso no la sorprendió. Lo había visto en acción durante la investigación de la muerte de Hadley: cómo elegía sus palabras con cuidado y cómo se tomaba su tiempo para tomar una decisión. Advirtió también una bicicleta plegable Brompton en una esquina de la fotografía. Era nueva. Se lo imaginaba cogiendo el tren a Victoria desde algún pueblo bonito de las afueras de Londres y recorriendo en bicicleta la corta distancia que separaba la estación de New Scotland Yard. La Brompton cumplía muchos requisitos: saludable, respetuosa con el medioambiente y un poco estrafalaria. Probablemente no era tan estúpido como para utilizar una palabra como *visión*, pero eso era lo que vendería.

Baillie y el jefe actual de Sarah, Bob Fedden, de Investigaciones Criminales, estaban sentados uno junto al otro detrás de una mesa de cristal. Fedden, con el rostro enrojecido, con exceso de peso y sudado, con una chaqueta amplia y una corbata ordinaria, le estaba vendiendo algo diferente a Baillie. Un detective de carrera. No tenía más ambición que dirigir un equipo de Homicidios. Ambos hombres estaban reclinados en sus sillas, con las piernas estiradas, ocupando espacio. Baillie se levantó para saludarla, dio la vuelta a la mesa y le ofreció la mano.

—¡Sarah! Gracias por venir.

Fedden había permanecido sentado. En todo caso, se había hundido más en la silla. Aunque era famoso por un giro de baile al son de "It's Not Unusual", Fedden no era un hombre de movimientos innecesarios.

—¿Cómo va todo? —preguntó—. ¿Qué ha dicho Jarral?

—Todavía nada. Sin comentarios. Es pronto.

Baillie le estaba acercando una silla. Sin pensar con la suficiente rapidez, se encontró sentada de espaldas a la puerta, un lugar en el que ningún policía podía sentirse cómodo. Baillie regresó a su silla frente a ella. Kieran, advirtió, había conseguido un sitio mejor: a un lado de la mesa, algo más atrás y un poco en ángulo.

—Siento haberte arrancado de una investigación candente —dijo Baillie.

—No hay problema, señor.

—Ha sido inevitable.

—Estoy segura.

—Conoces a Kieran.

—Sí.

Fedden sonrió y Sarah vislumbró los pequeños dientes nacarados en su boca grande y ancha.

—Viejos amigos, entonces.

Un gesto breve de irritación asomó en el rostro de Baillie. No le gustaba ser tan directo, si podía evitarse. Pero Fedden seguía sonriendo. Era una de sus vanidades: creerse alguien que hablaba claro. Pero Sarah, al observar a los dos hombres, pensó que los conceptos diferentes que tenían sobre sí mismos casi no podían ocultar lo mucho que tenían en común. Entendía que esta reunión era, al menos en parte, un ejercicio de contención. En eso, ambos estarían muy de acuerdo. Nada debía salir de esa oficina.

Kieran se inclinó un poco hacia delante.

—Jarral —dijo.

—Sí.

—¿Cómo lo identificaste?

Antes de que tuviera tiempo de pensar qué contestar, Baillie la interrumpió con una carcajada que expresaba su fastidio a la perfección. Era, pensó Sarah, un poco como John Silver el Largo, el personaje de *La isla del tesoro*, siempre consternado por sus compañeros de tripulación menos sutiles.

—¡Un momento! —exclamó con tono alegre—. Tenemos mucho que hacer y el tiempo apremia. Pongamos un poco de orden en la reunión.

Miró a Kieran.

—Lo siento, señor —se disculpó Kieran y se reclinó en su silla.

Baillie continuó.

—La buena noticia es que estamos progresando. Hay mucho que compartir, ¿eh? —Sus ojos se deslizaron de Kieran a Sarah, esperando su conformidad con esta interpretación de los hechos—. Pero tenemos que tener cuidado con cómo lo hacemos. Kieran, si no te importa.

—De acuerdo, jefe. —Se volvió hacia Sarah—. Un poco de historia. Durante los últimos dos años, he estado dirigiendo Perseo, una operación secreta relacionada con Los Hermanos de Eardsley. Cuando salió a la luz el homicidio de Spencer Cardoso, el jefe me pidió que estuviera atento a cualquier información. Vale, ahora tengo un sospechoso del homicidio de Spencer.

Se interrumpió; quizás esperaba que ella formulara una pregunta de manera voluntaria. “¿Quién es?”, tal vez. O tal vez un “gracias”. En vez, no dijo nada. No iba a hacer de saltamontes del maestro Po.

—¿Te acuerdas de Steve Bradshaw? —preguntó él cuando ella no habló.

¿La estaba pinchando a propósito?

—Por supuesto.

—Uno de nuestros objetivos habló con Steve sobre el homicidio.

—¿Uno de vuestros objetivos? ¿Por casualidad era Ryan Kennedy?

No había podido resistirse a demostrarle a Kieran que ya había deducido gran parte de lo que él le estaba contando ahora.

—Una cosa cada vez, Sarah —intervino Baillie con una sonrisa astuta.

Pero Kieran ya se había precipitado a replicar.

—Está claro que has descubierto mucho de lo que está pasando. Me pregunto cómo lo habrás hecho.

Sarah pensó en Lizzie y lamentó su indiscreción.

Baillie había retomado la palabra.

—Lo primero, sin duda, es el sospechoso del homicidio.

Fedden les entregó una hoja informativa y Sarah vio a un chico alto y delgado con una expresión de vacío y agresividad en el rostro. Tenía un pequeño tatuaje en el cuello: un martín pescador volando.

—Jermaine King. Nombre callejero: Martín Pescador. Hemos emitido una orden de captura a su nombre por el homicidio de Spencer Cardoso —detalló.

Ella era la investigadora principal del homicidio de Spencer, pero Fedden ni siquiera la había llamado para informarle que esto estaba pasando. No era de extrañar que su tropa lo llamara el Bulldozer. Era hora de tomar un poco de iniciativa, conseguir algo de información que Kieran no se sentiría tan generoso de compartir.

—¿Podemos retroceder un poco? Cuéntame lo que sabes sobre los homicidios de Spencer y Lexi —pidió Baillie.

Al no recibir una respuesta inmediata, Baillie volvió a reclinarse en la silla y extendió un brazo a lo largo del respaldo.

—¿Kieran? —presionó.

—Son solo informes de inteligencia. No son pruebas.

Sarah asintió.

—Vale.

—Este tío, King, Martín Pescador o como se llame, ha estado trabajando en la calle para Los Soldados. Cuando ve todo ese dinero que se le escurre de las manos, decide que prefiere guardárselo a entregarlo. Como es obvio, no puede establecerse en el mismo territorio, así que ha estado trabajando en el territorio de Los Hermanos, empezando con la venta de droga en Gallowstree Lane. El viernes por la noche, Nelson, el compañero de King, fue agredido en un concierto como una advertencia de Los Hermanos para que se retirara. Pero King no lo acepta, así que les devuelve el mensaje con la emboscada del domingo. Tal vez ni siquiera quiere matar a Spencer. Tal vez, como no sabe cómo hacerlo de manera correcta, lo mata en lugar de darle solo un navajazo. ¿Quién sabe?

”O sea, que la cosa se está poniendo caliente. Los Hermanos asesinan, entonces, a Lexi, Alexandra Moss, porque tienen que hacerle saber a la calle que no se juega con ellos. Ojo por ojo, ahora es el turno de King. Por eso tenemos que arrestarlo. Interrumpir el ciclo.

Sarah se quitó las gafas.

—¿Puedes ayudarme con esto? Lexi muere en el sur de Londres. Eso está muy lejos del territorio de Los Hermanos. ¿Cómo llegó allí? ¿Y quién le dice a Jarral dónde va a estar ella?

Kieran se echó hacia atrás.

—No lo sé. Eso está más allá del alcance de Perseo. Esa es tu investigación.

—Pero sí conoces a Los Hermanos, ¿no? Quiero decir, son el tema de Perseo, ¿no?

Kieran asintió con cautela.

—Vale. Eso va a ser útil. Volvamos a la agresión en el concierto. Ryan estaba con dos tipos antes de agredir a la víctima. Uno de ellos es Jarral. Si te muestro una captura de pantalla de las cámaras de seguridad, ¿puedes ayudarme a identificar al otro?

Kieran se volvió hacia Baillie.

—¿Jefe?

Ajá, ahora sí estaba progresando. Esto era lo que Kieran no quería contar.

—Es confidencial —interrumpió Fedden.

Sarah se preguntó si su jefe se habría dado cuenta de que estaba defendiendo a la oposición. Pero tal vez no le importaba; tal vez era más importante formar parte del grupo exclusivo.

—¿Confidencial? —repitió ella—. ¿Cómo es eso? Soy una oficial de policía que está pidiendo ayuda con la investigación de un homicidio.

Kieran había adoptado una expresión de mártir. En cuanto a Fedden, parecía furioso. Pero en este momento, a Sarah no le importaba la opinión de ninguno de los dos. Era Baillie quien tomaba las decisiones. Se volvió hacia él.

—¿Jefe?

Baillie apoyó los codos en el escritorio. Se quedó pensativo un momento.

—Esto no es fácil, Sarah —comenzó—. Hay que optar por la decisión menos mala. Estamos a un paso de la fase de detención de esta operación. Hasta que se complete, tenemos que mantener todo en secreto, retrasar cualquier otro arresto que pudiera interferir con la operación de Los Hermanos. Hay armas de uso militar en Londres que hay que incautar y no estoy dispuesto a arriesgarme a que desaparezcan.

Sarah bajó la vista hacia la imagen de Jermaine King.

—Pero si no podemos exponer la operación, ¿con qué motivo vamos a arrestar a este cabrón?

Fedden tomó las riendas. Quizás quería dar la impresión de que estaba a cargo del arresto que haría su equipo.

—King es el compañero de la víctima de una agresión de la que Ryan Kennedy es el sospechoso. La agresión fue el primer golpe en esta guerra. Examinaremos los vídeos de las cámaras de seguridad del concierto. King tiene que estar allí.

"¿Tiene que estar allí?".

—Pero tenemos que esperar para estar seguros —dijo ella.

—Hay otros posibles vínculos con Jermaine y les he dado prioridad.

—¿Qué vínculos?

—Está el coche que Elaine vio en la grabación antes y después del homicidio de Spencer.

—Vale, entonces esperemos hasta que hayamos averiguado más sobre eso…

—King es un sospechoso de homicidio y hay que arrestarlo. Tal vez tenga pruebas que podamos incautar: teléfonos, ropa…

—Pero si lo arrestamos ahora, nuestra única fuente de información será Ryan Kennedy. Va a quedar como un soplón…

Kieran interrumpió. Sabía a dónde iba esto.

—Ryan no es un informante.

—Puede que no, pero a menos que tengamos otras pruebas, va a parecerlo. ¿Cómo vamos a protegerlo?

Fedden se agitó de mal humor en su silla. Parecía un perro viejo y gordo con dolor en sus partes íntimas.

—Ryan ha elegido este estilo de vida y eso lo ha puesto en peligro. No es culpa nuestra.

—Tiene quince años.

—Lo vamos a proteger —aseveró Kieran—. Lo vamos a arrestar a él también.

—Todavía no lo hemos arrestado.

Kieran emitió un sonido de fastidio.

—Es solo cuestión de horas.

—Entonces esperemos para arrestar a King también.

Fedden interrumpió.

—Esperad. Quiero que arrestes a King, Sarah. Quiero desvelar el homicidio de Spencer.

Sarah casi no lo oyó. Estaba mirando la foto de la ficha policial; la mirada vacía y hostil de Jermaine King era muy convincente en cuanto a su capacidad para la violencia. No se hacía ilusiones sobre los motivos de Kieran. Kieran no estaba resolviendo el homicidio de Spencer; estaba protegiendo su operación de una guerra territorial. Pero ella tenía que encontrar una manera de avanzar, no de ganar puntos.

—Kieran, ¿no tienes algo por lo que podamos arrestar a Ryan sin exponer la operación? ¿Qué lo protegería de represalias?

Baillie miró su reloj y suspiró. La sala se quedó en silencio. Por su expresión, había renunciado al enfoque optimista.

—Ya he explicado por qué no quiero hacer nada más que altere a Los Hermanos. Jarral ya ha sido detenido. Por desgracia, eso significa que no hay que tocar a Ryan. Si un maletero lleno de armas automáticas no os convence, tendré que vivir con eso. No voy a dar vueltas en círculos. Hay que arrestar a King. Y a Ryan también, pero solo después de que finalice Perseo. —Empujó la silla hacia atrás y sonrió a la mesa—. Creo que dejaré la bicicleta por esta noche.

—Antes de que se vaya… —aventuró Sarah.

Baillie la miró con algo que casi podía haber sido diversión.

—¿Sí?

—Me gustaría terminar de hablar del homicidio de Lexi.

—Creí que habíamos terminado.

—Quiero dar mi opinión.

Una sonrisa que no llegó a los ojos.

—Da tu opinión.

—Lexi era una mujer vulnerable que compraba droga a las pandillas callejeras. Está claro que su muerte fue parte de una conspiración. Conocéis Los Hermanos, pero estáis decidiendo no compartir información relevante que podría desenmascarar a los otros involucrados en su homicidio. No estoy convencida de que esa decisión resista mucho escrutinio.

Baillie asintió con la cabeza.

—La misma Sarah de siempre, ¿no?

—Así es.

Baillie se pasó la mano por el cabello. De repente, parecía cansado.

—Vale. Esto es lo que vamos a hacer. Kieran, compartirás los datos de inteligencia…

Kieran se inclinó hacia delante.

—Señor…

Baillie lo interrumpió.

—Es demasiado tarde. No quiero oírlo. —Hubo un momento de silencio. Luego volvió a hablar —. Kieran le dará a Sarah acceso a la unidad de disco de Perseo y compartirá la información. Sarah, podrás desarrollar tu investigación y estar lista para entrar en acción una vez que Perseo haya hecho los arrestos. Pero tienes que esperar mi visto bueno antes de compartir esto con tu equipo o tomar cualquier acción que pueda poner la operación al descubierto. Confío en que entiendas lo importante que es mantener esta misión en secreto.

—Sí, señor.

Baillie se puso de pie y descolgó su chaqueta de la percha.

—Vale, por muy agradable que sea estar aquí sentado charlando con viejos amigos, mi carruaje está a punto de convertirse en una calabaza. Sugiero que Bob y yo nos despidamos. Vosotros dos, antiguos colegas, podéis quedaros y revisar los datos de inteligencia.

CAPÍTULO 38

DURANTE CASI DOS HORAS, SARAH y Kieran estuvieron sentados uno al lado del otro frente al ordenador de Baillie. Al principio fue incómodo, pero, cosa sorprendente, la historia entre ambos se esfumó con rapidez. Kieran hablaba, Sarah preguntaba y garabateaba notas. A los dos les encantaba eso, de modo que se abstrajeron en la tarea y se enfocaron en los detalles mientras intentaban dominar juntos la información.

Al final, Kieran se apartó de la pantalla.

—¿El homicidio de Lexi? No es la primera vez que Shakiel ha matado. Si la entrega de armas se concreta, por fin podremos mandarlo a la cárcel por un tiempo decente. Pero no me malinterpretes. Me encantaría que también lo atraparas por homicidio. Lo que de verdad se merece es una cadena perpetua. Una vez que lo arrestemos, te ayudaré a montarlo todo.

Sarah cerró el cuaderno.

—Gracias. —Se quitó las gafas y las guardó en la funda—. Será mejor que lo dejemos por hoy. Tengo que ocuparme de un detenido y de su interrogatorio. Y tú tienes la entrega mañana.

Esperaron juntos el ascensor. Hacía tiempo que Sarah había aprendido a sentirse cómoda con el silencio. Entrelazó las manos y bajó la vista al suelo.

—Lo que hiciste…

Se volvió hacia Kieran, preguntándose qué vendría a continuación.

—Entrar en ese piso y salvar a Lizzie —añadió.

Pareció quedarse esperando una respuesta, pero ¿qué debía decir ella? El ascensor había llegado, pero cuando se abrieron las puertas, Sarah no vio a ningún ocupante que pudiera interrumpir la conversación. Entraron en la caja plateada y se posicionaron de cara a la puerta. Ella apretó el botón y rogó que el descenso fuera rápido.

Kieran continuó.

—Iba a decir que fue muy valiente, pero como no me caes muy bien, no diré nada.

Ella asintió.

—Tiene lógica.

—¿Solo hacías tu trabajo?

Él sonrió, y ella vislumbró a un Kieran que no conocía, el Kieran del que imaginaba que Lizzie se había enamorado. Alguien atractivo y divertido, y también valiente, suponía. Lo miró a los ojos y le respondió con la misma franqueza.

—Tú tampoco me caes muy bien. Aun así, estoy segura de que habrías hecho lo mismo.

Kieran se encogió de hombros.

—Tal vez. —Tras una pausa, agregó—: Estaba embarazada. Tenemos un hijo. ¿Lo sabías?

Eso la pilló desprevenida. Pensó en el niño de mejillas rojas y con los elefantes de madera con quien había jugado hacía solo unas horas y optó por un sonido insustancial.

—Mmm.

El ascensor por fin estaba disminuyendo la velocidad, pero era demasiado tarde. La expresión de Kieran había cambiado de nuevo. Si estaba esbozando una sonrisa, era una sonrisa de satisfacción consigo mismo.

—Todavía no me has dicho cómo identificaste a Jarral.

Sarah también sonrió, a su pesar. ¿Lo había hecho a propósito? ¿La había engañado para que traicionara a Lizzie? ¿O ya lo había adivinado? Siempre había sido listo como el diablo. El ascensor se había detenido y las puertas empezaron a moverse, pero él puso la mano en el botón que las cerraba.

—¿Y bien?

Aunque él ahora supiera que Lizzie se lo había contado, ella no lo diría en voz alta.

—Baillie nos dijo que habláramos de tu investigación, no de la mía. No quiero revelar mi fuente. Tú mejor que nadie sabrás entenderlo.

Kieran la observó y Sarah se sorprendió de no percibir malicia.

—No te preocupes —respondió—. No quiero que me lo digas. Ya no tiene sentido.

DURANTE LA NOCHE
MARTES, 11 DE OCTUBRE
MIÉRCOLES, 12 DE OCTUBRE

CAPÍTULO 39

SARAH CRUZÓ EL PATIO DE entrada iluminado y desbloqueó la puerta del coche camuflado que esperaba en la oscuridad. Las luces parpadearon con demasiada intensidad y, de repente, las horas que se extendían por delante se presentaron indeterminadas e interminables. Alejó el asiento del conductor del volante y se reclinó hacia atrás. La luz interior del coche se atenuó y su imaginación le trajo el dulce olor de Caroline y el calor de su mano apoyada en su estómago mientras yacían acurrucadas sobre la ancha sábana fresca. Abrió los ojos y vio las grandes losas grises del pavimento de la ciudad. No tenía sentido volver a Hendon si resultaba que no era allí donde tenía que estar. Encendió la luz interior del coche.

Lo primero era un mensaje de voz.

"Jefa, soy la sargento Robyn Oakley, a cargo del arresto de King. Estamos desarrollando los datos de inteligencia…".

Era evidente que la intención era contentar a Sarah y no mucho más. Llamó a Robyn.

—Sí, jefa. Estamos a punto de ir al apartamento. Le dejé un mensaje de voz.

—Gracias. ¿Qué motivos daréis para el arresto? —Oyó un crujido de papeles.

—Vale, Jermaine King, alias Martín Pescador, ha sido identificado en las cámaras de seguridad en la escena de una agresión que derivó en lesiones graves.

—Eso no es correcto.

—Fedden, de Investigaciones Criminales, me dijo que…

—Puede que sean las instrucciones de Bob —la interrumpió Sarah. Utilizó el nombre de pila para demostrar un poco de jerarquía—, pero ha habido un malentendido. Estamos trabajando con la grabación de las cámaras, pero todavía no lo hemos identificado.

—¿Está diciendo que no estamos listos para hacer el arresto? Porque, si es así… —Podía oír cómo Oakley iba montando en cólera, lo que imaginaba que podría ser habitual—. Mi equipo ha estado trabajando sin descanso.

—No estoy diciendo eso.

—Entonces, ¿cuáles son los motivos de mi arresto?

Sarah vaciló.

—Tenemos datos confidenciales.

—¿A qué se refiere? ¿Una fuente?

—No puedo hablar de eso.

Oyó un silbido bajo en el otro extremo de la línea.

—¿No podemos esperar a tener algo más para arrestarlo?

Ojalá.

—No.

—Pero King está en la escena de la agresión, ¿verdad? En algún momento se lo identificará. El jefe quería que dijera que se lo ve en la grabación de las cámaras de seguridad.

Ryan surgió en la mente de Sarah, con los vaqueros caídos que revelaban la cintura de sus Guccis. Su pecho estrecho y sus ojos nerviosos y vigilantes. Jermaine King ya había matado una vez. Por un momento, se sintió tentada. ¿Cómo lo llamaban? ¿Podredumbre noble? El mejor de los motivos. Y sería muy fácil. "Sí, vale. Di que aparece en la grabación de las cámaras". Deseó

haber luchado más en contra del arresto o al menos haber forzado a Fedden y a Baillie a ponerse de acuerdo en los motivos.

—Si decimos que aparece en las grabaciones, estaremos tergiversando la prueba.

—Pero si estuvo allí en el momento de la agresión, eso no es tergiversar.

Sarah nunca podía descifrar si ese tipo de argumento era engañoso, perezoso o simplemente estúpido. Podía oír cómo su propia voz se volvía irritada y enfática. No le gustaba insistir en hacer lo correcto; eso era lo que nadie entendía.

Lo explicó con claridad. Despacio.

—Pero no lo hemos visto en los vídeos de las cámaras, ¿verdad? Así que si decimos lo contrario, estaremos mintiendo. Este es el tipo de cosas que te hacen perder un caso. Si lo detenemos de manera ilegal, luego, cuando su abogado lo revise, y lo hará, porque es una investigación de homicidio y King tendrá un abogado de los buenos…

Robyn la interrumpió.

—Mire, es su arresto. Solo dígame lo que quiere que diga.

Robyn tenía razón. Ella era parte de un equipo dedicado a la captura de un hombre. Otros departamentos le asignaban tareas; ella arrestaba a la gente. Esto no era su problema.

Se hizo un silencio.

—Hasta que tengamos algo mejor, tus motivos serán que tenemos datos confidenciales. No digas eso delante de nadie más y no hasta que el arresto esté concretado.

—Pedirá hacer una llamada en cuanto lo detengamos.

—Lo mantendremos incomunicado y, con suerte, para cuando se nos agote el tiempo, habremos arrestado también a nuestra fuente.

La pantalla del teléfono se oscureció.

Sarah buscó en sus favoritos y dio un golpecito.

Elaine contestó al cabo de una llamada; era obvio que estaba con la boca llena.

—Me temo que tengo malas noticias, Sarah.

—¿Qué?

—El club de té se ha quedado sin galletas.

—Mmm.

—Lo sé. Nada de cháchara. Nada de bromas. Puro trabajo.

—Lo siento.

—Hay cuatro de nosotros trabajando en los vídeos. He asignado las cámaras. Estamos a punto de terminar, pero hasta ahora, no aparece en ninguna parte.

—¿Podéis volver a revisarlos?

—Los revisaremos, porque eso es lo que hacemos, pero no esperes demasiado. Parece que todos los jóvenes de Londres que usan sudadera con capucha se reunieron en el mismo maldito lugar para ese concierto. Es como tratar de identificar pingüinos. He marcado y revisado cada figura masculina de la complexión adecuada y alguna que otra femenina también por accidente, pero es bastante inútil. No tenemos descripción de la ropa y la calidad es tan mala en la mayoría de las cámaras que no puedes ver sus caras y mucho menos si tienen un maldito tatuaje en el cuello. Mañana por la mañana podemos volver y buscar otras cámaras fuera del lugar, en tiendas locales, de comida para llevar, del metro. Es probable que el distrito no haya tenido los recursos para hacerlo bien la primera vez.

Demasiado lento.

—¿Puedes verificar otros posibles vínculos con Jermaine? Se me ocurre el coche, por ejemplo,

el todoterreno que detectaste en las cámaras, el que cruzó con el semáforo en rojo antes del homicidio de Spencer y volvió por el mismo camino poco después.

—Fedden estuvo por aquí antes, sudando en su oficina y arrastrando los pies por el pasillo como Rumpelstiltskin. Dio la orden sobre el coche. Hizo volver a algunos de los muchachos que se habían ido a sus casas a dormir un rato. Este lugar está funcionando a base de Red Bull.

—¿Qué hay de la tienda?

—Recuérdame de qué hablas.

—Yilmaz, la tienda cerca de la escena del crimen. ¿Habéis investigado la cámara para ver si es una coincidencia que no funcionara o si hay alguna conexión con King?

—Eso también está en curso. Se está ocupando Lee.

—¿Alguna novedad sobre Jarral?

—Sigue sin decir nada. Fedden ha ido a supervisarlo. Escucha, Sarah, la verdad es que no tienes nada que hacer. ¿Por qué no te vas a casa, te metes en la cama y duermes unas horas? A nadie le gusta Sarah cuando está cansada.

—Podría hacerlo.

—No lo creo. Lo tuyo es muy adictivo.

Terminada la llamada, Sarah volvió a quedarse sola en el frío coche. Cerró los ojos, pero esta vez no experimentó ninguna sensación de Caroline, solo una sarta de preocupaciones. A mal tiempo buena cara. Seguiría trabajando otro par de horas y luego intentaría dormir un poco.

Tommy tenía siempre el teléfono sobre el escritorio, junto a su tabaco de liar, pero aun así tardó cinco tonos en contestar. No era ninguna sorpresa. Tenía su propio ritmo, el ritmo del tío que trabajaba con los teléfonos: tecleaba las solicitudes, esperaba los resultados, estudiaba las hojas de cálculo con paciencia. Cada hora, más o menos, se levantaba del escritorio, bajaba las escaleras y salía a fumar. También hablaba despacio. Solo un tonto intentaría meterle prisa.

El móvil de Lexi, explicó, no iba a arrojar resultados rápidos. Salvo la llamada que ya sabían que había hecho a su colega Michelle, todas las llamadas recientes eran a móviles de prepago no registrados.

—¿Qué sabemos de Michelle?

—Investigué un poco: condenas por hurto y prostitución. Una hija de nueve años. Saqué una dirección de un informe de servicios sociales: no muy lejos de Gallowstree Lane.

—Recuérdame las llamadas.

—Hoy, a las 12.27, Lexi llama a Michelle. La llamada dura veintitrés minutos. A las 13.09, Michelle devuelve la llamada. La llamada dura nueve minutos. No hay llamadas posteriores entrantes ni salientes al móvil de Lexi.

—¿Y el homicidio de Lexi?

—La llamada al 999 se realizó a las 15.52.

—Gracias. ¿Hemos enviado a alguien a hablar con Michelle?

—Todos están ocupados con el arresto de King. Esto es como la gruta de Papá Noel en Nochebuena. Todos los elfos están de mal humor y nadie puede conseguir un reno cuando lo necesita.

—¿Algún factor de riesgo relacionado con ella?

—Espera… No, nada aparente.

Era una casa adosada de los años sesenta en una calle pequeña a unos cinco minutos a pie de Gallowstree Lane. Aunque era más de la una de la madrugada, las luces estaban encendidas. El

timbre reprodujo los primeros compases de “I Wish I Was in Dixie” y una sombra se movió detrás del cristal esmerilado. Una voz nerviosa.

—¿Quién es?

—Sarah Collins. Policía Metropolitana.

Se abrió la puerta, pero con la cadena de seguridad puesta. En el espacio estrecho entre la puerta y el marco se veía una parte del rostro de una mujer pelirroja: el puente de la nariz salpicado de pecas, una boca grande.

Sarah mostró su tarjeta de identificación y Michelle deslizó la cadena.

—Shhh. Gail está dormida.

Ya se había vuelto y caminaba por el pasillo: una mujer baja, pantuflas de piel sintética color crema, pantalones de chándal grises que delataban el tamaño de sus nalgas redondas, una camiseta morada holgada. Sarah la siguió a la cocina. Una mesita pintada de rosa fuerte ocupaba un rincón. Sobre ella, una estampa enmarcada de la diosa Kali, una botella de Pepsi con un clavel blanco y tres velitas encendidas en portavelas de vidrio.

Michelle se sentó a la mesa de la cocina. Tenía la boca entreabierta y los ojos enrojecidos.

—Sé por qué estás aquí.

Sarah asintió, pero no habló. Un epigrama enmarcado y escrito con diferentes tipos de letra, negro sobre blanco, colgaba en la pared detrás de Michelle.

“Canta como si nadie te escuchara. Baila como si nadie te viera…”.

—Creí que la estaba ayudando —agregó Michelle.

—Vale.

—Me llamó desesperada. No se atrevía a trabajar en Gallowstree Lane. Le dije que la pondría en contacto con Los Soldados. Pensé que no estaban conectados con ese hijo de puta de Shakiel. Pensé que estaría a salvo. Pero ninguna de nosotras está a salvo. Creen que les pertenecemos.

¿Eran Los Soldados quienes traicionaron a Lexi con Los Hermanos? Sarah lo pensó. Tenía cierto sentido: el enemigo de mi enemigo y todo eso. A Los Soldados no les habría hecho mucha gracia que King se estableciera por su cuenta. Si no era seguro comprarle a King, podría ser el fin de su pequeña banda. Por otra parte, tal vez Los Soldados se habían alegrado de poder hacer una ofrenda de paz a Los Hermanos. Las calles están en calma. Los territorios se mantienen. Todos ganan dinero.

—¿Cómo sabes que fue Shakiel? —preguntó Sarah.

—Bueno, no sé si fue el propio Shakiel, pero alguien de su gente seguro. Cuando sucedió, vi al único otro hijo de puta que podría haberlo hecho en su todoterreno en Lane. Ese fanfarrón no tiene soldaditos a pie que hagan su trabajo sucio.

—¿Quién era?

—Un tipo con un tatuaje de un pájaro en el cuello.

—¿Martín Pescador?

—Ese mismo.

—¿Qué sabes de él?

—Es un psicópata. Rajó a una de las chicas solo porque lo miró mal. Tienes que atraparlo. Se rumorea que fue él quien mató a Spencer.

—¿Y el compañero de Spencer?

—¿Ryan? Es un don nadie. Solo un chaval en bici que vende crack.

—¿No sabía que le habían tendido una trampa a Lexi?

—Pensé que sí, pero después apareció en Lane. Ni siquiera sabía que estaba muerta. Se

sorprendió tanto como yo cuando se lo conté.

El teléfono de Sarah empezó a sonar. El nombre de Lee apareció en la pantalla. Rechazó la llamada.

—Gracias por hablar conmigo.

Michelle se encogió de hombros.

—Alguien tiene que ayudarte a encerrar a Shakiel.

—Es curioso que digas eso. ¿Estás dispuesta a declarar?

Michelle meneó la cabeza y sonrió sin alegría ninguna.

—Estás de broma, ¿verdad?

—No estoy de broma. Pareces el tipo de persona que podría hacerlo.

Michelle frunció el ceño.

—Me encantaría abrir la boca y joder bien a ese cabrón asesino, pero esto es la vida real. Tengo una hija. ¿Tú vas a protegerme?

—Existe la protección de testigos.

—¿Un piso de mierda en Stoke-on-Trent donde no conozco a nadie y la pequeña Gail no puede ni llamar a sus amigos? Lo siento, buena suerte, lo digo en serio, pero no voy a hacerlo de ninguna manera.

Como no quería llamar más la atención sobre Michelle por estar aparcada en la puerta de su piso hablando por teléfono, Sarah se alejó unas manzanas y llamó a Lee.

—Lo siento, Sarah, no puedo verificar lo de la tienda. Ha surgido algo sobre la marcha. —Sarah no contestó. La sospecha flotaba en el aire: Lee nunca podía resistirse a un poco de acción. A su vez, su voz tenía un tono de resentimiento por tener que dar explicaciones—. Accidente de tráfico, el conductor borracho se dio a la fuga. No podíamos hacer como que no lo habíamos visto. Lo perseguí a pie y lo detuve.

—Pero ¿tenías que ser tú quien lo capturara y lo detuviera? ¿No podría haberlo arrestado otro?

Lee no respondió y Sarah aflojó.

—Siento ser una aguafiestas. —Silencio—. No fue su día de suerte, ¿eh?

—Veré si alguien más está libre para hacer las averiguaciones.

Hizo otra llamada.

—Elaine.

—Sarah.

—Dime algo bueno.

—¿El equipo de *Planeta Tierra* devolvió al agua a todas las tortuguitas que filmaron?

Sarah se rio.

—Por otro lado, no podemos encontrar a King en los vídeos de las cámaras de seguridad.

—Mierda. ¿Y el todoterreno?

—Los muchachos protestaron, así que tuve que ponerme los auriculares y fingir que estaba escuchando el audio.

—¿Y qué estabas escuchando de verdad?

—Funkadelic.

—¿*One Nation Under a Groove*?

Elaine se rio.

—¡Pero mírate!

Sarah fingió ofenderse.

—¿Por qué no iba a conocerlo?

—No sé. —Luego, tras una pausa, agregó—: ¿Cómo lo conoces?

Sarah se rio.

—Tengo una novia guay. —Otra pausa—. Vale, ¿qué sabemos del todoterreno?

—Hay treinta y siete coches posibles que coinciden con la descripción del vehículo y hasta ahora no hay vínculos obvios. Cuatro de ellos son coches de alquiler. El problema es que es de madrugada. Si es un coche de alquiler, tendremos que esperar a que abran las oficinas. ¿Qué hay de la tienda Yilmaz? ¿Alguna buena noticia allí?

—A Lee le surgió algo. Tuvo que arrestar a alguien.

—Típico.

Sarah no avivaría ese fuego en particular.

—No tuvo opción. La verdad es que fue un buen arresto. ¿Tenemos a alguien más disponible para que verifique la tienda?

—Joder, Sarah. Todos los novatos están ocupados. No queda nadie.

—Vale, no te preocupes, estoy cerca.

—No vayas sola.

—No hay problema.

Dos noches atrás, Gallowstree Lane había parecido el rodaje de una película. Gente de pie, discutiendo, organizándose. El equipo de búsqueda con sus monos blancos que avanzaba por el asfalto en una línea perfecta. Los servicios de emergencia tan despiertos como si fueran noctámbulos. Ahora la calle había vuelto a su estado habitual: desierta, con esa sensación de amenaza imprecisa.

Las persianas metálicas de la tienda de la esquina estaban bien cerradas. El número del propietario almacenado en la base de datos de la policía había saltado al buzón de voz, pero Sarah recordaba el edificio de la escena del crimen. A la derecha, había una puerta de madera. Esperaba que el encargado de la tienda viviera en el piso de arriba. Con Ryan rondando sus pensamientos, tocó el timbre. Se encendió una luz y las cortinas de arriba se abrieron. Un hombre miró hacia abajo. Ella agitó su tarjeta de identificación y él se alejó de la ventana. Al cabo de una breve espera, la puerta se abrió y apareció un hombre más pequeño que Sarah. Tenía la cara arrugada como una ciruela pasa y llevaba una bata de terciopelo sobre un pijama de franela a rayas.

Sarah le volvió a mostrar su tarjeta de identificación.

—Lamento molestarlo.

—La policía ya ha estado aquí. No he visto nada. Las cámaras no funcionan.

—Solo quería aclarar algo.

—¡Son las dos de la mañana!

—Lo siento, es urgente.

El hombre asintió como si se hubiera acostumbrado a estas gilipolladas de la vida.

—Lo siento, el agente que habló con usted debería haber tomado nota. ¿El sistema es falso o se rompió?

—Se rompió.

—¿Cuándo?

—Hace unos días. No me di cuenta de que no estaba grabando hasta que la policía me pidió verlo.

—¿Qué le pasaba?

—Un cable desconectado. Ahora funciona.

—¿Cómo se dio cuenta?

—Mi hija lo miró cuando volvió de la escuela.

—¿Puedo ver las cintas de antes de que dejara de funcionar?

—No sé cómo se hace. No quiero despertar a mi hija.

—No se preocupe. Lo haré yo.

Se encogió de hombros como si no estuviera convencido, pero le faltara voluntad para protestar.

—Abriré la tienda.

La puerta se cerró y Sarah esperó. Apareció un zorro, trotando por la acera. Se detuvo y la miró con fijeza antes de desaparecer por la reja que rodeaba el parque.

Cinco minutos más tarde, Sarah estaba de pie detrás del mostrador mirando un pequeño monitor en la tienda desierta. La cámara 3 mostraba el área del mostrador desde detrás de la caja registradora. El sistema de circuito cerrado era sencillo: un disco duro en un estante debajo del mostrador conectado a siete cámaras, pero la imagen del joven era sorprendentemente buena. El tatuaje del martín pescador en su cuello se veía con claridad mientras señalaba algo en la pared frente a él. La persona que estaba atendiendo —Sarah solo podía ver la espalda de un hombre con una camiseta— se volvió y salió por un momento del cuadro. Fue entonces cuando King se inclinó hacia delante y metió la mano debajo del mostrador. Lo hizo con destreza, pero Sarah no alcanzó a ver la acción completa porque el cuadro se había oscurecido. Vale, como mínimo, eso demostraba premeditación en el cargo por homicidio.

Llamó de inmediato, desde la tienda. Robyn no contestó en el primer tono. De hecho, tampoco contestó la segunda vez. Lo hizo a la tercera.

—No puedo hablar.

—Es urgente…

La llamada ya se había cortado. Sarah envió un mensaje.

“Los motivos del arresto han sido modificados. Llámame, es urgente”.

Esperó. Al final, se dio por vencida y volvió a llamar, pero la llamada fue directa al buzón de voz.

Debieron pasar veinte minutos antes de que Robyn devolviera la llamada.

—Lo siento, jefa. Hay un problema.

Sarah escuchó. A veces, ser policía era como golpearse el pulgar con un martillo, pero con la agonía añadida de que no podías permitirte gritar improperios.

“¿Quién coño le permitió ir al baño?”.

Eso fue lo que pensó Sarah, pero no dijo nada. ¿Qué sentido tendría? Robyn ya sabía que era un follón. Su confianza y su calma previas se habían evaporado. Era una ventana “muy pequeña”, explicó, “¡una Velux!”, que daba a un tejado inclinado de tres pisos de altura. Nadie hubiera creído que el tipo podría atravesar esa ventana y mucho menos escapar por ella.

El sarcasmo reprimido le erizaba la piel a Sarah, porque, vale, “¿quién lo hubiera creído?”.

Robyn había apostado agentes en la calle. Los oficiales habían corrido a lo largo del edificio, de un lado a otro, pero no lo veían. Había llamado al helicóptero, pero estaba ocupado, sobrevolando el Támesis en Richmond, donde un ciudadano había notificado haber visto un cuerpo en el río, que más tarde resultó ser un colchón inflable.

Robyn se había mantenido optimista. Escapar por la Velux había sido un acto desesperado, sin duda. No había forma de abandonar el tejado. Pero el edificio era largo y tenía una curva, y no había suficientes agentes para vigilarlo en toda su longitud. A pesar de estar segura de que King estaba sentado a horcajadas en la cumbrera lamentando su impulsividad, Robyn llamó a la oficina para solicitar la verificación urgente de datos relevantes en la calle.

Cuando llegó el helicóptero, no pudieron ver a King, ni en el tejado ni en el jardín. Fue entonces cuando llegó la información. King tenía un amigo que vivía a siete puertas más abajo, Charlie Douglass. El helicóptero, que seguía sobrevolando, confirmó que esa casa también tenía una Velux. Robyn había corrido a la casa, pero nadie contestó a la puerta. La abrió con un ariete, pero no había nadie dentro.

Sarah tenía náuseas. No había podido resistirse a los detalles de la cagada, pero lo que de verdad necesitaba saber era si King ya había sido arrestado cuando se le había permitido ir al baño.

Sí, ya lo habían arrestado.

¿Y qué motivos se alegaron para el arresto?

Información confidencial.

—Pero yo acababa de establecer otros motivos.

—El tipo ya estaba en el tejado cuando usted llamó, jefa.

Sarah llamó a Fedden, quien no mostró la misma moderación que ella.

—¿En qué coño estabas pensando?

Pareció haber sido una pregunta retórica, porque cuando Sarah interrumpió para explicar, él gritó por encima de ella.

—Le había dado instrucciones de que citara las grabaciones de las cámaras de seguridad. ¿Por qué COÑO modificaste los motivos del arresto?

Gracias a Dios estaban hablando por teléfono y no cara a cara, porque no era el momento de una disputa.

—Tenemos que proteger a Ryan —respondió—. Tenemos que arrestarlo.

—Esto es un puto follón.

—¿Puedes localizar a Kieran? Debe de tener algo por lo que podamos arrestar a Ryan.

Eran más de las tres de la madrugada, solo cuarenta minutos desde que King había eludido el arresto y Sarah estaba sentada en la oficina de Fedden. Con su cuerpo ancho y sudoroso, las piernas separadas y sus manos pequeñas abiertas y apoyadas sobre el escritorio, se asemejaba a una rana toro húmeda y furiosa.

El equipo de búsqueda, ansioso por subsanar el error de la sargento Oakley, estaba haciendo todo lo posible por localizar a King.

Baillie hablaba a través del altavoz.

—No tenemos pruebas de que King sepa dónde vive Ryan ni tampoco que lo haya convertido en su objetivo —señaló, conteniendo los nervios—. Me he puesto en contacto con Kieran. Está trabajando en una estrategia de arresto para Ryan.

Una vez identificadas las acciones necesarias, se procedió a tomarlas y a consignarlas. El plan se puso por escrito. Todo muy profesional. El jodido lío se había arreglado.

Pero tan pronto como Baillie se retiró de la llamada, Sarah y Fedden empezaron a discutir.

—Joder, nada de esto es necesario —objetó Fedden.

—No es culpa mía que ella lo le haya dejado ir al baño.

—Pero ¿por qué tuviste que cambiar los motivos del arresto? —Levantó la voz—. ¡No tenía ningún sentido!

—¡Excepto que el juez podía anular todas nuestras pruebas porque mentimos! —gritó Sarah.

Y ahí pareció acabar todo, porque ¿qué más se podía decir o conseguir? Sarah se levantó y se marchó de la oficina.

Demasiado tensa para hacer algo, salió. Fumó, se preocupó y se odió a sí misma por preocuparse. Si encontraban a King y lo arrestaban, no habría consecuencias. Todo se reduciría a la consabida tormenta en un vaso de agua. Estas cosas podían parecer catastróficas, pero después, cuando el polvo se asentaba, los problemas se reducían y desaparecían. Se recordó a sí misma que no todo lo que temía ocurría.

Aún no había señales del amanecer. Apagó el cigarrillo y volvió a subir. Dejó un mensaje de voz a Kieran para que le devolviera la llamada y empezó a leer las novedades sobre los interrogatorios a Jarral.

El equipo había estado progresando con la investigación. Como era de esperar, las matrículas del vehículo encontrado en el garaje de Jarral no coincidían con el número de identificación del vehículo estampado en el chasis. Y el propio número del chasis demostraba que era el vehículo coche que Jarral había alquilado a las 14.03 horas, menos de una hora después de que Lexi llamara a Michelle Roberts. Pero había una prueba más concluyente que esa: una cámara en el carril del autobús había captado a Jarral al volante del Touareg siniestrado poco después de la muerte de Lexi.

Las pruebas debieron parecerle abrumadoras, porque Jarral había abandonado su actitud de no hacer comentarios y había ofrecido una explicación de lo sucedido que no terminaba de admitir el homicidio. Sarah hojeó el resumen de la declaración preparada que había entregado su abogado.

“No era mi intención dañar a Alexandra Moss. Quería hablar urgente con ella y estaba evitándome. Cuando me vio, empezó a correr. Aceleré y perdí el control del vehículo…”.

“Evitándome”: eso era un maldito eufemismo. Sarah recordó el zapato roto y las huellas de neumáticos sobre el cuerpo de Lexi.

Tal vez fue la elección de la palabra. Tal vez no. Sarah entró en la oficina principal y le pidió a Elaine que la acompañara a su oficina. Elaine permaneció de pie detrás de ella mientras Sarah clicaba a través de los archivos de Operación Perseo en el ordenador.

—Este es el disco compartido —precisó—. Quiero que empieces a estudiar los vídeos de seguridad. Intentamos relacionar a Shakiel Oliver con el homicidio de Lexi Moss.

Elaine se frotó los ojos.

—Es mucho para revisarlo yo sola. ¿Por qué no sumamos a todo el equipo?

Sarah se quitó las gafas y las dejó sobre la mesa. Hizo girar la silla sobre las ruedas.

—Hasta que los arrestos iniciales no se hayan realizado, no está permitido divulgar la existencia de Perseo a otros más allá de los involucrados.

—Joder, Sarah.

—El tiempo de la detención de Jarral se está acortando. Necesito que empieces con esto mientras aún tengamos tiempo para presionarlo. Si queremos atrapar a los otros conspiradores, necesitamos que se desmorone. Y seamos honestas, puede que Jarral condujera el coche, pero fue Shakiel quien decidió matarla.

—El tema es que…

—Yo me hago responsable. Ya lo he consignado. Registra todo lo que hagas. No intentes

ocultar nada. Que te quede claro: son órdenes mías. Tú no sabes que no está autorizado.

Elaine enarcó las cejas.

—¿Porque soy estúpida?

—¿Lo bastante estúpida para una negación plausible?

—Dios, Sarah, tienes que saber que algo está mal cuando empiezas a usar una frase como esa.

—No es moralmente incorrecto y tampoco es ilegal. Es desobedecer una orden y la orden es lo que está mal. Los jefes están dando prioridad a Perseo sobre la investigación del homicidio. Esos hombres se pasaron a Lexi unos a otros como si fuera un objeto de su propiedad y después la mataron para demostrar algo. Quiero atraparlos.

—Pide autorización.

—¿Y que me digan que no otra vez? Entonces sí que no podrás revisar las cámaras de seguridad.

Elaine se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Nadie se dará cuenta de que accedimos al material de Perseo antes de que nos autorizaran.

—¿Como tampoco se hubieran dado cuenta si hubiéramos mentido sobre haber visto a King en las grabaciones?

—Eso es diferente.

—¿Lo es?

—Eso es tergiversar la prueba. Es muy diferente. Y podría costarnos la acusación contra King. Puede que ni siquiera aparezca en los vídeos. Pero ¿esto? No perderemos un cargo de homicidio porque no hice lo que me dijeron.

—Pero podrías perder tu trabajo.

—No, tengo razón, y no pierdes tu trabajo cuando tienes razón. Voy a dormir un rato en mi oficina.

OPERACIÓN PERSEO: FASE DE DETENCIÓN

MIÉRCOLES, 12 DE OCTUBRE

CAPÍTULO 40

RYAN ESTABA ACOSTADO OBSERVANDO LA misma telaraña molesta de siempre. ¿Qué hora era? Demasiado temprano, eso estaba claro. El problema era que, si cerraba los ojos, los mismos pensamientos estúpidos volvían a rebotar en su mente como vagones en las vías de un tren. Había intentado convencerse de que se podía hacer algo peligroso sin que después eso cambiara tu vida en lo más mínimo.

Parque Thorpe: él y Spencer, sentados uno junto al otro en las sillas, esperando. Se habían animado mutuamente para subirse a la lanzadera del parque de atracciones. Habían visto a una chica que se bajó y Spence había comentado: "Ry, tú eres más marica que esa nena". Y Ryan le había respondido con una sonrisa: "Olvídate de esa chica, hermano". Y después de eso habían tenido que hacerlo. Se habían dado palmadas en la espalda y se habían alentado uno al otro.

En cuanto se cerró el arnés, Ryan se encontró cara a cara con el miedo. Iban a dejarlo caer treinta y cinco metros, y si algo salía mal, él no tendría el control. Cuando Spence se volvió hacia él y le preguntó si estaba bien, había sentido como si tuviera la cara paralizada.

—Estoy perfectamente.

"¿Podrás bajarte?", se había preguntado a sí mismo. "¿Podrás decir que has cambiado de opinión?".

Más tarde, Spencer se había burlado de él.

—Te cagaste encima.

—No, tío. Tú te cagaste encima. Vámonos a otra atracción.

Esto también iba a salir bien. Solo tenía que superar esa parte antes de la entrega. No pensar en la pistola que le esperaba en la cara mochila de cuero negro y verde de Shakiel. Él y Spence: cuántas risas habían compartido. Su mejor amigo. Lo extrañaría siempre, siempre. Nunca volvería a tener un compañero como él. Spence ni siquiera habría estado en Gallowstree Lane si no hubiera sido por él. Podía hacerlo porque se lo debía a Spence.

Experimentó un repentino instante de arrepentimiento, pero no cedió a él.

Si no puedes escapar de un pensamiento cuando estás quieto, entonces, tienes que levantarte y moverte. Se vistió y se dirigió hacia la puerta.

Alguien se movió en el piso de arriba. Giró el pomo y ya estaba atravesando el pasillo cuando oyó que la puerta se abría a sus espaldas. Esperó oírla gritar, pero esta vez, su madre se limitó a permanecer en el vano sin decir nada.

CAPÍTULO 41

—MIERDA, SARAH.

—No empecemos con eso. ¿Tienes algo por lo que detener a Ryan? —Kieran se oía por el altavoz y Sarah estaba colocando una cápsula en la cafetera. Su saco de dormir, sobre la cama plegable de su oficina, todavía estaba tibio.

—Hay un robo. Tenemos el teléfono y una grabación donde admite haberlo robado.

Sarah cogió su bolígrafo.

—Perfecto. Gracias. Dame los detalles.

—No necesitas los detalles. La brigada local de robos lo va a detener. Ya está en marcha. Han ido a la casa de la víctima y le han enseñado imágenes de sospechosos locales.

Sarah pensó en aquellas filas y filas de imágenes en miniatura de rostros y protestó.

—Nunca se puede identificar a nadie con ese sistema.

—Se puede cuando yo estoy dirigiendo y protegiendo una operación en la que llevo trabajando dos putos años.

Hubo una pausa. Sarah sabía cómo había sido: la víctima del robo había sido guiada con gentileza en la dirección correcta para identificar a Ryan a partir de las fotografías. No importaba. ¡Había robado el puto teléfono! ¿No era esto lo que ella había pedido? Ryan sería arrestado y estaría a salvo. Le preocupaba, y le preocupaba que le preocupara. Estaba cansada. Había dormitado menos de sesenta minutos en la cama plegable.

—Olvídalo. No tienes que darme las gracias.

—Gracias.

—¿No estás contenta?

—No. Sí. Lo estoy.

La voz de Kieran no era hostil.

—¿Conoces la historia de la rana y el escorpión, Sarah? El escorpión le pide a la rana…

Por supuesto, pensó Sarah, esa sería una historia que él aprobaría.

—Sí, la conozco. El escorpión pica a la rana. “Es parte de mi naturaleza”. ¿A qué te refieres?

—Me refiero a que tú quieres que Ryan sea arrestado y yo te estoy ayudando. Tú dirigiste el arresto a tu manera. No te estoy criticando. Debí haberlo previsto. Ahora lo haré a mi manera. Es parte de mi naturaleza. Los agentes de robos están de camino a su piso en este mismo momento. La identificación de la testigo será irrelevante porque Ryan se declarará culpable. Las pruebas de Perseo son abrumadoras y al final lo harán caer. Mientras tanto, estará en prisión preventiva… y a salvo. Como tú querías.

Sarah se estiró en la silla. Como una especie de muerte, el sueño la envolvió de nuevo. No soñó con la rana y el escorpión, sino con una ventisca y una víbora dormida sobre un enorme montón de nieve. El granjero, con sus botas cargadas de nieve, se topa con ella tan patética, aletargada, casi muerta. Se inclina, levanta a la pobre víbora, la mete en su abrigo y comienza a caminar hacia su casa, donde arde un fuego. Revivida por el calor del cuerpo, la víbora se agita.

Sarah despertó alarmada. Debería soñarlo otra vez, soñarlo bien. Pero ¿cómo iba a hacerlo? Su teléfono estaba sonando y, en ese momento de vigilia, apareció Ryan con su mirada desconfiada

y los vaqueros colgando de las caderas. Cogió el móvil. Debía ser la noticia de su detención. Qué alivio. Pero la noticia era algo totalmente distinto.

CAPÍTULO 42

—¿ESTÁS SEGURA, MAMÁ?

Lizzie puso el teléfono en altavoz y lo apoyó sobre la mesa. Alzó a Connor. Se había despertado molesto y tenía el ojo irritado e hinchado. Oyó a su madre, con un sonido metálico y distante.

—Lizzie. No tengo problema.

—Es que tal vez termine tarde por algo que está pasando en el trabajo y en la guardería no puede quedarse después de las seis.

—Casi no te oigo.

Lizzie cogió el teléfono con la mano derecha.

—Lo siento mucho. Me enteré anoche.

—No pasa nada. Puedo ir al gimnasio y estar allí a las cinco.

—No se lo cuentes a Natty.

La madre de Lizzie emitió un sonido de reprobación.

—No sé por qué dices eso. Natty entiende que necesitas ayuda. Da igual, es una oportunidad para ver a mi pequeño Connor. ¿Cómo está?

Lizzie acarició el trasero del bebé.

—Tiene una picadura de mosquito que le molesta.

—¿Le has puesto hielo?

—Sí, mamá. Será mejor que me dé prisa o llegaré tarde.

—Yo lo recogeré. ¿Tú avisas?

—Sí, yo aviso.

CAPÍTULO 43

LA PUERTA SE ABRIÓ CON rapidez. La madre de Ryan metió a Sarah adentro y cerró. Tenía un moratón en el ojo.

—Me dijeron que no llamara a la policía —explicó, de pie en el pasillo. Tenía el rostro desencajado y las manos temblorosas.

Los oficiales enviados a detener a Ryan habían avisado a Sarah. Se había reunido con ellos en una gasolinera a un par de kilómetros de la casa. Estaban de pie en la explanada, con sus chalecos antibalas, sus camisetas y sus vaqueros. Dos tíos y una chica pequeña y apasionada.

—Estaba histérica —comentó uno de ellos.

—Nos arrastró adentro y cerró la puerta detrás de nosotros.

El agente más grande se rio.

—Nunca me había pasado. Por lo general no nos dejan entrar.

Las radios de los tres, enganchadas en sus chalecos, emitían un parloteo y Sarah se imaginó a Loretta, aterrorizada por ese ruido y por su arrogancia. Le habían advertido que no avisara a la policía, pero allí estaban, de pie en su puerta y bulliciosos como una banda de música. Hubo un par de minutos de malentendidos, explicaron los agentes. Loretta les preguntaba cómo lo sabían y ellos intentaban averiguar si Ryan estaba en la casa. Al final, ella cogió a uno de los oficiales por la solapa y lo zarandeó.

—¿Por qué no me escucháis? ¡Se han llevado a mi hija! Si saben que estoy hablando con vosotros, la matarán.

Fue entonces cuando llamaron al móvil del oficial de guardia.

Sarah observaba ahora a Loretta y percibía su confusión y terror. Necesitaba entender lo que había ocurrido, y rápido.

—Siéntate y cuéntame exactamente qué pasó.

Pero Loretta la sujetaba del brazo con tanta fuerza que le dolía. Ni siquiera parecía ser consciente de lo que estaba haciendo. Habló en un susurro.

—¿Y si vienen y estás aquí?

—No llevo mi identificación policial encima. Ningún tipo de identificación. Ni radio, solo un móvil. Si alguien llama a la puerta, soy tu asistente social. Tengo agentes en alerta a dos calles de aquí.

No daba la sensación de estar entendiéndolo.

—Tienes que confiar en mí. Nunca hemos perdido a una víctima de secuestro.

Loretta temblaba, sin hacer caso de las lágrimas que ignoradas se escapaban de las comisuras de sus ojos.

—Creo que fueron los que mataron a Spence.

—No los subestimo.

Loretta la miró a los ojos y sostuvo su mirada con una intensidad desesperada.

—Sé que estás aterrorizada, pero tienes que mantener la calma por el bien de Tia.

Se sentaron juntas a la pequeña mesa de la cocina. Sarah escuchó.

—Ya habían estado aquí otra vez. El tío tiene un tatuaje en el cuello. Un pájaro. Le abro la puerta y en un segundo está dentro. Hay otro cabrón con él. Un tipo blanco. Parece una

comadreja asquerosa. Los dos tienen una navaja en la mano y el tipo del tatuaje me empuja contra la pared. “¿Dónde coño está?” dice, y yo le digo, “No sé”, que es la verdad. Acerca su cara a la mía y dice: “Tu hijo es un soplón”. Ni siquiera puedo pensar con claridad. No digo nada. Él dice, “Dame su número” y yo le digo: “No lo sé”, y coge la navaja y me corta. Mira.

Se levantó la camiseta. Sarah vio un corte de dos centímetros por debajo del ombligo. Loretta, al parecer poco interesada en la herida, ya se había soltado la camiseta.

—Y me dice: “Para de mentir”. Le digo: “No estoy mintiendo. No sé qué pasó con su teléfono. El número viejo no funciona y no conozco uno nuevo”.

”Entonces, pienso que Tia está en casa, arriba en su habitación, y que si le van a hacer daño a alguien, mejor que sea a mí. Pero la comadreja sube a buscar a Ryan y lo siguiente que oigo son gritos y golpes y veo que está arrastrando a Tia del pelo por las escaleras. Tia lleva trenzas y le arrancaron algunas. Está llorando. El otro le pregunta: “¿Sabes el número de Ryan?” y ella dice: “Sí”. La fulmino con la mirada. Si sabe su número, ¿por qué no me lo dijo? Ni Ryan ni ella. A veces se odian y otras veces son uña y carne.

”Entonces, el cabrón con el tatuaje del pájaro le dice a Tia: “Te vas a ir con mi amigo y yo me voy a quedar con tu madre, así que será mejor que no intentes nada. ¿entiendes lo que quiero decir?”. Le muestra la navaja y yo trato de llamar la atención de Tia, como para decirle “cuando estés fuera” pero se está poniendo la chaqueta. Todo pasa muy rápido y no puedo pensar. Demasiado tarde, intento luchar con el tipo para darle a Tia la oportunidad de escaparse, pero me da un puñetazo y me caigo al suelo. Tia puede ser una insolente, pero es una buena chica, siempre me cuida y supongo que no va a arriesgarse a nada. Se va con ellos. Me odio por eso. Y él espera hasta que recibe una llamada y después me dice: “Mejor que no llames a la policía. Si lo haces, la vas a meter en problemas”. Y yo empiezo a decir cosas como “¿Qué quieres decir?” y “¿Qué vais a hacer con ella?” y todo eso, pero él me empuja en el pecho y me dice: “Quédate aquí y cierra la puta boca y espera”.

CAPÍTULO 44

LAS OTRAS MADRES DEJABAN A sus hijos, se paraban a conversar, se iban juntas a tomar un café. Lizzie besó a Connor y lo dejó en el suelo de la guardería, pero él se abrazó a su pierna. Lo alzó de nuevo y se dirigió hacia el montón de animales y árboles de plástico.

—Ven, vamos a saludar a los elefantes.

Se sentaron juntos en el suelo. Talulah, una de las empleadas, se unió a ellos. Uno de los elefantes bebé tenía calor, dijo Talulah. Harían un bosque con algo de sombra para que descansaran todos juntos. Miró a los ojos a Lizzie y asintió con la cabeza. Lizzie se inclinó y besó a Connor en la frente.

—Adiós, cariño. Nos vemos más tarde.

Todo iba bien. Connor no había llorado y Lizzie se había escabullido por la puerta sin problemas.

CAPÍTULO 45

SENTADA EN EL VOLVO CAMUFLADO mientras esperaba que el equipo de vigilancia se colocara en posición, Sarah estudió la foto de Tia que Loretta le había dado. Vio a una niña bonita con una cara redonda e ingenua. Sería dócil, había dicho Loretta. No tendrían ningún motivo para hacerle daño.

El problema era que Sarah conocía demasiado bien la realidad de los secuestros relacionados con las pandillas: las quemaduras de cigarrillos, las palizas, el agua hirviendo. Los secuestros eran quizás el reino más oscuro de esos jóvenes drogadictos, rabiosos y excitados. Tomaban prisioneros y, omnipotentes y a la vez extrañamente temerosos de su propio poder, exigían venganza, castigo y obediencia. En el peor de los casos, estos actos cogían un impulso propio que superaba el supuesto motivo del secuestro y lo convertía en otra cosa. Una locura.

Era un homicidio en potencia: ese era el miedo con los secuestros.

Por un segundo, Sarah se sintió abrumada por la responsabilidad. ¿Qué le había hecho insistir en que la estúpida sargento adujera datos confidenciales como motivo del arresto? Una especie de arrogancia. ¿Por qué demonios había hecho eso? Aducir las grabaciones de la cámara de seguridad habría sido una mentira piadosa para mantener a salvo a Ryan.

Se obligó a no volver a mirar la foto de Tia. Tenía que mantener la cabeza fría. Las cosas estaban yendo deprisa. La unidad de secuestros nunca había perdido a nadie. Eran buenos en su trabajo y ella era buena en el suyo. La Metropolitana estaba invirtiendo recursos en la búsqueda. Encontrarían a la niña.

El tío que parecía una comadreja y que había arrastrado a Tia por las escaleras ya había sido identificado: Charlie Douglass, el mismo chico cuya ventana Velux había atravesado King al escapar de su arresto. Temerosos de volver al domicilio de Loretta, el equipo de Sarah le había enviado fotos del chico por correo electrónico y ella había confirmado la identificación. King y Douglass habían sido arrestados juntos desde que tenían catorce años. Esto era una norma en la mayoría de la llamada delincuencia organizada: conexiones de barrio, amistades de la infancia. Grupos de chavales en las paradas de autobús, montando en bicicleta, jugando a la pelota en un terreno irregular.

La búsqueda de Tia y la investigación del homicidio de Spencer se superponían y se alimentaban mutuamente. Douglass era ahora candidato a haber sido quien había estado con King cuando King mató a Spencer.

Sin embargo, la prioridad no era discernir un crimen, sino encontrar a Tia. La vida ante todo. A pesar del rompecabezas sobre King y sus socios que estaban armando, lo más importante seguía eludiéndolos: la ubicación. King y Douglass vivían con sus familias, así que sus casas estaban descartadas. Tal vez tuvieran un almacén en alguna parte, un depósito, un piso que utilizaban como plantación de cannabis. Pero ¿cómo encontrarlo? ¿Cómo entrar en un pequeño grupo de jóvenes con rapidez sin alertarlos de que la policía estaba al corriente del secuestro? King podía ser un recién llegado, con solo dieciocho años, pero no era tan tonto como para utilizar su móvil. Los teléfonos de Douglass y de su prisionera, Tia, también estaban apagados.

Sonó su móvil. El equipo de vigilancia destinado al piso de Loretta ya estaba en posición. Arrancó el motor e inició el trayecto de regreso a Hendon a través del tráfico de hora punta. Los

transeúntes caminaban deprisa. Un escolar que llegaba tarde apareció corriendo delante de ella y tuvo que frenar. Los autobuses entraban y salían de las paradas, aceleraban y frenaban, cargaban y descargaban pasajeros. Mientras esperaba en un cruce, recordó un detalle. La detención fallida de King había sido hacia las dos de la madrugada. ¿Por qué entonces Douglass y él habían esperado hasta pasadas las ocho para llevarse a Tia? Sin duda habría sido mejor actuar de inmediato después del arresto frustrado.

Se quedó pensando en eso. Podrían haber estado decidiendo qué hacer. O podrían haber estado esperando algo. Llamó a Lee por el altavoz.

—¿Estás trabajando en la cámara de reconocimiento de matrículas del homicidio?

—Buenos días, Sarah. Estoy bien, gracias. ¿Cómo estás tú?

—Bien, sí. Anoche Elaine me dijo que el equipo había identificado cuatro posibles coches de alquiler que pasaron por la cámara de reconocimiento de matrículas antes y después del homicidio de Spencer.

—Estamos en eso. —Empezó con un discurso sobre cómo el equipo no había podido hacer nada anoche porque las empresas de alquiler estaban cerradas y que había perdido mucho tiempo con conductores alcoholizados—. Dios me libre, pero algunos logramos ir a casa y dormir en nuestra cama un par de horas.

Pero Sarah no oyó nada de eso. La información que oyó fue que ninguna de las empresas de alquiler de coches había abierto antes de las 8 de la mañana.

CAPÍTULO 46

RYAN PEDALEABA. UNA LLOVIZNA FINA flotaba en el aire y una película de humedad le cubría el rostro y se posaba en finas gotas sobre su cabello. La calle estaba flanqueada por árboles de tronco ancho y casas blancas grandes como barcos y custodiadas por alarmas negras parpadeantes. En otra época, esas casas habían estado llenas de vida. Puertas grandes y sucias. Muchos timbres. Muchos contenedores de basura en los jardines delanteros. Niños que jugaban fuera. Ahora estaban silenciosas y ordenadas y sus propietarios nunca estaban allí.

Ryan se agachó hacia el cuadro de la bicicleta y deslizó el cambio de marchas hacia delante con la yema del pulgar. La cadena se movió hacia la izquierda en el piñón delantero, de manera apropiada, como una serpiente obediente. Arrancó con ímpetu: sentía la fuerza que recorría su cuerpo y se inclinó más de lo necesario cuando tomó la curva.

Aquel día era diferente, lo entendía.

Adiós a la niñez. Adiós a la libertad. Si algo salía mal, adiós también a presentarse ante un juez y prometer cambiar.

La bici se desplazaba con suavidad debajo de él. Con las manos en las caderas, se balanceó por la calle entre curvas y recodos. Con una oleada de tristeza comprendió que este momento de precario equilibrio no era más que una retrospectiva de un tiempo que había quedado atrás. Ya no tenía a Spencer para que bloquearan juntos a los conductores y levantaran las ruedas de las bicis en el aire. Ya no tenía a Spencer esperándolo en una calle lateral para que le entregara un móvil. Ya no había más expresiones en los rostros de aquellos sobre quienes se abalanzaba como desde otra dimensión. Alguien le había gritado una vez: “¡Alto, ladrón!”. Durante días, Spencer y él se lo habían gritado el uno al otro, doblados de risa. En cambio, ahí estaba el Spencer de aquella noche oscura e irreversible, que retrocedía con una mano en el muslo. “¿Qué me está pasando?”. Ryan podía sentirlo, y casi arrastró la mano por su muslo, como si el dolor le quemara a lo largo del cuerpo. Alzó la cara hacia el cielo: estaba azul de nuevo.

La mochila en su espalda no era la de Shakiel. Eso habría llamado la atención.

Shakiel se lo había explicado todo. “No hagas nada que pueda dar pie a que te registren. Si te detiene la poli, sé educado, no les des ninguna excusa para que te metan las manos en los bolsillos. Y recuerda, solo estás ahí por si acaso. No llames la atención. Si algo sale mal con la entrega, les apuntas con el arma. No necesitas disparar. Solo dales un susto de la hostia. Yo hablaré”.

Y luego le había mostrado el arma.

Era un revólver. La pintura del cañón estaba desgastada y la empuñadura estaba envuelta en cinta adhesiva. Tuvo que admitir que había imaginado algo mejor. La poli tenía esas Glock tan guay con cargador en la empuñadura y el movimiento deslizante para cargar la bala. Eso estaba mejor.

Pero Shakiel le había dicho: “Sé lo que estás pensando, pero te equivocas. Puedes matar a un hombre con esto sin problema. La cosa es acertarle. He visto a alguien que disparó a través del parabrisas de un coche y falló. Así que si tienes que disparar, acércate todo lo que puedas y dispara y dispara y no pares hasta que no quede nada”.

Ryan pasó con piñón libre por delante del parque y el tráfico se hizo más denso. Los autobuses

esperaban en fila. Circuló con cuidado, respetando las normas, cosa poco habitual en él. Casas adosadas de ladrillo, pequeñas, con ventanas sucias. Escaparates en la planta baja. Apartamentos encima. Cogió el carril bici y pasó junto a un grupo de chicas que holgazaneaban por la zona: medias oscuras, faldas de tartán, mochilas sobre los hombros. Pensó en el arma que llevaba en su mochila. Se detuvo, abrió el candado en U y lo cerró. La llave giró con una cadencia rígida, con una familiaridad extraña para un día como ese. ¿Cómo podía algo ser normal? Con la capucha puesta, entró en McDonald's, cerró la puerta de un cubículo del baño y se encajó en la cintura de los vaqueros el revólver. Parecía haber quedado seguro, pero dudó y lo empujó hacia abajo con más fuerza y el cañón le raspó la piel de la espalda. Se llevó la mano a la espalda y practicó desenfundarlo. Se quedó un momento de pie, con el arma en la mano y los ojos en la pared de azulejos del cubículo.

Llamaron a la puerta. Ryan no hizo ningún movimiento.

—¿Todo bien ahí dentro? —preguntó alguien.

—Ya salgo —respondió al cabo de una vacilación breve.

—Date prisa.

Una sensación momentánea de omnipotencia. ¡El tipo no habría dicho eso si hubiera sabido lo que pasaba!

Respiró hondo, se guardó el revólver de nuevo en la cintura y se volvió a colocar la capucha. Tiró de la cadena del retrete vacío y salió del cubículo con movimientos rápidos y la cabeza gacha. El tío que esperaba fuera era blanco, delgado y lleno de granos, con unos vaqueros desteñidos. Un gilipollas.

La calle era la misma de siempre: una mujer con un niño en un cochecito plegable, tres chavales de su edad que le echaron una ojeada y asintieron como si estuvieran de acuerdo en algo fundamental, un anciano judío que caminaba despacio con un sobretodo negro manchado y zapatos con suela de goma. Sin embargo, su visión parecía electrificada por el arma que llevaba en la cintura. Giró por la pequeña calle lateral. Las bisagras de la puerta de cristal estaban rígidas. Sus sentidos se llenaron del olor a masa caliente. Con una lata de Coca-Cola en la mano izquierda y un bagel de atún en un plato blanco frente a él, observó la calle desde un taburete alto junto a la ventana.

CAPÍTULO 47

LA SALA DE CONTROL DEL circuito cerrado de televisión de las autoridades locales era silenciosa, no tenía ventanas y estaba mal iluminada. Un mostrador de fórmica largo y estrecho se extendía frente a una hilera de pantallas con vistas alternas de las cámaras que cubrían las principales calles del distrito. Por cada hora de tiempo real, estos ojos municipales indiferentes captaban cientos de horas de la vida de las personas. Pequeñas figuras grises que caminaban por las calles de Londres, coches en fila para girar a la derecha, autobuses que paraban y arrancaban, recogían y depositaban. Lizzie había visto muchas veces cómo esa cotidianidad se iluminaba de repente por un incidente drástico, las luces azules que parpadeaban en pantallas monocromáticas mientras en otra cámara situada a pocos metros la gente seguía caminando.

Un hombre blanco, corpulento y canoso estaba al mando y no tardó en hacerle saber que era un expoli. “Sí, treinta años completos”, explicó en respuesta a una pregunta que ella no había formulado y sin mostrar curiosidad alguna por la naturaleza de la operación en la que ella estaba trabajando. “Me alegro de haberme retirado, la verdad. Vivimos la mejor parte. Siento pena por vosotros”.

Sin más comentarios, llevó a Lizzie a un área compartimentada y la dejó con Mohammed, un africano cortés y pausado, con los pies sin calcetines cómodamente calzados muy abiertos dentro unos zapatos de cuero planos. Angel ya estaba allí, con los pies sobre el escritorio y hojeando un ejemplar del *Daily Mail*. Le hizo un gesto con la cabeza.

—¿Quieres ocuparte del coche de Los Hermanos?

—Vale.

Volvió a enfrascarse en el periódico. Lizzie dejó su radio sobre el escritorio.

—¿Una taza de té? —ofreció Mohammed.

—Preferiría que te quedaras aquí, si no te importa. Me gustaría ver las grabaciones contigo.

Mohammed se rio.

—Sin problema.

Lizzie echó un vistazo a Angel. Parecía relajado, incluso aburrido. Debía de haber hecho esto muchas veces antes. Pero ella no era tan tonta para actuar como si se las pudiera arreglar y luego cagarla. Este era el trabajo policial de verdad que Kieran le había prometido y, aunque no era glamuroso, Lizzie comprendía su importancia. Mientras Mohammed pasaba de una cámara a otra, ella tomó nota de las distintas ubicaciones y números en el mapa que había impreso de Google. Mohammed señaló un mapa en la pared.

—Están todas allí —precisó.

Lizzie sonrió.

—Prefiero trabajar así, si no te importa —contestó—. Me ayuda a tener una mejor idea del sistema.

Su móvil zumbó con un WhatsApp de Kieran. Perseo utilizaba un canal de radio reservado, pero permanecía en silencio, ya que era solo para casos de emergencia. La mayor parte de las comunicaciones se realizaban a través de los móviles personales.

“Toyota plateado. Destino desconocido”.

Lizzie consultó su reloj y anotó la hora en el registro. Shakiel estaba siendo puntual. Un gran

día para él. Un gran día para todos. Miró la pantalla. Si no identificaba el coche cuando saliera del concesionario, sería imposible identificarlo más tarde. Mohammed le ofreció una bolsa de Werther's Originals y ella cogió uno, sin apartar los ojos del monitor. Un coche apareció por la calle lateral. En la cámara se veía gris, no plateado. Con aire cansado, Angel bajó las piernas del escritorio e impulsó su silla con ruedas para acercarse a Lizzie.

La cámara 4 ofrecía una vista alta y distante de la calle. Lizzie puso el bolígrafo sobre el coche para seguir su marcha y pidió a Mohammed que acercara la cámara. Una moto oficial lo adelantó con las luces azules parpadeando y desapareció justo en el cruce. Casi de inmediato, sonó el WhatsApp para confirmar el vehículo y su matrícula.

El tráfico era lento. Lizzie dejó que Mohammed cambiara de cámara mientras ella apuntaba los números y los tiempos en su cuaderno de registro y actualizaba la información en el WhatsApp. El coche recorrió la calle principal y luego giró a la izquierda por una calle lateral.

—¿Tenemos cámaras ahí? —preguntó ella.

—No, señora.

—Por favor, no me digas señora. Lizzie.

Verificó el nombre de la calle en su mapa de Google y lo introdujo en el grupo de WhatsApp y en el cuaderno de registro.

"Maiden Lane: sentido único".

Mientras sus ojos se repartían entre la pantalla y su móvil, buscó Maiden Lane en Street View: un vallado con grafitis que protegía una pared de ladrillo blanco, una oficina de taxis, una panadería de bagels. En la acera de enfrente, una gasolinera abandonada.

Ryan dio un mordisco al bagel. El atún estaba frío y aceitoso, la masa dura y correosa. Se arrepintió de intentar comérselo. Shakiel le había dado un móvil desechable y lo sacó del bolsillo trasero para verificar si había mensajes. La pantalla estaba negra. Se levantó, tratando de mantener un ojo en la ventana.

—¿Puedo cargar mi teléfono?

El tío que estaba detrás del mostrador, un gigante con un traje blanco de panadero y rizos canosos atrapados debajo de una redecilla de plástico azul, lo miró como si no tuviera la más mínima importancia en su día. Shakiel le había dicho que tuviera el teléfono encendido y, presa del pánico, Ryan pensó en ofrecerle dinero al tipo, mucho dinero. Shakiel le había dado cien billetes de veinte por si acaso. Pero en un instante de lucidez, se dio cuenta de lo descabellado que parecería. Miró hacia la ventana. Un pequeño Toyota plateado pasaba por la calle.

Oyó al encargado de la panadería que hablaba detrás de él.

—¿Me lo vas a dar o no? —Se volvió hacia el mostrador. Shrek tenía la mano enorme tendida, apretada dentro de un guante de plástico azul. Ryan le dio el teléfono.

—Gracias. —Y regresó al taburete junto a la ventana.

Un Toyota se desvió hacia el lado opuesto de la calle y se detuvo frente a la tapia llena de carteles de la gasolinera abandonada unas puertas más adelante. Shakiel iba en el asiento del copiloto. Steve en el del conductor. Ni señales de Jarral. Eso era extraño. ¿Habría pasado algo? Pensó en ir a buscar su teléfono, pero sería demasiado pronto para que tuviera carga.

—Lizzie —dijo Mohammed, y ella volvió su atención a la pantalla. En la calle principal, un coche pequeño y más oscuro estaba girando a la derecha hacia la calle lateral. Incluso con el

zum, la cámara estaba demasiado lejos para captar la matrícula. Actualizó la información en el WhatsApp y su cuaderno de registro, y esperó mientras el vehículo giraba.

Angel tenía su propio cuaderno de registro en las manos.

—Tenéis que cambiar de coche, ¿vale? Porque estáis siguiendo a Los Hermanos. Yo seguiré al Toyota. Usaré las pantallas a la derecha.

Lizzie asintió.

—Sí.

Esperaron y observaron en silencio.

El teléfono de Lizzie sonó. Era de la guardería. Rechazó la llamada.

Tres minutos después, se sintió el sonido de un mensaje de voz entrante. Mientras miraba la pantalla del circuito cerrado de televisión, Lizzie escuchó.

"Soy Talulah. No es nada grave, pero el ojo de Connor está peor. ¿Puedes llamarme?".

Lizzie sentía los ojos de Angel sobre ella. Dejó el móvil sobre el escritorio.

Ryan bebió varios sorbos de Coca-Cola y esperó.

Un BMW azul de cinco puertas había pasado por delante de la panadería de bagels y había aparcado detrás del Toyota. A Shakiel no le gustaría. Tenía un problema con los BMW; decía que la poli detenía a cualquier negro que anduviera en un bemeuve.

Shakiel se bajó del Toyota y dejó a Steve en el asiento del conductor Se dirigió al maletero y lo abrió. Dos tipos blancos se apearon del otro coche. Ryan se levantó y se dirigió hacia la puerta. Se sentía como si flotara. El metal del revólver se había calentado y su presencia sólida y dura le produjo una repentina punzada de excitación. Los pies le hormigueaban dentro de los zapatos.

Los tipos blancos habían abierto el maletero de su coche y se estaban cruzando con Shakiel en la acera. Shakiel miró dentro del BMW: los tipos blancos miraron dentro del Toyota. Cerraron los maleteros. Los pasajeros cambiaron de coche, tomaron asiento y cerraron las puertas. Los conductores se bajaron sin mucha prisa e intercambiaron las llaves a mitad de camino entre los coches. Y entonces, como dos patos en un estanque, el BMW y el Toyota giraron y desaparecieron por Maiden Lane en dirección a la calle principal.

Ya estaba hecho. ¡Muy fácil! Facilísimo.

Ryan sonreía: Shakiel estaría molesto porque los otros hubieran alquilado un bemeuve, y eso le divertía. Bajó del taburete de un salto, dejó el bagel y la lata de Coca-Cola y se acercó al mostrador. Llamó al hombre, que había desaparecido dentro de la cocina.

—¿Me devuelves mi teléfono?

El hombre caminó despacio hacia él.

—No para de sonar.

Ryan se lo arrebató de la mano.

—Vale, gracias. —Seguro que era Tia, que le enviaba memes de muertos. Había insistido en que le diera el número nuevo y Ryan se lo había dado con la condición de que no se lo pasara a su madre. Corrió hacia el McDonald's. El tráfico seguía moviéndose con lentitud y, si se apuraba, podría pasar junto a Shakiel al final de la calle y levantar el pulgar.

Los dos coches habían dejado atrás Maiden Lane; el más oscuro había girado a la derecha, el más claro a la izquierda. Lizzie lo registró y actualizó el WhatsApp.

—¿Tienes al coche más oscuro? —preguntó Angel.

—Sí.

Un coche patrulla había entrado en la calle detrás del objetivo. Podría haber sido parte del tráfico, un patrullero que respondía a llamadas no urgentes en su recorrido.

Ya faltaba poco.

Ryan maldijo la rigidez del candado de la bicicleta, que le llevó unos minutos abrir. ¡Debería haberlo engrasado! Pero luego pasó la pierna por encima del travesaño, se inclinó hacia delante y cogió velocidad con rapidez. El BMW estaba delante y avanzaba en fila con paciencia, un vehículo como cualquier otro. A Shakiel no le gustaría que le hiciera una seña. Nada que pudiera llamar la atención. Así que redujo la velocidad. Se limitaría a pasar con la bici. Shakiel lo vería y se alegraría. Se encontrarían más tarde y Ryan le entregaría el arma. Estaría tranquilo, pero algo habría cambiado: habría demostrado que sabía cómo manejarse. Luego arreglarían lo otro. Eso todavía lo asustaba, pero después de este éxito sería más fácil.

Podía ver un coche de policía justo detrás del bemeuve. Nada de qué preocuparse. No obstante, apoyó las manos en el manillar porque había recordado las palabras de Shakiel: no les des ninguna excusa. No modificó el rumbo, porque eso podría provocarlos. Cuando adelantó a los dos vehículos, el patrullero encendió una vez las luces azules para que el bemeuve se detuviera.

Ryan siguió pedaleando, con las manos sudorosas sobre las empuñaduras de goma acanaladas del manillar.

Tranquilo, tranquilo.

Lizzie observaba. El BMW acataba la orden y se estaba deteniendo.

En otra pantalla diferente a su derecha, vio que el Toyota también recibía la orden de detenerse: una sincronización perfecta, para que ninguna de las partes pudiera advertir a la otra. No le prestó atención y volvió a concentrarse en su coche.

La puerta del copiloto del patrullero se abrió. Un agente uniformado salió y se acercó a la ventanilla del conductor del BMW.

Ryan miró por encima del hombro y vio a uno de los policías, un sujeto delgado, deportista y con barba, de pie junto a la ventanilla del conductor. Un control de rutina, seguro, el acoso habitual. Shakiel tenía razón: un negro en un bemeuve siempre iba a llamar la atención. Pero luego, mientras continuaba pedaleando, a unos cien metros más allá del coche, vio algo que lo dejó helado. Aparcado en una zona de carga, un Vauxhall plateado. Tres personas: dos blancos, uno negro, todos hombres. Todos con ese aspecto. Polis, seguro.

Un hombre corpulento, que Lizzie supuso que era Shakiel, se estaba bajando del vehículo objetivo y avanzaba despacio hacia el maletero.

Sus ojos escrutaron la pantalla en busca de algo fuera de lugar o inusual, pero el zum estaba muy reducido. En el instante en que le estaba pidiendo a Mohammed que ampliara la imagen, Shakiel echó a correr.

—¡Alto, policía!

Ryan oyó el grito y miró por encima del hombro. Shakiel estaba corriendo. El oficial lo perseguía y gritaba.

—¡Estamos armados!

Ryan empujó la palanca de cambios hacia delante y pedaleó con fuerza hacia atrás. La cadena

se deslizó y se salió. Apoyó los pies en el suelo y volvió a mirar por encima del hombro. Shakiel, a unos cien metros, corría entre el tráfico. Su codo izquierdo se levantaba —con mucha lentitud, parecía— y se estaba llevando la mano derecha a la axila. Una mujer metió a su hijo pequeño dentro de una tienda. Ryan se llevó la mano a la espalda hacia su propia arma. Shakiel lo miró a los ojos, pero Ryan solo vio el momento reflejado en ellos: sorpresa, determinación, huida y ninguna idea de lo que Shakiel quería.

De repente, el ruido de la policía invadió la calle. Sirenas. Los BMW X5 aparecieron desde direcciones opuestas. Coches con agentes armados.

Como en un sueño, Ryan miró hacia el X5 que se acercaba. Ya había sido abandonado en la calle, con las puertas abiertas. Tres agentes corrían por el asfalto hacia Shakiel, pistolas Glock en mano. Desde la dirección opuesta, otros tres polis corrían a toda velocidad entre el tráfico.

—¡Estamos armados!

Los peatones se dispersaban.

Pero Shakiel dejó de correr. Retiró su mano. Levantó ambas manos en el aire.

Las manos de Ryan volvieron al manillar. Sentía que le temblaba todo el cuerpo, pero tal vez solo le estaba ocurriendo por dentro. Por fuera, quizá solo parecía un chaval con una bicicleta a la que se la había salido la cadena. Su cuerpo se movía como si perteneciera a otra persona. Esperaba, como entumecido, que sus acciones parecieran normales "¡Se me ha salido la puta cadena!", pero se sentía como si fuera de madera. Esta otra persona que también era él subió la bicicleta a la acera hacia la entrada de una tienda de todo a una libra. Todo era fluorescente: los balones de fútbol, las cajas de almacenaje, las flores. "¡Nadie supera nuestros precios!". Había sucedido de repente: una sensación como de estar muy colocado. Volcó la bici sobre la acera y jugueteó con la cadena, en cuclillas. Observando.

Vistas por Lizzie a través del sistema de cámaras de seguridad del ayuntamiento, las acciones resultaban extrañamente impersonales. Era como ver una película, no algo real. Tal vez la gente que estaba en la calle pensara lo mismo —como si una bala perdida no pudiera matarlos—, porque los curiosos se habían reunido para contemplar el espectáculo. Algunos grababan con sus móviles. Un grupo de mujeres congregadas en la acera. Un hombre que miraba por una ventana abierta. Una mujer con un cochecito que hizo una pausa. En la acera, del mismo lado que la parada del autobús, una bicicleta volcada. Seguro que se le había salido la cadena. Un joven parado frente a ella. Era Londres, la vida normal interrumpida por un incidente.

La cámara se alejó y un coche plateado irrumpió en la pantalla. Resultó que tenía las luces azules ocultas, porque Lizzie vio que eran blancas. No se movía con rapidez: solo lo suficiente para avanzar entre el tránsito y acercarse al BMW. Un hombre alto —Kieran, se dio cuenta— se bajó del Vauxhall plateado y el coche continuó su marcha y se detuvo en una zona de carga un poco más adelante. Dos agentes armados estaban de pie junto al BMW. También había una persona vestida de forense con una cámara. Kieran les estrechó la mano. Luego se quedó mirando un rato el interior del maletero abierto del coche.

El helicóptero sobrevolaba en lo alto. Ryan, de pie y con las manos en las caderas, observó todo desde la distancia. El tráfico serpenteaba alrededor de varios coches, los conductores frenaban y se volvían para ver qué estaba pasando. Porque era interesante, sin duda. Un incidente. Más atrás, empezaba a crecer la impaciencia. Sonaban las bocinas. Pero los policías parecían lentos, firmes, imperturbables.

Shakiel había sido esposado con las manos en la espalda. Contemplaba la calle como si fuera un emperador perseguido y atrapado por fuerzas invasoras que merecían su desprecio. Un tipo alto que había estado de pie junto al bemeuve caminaba por la calle hacia él.

Los ojos de Ryan se desviaron hacia la izquierda. Steve también estaba fuera del coche, también esposado. Se veía diferente de Shaks, andrajoso, un poco hundido, y Ryan sintió pena por él. Era un tío viejo para estar tras las rejas mucho tiempo.

Advirtió que uno de los oficiales armados era una mujer. Era muy guapa, con su uniforme, la pistola atada a la pierna y su gorrito azul. El hecho era que el cerebro de Ryan no lograba asimilar el desastre que estaba ocurriendo frente a él. Todo era tan ordenado, tan sencillo. Organizado. Cortés. Sus ojos se dirigieron de nuevo hacia Shakiel, que ahora estaba de pie junto al tipo alto. Parecían estar conversando, casi como si fueran amigos.

Todo parecía ir bien: un drama policial mudo en blanco y negro que se reproducía en una pequeña pantalla. Lizzie sabía que era Kieran el que estaba hablando con Shakiel, pero era como si fuera un extraño para ella. A Steve lo habían sacado del asiento del conductor y lo habían esposado. ¿Sabrían los agentes armados que era policía? Estaban acompañando a Shakiel y a Steve hasta el maletero del coche y abrieron el maletero. Los policías debían de llevar cámaras. Aquí estaba la evidencia, la continuidad, la reacción en vivo, la *res gestae*. La cosa misma. La prueba. Esto era tener el control absoluto.

La vista de Ryan estaba bloqueada de forma parcial, pero sabía lo que estaba pasando y lo irreversible que era. Estaba viendo cómo su mundo se desmoronaba. Imaginó la expresión de Shakiel mientras contemplaba las armas en el maletero. ¿Qué estaría diciendo? Nada. No diría nada. Su expresión sería inalterable. En perfecto autocontrol. Ryan quería llevarse la mano a la cintura y disparar.

¡Bang, bang, bang!

Pero eran seis, todos con Glocks relucientes. Con todo ese entrenamiento y esa mierda. Sería una forma rápida de morir y él no quería morir. Quería… ¿qué? Tener el control. No estar parado allí mirando y sin saber qué hacer.

A Shakiel lo subieron a un patrullero. A Steve, al Vauxhall que estaba más adelante.

Mientras Ryan seguía allí aturdido, el coche con los agentes armados que llevaba a Shakiel pasó junto a él. Shakiel tenía los ojos clavados en la ventanilla trasera. Ryan estaba de pie en el bordillo y Shakiel debió de verlo al pasar, pero no hizo ningún gesto de reconocimiento, solo se quedó mirando. Ryan volvió a preguntarse por la ausencia de Jarral. ¿Sería él? ¿Sería él el soplón? ¿Era eso lo que había pasado?

Se arrodilló y levantó la cadena sobre los engranajes, con las manos pegajosas de aceite. Luego cerró los ojos y apretó los puños, perdido por un momento en la oscuridad.

Se incorporó, pasó la pierna por encima del travesaño, se adentró en el tráfico y comenzó a pedalear en la dirección contraria. No quería pasar junto a esos coches, de ninguna manera. Intentaba saber qué hacer, como sabía que haría Shakiel. No tenía a nadie a quien llamar esta vez. Nadie a quien preguntar. ¿Debería deshacerse del revólver? Ni idea. Después de todo, no era un hombre, solo un chico en bicicleta. Se alejaría, encontraría un lugar donde quedarse un rato y reflexionar. Tal vez Shakiel le enviaría a alguien. Demasiado tarde, se dio cuenta de que se acercaba al Vauxhall plateado. El coche avanzaba despacio entre el tráfico. Iba detrás de los

demás coches porque había tenido que girar. Ryan quería evitarlo, pero eso llamaría la atención. Así que empezó a acelerar, como cualquier chaval en bicicleta con un destino al que llegar.

Se acercó al vehículo. Nadie lo miró. Todos hablaban de manera amistosa, como si nada. El conductor sonreía. Quizás alguien había contado un chiste. Ryan estaba a mayor altura que los pasajeros y, al pasar, alcanzó a ver sus regazos. Steve se frotaba la muñeca derecha y la hacía girar en su mano izquierda. Ya no estaba esposado. Y allí, al abrigo del coche, uno de los otros oficiales se estiró para estrecharle la mano.

Shakiel iba sentado junto a Kieran en el asiento trasero del coche con los agentes armados y contemplaba en silencio por la ventanilla. Los dos oficiales que iban en el asiento delantero bromeaban, reclinados, y se pasaban una bolsa de caramelos. Eran oficiales autorizados a portar armas de fuego y pertenecían a una tribu distinta a la de Kieran: solo le estaban haciendo el favor de llevarlo junto con su prisionero. Más allá de la redacción de declaraciones breves, su trabajo había terminado. El operativo había salido bien, sin errores ni preocupaciones que llevarse a casa. No más luces azules para ellos ahora, solo el tráfico que avanzaba y se detenía en su lenta marcha hacia el oeste.

—¿Un caramelo? —comentó el tipo en el asiento del copiloto—. ¿A quién demonios le gustan?

Kieran estaba a kilómetros de distancia: intentaba imaginarse de nuevo el maletero abierto del BMW: las bolsas negras de nailon apiñadas. Habían abierto dos y encontrado cañones y culatas, y munición pegada con cinta adhesiva plateada. Un silenciador con cañón gris. Alineados uno junto a otro, había Kalashnikovs de acero fresado con culatas de madera y cargadores curvados. ¿Había contado siete? Y al menos cuatro ejemplares del arma asesina elegante que usaba Neo: pistolas ametralladoras Skorpion semiautomáticas, con cargadores de veinte cartuchos. Una selección de armas de la Guerra Fría. Reliquias, pero suficientemente letales. Apretujadas en un costado, como calcetines en una bolsa de viaje, con granadas del tipo piña verdes. Daba vértigo. Era una locura. El maletero del coche era como una guerra lista para empezar.

No era un fanático de los recuerdos, pero pensó que se guardaría una foto de la escena del crimen de aquel maletero. Quedaría bonita en blanco y negro. Enmarcada.

Podría resultar ser el mejor trabajo de su carrera.

Sin embargo, no podía evitar la sensación de decepción. Por muy buena que fuera, la realidad nunca era tan satisfactoria como el sueño.

No sabía qué hacer con ese sentimiento. Siempre estaba ahí.

Unos años atrás, habría llamado a su esposa, Rachel, pero hoy por hoy, ella se mostraba menos paciente con sus triunfos. Bajó la vista al teléfono y envió un mensaje a Lizzie.

Sé que identificaste a Jarral para Sarah Collins, pero te perdono. :)

No recibió respuesta.

Estaría bien ver a Steve; él compartiría la satisfacción. Pero lo último que Kieran había oído era que lo de Ryan seguía pendiente y que Steve regresaría al apartamento por si aparecía por ahí. Había un riesgo de que Perseo se hubiera filtrado, pero era pequeño; los sospechosos iban a estar incomunicados en celdas de detención exclusivas para los prisioneros de la operación. Además, era un riesgo dejar a Ryan pendiente, así que habían decidido hacerlo. De todas formas, solo Shakiel, Jarral o Ryan iban al apartamento. Steve esperaría en el piso y solicitaría apoyo si Ryan aparecía en la puerta.

Siempre había asuntos que necesitaban ajustarse, pero los detalles iban quedando relegados a un segundo plano. Habían incautado las armas. El protagonista principal estaba sentado en la parte trasera del coche a su lado. Kieran volvió a experimentar la excitación y recordó el momento una vez más: Shakiel que echaba a correr. Como había triunfado, Kieran podía permitirse cierta tristeza. Debían de haber pasado años desde que Shakiel había corrido así, pero Kieran todavía podía ver al joven que alguna vez había sido, huyendo de la policía por las calles de Londres. La mano de Shakiel se había acercado a su axila y Kieran había sentido un horror anticipado al pensar en la inevitable ráfaga de balas que dispararían los oficiales armados y que volarían en espiral por el aire más rápido que la vista en dirección a la amenaza que debía ser detenida. Pero Shakiel ya no era un hombre joven. La cadencia de sus pasos había disminuido, como un velocista después de cruzar la meta, y su mano había cambiado de dirección, se había alejado de la axila y del olvido en que lo sumiría. La edad y la experiencia alzaron ambas manos hacia el cielo, vacías y a la vista, con lentitud, en evidente rendición.

La captura fue de manual. Un oficial que cubría con un arma y Shakiel que se arrodillaba. Mientras caminaba por el asfalto, Kieran se había obligado a moverse despacio. Las cosas que había pensado decir no las dijo. Si Shakiel lo reconoció después de tantos años, no dio ninguna pista. Kieran mostró su tarjeta de identificación, con el brazo extendido. “Soy el detective inspector Kieran Shaw. Estás arrestado por participar en el tráfico de armas de fuego, en contravención con lo dispuesto en el artículo 170 (2) de la Ley de Gestión de Aduanas e Impuestos Especiales de 1979”.

Había anticipado con impaciencia el interrogatorio, pero ahora, sentado en el coche, casi le costaba imaginárselo, ese momento sublime reducido a la necesidad de una serie de preguntas que nunca serían respondidas.

“¿Conocías el contenido de las bolsas?”.

“Sin comentarios”.

Nada de lo que dijeran importaría. Tenían a Shakiel grabado antes, durante y después, con todo lujo de detalles. La intención, la planificación, el dinero, las armas. Treinta años mínimo, calculó Kieran. Tal vez solo cumpliera quince, pero —dijeran lo que dijeran los ignorantes— era mucho tiempo para dormir en una celda y tener que comer lo que te daban.

Recordó cuando lo había dejado en libertad después del homicidio de Daniel Harris. Aún jóvenes, se habían detenido juntos en la puerta trasera de la comisaría.

“Gracias”.

“No te preocupes, Shakiel. Nos veremos pronto”.

Tal vez su propia vida había sido una larga rendición desde entonces, y la pureza de la cosa se había diluido, como debía ser. La hipoteca, un matrimonio, una amante. Horas de viaje para ir y volver del trabajo. Un perro, Pebbles, ahora viejo y con el hocico gris. Su hija, Samantha, que durante un tiempo había parecido tener el mundo en sus manos, como una esfera de nieve perfecta. Ni siquiera ella había sido suficiente para que se mantuviera fiel. La huella de los cuatro dedos de Connor curvados alrededor de su cuello. Así transcurría su vida. Tal vez no tan diferente de la de Shakiel, después de todo. Sus rumbos, como las vías de un tren, se habían alejado, pero corrían paralelas. El primero de los hijos de Shakiel había aparecido en un vídeo de vigilancia: un chico guapo, alto para su edad, vestido con equipación de fútbol roja y una bolsa de deporte al hombro. El investigador financiero había informado que Shakiel estaba pagando la matrícula escolar: un internado, al parecer. Surrey. ¿Qué pasaría con el niño cuando Shakiel fuera a la cárcel? ¿Se haría cargo la escuela del chico del barrio periférico o lo devolvería a la

academia de la calle, a los aparcamientos en los barrios, con los chavales dando vueltas en bicicleta y pasando objetos de mano en mano?

Kieran se volvió hacia Shakiel, pero este seguía mirando la calle londinense por la ventanilla.

Solo una mirada fugaz a través de la ventanilla del coche.

Ryan no había podido ver la cara de Steve, pero había visto sus manos, y no tenía las esposas.

Continuó pedaleando, casi sin ver la calle.

No tenía las esposas. ¿Y qué? Después de todo, las esposas duelen. Golpean contra los huesos. Duelen como el demonio. A veces dejan marcas. Tal vez los policías habían decidido quitárselas. ¿Y por qué no? A veces lo hacen. Habían sentido lástima por él, pobre viejo, con una larga condena por delante a su edad.

Y como Ryan no había visto la cara de Steve, no sabía si Steve se había estado riendo como el conductor.

Pero entonces la última parte del círculo que no cerraba y que no quería ver: la mano delgada de Steve, con las venas hinchadas y la piel arrugada, que se extendía y aceptaba el apretón de manos.

¿Podía estar seguro? ¿Podía estarlo?

Pedaleó con fuerza, con la intención de llegar a un lugar seguro donde poder pensar todo bien, pero su móvil había empezado a sonar y recordó al hombre en la panadería de rosquillas cuando se lo había devuelto.

"No para de sonar".

Con una mano en el manillar, lo buscó en el interior de su sudadera. Tal vez hubiera una respuesta a todo esto. Una explicación. Quizá las cosas no fueran tan malas como parecían.

Conocía la voz, aunque solo la había oído una única vez antes. La oscuridad de aquella noche lo invadió: el destello plateado de la navaja y la voz de su amigo muerto.

"Por favor, no".

—Listo, mejor imposible —dijo Angel.

Pero en la pequeña pantalla, una bicicleta que pasó junto al Vauxhall camuflado en la dirección contraria había llamado la atención de Lizzie. ¿Había frenado al pasar? En cuestión de segundos, había desaparecido de la pantalla.

Nada, probablemente.

—Hora de tomar un té —añadió Angel.

Lizzie levantó la mano para concentrarse un momento. De pronto, recordó al chaval que había visto de pie en la acera con la bicicleta volcada. Si estaba de ese lado de la calle, tendría que haber estado yendo en la dirección contraria. Imágenes fugaces, casi sin registrar en la periferia de la acción, acudieron a su mente.

—¿Puedes volver a la cámara que toma la entrada a Maiden Lane, Mohammed? —pidió.

—Sí, señora. ¿Cuánto la retrocedo?

Lizzie chequeó su registro.

—Vale, a las diez.

—Eso sería unos treinta minutos antes de que lleguen los coches, ¿no?

—Sí, por favor. Pásalo tan rápido como podamos verlo.

Volvieron a la vista distante y alta de una calle londinense común y corriente, donde la vida se desplegaba con rapidez en el vídeo acelerado de las cámaras de seguridad: gente que caminaba,

un barrendero con su carro, un grupo de chicas que avanzaban deprisa y pavoneándose por la calle y, a continuación, una bicicleta que se detenía en la acera. Lizzie levantó la mano para que Mohammed detuviera la grabación. Dio un golpecito a la bicicleta para que todos supieran lo que estaba mirando. La bicicleta no parecía tener ningún problema —un manillar de carretera antiguo — y el chico que la conducía llevaba ropa oscura. La reproducción se reanudó. El chico se arrodilló y colocó el candado a la bicicleta. Caminó por la acera y desapareció por una puerta. La cámara estaba colocada de tal forma que resultaba imposible ver en qué tipo de edificio había entrado, pero un cartel indicador borroso se proyectaba hacia la calle.

—Eso es McDonald's —afirmó Angel.

—¿Puedes ir más rápido, por favor? —interpuso Lizzie.

Pasaron cinco minutos en uno. La puerta del McDonald's se abrió y salió un chico vestido de oscuro. Se había subido la capucha. Lizzie tocó la pantalla y Mohammed congeló la imagen.

—¿Es él, el mismo chico que entró? —preguntó ella.

—Eso parece. Misma ropa. Misma altura.

Si era el mismo chico, no volvió junto a la bicicleta. En vez, al doble de velocidad, cruzó la calle. Otras figuras entraron y salieron del plano: una mujer con un cochecito, tres chicos con sudaderas y, al otro lado de la calle, una figura solitaria que avanzaba dando golpecitos con un bastón. El chaval giró a la derecha en Maiden Lane. Lizzie volvió a consultar el mapa y confirmó lo que ya sabía: no había forma de salir de Maiden Lane, ni siquiera a pie. El chico, cuando se fuera, tendría que volver por el mismo camino.

Verificó en su cuaderno de registro las horas de llegada y salida de los vehículos.

La pantalla desplegó el trajín de la calle con rapidez; la gente y los coches avanzaron traqueteando como en una animación de parar-seguir. Vidas que transcurrían. El primer coche y, tras una pausa, el segundo, que dobló hacia Maiden Lane. Después de un intervalo comprimido en segundos, volvieron a aparecer. Uno. Dos. La vista de la cámara permanecía alta y distante y ambos vehículos eran visibles. El tráfico circulaba con fluidez por el carril derecho y el Toyota pasó deprisa y salió del cuadro. Pero entonces, justo antes de que Mohammed acercara la cámara al coche más oscuro, un chico con ropa oscura apareció corriendo hacia el borde del cuadro, en dirección a la bicicleta que había dejado fuera del McDonald's.

—¿Lo veis? —preguntó Lizzie.

Angel asintió.

—Sí.

El chaval desapareció. Mohammed había acercado la imagen al coche más oscuro y la salida de Maiden Lane se eliminó del registro. Pero había una bicicleta, justo ahora, que entraba en el cuadro y pasaba junto al coche patrulla.

El móvil de Lizzie volvió a sonar. Miró la pantalla: la guardería de Connor otra vez. Rechazó la llamada.

Las luces del coche de policía parpadearon justo cuando pasó la bicicleta. El cuadro se estrechó —Mohammed hizo zum sobre objetivo— y la bicicleta desapareció. Lizzie recordó haberle dicho que volviera a alejarse, pero pareció tardar una eternidad. Cuando el marco volvió a ensancharse, había una bicicleta volcada en la acera.

Lizzie le dio unos golpecitos con el bolígrafo.

—Lo veo —señaló Angel.

—¿Es la misma bicicleta? —preguntó ella.

—No lo sé. Tal vez.

El chico estaba agachado. Podía ser la historia de todos los días, una cadena de bicicleta que costaba volver a colocar, o algo totalmente distinto. El chaval se incorporó y dio un paso hacia el borde de la acera. Los arrestos continuaron, los hombres eran introducidos en los coches y, todo el tiempo, el chico observaba, inmóvil a pesar de la acción que se desplegaba a toda velocidad a su alrededor.

Y entonces fue como si despertara de un sueño. Volvió a subirse a la bici y cruzó la calle para pedalear en la dirección de la que había venido.

Angel se volvió hacia Mohammed.

—¿Puedes dejarnos un momento mientras hablo con mi colega?

Ryan cerró los ojos y se cubrió la cara con la mano izquierda. La derecha, que sostenía el teléfono, había caído junto a su muslo. Estaba en la calle, con las piernas a horcajadas sobre la bicicleta y los pies apoyados en la acera, pero en realidad no estaba allí. Estaba en otro sitio, en un lugar donde el viento aullaba y la luz brillaba con tanta intensidad que arrasaba el paisaje.

—Escucha, soplón. Tenemos a Tia.

—No soy un soplón.

La voz que hablaba en el otro extremo del teléfono no tenía paciencia y aunque Ryan se sentía como si estuviera tratando de moverse a través de algún elemento más espeso que el aire, tenía que hacer funcionar su mente. El teléfono junto a su muslo chillaba y esparcía desolación.

—¿Me estás escuchando, cabrón? ¿O tengo que repetírtelo? Tenemos a Tia.

La luz blanca había regresado, arrasando toda lógica.

Vio a su hermana con sus trenzas: formaba una G con los dedos sobre su frente y se reía de él. “Gilipollas”.

Levantó el teléfono.

—Me encontraré contigo.

—Dónde.

Otros fragmentos de recuerdos rondaban los bordes de su conciencia, donde la luz iba menguando hacia el crepúsculo. Retazos raídos que ondeaban al viento. Shakiel esposado. Los policías tan tranquilos, tan organizados. Steve que estrechaba su mano en la parte trasera del coche.

Había pensado que Jarral había entregado a Shakiel. Pero no. Por supuesto que no. Solo había una persona aparte de Shaks a la que Ryan le había contado que estaba con Spencer la noche en que lo habían apuñalado: Steve. Por eso Martín Pescador pensaba que él era un soplón. Steve se lo había contado a la policía y la policía había intentado arrestar a Martín Pescador.

—Trae a mi hermana. La dejarás ir y yo me subiré a tu coche.

Tenía que ir a un lugar. Tenía una cosa que necesitaba hacer. Un par de cosas.

Angel cogió la radio de la policía.

—Perseo. Aquí Metro Whisky Cuatro.

No hubo respuesta. Ambas paradas se habían hecho y se había arrestado a los objetivos. El canal específico para la operación se había dado de baja.

Lizzie empezó a hablar, pero Angel levantó la mano para que se detuviese.

—Déjame llamar primero a Kieran.

Ella esperó mientras pensaba en el chico de la bici. Había sido Ryan, estaba segura. Y cosa preocupante, no había tenido que convencer a Angel de eso. Intentó tranquilizarse. ¿Qué clase de

peligro era Ryan, de todos modos? Solo un chico en una bicicleta. No era nada. Su móvil estaba sonando. Miró la pantalla: otra vez la guardería. Pero Angel ya había renunciado a que Kieran contestara y estaba hablando con ella.

—¿Estás autorizada a conducir en caso de emergencia?

—No.

—Vale, lo haré yo.

Llamaría a la guardería mientras él conducía. A él no le gustaría. Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—¿Adónde vamos?

—Al apartamento. Vamos a advertir a Steve. Shakiel tenía un arma. Ryan podría tener una también.

CAPÍTULO 48

SARAH SE APOYÓ CONTRA LA pared de la empresa de alquiler de coches y encendió su mechero Zippo.

—Me siento como si hubiera tomado cocaína.

—¿Cómo sabes cómo es?

—A lo mejor tengo un pasado.

—¿Lo tienes?

Se encogió de hombros.

—La verdad es que no. Como sea, estoy tan cansada que no siento la cara. ¿No hay una canción sobre eso?

—Tal vez no sea una buena idea fumar —aventuró Lee.

—Tú estate listo por si me caigo.

—Vale.

Sarah cerró los ojos.

Cuatro todoterrenos de alquiler habían pasado por la cámara de reconocimiento de matrículas antes y después del homicidio de Spencer. De los cuatro, solo uno tenía una oficina de alquiler a menos de diez minutos a pie del piso de King.

Sarah había conducido hasta la oficina directamente desde la casa de Loretta. Era una certeza absoluta, lo sentía en sus huesos. King había alquilado un coche para el homicidio de Spencer. Luego, después del intento de arresto, había tenido que esperar hasta las ocho de la mañana para alquilar otro coche en el mismo lugar.

Debió de haber sido fácil. Una chica había sido secuestrada. Había que indagar con urgencia. Pero la mujer que estaba detrás del mostrador, uñas rojas, base de maquillaje espesa, pelo decolorado seco como la paja, primero quería el formulario de protección de datos antes de poder compartir…

¡Compartir! Agotada, Sarah se rio de la absurda palabra.

… antes de poder *compartir* información.

Sarah se había imaginado estirándose sobre el mostrador para coger a la mujer por el cuello de su camisa de poliéster y sacudirla. En vez de eso, le había mostrado su tarjeta de identificación y había intentado equilibrar la cortesía con la urgencia, sin delatar que tenía la cara entumecida por el cansancio mientras pronunciaba con dificultad las palabras clave que solían dar resultado.

“Detective inspectora”.

“Homicidios”.

“Mi colega traerá el formulario. Mientras tanto…”.

Pero la mujer frunció los labios y sacudió la cabeza.

No había palabras tranquilizadoras que la convencieran. Quería el formulario primero. Así que Sarah había esperado, pensando en Tia y haciendo un esfuerzo para no dejarse invadir por el pánico. Lee había impreso el formulario y había recorrido el trayecto de una hora con las luces azules encendidas en poco más de veinte minutos. Impresionante.

Mientras la mujer chequeaba las reservas, Lee murmuró en voz baja.

—Un radar de velocidad me pilló en el camino. A sesenta en un límite de treinta. ¡Por un

formulario! Va a ser divertido escribir ese informe.

—¿Qué podía hacer? ¿Esposarla?

La mujer tosió y sonrió con esa mirada ligeramente ofendida de las personas huecas que nunca entendían nada.

—Este es. En la reserva figura como que tiene veinte años. Mi colega la tomó.

—¿Tienes una copia del carnet de conducir?

La mujer giró el monitor y Sarah se inclinó hacia la pantalla. La foto era pequeña, borrosa. El hombre llevaba el cuello de la chaqueta subido de modo que era imposible ver si tenía un tatuaje. Y había dado un nombre falso. Aun así, no había duda: Jermaine King. Martín Pescador.

El coche que había alquilado esta mañana a las 08.03 horas era un Audi berlina plateado.

Sarah llamó a la oficina para solicitar que metieran el número de matrícula en el sistema de reconocimiento automático de matrículas. Lee chequeó las cámaras de seguridad de la empresa y captó el momento en que King firmaba como Ian Hill en el formulario de la reserva.

Sarah llamó a Tommy para priorizar la identificación del móvil nuevo de Ryan.

—King tendrá que llamarlo.

—Ya estoy en eso. Trabajando desde el número de la hermana. Con suerte, ella le habrá enviado un mensaje o algo. Estoy esperando que me respondan.

—Bingo —exclamó Lee mientras se acercaba con un montón de papeles—. Tengo también el coche que King alquiló la noche que asesinó a Spencer. Mi suposición a partir de las grabaciones era cierta. Era un BMW X1 negro.

De modo que permanecieron de pie en la acera, uno al lado del otro, mientras esperaban la respuesta de la oficina con los resultados del sistema de reconocimiento de matrículas. Sarah, confiada en recibir buenas noticias, cerró los ojos. La mano que sostenía el cigarrillo cayó a un costado y se adormeció.

La voz de Lee la hizo volver.

—El sistema de matrículas no ha dado ningún resultado.

Con una bocanada de aire, Sarah se despejó y abrió los ojos.

—Vale, o han cambiado las matrículas o el coche debe estar cerca de aquí. Tenemos que enviar agentes a buscarlo.

—¿A pie?

Parecía incrédulo ante la sugerencia. Ella intentaba pensar cómo hacerlo.

—O en vehículos. A no ser que hayamos identificado algún sitio donde King pueda esconder un coche.

—Por Dios, Sarah.

—Tia está en el maletero. Por eso alquilaron una berlina. Si le han tapado la boca, podría asfixiarse. —Ya lo había deducido—. Trazaremos una cuadrícula con las cámaras de reconocimiento más cercanas y registraremos las calles. Las cubriremos todas.

—No hablas en serio.

—Por supuesto que hablo en serio.

CAPÍTULO 49

EL APARTAMENTO DE STEVE ESTABA cerca y Ryan había tenido un golpe de suerte. Dios sabe que se lo merecía. Al doblar en Farrens Lane, vio a Steve que cruzaba la calle delante de él y sacaba unas llaves del bolsillo.

—Hola, Steve —dijo.

Steve se volvió.

—Colega.

Incluso ahora le costaba creer que fuera un traidor.

Steve sonrió.

—¿Qué pasa?

Hubo un silencio. Ryan cruzó los brazos sobre el pecho. Algo nubló la mirada de Steve.

—¿Tienes un teléfono para mí?

Ryan meneó ligeramente la cabeza.

Steve frunció el ceño como si estuviera confundido, pero luego se volvió y empezó a abrir la puerta.

—Vale, lo siento, pero tengo cosas que hacer.

Ryan sacó el revolver de la cintura y lo sostuvo cerca de su cuerpo.

—¿Puedo subir de todos modos, colega?

Colega: esa siempre había sido la palabra de Steve, no la suya. Tal vez fue eso lo que hizo que Steve mirara hacia atrás. Ahora vio el arma y su rostro delató miedo y un cálculo mental que confirmó todas las sospechas de Ryan. ¡Soplón de mierda! El reconocimiento de la traición fue una punzada repentina de dolor, como una onda expansiva del dolor por la muerte de Spence o la imagen de su madre de pie en el pasillo, en silencio y preocupada. Tuvo el impulso de dispararle a Steve ahí mismo. Pero ¿qué pasaría con Tia si lo hacía?

—Subamos.

Entró detrás de Steve. Las escaleras eran empinadas, como siempre. El piso estaba como siempre. Demasiado caluroso. El mismo asiento de coche raído. El fregadero lleno de platos sucios.

Steve le había hecho sándwiches y le había invitado curry. Ryan le había tenido afecto. De repente, le entraron ganas de reír.

"Era de coña, tío. ¿A quién coño le importa?".

No quería que nada de esto fuera cierto. Pero era cierto y el arma le quemaba en la mano y la sujetó con más fuerza. Era cierto lo de Spencer y era cierto lo de su hermana, y eso era culpa de Steve. Y también era culpa suya. Había sido un tonto. Debería haber sabido que no debía confiar en nadie.

—Voy a liarme un cigarrillo, ¿vale? —dijo Steve.

—Sí.

—¿Quieres uno?

—Sí.

Sería cansado estar de pie con el revólver, así que Ryan se sentó a la pequeña mesa en una de las sillas de madera desvencijadas. Hizo un gesto hacia el asiento del coche en el suelo.

—Siéntate ahí.

Así debía ser. Nunca debió haberse sentado en el asiento de coche. Era mejor así. Ahora tenía el control. Apoyó el arma en la mesa, pero mantuvo la mano cerca. Steve se sentó donde se le dijo y lio un pitillo. Era digno de admiración: no le temblaban las manos.

—Ahora te lo voy a pasar —le previno cuando terminó—. ¿Está puesto el seguro? No quiero que me dispares por accidente.

—Si te disparo, no será por accidente.

—¿Quieres que te lo encienda?

—Sí.

Ryan recogió el revólver y le apuntó. Evitando el cañón, Steve se inclinó hacia un lado y le encendió el cigarrillo. Luego se reclinó y empezó a liar el segundo cigarrillo.

—¿Sabes mucho de armas?

—Lo suficiente.

—Vale. Por si acaso, quiero que sepas que se disparan con bastante facilidad. No voy a intentar nada. Quiero que lo sepas.

—¿Crees que soy un idiota?

Steve lo miró.

—Solo estoy asustado, Ryan. Tengo miedo de que me mates.

Ryan tensó la boca. Steve dio una calada rápida a su pitillo.

—¿Quieres contarme qué está pasando?

Ryan negó con la cabeza.

—Ya te he dicho demasiado.

—¿Qué haremos ahora?

—Esperaremos.

—¿Esperaremos?

—He quedado con alguien.

CAPÍTULO 50

LAS CELDAS DE DETENCIÓN QUE la Metropolitana había asignado para uso exclusivo de los prisioneros de Perseo pertenecían a una comisaría que había quedado fuera de uso como paso previo a su venta. Cuando le habían dicho la ubicación, Kieran había sonreído pues se trataba de Atcham Green, su primera comisaría, y a la que más tarde había llevado a Shakiel como sospechoso del homicidio de Daniel Harris. A medida que se acercaban, el vecindario lo iba poniendo nervioso. ¿Podía ser que hasta los colores hubieran cambiado? Los coches, desde luego. Y también los bares. En la puerta del pub The Crown, con sus alfombras otrora empapadas de cerveza, una pizarra ofrecía vieiras fritas. La calle principal conservaba los mismos edificios de ladrillo del siglo XIX, pero las fachadas de las tiendas habían sido invadidas por los alienígenas que habían tomado el control del siglo XXI. Un bar de zumos. Una tienda de artículos de baño afeminada. Una verdulería llamada Granada. ¿Qué había sido de las asquerosas habitaciones con baño compartido encima de las tiendas, con sus calentadores eléctricos que emitían olor a combustión inminente? ¿Quedaría alguno o acaso ahora todos eran monoambientes elegantes con electrodomésticos integrados?

La lámpara azul de la comisaría estaba apagada y las puertas dobles pesadas y oscuras exhibían un cartel. “Esta comisaría no está operativa. Para consultas urgentes…”. Kieran se volvió hacia Shakiel, pero su rostro era inescrutable.

Tomaron por el sendero de entrada en dirección al patio. El pasado emergió en fragmentos. Grafitis en el baño de hombres: “Barry Manilow se masturbó aquí” y una línea de lápiz dibujada detrás de los urinarios. “Si puedes mear tan alto, los bomberos de Londres te necesitan”. En el vestuario masculino, el olor de las camisas planchadas con prisa. El aleteo de un mirlo con un ala rota dentro de una caja con agujeros de lápiz en la tapa, que alguien había traído cuando, con solo seis semanas de servicio en su haber, Kieran había sido destinado al temido mostrador delantero.

El oficial armado en el asiento del copiloto salió del BMW y abrió las pesadas puertas de madera. El patio extenso estaba vacío, salvo por un par de coches patrulla que debían de haber traído a los prisioneros rumanos. La maleza se abría paso entre el asfalto agrietado y las juntas de las paredes del edificio ruinoso. En otro tiempo, había habido establos. El aliento de los caballos había formado vapor en las mañanas frías y, en la cantina, Kieran había imaginado a los fantasmas de la unidad de la Policía Metropolitana Montada sentados con sus elegantes pantalones de montar y una expresión que dejaba bien en claro que nadie más era bienvenido a su mesa. Ni entonces, ni ahora, ni nunca. Incluso en el cielo policial, insistirían en tener su propia mesa.

Mientras sacaba a Shakiel del coche y lo llevaba hacia la celda, Kieran revivió el primer arresto casi con la misma intensidad que aquella vez: un ladrón que había cogido un canuto del suelo y se lo había fumado antes de entrar. En la comisaría, un grupo de agentes y prisioneros había estado hablando de tonterías mientras esperaban su turno. Pero hoy no había cola. Pasó derecho a la sala de detención. Una comisaría no debería ser así. Debería estar llena de vehículos disputándose el espacio y agentes fumando y saliendo con órdenes judiciales en las manos.

Shakiel permaneció de pie y con calma frente al mostrador de encimera de piedra y esperó a

que llegara su abogado sin decir nada. Si reconocía a Kieran o recordaba haber estado alguna vez junto a él en el mismo mostrador, no dio señal alguna.

Kieran explicó los motivos del arresto y la sargento a cargo, una mujer con un destello rojo en el pelo… —¿quién se lo había permitido?— cumplió con el procedimiento y la detención autorizada. Quizás ella también percibía el carácter especial de ser parte de la función real del lugar antes de que se convirtiera en apartamentos de diseño.

"En este edificio del siglo XIX, declarado de interés nacional, que en otros tiempos funcionaba como una comisaría…".

Kieran se sentía magnánimo y sentimental, y se volvió hacia Shakiel.

—¿Quieres un café? Puedo pedirte uno.

Pero la sargento, que acunaba el teléfono en su hombro, interrumpió.

—Disculpe, jefe, lo siento. ¿Es usted Kieran Shaw?

Kieran tomó el teléfono y escuchó. Los ojos de Shakiel estaban clavados en él y, aunque oía la voz en el otro extremo de la línea, no estaba seguro de estar oyéndolo todo.

El oficial que estaba viendo las imágenes en directo de las cámaras de vigilancia le estaba dando la peor noticia posible. Kieran casi no recordaba el nombre del hombre: George, pensó. Un tipo afable, sin experiencia: les caía bien a todos. Se le había encomendado este papel como mera contingencia y resultaba casi gracioso imaginarse al pijo y grandote de George sentado a solas en las oficinas del depósito de Perseo observando con incredulidad la acción imprevista que se estaba desarrollando en el piso.

—¿Están los dos ahí? —preguntó Kieran.

—Sí.

—¿Puedes verlos?

—Sí. Steve está en el asiento de coche. Ryan en la mesa. Están fumando.

—¿No sabe que Steve es policía?

—No lo creo. Cree que es un informante.

—El arma, ¿puedes distinguir si es de verdad o una imitación?

—Parece de verdad, pero no lo sé. Es una pistola. Un revólver, creo.

—¿Qué intenciones tiene Ryan?

—Dijo que ha quedado con alguien.

Kieran sintió que su mente se quedaba en blanco. Se volvió hacia Shakiel.

—¿Le diste un arma a Ryan?

Había pretendido que fuera una pregunta, una pregunta real que necesitaba una respuesta, pero brotó como la acusación desconcertante que también era. Shakiel podría haber estado contemplando algo muy distante, tal vez un kilómetro detrás de Kieran; en todo caso, no a Kieran.

Kieran se sintió mareado; no era quien creía ser. Había cometido un desliz de atención. Había puesto a Steve en peligro.

—Joder. Solo dime si es de verdad. No querrás que maten a Ryan por una imitación.

Shakiel podría haber sido de piedra.

—Te crees todo un machote, ¿no? —agregó, y enseguida comprendió lo irrelevante que era eso ahora.

Se sentía fatal por las consecuencias de su decisión de dejar que Steve volviera al apartamento. Shakiel le había dirigido una breve mirada de absoluto desprecio y, de manera involuntaria, Kieran pensó en cómo todos se habían reído del pequeño Ryan y le habían puesto su apodo.

“No debería decir esto…”.

Shakiel se había girado. Kieran debería arrestarlo también por suministrar un arma de fuego a Ryan, pero no tenía tiempo. Ni coche. Los oficiales armados que lo habían traído a Atcham ya se habían marchado. Un agente uniformado había salido de la fila de celdas y cruzaba hacia la esclusa de aire. Kieran le gritó.

—¿Eres uno de los conductores de los vehículos que están en el patio?

CAPÍTULO 51

LEE Y SARAH BUSCABAN EL Audi plateado; estaban registrando una cuadrícula de calles de principios del período victoriano con fachadas amplias y cuadradas. A Sarah le pesaban los párpados. Al principio, no reaccionó al ruido de su móvil. Luego abrió los ojos y recordó dónde estaba.

—No he estado mirando, Lee. Me he quedado dormida.

—No pasa nada. He estado observando por los dos.

Sarah miró la pantalla del móvil. Tommy. Cogió la llamada.

—¿Sí?

—Creo que identifiqué el móvil de Ryan. Le acaban de llamar desde una cabina en Whixall Common.

—Espera. —Sarah sostuvo el teléfono contra su pecho—. Lee. Que algunos agentes busquen el Audi en Whixall Common. —Retomó la conversación con Tommy—. ¿Algo más?

—También tengo la ubicación del móvil: Farrens Lane. ¿Conoces el lugar?

Sarah tardó un momento en localizarlo. Luego se acordó. Una tienda de productos chinos para la salud y un timbre junto a una puerta de entrada estrecha.

CAPÍTULO 52

KIERAN HABÍA CONVENCIDO AL CONDUCTOR del coche patrulla que había en el patio de Atcham Green para que lo llevara a Farrens Lane. Iban a toda velocidad con las luces azules encendidas. Baillie había sido informado y estaba coordinando la respuesta. Por el momento, Kieran no tenía otra cosa que hacer que mirar por la ventanilla.

Algunas personas quedan para siempre en tu memoria.

Había habido un jefe para el que había trabajado en su época en Atcham Green. Era conocido por sus iniciales. MC. El contacto entre ellos había sido breve, pero MC había dejado su huella. Habían trabajado juntos en un accidente de tren. Vagones volcados. Gente arrojada a los apeaderos. Teléfonos que sonaban sin respuesta. Nadie habló de ello en aquel momento, pero un par de semanas más tarde, el equipo se encontró celebrando una fiesta de Navidad de esas que se convierten en legendarias. Bailes exuberantes. Dos agentes que se pelearon. Otros dos que se manosearon en la pista de baile. Algunos invitados que se quejaban del mal comportamiento y se los mandaba a la mierda. El propio Kieran se había emborrachado como una cuba. Borracho como nunca lo había estado ni antes ni después.

Ni siquiera había querido buscar las palabras que pudieran expresar lo que le había sucedido en aquel vagón de tren. Demasiada gente necesitaba su ayuda y él, paralizado por un momento, había tenido que hacer un esfuerzo por elegir a quién ignorar. Pero lo que de verdad lo había sacudido había sido la madre. De pie, con la ropa rota, gritando a su hijo muerto. "¿Qué te has hecho? ¿Qué te has hecho?".

No podía quitárselo de la cabeza.

Así que bebió y bebió un poco más. Salió afuera y vomitó y volvió a entrar y estaba invitando otra ronda para todos cuando sintió el brazo del jefe alrededor de sus hombros.

—Es hora de llamar a un taxi e irte a casa. —Y entonces, mientras Kieran se sacudía el brazo de MC y ofrecía su cartera al camarero, su jefe agregó—: Es una orden, por si te lo estás preguntando.

En el siguiente turno, el jefe lo había llamado a su oficina y cerrado la puerta.

—Recibiste tu bautizo, ¿eh?

—¿Señor?

—Supongo que fue el accidente de tren. No eres el mismo desde entonces.

Una pausa.

—Sí, señor.

—No te culpes. Nos pasa a todos al menos una vez.

Por un instante, Kieran se dio cuenta de que tenía que apretar mucho los labios para no avergonzarse. Luego se aclaró la garganta y respondió.

—Sí, señor.

—¿Mi consejo? En situaciones así, lo único que puedes hacer es seguir tomando decisiones. Toma una decisión, luego la siguiente. Al final, todo acaba. Todo llega a su fin.

Un buen consejo y al cabo de un tiempo, también había dejado de oír los gritos de aquella madre. Había aprendido la lección y le había resultado muy útil. Eso era lo que estaba haciendo

ahora: tomar decisiones. No dejaría que su mente se acercara al puto follón que estaba ocurriendo.

Su teléfono estaba sonando. Era Sarah Collins.

—No puedo hablar.

—Hemos localizado el móvil de Ryan.

—Sé dónde está. Está con Steve en el piso encubierto en Farrens Lane. Tengo que cortar.

—Espera. ¿Sabes lo de la hermana de Ryan?

Había una buena versión y Kieran se aferró a ella. Sarah encontraría a Tia, con rapidez y con vida. Y con eso, Kieran podría persuadir a Ryan para que se entregara. Bloqueando todo pensamiento de esos chicos de la calle con sus ácidos y sus navajas y sus armas de mierda, Kieran estaba tomando decisiones. El negociador estaba en camino. El resto del apoyo se estaba organizando.

Ya habían pasado el gran pub de estilo falso isabelino a la derecha. El conductor, Justin, aparentaba unos doce años, pero para ser justos, conducía como Lewis Hamilton. Kieran no pudo evitar sonreír ante su entusiasmo.

—Cuando nos acerquemos, tendrás que calmarte un poco. No queremos llamar la atención.

—Sí, señor.

Justin casi rozó un camión y se coló por un espacio en el semáforo. Era tan joven que se creía inmortal.

La pantalla de Kieran mostraba numerosas llamadas perdidas de Lizzie. Ahora vio que también había un mensaje de texto.

“Llámame. Es sobre Ryan. URGENTE”.

La llamó. Resultó que ella ya sabía algo. Había visto a Ryan en las grabaciones de las cámaras de seguridad, y ella y Angel también estaban de camino al piso. Era una buena policía.

Habían entrado en el vecindario y Justin había cambiado su forma de conducir. Ahora era un patrullero de rutina que se dirigía con frustración hacia otro intento de robo. Era un buen chico, pensó Kieran. Lo recomendaría cuando todo hubiera terminado. Justin dejó a Kieran en el aparcamiento del Lidl y prosiguió un par de calles más, donde se detuvo a esperar a que le dieran más instrucciones. Nadie quería una acumulación de coches patrulla que pudieran alertar a Ryan o a King de la presencia policial.

Angel y Lizzie esperaban en un coche camuflado. Angel adelante y Lizzie detrás. Kieran entró y se sentó en el asiento del copiloto. Echó un vistazo y advirtió que Lizzie había ido de compras. Joder, debió de hacerlo con muchísima rapidez. Se sorprendió. Había una bolsa de plástico a su lado por donde asomaban un par de yogures infantiles con elefantes en la tapa. Pensó en Connor y experimentó el impulso estúpido de abrazarla. Pero fue solo un momento, que pasó enseguida. Ya les estaba informando: que Sarah y él pensaban que Ryan estaba esperando a King, el asesino de Spencer y ahora secuestrador de Tia. Y que Ryan tenía un arma.

El plan era mantenerse ocultos hasta tenerlo todo bajo control. Ninguna señal de actividad policial hasta que estuviera todo listo. Acordonarían la calle con discreción. Encontrarían a Tia. Y luego el negociador abriría el diálogo. Hasta entonces, tendrían que improvisar.

—Tenemos que estar alerta por si aparece King.

Había un desajuste entre lo que sentía y cómo hablaba. Estaba estudiando la cazadora con cremallera azul pálido de Angel y sus zapatos de cordones. Y pensaba en el cañón plateado de aquel revólver corto que le habían enviado al móvil como captura de pantalla y se preguntaba si

sería de verdad. Lo que le molestaba de eso era quién se tomaría la molestia de hacer una imitación de ese revólver de mierda.

Angel y Lizzie no lo interrumpieron. Eran la otra parte de las decisiones policiales. Él tomaba las decisiones; ellos las ejecutaban. Cumplían órdenes y esperaban lo mejor. Los humanos llevaban haciendo esto desde siempre. Los imaginó envueltos en pieles de animales y sentados alrededor de una hoguera prehistórica mientras acordaban atacar al enemigo a garrotazos.

Con discreción, eso era todo, recalcó. Ninguna reacción hasta que tuvieran el control más absoluto. Tenía la llave del piso, pero no la usarían. Angel se apostaría como un cliente curioso en una tienda de discos antiguos dos puertas más adelante.

—Encajarás perfectamente con esos zapatos.

Angel enarcó las cejas y contrajo la boca. Se había ofendido. Kieran se arrepintió por un instante, pero el momento se desvaneció en la estela de decisiones. Él y Lizzie, continuó, se sentarían en la cafetería frente al apartamento por si King aparecía antes de que estuvieran listos. Si lo hacía, lo capturarían sin hacer ruido. King no debía entrar en el piso.

Hizo una pausa y los miró.

—¿Tenéis gas pimienta y una porra extensible?

Ambos asintieron y nadie dijo lo que pensaba: que no era ni de lejos suficiente para enfrentarse a un chaval armado o a alguien que había asesinado con una navaja.

Kieran continuó.

Perseo iba a mantener al día al grupo de WhatsApp sobre lo que estaba ocurriendo en el piso. Extrajo unos folletos de tamaño A4 de una agencia inmobiliaria.

—Los cogí en el camino, Lizzie. Somos un par de *yuppies* buscando invertir.

Angel, a modo de venganza por el comentario anterior, ironizó:

—Sí, la pantalla perfecta.

Y eso fue todo. Angel condujo hacia la salida del aparcamiento en el otro extremo. Kieran y Lizzie echaron a andar con paso ligero hacia la cafetería, dejaron los contenedores de reciclaje a su izquierda y siguieron por el pequeño y sucio callejón.

—No es nada preocupante, pero…

Kieran sintió una irritación repentina. Lizzie siempre tenía algo de qué preocuparse. Incluso ahora. La interrumpió.

—¿Qué?

—Connor está en el hospital.

El paso de Kieran vaciló.

—¿En el hospital?

—Por el ojo. Nada grave, en serio. Una picadura de mosquito. Se le hinchó. No lo habría mencionado, pero necesito que me dejes ir tan pronto como puedas.

Fue como si otra realidad se hubiera abierto paso. En esta otra existencia, todavía había cuestiones relacionadas con el cuidado de niños. De repente, Kieran tomó conciencia de la calle. Los pares de zapatos que colgaban de los cables de teléfono que se entrecruzaban en lo alto. El frío en el aire. Y pensó en Connor, solo en el hospital.

—¿Quién está con él?

—Mi madre está en camino.

—Pero ¿quién está con él ahora?

—Una de las enfermeras de la guardería, Talulah. Me avisó cuando veníamos para aquí…

Lizzie seguía hablando, pero él no la oía.

En vez, estaba viendo esos zapatos y, en un instante, imaginó a los chicos del vecindario balanceando los brazos y revoleando los zapatos por encima de sus cabezas. El estallido de triunfo cuando alguno quedaba enganchado. La celebración, la fanfarronería. Y pensó en el pequeño Connor solo en la cama de hospital. ¿Se le habría ocurrido a la enfermera de la guardería llevarle algo para que jugara? Sintió la necesidad de marcharse de inmediato. La voz de Lizzie seguía resonando, pero solo era ruido de fondo.

—… no pude conseguir a nadie con tan poca antelación.

Podía oír su angustia, su ansiedad. Pero a una calle de distancia, Steve Bradshaw estaba atrapado en una habitación con un chaval y un arma. Kieran no podía pensar en Connor ni en Lizzie ni en niños que lanzaban zapatos ni en nada que lo hiciera susceptible de una derrota.

—El tren de mi madre llega…

—No importa. Te necesito aquí. En cuanto se instale el cordón, coge un coche y vete al hospital.

Doblaron la calle y vieron una luz encendida en el piso. Los asientos junto a la ventana de la cafetería estaban libres y se sentaron a observar. Kieran le entregó uno de los folletos.

—Estate atenta al WhatsApp.

La dueña del café, una mujer corpulenta con un bolígrafo escondido entre sus pechos blancos y suaves, se acercó a tomar el pedido. Miró a Kieran con cara de “toda tuya si quieres”. La Cleopatra de los locales de comida barata.

—¿Qué te traigo, cariño?

—Dos cafés.

Otro día habrían bromeado sobre ella, pero hoy no significaba nada. En cuanto la mujer se alejó, ambos volvieron la atención a la información actualizada de WhatsApp que llegaba desde las oficinas de Perseo.

La cosa se está poniendo tensa.

—Dame tu móvil —pidió Kieran.

Lizzie lo deslizó por la mesa. Kieran miró los WhatsApp y utilizó su propio teléfono para llamar a Baillie.

—¿Cuánto tiempo más?

—Diez minutos como máximo.

Una olla a presión, pensó Kieran. Con cada segundo que transcurría, Ryan se ponía más nervioso. Bajó la vista a la pantalla.

Jack Reacher sabría qué hacer, pensó de manera absurda y con irritación. Tendría un plan mejor que una porra extensible y un aerosol de gas pimienta.

CAPÍTULO 53

LEE IBA AL VOLANTE. LOS radares de velocidad parpadeaban. Sarah no había esperado la confirmación del Audi alquilado por parte del sistema de reconocimiento de matrículas. Si Ryan estaba esperando a Martín Pescador en Farrens Lane, allí es adonde debían ir. El cinturón de seguridad se tensó y Sarah se sujetó al asiento. Lee se había adentrado en el carril contrario: tocaba el claxon y encendía las luces para dejar muy en claro que no pensaba moverse ni un centímetro. Los coches se apartaban hacia un lado. Lee aceleró, pero de pronto apareció una bicicleta, ajena a su avance. Lee pisó el freno y el ciclista bajó ambos pies al suelo y, nervioso, se llevó una mano a su casco rojo. Cuando Lee prosiguió la marcha y pasaron junto a él, el ciclista se volvió y miró a través de la ventanilla de Sarah: un joven ordinario con pantalón corto y camiseta, en cuyo rostro solo se percibía un vago indicio del impacto del que se había salvado por un pelo.

Dos carriles. Rotondas. Flujos múltiples y cruces. Vías rojas y cuadrículas amarillas. Rutas rojas y sendas para bicicletas. Y entonces, como una enfermedad cardíaca, el flujo presurizado de la ciudad se angostó para ceñirse a las congestionadas calles victorianas. El tránsito se atascó y la marcha se volvió más irregular y más lenta por la necesidad de pasar por espacios angostos y de estar atentos a los peatones. Aun así, la sirena sonaba y el coche avanzaba. Tiendas de barrio pequeñas junto a cadenas internacionales de café. Muchos negocios de telefonía. Jóvenes por todas partes. Con mochilas al hombro. Caminando juntos. Esperando en las paradas de autobús. Sus cabezas giraban hacia las luces azules parpadeantes. Londres: más joven que el resto de Gran Bretaña. Londres: en eterna renovación, como siempre, como si no hubiera nada de qué preocuparse.

Y en algún lugar de esas calles comunes y corrientes, una chica de quien nadie había oído hablar, encerrada en el maletero de un coche.

Una llamada telefónica: el sistema de reconocimiento de matrículas había detectado el Audi. Sarah se lo dijo a Lee.

—King está adelante de nosotros.

—¿A cuánto?

—Unos cinco minutos. Apaga las luces y la sirena cuando nos acerquemos.

Lee se rio.

—Nos mezclaremos perfectamente.

Allí estaba el enorme pub de estilo falso Tudor que ofrecía todo lo que sus clientes podían desear, comida de pub y Sky Sports y olor a cerveza, y luego ya estaban girando y enfilando hacia Farrens Lane.

CAPÍTULO 54

—NO QUIERO MATARTE —DIJO RYAN.

Todavía no. Más tarde, bueno, eso no lo sabía.

Steve estaba sentado en el viejo asiento de coche, como le había dicho. Estaba fumando un segundo pitillo. Parecía más pequeño ahora, no tanto el viejo sabio que le había hecho sándwiches y que sabía cómo eran las cosas. Más como el traidor asqueroso que en realidad era.

Ryan se acercó a la ventana y contempló la calle. Ninguna señal de Martín Pescador.

Se pasó la uña del pulgar izquierdo por debajo de los dientes. Para darse ánimos, se recordó a sí mismo lo que había sucedido. Cómo había llegado hasta allí y cómo nada de esto era culpa suya.

"Mató a su amigo. Se llevó a su hermana".

—Hijo de la gran puta.

La voz de Steve detrás de él.

—Ryan…

Se giró y agitó el arma.

—Tú no. Cierra el pico.

Se apartó de la ventana y trató de pensar con claridad. Lo más importante era recuperar a Tia. Pensar en ella amenazaba con abrumarlo. ¡Su madre y las veces que le había pedido que tuviera cuidado! ¡Lo lamentaba tanto! Quería que todo volviera a ser como antes. Tia que lo cabreaba y él que se desbocaba. Casi parecían buenos tiempos ahora.

Se recordó a sí mismo que todo lo que tenía que hacer era mantener el control. Todavía tenía un plan.

Steve iba a contarle a Martín Pescador lo que estaba pasando. Que era culpa de él y no de Ryan. Ryan no había delatado a nadie, así que no había razón para castigarlo a él o a su hermana. Ese hijo de puta podía hacer lo que quisiera con Steve, pero él debía recuperar a Tia.

Todavía no había decidido qué explicación iba a darle a Martín Pescador sobre el revólver. Volvió a morderse la uña del pulgar mientras intentaba resolverlo.

Un escenario. Martín Pescador sube las escaleras. Empieza a hacerse el importante. Ryan saca el arma.

Otro escenario. Martín Pescador sube. Se muestra razonable. Escucha lo que Ryan tiene que decir. Cuando lo lleva con Tia, ahí es cuando Ryan saca el arma.

Bang, bang.

Porque después de Tia, todavía está el otro asunto que resolver. Spencer de pie en la calle oscura con cara de miedo.

"¿Qué me está pasando, Ry?".

Shaks se iba a encargar de eso. Eso había dicho. Una vez que tuvieran las armas, arreglar lo de Martín Pescador sería pan comido. ¡Y ahora! Se volvió hacia el hombre delgado sentado en la silla. Ryan se estaba cabreando. Necesitaba pensar, mantener la calma, pero le quemaba la mano en la empuñadura. Quería apretar el gatillo.

Bang, bang.

"Vete a la mierda".

"Vete a la mierda".

“Estás muerto”.

“Puto soplón”.

No estaba seguro de cuánto de esto lo estaba diciendo en voz alta. Nada. Nada. Por supuesto, no estaba diciendo nada. Nadie sabía lo que pasaba por su cabeza.

CAPÍTULO 55

“Sacudiendo el arma de un lado a otro”.

Kieran levantó la vista del móvil de Lizzie. La dueña del café no se dejaba engañar. Sabía que ambos eran policías. Kieran habló con Baillie por el móvil.

—Jefe, ¿ha leído lo último?

—Sí. Espera al negociador.

—Me quedaré en línea.

—Sí, quédate en línea.

Un Volvo azul oscuro pasó por delante de la ventana, con Sarah Collins en el asiento del copiloto. Kieran miró el WhatsApp. Ninguna otra novedad del piso.

¿Sería para mejor o para peor si entraba en el apartamento? Steve era el que conversaba. Kieran era el cabrón sin corazón al que le gustaba arrestar a la gente.

—Jefe, voy a hablar con Lizzie un momento.

—Vale.

Se apoyó el móvil contra el pecho.

—Si yo entro, tendrás que detener a King si aparece.

—Sí.

—La prioridad después de eso es mantener al público alejado.

—Lo sé.

—Claro que lo sabes.

Kieran buscó en su bolso y sacó una radio de policía.

—Los refuerzos llegarán en cualquier momento. Ve a ver a Connor en cuanto lleguen.

—Lo haré.

Él se rio.

—Por Dios. ¡Parecemos un matrimonio!

Lizzie enarcó las cejas y sonrió.

—¿Tú crees?

Kieran sacó su cartera del bolsillo de la chaqueta y puso un billete de diez libras sobre la mesa.

—¿Vas a entrar entonces? —preguntó ella.

—Me iré acercando a la puerta. Podría ser un buen momento para preguntar sobre acupuntura en esa tienda.

La puerta de la cafetería se cerró con el ruido de la campanilla. Mientras Kieran cruzaba la calle, se oyó el sonido intenso de un disparo, como la explosión del motor de un coche. Kieran echó a correr.

CAPÍTULO 56

SARAH SE HABÍA ARRIESGADO A dar una vuelta por Farrens Lane, pero no había visto el Audi. Era lógico. King no era tan novato como para aparcar exactamente donde Ryan le había dicho. Pero estaría cerca. Recorrieron las calles laterales y giraron para entrar en una urbanización de los años ochenta. Casas de ladrillo rojo. Espacios de aparcamiento cuidados. Un área verde con juegos infantiles.

Luego, al final de la calle, frente a ellos, aparcado a mano derecha, un Audi plateado. Charlie Douglass, con cara de malas pulgas, estaba en el asiento del conductor, con los ojos en la banda tintada del parabrisas. Un traficante de drogas esperando a un cliente. Pero sus ojos bajaron hacia el coche que se acercaba y Sarah vio que los reconocía con tanta certeza como si el coche en el que viajaban hubiera sido un patrullero. Cuando Douglass comenzó a hacer retroceder el Audi para salir de la plaza de aparcamiento, ella pulsó el botón de emergencia en su radio.

—Policía Metropolitana, aquí Metro Noviembre Once. Sospechoso a la fuga. Al sur de Austen Drive. Audi berlina plateado. Matrícula Sierra Kilo Uno Cuatro Whisky…

El Audi estaba dando marcha atrás a toda velocidad. Se sintió un golpe cuando chocó contra uno de los coches aparcados. Casi ni se detuvo. Sarah bajó la vista hacia la pantalla de su móvil. A unos cientos de metros detrás del coche, había una intersección que se bifurcaba.

Lee estaba acelerando; encendió las luces y la sirena.

Sarah transmitió.

—Policía Metropolitana, aquí Metro Noviembre Once. Solicito permiso para perseguir a sospechoso.

Una columna de humo negro delante. El conductor del coche había frenado con brusquedad para dar un volantazo y desaparecer de la vista por la calle adyacente.

—Noreste por la avenida Milton…

Sarah se sujetó al asidero mientras pasaban a toda velocidad junto a los coches aparcados a ambos lados. Llegaron a la intersección y Lee puso la palanca de cambios en la posición de marcha atrás e hizo girar el Volvo, evitando los coches aparcados por centímetros.

Habían perdido a su presa. Pero entonces, más adelante, otra explosión. Esta vez más fuerte. En cuestión de segundos, se toparon con el choque. Dos coches: un Mini rojo y el Audi. El cerebro de Sarah comprendió lo que había ocurrido en un instante: el Mini había salido de una calle lateral y el Audi lo había embestido de costado. El vapor se elevaba como una columna sibilante, como si los coches fueran teteras enormes. La puerta de Douglass estaba abierta y Douglass ya estaba a cien metros de distancia, corriendo. Lee frenó en seco, se bajó del Volvo y empezó a perseguirlo. Sarah salió a la acera y transmitió.

—El vehículo ha colisionado con un coche que le ha salido al paso. Sospechoso a pie. En dirección noreste por la avenida Milton. Conductor del Mini con posibles heridas. Riesgo de incendio. Solicito asistencia urgente de la Brigada de Bomberos de Londres.

Podía oír al operador en la central que le hacía preguntas, pero aún no tenía más detalles. Se encontraba en ese trance de la evaluación y la acción que todo agente de policía aprendía.

La aleta del Mini estaba aplastada, pero el pilar lateral había resistido. Gritos: una señal tranquilizadora. Una mujer gorda ocupaba el asiento del conductor y estaba clarísimo que sus

pulmones no habían sido dañados por el impacto. La mujer tuvo suerte; parecía como si el Audi hubiera intentado meterse dentro del Mini, pero ella seguía viva. Había olor a quemado. Empezaba a salir humo del capó.

—Tendrá que salir por la puerta del copiloto —le explicó Sarah.

—Este coche es nuevo —contestó la mujer.

—Se va a incendiar.

Eso dio resultado. La mujer empezó a retorcerse y Sarah dio la vuelta hacia la puerta del copiloto y la mantuvo abierta mientras extendía una mano hacia la mujer. Con la mano izquierda, transmitió.

—Solicito el Servicio de Ambulancias de Londres. Mujer adulta, respira, está consciente, lesión consistente con fractura de escafoides. —La sacó a la acera y la alejó del coche. La mujer se sujetaba el brazo, que le colgaba como una marioneta. Un hombre con chaleco y pantalón de pijama salió de una de las casas—. Llévela adentro. No salgan hasta que los bomberos digan que es seguro. El coche podría incendiarse.

Miró hacia la calle y vio que Lee, que corría a toda velocidad, estaba alcanzando a Douglass. Pero parecía irrelevante. El Mini echaba humo y Sarah lo sentía en la boca. Corrió hacia el Audi y se movió a su alrededor, como un animal en busca de su cría. El coche tenía el extraño aspecto de los condenados. El interior de cuero blanco estaba intacto, salvo por el airbag reventado y ensangrentado. La parte delantera estaba hundida, pero la pintura de los flancos aún conservaba el brillo de los vehículos de lujo. El vapor salía del radiador con un sonido agudo, como si el coche ardiera de furia por su propia destrucción. Sarah quitó las llaves del contacto y se dirigió al maletero. La parte trasera estaba abollada. La puerta del maletero se había hundido.

—¡Tia! ¡Tia! —gritó y tosió un esputo negro sobre la calle.

El coche emitió un chirrido cuando pulsó el desbloqueo de las cerraduras, pero la puerta del maletero no se movió cuando tiró de ella. Extrajo su porra extensible y trató de hacer palanca entre el borde y la carrocería del coche, forzándolo con la mano derecha.

CAPÍTULO 57

DURANTE UN MOMENTO, EL IMPACTO del retroceso del arma y el ruido explosivo dominaron la habitación. Ryan estaba atónito. Al cabo de un rato, regresó la quietud. El olor a cordita y una sensación como de suspensión interna, como de polvo al asentarse.

No sabía muy bien qué hacer a continuación.

Steve se sujetaba la oreja y Ryan se dio cuenta de que había apretado el gatillo justo al lado de su cabeza. Tal vez había dejado sordo al muy cabrón. Por lo general, cuando hacía las cosas sin pensar, se alejaba enseguida. Pero ahora no podía alejarse, así que se quedó con un sentimiento como de vergüenza. Tenía que hacer algo más, algo para dar sentido a lo que había hecho, para demostrar que no había sido una estupidez. Pero lo único que se le ocurría que podría explicarlo sería matar a Steve.

Le apuntó con el arma.

—Lo haré.

Esperaba que Steve lo estuviera tomando en serio, porque necesitaba que no dijera nada más que pudiera provocarlo. Le dolía la cabeza y tenía una sensación de pánico; en realidad, no confiaba en sí mismo. Era como un sueño que transcurría en milisegundos largos. Steve estaba hablando, pero Ryan no podía oír nada de lo que decía. Pero sí oyó el leve crujido en la escalera. Todo el caos se concentró en ese único sonido y supo con certeza que alguien intentaba aproximarse con sigilo.

—Te oigo —dijo.

¿Por qué decía esas cosas tan estúpidas? Sonaba tonto, como si estuviera jugando al escondite.

"El que no se haya escondido que se esconda".

Joder.

—Me llamo Kieran.

Se dio cuenta por la voz: no era Martín Pescador ni ninguno de los suyos. Era un policía. Tenía ganas de llorar por tanta estupidez.

—Un paso más y lo mato.

Si disparaba por segunda vez, tendría que matarlo. Cualquier otra cosa sería una puta ridiculez.

—CIERRA LA PUTA PUERTA.

—Vale. Estoy cerrando la puerta. ¿Lo oyes? Está cerrada. Estoy solo. Y no estoy armado.

Ryan miró a Steve.

—¿Quién es?

—Es un oficial de policía. Tiene una llave. Así es como ha entrado.

Volvió a oír la voz desde la escalera.

—Voy a subir.

—¡Yo soy el que decide! —Ryan apuntaba a Steve—. Ponte de pie ahí. —Gritó hacia las escaleras—. Le estoy apuntando con un arma. Quédate donde estás.

Esperó. El hombre en las escaleras le gritó.

—Sabemos lo de Tia, Ryan. La estamos buscando. Estará bien.

Más promesas. Qué mierda. Todos hacían promesas todo el rato.

—¿Dónde está?

—Mira, no soy un negociador. No sirvo para eso. Déjame subir para que pueda hablar contigo. Necesito ver que Steve está bien. Te contaré lo que sabemos sobre Tia. Nada de esto es tan malo como crees.

Ryan pensó que tal vez se le había escapado un gemido. No dijo que sí, pero tampoco dijo que no. Una cierta vacilación lo desconcertó y, en ese instante, un hombre alto apareció en el marco de la puerta: el hombre de la calle, el tío que se había acercado a Shakiel. Ryan apretó la empuñadura del revólver.

—Estamos a punto de encontrarla. Hemos identificado el coche, todo. La rescataremos sana y salva. En cualquier momento.

Ryan tenía jaqueca, se le partía la cabeza. No podía pensar.

—Necesito verla.

—Estamos haciendo todo lo posible —respondió el hombre.

—No voy a dejarlo ir hasta que la haya visto.

—De acuerdo. La encontraremos. Por supuesto que la encontraremos.

Ryan apuntó el arma.

—¿Están todos en camino, tus colegas? ¿Me van a pegar un tiro?

—Nadie te va a pegar un tiro, Ryan. Nadie va a morir hoy.

—¿Quién sabe que estoy aquí?

—Nadie. ¿Cómo podría saber alguien que estás aquí?

En cuanto pronunció las palabras, Kieran se arrepintió, pues percibió el poder que podía tener una mentira para transformar la tristeza profunda y oscura que había dentro de Ryan en una venganza mortal.

—¿Y cómo lo supiste tú?

La respuesta brotó con naturalidad.

—No lo sabía. Había quedado con Steve. Entré con mi llave.

Cierta desconfianza atravesó el rostro de Ryan.

—¿Traes una radio?

Kieran tuvo que evitar que sus ojos se desviaran hacia la cámara. Esperaba que quienquiera que estuviera dirigiendo el incidente estuviera prestando atención.

—Claro.

—¿Y por qué no les avisaste por radio?

—Cuando se te escapó el disparo, ya estaba en las escaleras. No me atreví a transmitir.

El semblante de Ryan reveló cautela, pero también esperanza.

—Enciéndela. Quiero oír si están hablando de nosotros.

El humo llenaba el aire. Tia estaba echada en el interior oscuro del maletero del coche: de costado, con la cara hacia abajo y la falda levantada alrededor de los muslos. Tenía los tobillos y las muñecas atados con cinta. Era un momento sofocante. El aire estaba lleno no solo de humo, sino también del sonido de sirenas y las luces azules parpadeantes más alentadoras. Alguien apartó a Sarah del coche con una mano firme y la reemplazó. Sarah buscó su radio.

—Romeo Foxtrot, aquí Metro Noviembre Once.

Kieran manipuló su radio y le bajó el volumen con la idea de ganar tiempo.

—Lo siento, tengo que encontrar el canal.

—Qué coño…

—Vale, ¿ves? Esta es la frecuencia de la Metropolitana. Tengo que encontrar el canal. ¡Fíjate! —Extendió la radio y le mostró las opciones cambiantes—. Romeo Foxtrot Uno es el canal que corresponde a este distrito.

—¿Por qué no tiene volumen?

—Maldita sea, lo siento, siempre bajo el volumen. No quiero que la gente me reconozca.

—¡Pues súbelo ahora!

Kieran giró el dial y rogó para que su cara no fuera el rictus de ansiedad que sentía que era.

Una mujer estaba transmitiendo.

"Romeo Foxtrot Uno, aquí Romeo Foxtrot Dos Uno".

"Adelante".

"Sí, tengo un detenido por daños a la propiedad. ¿Hay lugar en las celdas de detención?".

Kieran tuvo que contenerse para no dejar escapar una sonrisa de alivio. De alguna manera, habían logrado que el canal de radio del distrito estuviera funcionando como si no hubiera una operación masiva en marcha para liberar a Steve. ¡Era un milagro!

Ryan parecía no haberse dado cuenta de la ansiedad de Kieran.

—Déjala encendida. Quiero oírla.

Con la radio en la mano, Sarah respiró hondo. Lo había logrado por poco. Las transmisiones del distrito se sucedían como de costumbre: el engaño las convertía en un maravilloso paisaje sonoro. Se imaginó a Ryan escuchándolas en la habitación encima de la tienda.

Kieran dejó la radio en la repisa de la chimenea y rezó para que algún imbécil no hiciera referencia a la actividad que debía estar desplegándose en Romeo Foxtrot. La gente siempre se equivocaba de canal. Imaginaba que todos habían sido advertidos, pero, aun así, era difícil llegar a todos los agentes que trabajaban en el distrito o a todas las unidades especializadas que pudieran ser convocadas allí. Sin duda, era cuestión de tiempo antes de que alguien rompiera el silencio radiofónico.

Sintió el impulso de confesar, de decirle a Ryan lo que temía: que el equivocado era él. Si fuera Shakiel o Steve, sabría cómo manipularlo. Pero en realidad, esto no era lo suyo. Ponerse del lado de las personas no era su especialidad.

Todo lo que rodeaba a Sarah parecía gigante: camiones de bomberos rojos y enormes, una cantidad inmensa de personas, rollos de manguera que serpenteaban por el asfalto como boas constrictoras. Rayas fluorescentes y como de otro mundo que se movían a través del humo. Voces descarnadas. Y los sanitarios con sus uniformes verdes que tomaban el control. Tan prácticos con esta frágil vida encerrada en el maletero de un coche, tan sistemáticos, inclinándose, verificando la respiración y el pulso. Había espuma y humo, y la chica se agitó y gimió mientras la levantaban. Estos indicios de vida le provocaron la impresión de que su pecho se inundaba de luz y de aire. La niña no era nada para ella, pero también lo era todo. Su responsabilidad, al fin y al cabo. Reparó en sus muslos regordetes y morenos, sus trenzas, su mano con las uñas descascarilladas que brillaban con purpurina plateada. Y luego los bomberos ya estaban recogiendo sus equipos y un oficial con ropa de civil les gritaba que no pisotearan la escena del crimen y Tia estaba en la ambulancia y Sarah sentía alivio y también pánico, como un padre fuera de la sala de partos que espera recibir noticias.

Alguien en el interior de la ambulancia había dejado la puerta entreabierta y Sarah vislumbró a

Tia sentada y con una mascarilla de oxígeno en la cara. La imagen la cautivó: era la esencia banal misma del desastre evitado. El sanitario le dijo algo a Tia y ella se rio. Se podía adivinar cómo sería la niña cuando volviera a estar bien: pura actitud.

Kieran no tenía miedo y no sabía por qué, porque Ryan le estaba dando todos los motivos para tenerlo. Nervioso y ansioso, no dejaba de espiar por la ventana y de blandir el arma sin ton ni son. Pero Kieran había empezado a experimentar una calma sobrenatural. Imaginaba que la operación que se estaba desarrollando fuera de su vista se desplegaba como rollos de césped. Era obvio que tenían la radio bajo control. El dispositivo emitía un flujo constante de llamadas de rutina. Y las cámaras encubiertas eran algo bueno, porque proporcionaban información exacta de lo que estaba pasando. Los oficiales armados debían de estar colocándose en posición. El único problema era el acceso. La puerta. La escalera estrecha. Tiempo de sobra para que un adolescente impulsivo disparara un arma.

Ryan estaba mirando por la ventana de nuevo y Kieran se sorprendió al sentir una ansiedad repentina e inesperada por él. Ryan era solo un chico sin un plan. Kieran no quería que lo mataran. Quería que se alejara de la ventana. Quería que se rindiera.

—Mira, Ryan. Sé que piensas que tu situación es muy mala. Lo sé. Pero lo único que tienes ahora en tu contra es la posesión de un arma de fuego.

—¿Qué significa eso?

—Lo siento. No se me da bien. Estoy seguro de que hay cosas inteligentes que debería decir, pero no se me ocurren. Todo lo que puedo pensar es que debes estar sintiendo que esto es terrible, así que quiero decirte que lo que has hecho hasta ahora no es tan malo.

Ryan se volvió hacia Steve.

—Lo estoy reteniendo. ¿Cómo se llama eso?

Kieran se encogió de hombros.

—Privación ilegal de la libertad, supongo.

—¿Cuánto me caerá por eso?

—Vale, mucho menos de lo que te caería por homicidio, así que yo que tú lo tendría en mente.

Hubo un silencio. De pronto a Kieran se le ocurrió algo y sus esperanzas se plasmaron en frases: esto podría dar resultado. Encontrarían a Tia. Habría atenuantes para Ryan.

—¿Atenuantes? ¿Qué es eso?

Kieran se lo explicó: el juez sería indulgente. Ryan era un menor que había sido adiestrado por Shakiel y utilizado como informante involuntario por Perseo. Kieran tenía la sensación de que estaba usando las palabras equivocadas. Trató de simplificarlo, pero veía el final feliz y no podía cerrar la boca. Su cerebro ya lo estaba elaborando. “¡Y si acepta llegar a un acuerdo, podría conseguirle mucha ayuda!”. Se imaginó a Ryan feliz. Quizá el chaval solo necesitaba que alguien lo apoyara. Kieran conocía la sensación.

—Sé lo de tu padre, Ryan —agregó.

Pensó en su propio hijo, Connor, y sintió una punzada de ternura por su amor a los elefantes, y también por Lizzie, con los yogures de animales que se había escapado a comprar para llevárselos al hospital. Rezó para pudiera estar pronto con él. Todo el mundo necesita que alguien lo apoye.

Su teléfono estaba sonando. Lo sacó despacio del bolsillo y le mostró la pantalla a Ryan.

—Es la oficial que está buscando a Tia —aclaró, mareado por la proximidad de un posible éxito.

A pesar de todos sus defectos, Sarah era una detective de puta madre. Había encontrado a la chica. La expresión de Ryan era solemne, los ojos muy abiertos, el rostro cauteloso.

—Contesta.

Kieran deslizó el dedo por la pantalla y escuchó. Levantó un pulgar hacia Ryan y asintió. Ryan sonrió con lentitud, todavía escéptico, todavía esperanzado.

—Qué gran noticia —respondió Kieran—. ¿Me enviarías una foto para que Ryan pueda verla?

Lizzie pidió otro café y deseó que fuera potable. Se había sentido obligada a beberse el último y su estómago todavía se lo recordaba. Su teléfono era una fuente de ansiedad. El miedo la carcomía. La ansiedad por Connor —¿cómo estaría? ¿No debería estar ella en el hospital?— y el miedo por lo que estaba ocurriendo en el piso de enfrente. Esperar un mensaje de Talulah era desesperante. No se atrevía a llamarla por temor a perderse alguna novedad en el WhatsApp. Los mensajes estaban llegando con regularidad. El comisario jefe Baillie se había trasladado de urgencia a las oficinas de Perseo.

Ryan estaba de pie junto a la ventana. Kieran deseó que no hiciera eso. El móvil en su mano vibró y la foto de Tia apareció en la pantalla. Le pasó el teléfono a Ryan. Ryan miró y sonrió.

—Ahora el próximo paso es pensar en cómo sacarte de aquí —señaló Kieran.

Pero Ryan estaba mirando fijamente por la ventana.

—¡Hijo de puta!

Kieran se acercó y, con el corazón encogido, vio lo que Ryan veía: un hombre alto, delgado y con un abrigo largo que caminaba por la acera y miraba los números de las casas.

Lizzie también lo vio y supo al instante que se trataba de King. Pasar desapercibido sería una clara afrenta a su dignidad. Iba vestido como para *Duelo de titanes*: un abrigo largo con el cuello de piel levantado. Las manos en los bolsillos. Tenía que mostrarse. Lizzie dio aviso por la radio, a través del canal designado. King estaba al otro lado de la calle y se acercaba al apartamento. Lizzie ya se estaba poniendo de pie y se abrió la cremallera de la chaqueta para tener acceso a su equipo. Tenía que cruzar la calle y subir la acera para llegar hasta él. Deseó que hubiera una forma más discreta de hacerlo. Hoy en día, hasta los tipos de la estación del metro la miraban cuando pasaba su tarjeta. ¿Cómo demonios había ocurrido eso? Era mujer, pequeña, todavía veinteañera. Nada más alejado de la imagen que alguien pudiera tener de un policía, ¿no?

Ryan lo vio; el hombre que había matado a su amigo. Spence, su compañero, que nunca le había fallado y que siempre le había guardado las espaldas. De pronto, una mujer salió de una cafetería y caminó hacia él. Una poli, era más que obvio. Este hombre, Kieran, le había mentido, como hacían todos siempre. Hablaban, hablaban, hablaban, todas esas palabras de mierda. ¡Atenuantes! Que gran palabra para una mentira. Cuando esto terminara, iría a la cárcel por un largo tiempo. ¿Por tomar a Steve de prisionero? ¿A punta de pistola? Así era la vida.

La atención de Kieran se había desplazado del hombre alto con el abrigo a la joven mujer que cruzaba la calle hacia él. Lizzie se veía muy vulnerable y estúpidamente valiente, y se oyó a sí

mismo diciéndole que la prioridad tenía que ser impedir que King entrara en el piso. ¿Por qué coño había dicho eso?

¿Habrían apostado un francotirador? ¿Matarían a Ryan si agitaba el arma hacia la ventana?

Ryan se volvió hacia él.

—Si no le dijiste nada a nadie, ¿cómo es que hay una policía ahí abajo?

La mentira fue instantánea.

—No es más que una muchacha. ¿Cómo sabes que es policía?

Por la breve mirada incrédula de Ryan, Kieran se sorprendió de que no le hubiera disparado ya. Pero en lugar de hacerlo, se volvió otra vez hacia la ventana y Kieran lo oyó responder en voz baja, casi para sí mismo.

—Sois todos unos mentirosos.

Sostenía el revólver en la mano derecha, junto al muslo, y estaba concentrado, con el cuerpo centrado en la calle, como un gato que observa a un pájaro y mueve la cola. Una pistola era inútil a distancia, pero el objetivo estaba cerca, y Lizzie también.

No le quedaba más remedio que hacer lo que su jefe le había enseñado hacía tantos años. Podía oír a MC hablándole al joven que él había sido una vez: zapatos relucientes, sin un padre en casa que se sintiera orgulloso de él, ansioso por dejar su huella junto a ese hombre al que todos admiraban.

“Toma una decisión, luego la siguiente. Al final, todo acaba. Todo llega a su fin”.

Kieran era ahora más viejo de lo que MC había sido cuando le dio ese consejo. Todavía intentaba vivir a la altura de ese ideal: hacer que todo saliera bien a pura fuerza de voluntad.

Lizzie, ahora a treinta centímetros de King, se esforzaba por fingir. Kieran sintió pena por ella. Había levantado la mano en señal de saludo, como si conociera a King y le sorprendiera verlo. King inclinó ligeramente la cabeza a un lado, como si no estuviera seguro. Tenía las manos en los bolsillos y Kieran se preguntó si tendría una navaja. O una pistola. Ryan estaba deslizando el pestillo de la ventana. Asomado, tendría una buena perspectiva visual para disparar. Igual que cualquier francotirador. Pero el arma seguía pasiva, todavía junto a su pierna.

Al final, ni siquiera fue una decisión. Si había un momento, era ese. Kieran se abalanzó sobre el chico y Ryan se giró, y la fuerza que lanzó a Kieran al otro lado de la habitación fue más rápida que el pensamiento de que, esta vez, todo había acabado así.

CAPÍTULO 58

FUE COMO SI ALGUIEN HUBIERA dado el disparo de salida. Todo cambió en un instante. La calle se llenó de policías, que se llevaron a Lizzie. No eran los habituales uniformes oscuros del distrito: eran agentes especializados con gorras de béisbol y monos azules y armas de fuego. King fue alcanzado por el tsunami, boca abajo en cuestión de segundos, esposado, detenido. Lizzie, de repente liberada de toda responsabilidad, permaneció de pie, mareada, y observó a sus compañeros, pasmada por su eficacia. ¿Cómo habían conseguido estar tan seguros y tener tan claro lo que debían hacer cuando ella ya no sabía nada?

Tres de ellos corrían hacia la puerta del piso, armas en mano. Una explosión y una nube de humo y la endeble puerta quedó colgada de los goznes y los agentes habían desaparecido por la abertura, seguidos por otros que también corrían. Un viento sopló a través de la calle, desde arriba. Lizzie levantó la vista. Era el helicóptero rojo: los sanitarios. Alguien le gritó: "¡Quítate de en medio!". Se volvió y se dirigió hacia la puerta rota. Las escaleras hacia lo que fuera que hubiera pasado. "No pienses en eso. Solo sube los peldaños angostos".

Voces.

Se detuvo en el umbral de la atiborrada habitación. Steve, de espaldas contra la pared, con sangre en las manos y en la mejilla, donde debió de llevarse la mano a la cara. Ryan a su lado, de pie junto a la repisa de la chimenea, con las manos esposadas en la espalda, inmóvil. Ninguno hablaba. Ninguno se miraba. Había envoltorios de plástico de vendas sanitarias esparcidos por el suelo. Los ojos de Lizzie recorrieron la habitación, aún con la esperanza de que no se posaran en lo que habían vislumbrado: Kieran, tumbado de espaldas junto a la ventana, rodeado de uniformes. La ventana que había detrás de él estaba hecha añicos, la pared y los restos del cristal salpicados de sangre, como si alguien hubiera arrojado pintura. Más allá, el revólver abandonado.

Se aproximó en cámara lenta y vio que él estaba consciente, los ojos abiertos, la respiración audible: ligera y rápida. Uno de los agentes armados estaba arrodillado a su lado, con las manos presionadas con fuerza contra sus costillas, como si intentara empujarlo. Las manos del oficial estaban rojas, el vendaje empapado, una mancha de sangre se extendía y se filtraba en el suelo. Oyó una voz masculina. "Los sanitarios están en camino, jefe. Cuestión de segundos. Aguante". Fue entonces cuando Lizzie comprendió la realidad y trató de acercarse, llorando, pero la empujaron hacia atrás.

La oficial era una mujer guapa y tenía una mano firme sobre el hombro de Lizzie. Sus miradas se cruzaron y Lizzie se vio reflejada en un espejo que le devolvió la imagen de lo que alguna vez había sido: joven, en forma, segura de sí misma. Oyó a Kieran: "Déjala que se acerque". La oficial se relajó, miró por encima del hombro y luego de nuevo a Lizzie con una mirada significativa, y Lizzie dijo: "Lo sé", porque lo entendía y no necesitaba que se lo dijeran. Mantén la calma. Sé optimista. Con el privilegio repentino otorgado por la familia policial que se había creado en un instante alrededor del agente herido, se limpió la cara y se acercó a Kieran. Intentó sonreír.

—Te pondrás bien.

Kieran tenía la cara blanca y pegajosa, los labios azules. Ella no estaba segura de cuánto

entendía. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Te quiero —agregó.

Él movió la cabeza, casi una sonrisa, y habló con sorprendente claridad.

—No seas ridícula.

Se sintió arrasada por las lágrimas, el arrepentimiento y también la esperanza desesperada.

—Te pondrás bien —repitió.

Y era verdad. Sobreviviría. Todo sería diferente.

Kieran asintió y frunció el ceño. Luego apartó la cara, no por ella quizá, sino por el dolor. Los sanitarios estaban allí y la hicieron retroceder para poder trabajar. Permaneció un rato de pie, sin poder pensar ni concentrarse. Subieron a Kieran a la camilla. Los siguió. Lo bajaron por las escaleras como si fuera un dragón chino, con la procesión de médicos y policías que lo revisaban y lo controlaban, y con la gruesa bolsa de plástico con sangre sostenida en alto como un trofeo de batalla.

La oficial se le acercó.

—¿Quieres ir al hospital?

—Sí, mi hijo está en el Royal Free.

La oficial tardó un rato en entender su petición, que quería ir a ver a su hijo, que también era hijo de Kieran, y no al Royal London, donde llevarían a Kieran.

Partieron en un vehículo con las luces azules encendidas. La joven agente le dijo que se llamaba Julia. Tras un breve intento de conversación, desistió. Lizzie miraba por la ventanilla del copiloto y no veía nada.

CAPÍTULO 59

RYAN ESTABA DE PIE ANTE el mostrador en el área de detención con un traje forense de papel blanco. Parecía pequeño, casi como si estuviera en pijama. Sarah recordó su apartamento. El olor rancio por la combinación de cannabis y comida frita. El sofá con la manta sucia frente a la tele y la foto de su padre asesinado en la pared. Había sentido lástima por él, pero incluso entonces él ocultaba una navaja. Era uno más de los miles de chavales como él que había en Londres. Al final las cosas podían salir bien o él podía acabar con un cargo grave en su contra, o podía acabar muerto.

Al ver a Sarah, habló con impetuosidad.

—Te aseguro que no quise hacerlo. Me metió prisa. Se disparó por accidente.

Sarah sintió amargura. ¡Como si ella pudiera hacer algo para salvarlo de lo que había hecho!

Se parecía a todos los chicos que había interrogado. Siempre era un accidente, o culpa de otro, o simplemente no había sucedido y no sabían de qué estaba hablando. Desvió la mirada hacia la pizarra, escrita con un rotulador azul.

Ryan Kennedy: intento de homicidio.
Servicio de Riesgo de Suicidio Juvenil.

Intento: Kieran seguía vivo.

No se permitió albergar esperanzas. Trató de no pensar en el resultado.

Loretta estaba junto a Ryan. La luz intensa no la favorecía. Tenía los ojos hundidos y la línea de su boca estaba fruncida, como tensada por una cuerda. Se volvió hacia Sarah.

—He recuperado a uno, pero he perdido a otro.

Eso era todo: siempre esperaban compasión por su hijo y nunca la sentían por lo que había hecho.

Sarah meneó la cabeza.

—No puedo hablar contigo de eso.

El sargento asintió hacia Sarah con frialdad: quería que se fuera. Era un trabajo difícil, ocuparse de un chico que le había disparado a un agente, y no necesitaba más complicaciones de las necesarias.

CAPÍTULO 60

TODOS LOS PRISIONEROS DE PERSEO, incluido Jarral, habían sido trasladados a la comisaría de Atcham. Desde fuera, la comisaría estaba iluminada como habría estado hacía un par de años, cuando aún funcionaba, pero por dentro una fina película originada por la falta de uso cubría las escaleras y las oficinas, y los periódicos apilados en los escritorios abandonados estaban amarillos y quebradizos como hojas secas.

Los sucesos de Farrens Lane aún no estaban esclarecidos y Sarah no se detendría hasta terminar con la investigación.

Elaine había escogido una oficina en un rincón de la planta superior y había establecido base allí. Había limpiado un escritorio. Ahora había una tetera, té, café y galletas; incluso unas tazas conmemorativas: transparencias plateadas de rostros sobre porcelana blanca: "Boda del Príncipe de Gales y Diana Spencer. Miércoles, 29 de julio de 1981".

—Las encontré en un armario —comentó y le ofreció un café instantáneo—. Objetos de colección.

Sarah asintió.

—Gracias, Elaine.

Elaine le señaló el ordenador portátil que estaba sobre el escritorio.

—Clica ahí. Podría levantarte el ánimo.

Sarah miró la grabación que Elaine había conseguido localizar entre las semanas de grabaciones recogidas por la Operación Perseo.

—Bien hecho. ¿Cómo pudiste encontrarla en menos de veinticuatro horas?

Elaine se encogió de hombros.

—Resulta que a las dos se nos da bien encontrar cosas.

Sarah negó con la cabeza.

—Lo siento, Elaine. Voy a tener que pedirte que dejes de ser amable. Me está afectando.

Elaine asintió.

—Vale. Lo haré.

En ese instante, Sarah se puso a llorar.

Elaine le ofreció un pañuelo de su bolso.

—¿Estarás bien?

Sarah se enjugó la cara.

—Claro que sí. ¿Puedes acompañarme al interrogatorio?

CAPÍTULO 61

ELAINE Y SARAH SE SENTARON frente a Jarral y su abogado. Jarral tenía el aspecto adecuado, o eso creía. Todo superlimpio y con el olor intenso a loción para después de afeitar. Zapatos puntiagudos de ante con hebillas doradas y una chaqueta de cuero fina sobre una camisa con el cuello abierto. El cabello peinado con gomina. Parecía un completo gilipollas, pero era justo lo que Sarah necesitaba: un hombre que dejaba ver su sensibilidad a las burlas. Susceptible con respecto a su aspecto y el respeto que le mostraran.

Le había pedido a Elaine que condujera el interrogatorio, pero Jarral, instintivamente, dirigía sus respuestas a Sarah, en un tono como si le hablara a la suciedad de sus zapatos.

—No voy a responder más preguntas.

—¿Por qué, Jarral? —preguntó Elaine, persuasiva, gorda, desaliñada, amable.

—Sin comentarios.

—¿Es una cuestión de honor? ¿De algún código?

Una vez más, le respondió a Sarah como si hubiera sido ella quien había hecho la pregunta.

—¿Honor? ¿Qué sabes tú de eso?

Elaine sonrió.

—Eres leal a Shakiel. Ese es el código, ¿no?

—Sin comentarios.

—Él te cuida. Lo respetas. Es el papito. —Elaine sonrió otra vez, con autocrítica—. Lo siento. Los niños no son lo mío. Tendrás que explicármelo. Ser el papito… ¿todavía significa algo?

—Sin comentarios.

—Y es mutuo… Quiero decir, él también te respeta. Te cuida.

Jarral hizo una mueca socarrona, halagado a pesar del contexto: una sala de interrogatorios policial sin ventanas, un cargo probable por el homicidio de una prostituta callejera. Sarah ardía de desprecio por él, pero Elaine habló sin rastro de ironía.

—Debes de ser alguien para haberte ganado el respeto de un hombre como Shakiel.

Jarral meneó ligeramente la cabeza. Su rostro mostraba una estúpida sonrisa orgullosa que casi no ocultaba su lamentable vulnerabilidad ante la opinión de los demás.

—Vale, ahora voy a apagar la grabadora y te voy a poner la grabación de unas cámaras de seguridad.

Era un interior oscurecido; la parte delantera de un coche en una calle nocturna. Difícil de ver con claridad; las personas no estaban bien encuadradas: un brazo, un hombro, un torso, una vista a través de una ventana lateral del resplandor de la luz de la calle y un escaparate desenfocado. Pero, aunque la imagen era deficiente, las voces eran distintivas e identificables: Shakiel y Steve.

Sarah empujó la transcripción hacia Jarral. Ella tenía una copia y la leyó mientras los dos hombres hablaban.

Shakiel: Yo manejo estas calles, llevo años haciéndolo.
Steve: ¿Cómo es que nunca te atrapan?
Shakiel: Incluso cuando era un chaval, nunca me pudieron probar nada.
Steve: Mmm. Tienes que tener cuidado.
Shakiel: ¿Esta mierda? ¿Si te atrapan? Te mandan dentro durante mucho tiempo. Por eso voy a salirme.

Steve: Vas a salirte.
Shakiel: Sí. Después de esto, estoy fuera. Voy a estar tan lejos de la calle que la poli ni siquiera verá que soy negro.
[Risas]
Steve: ¿Y qué hay de tu gente?
Shakiel: ¿Qué quieres decir?
Steve: ¿No te preocupa? ¿Que uno de ellos sea un soplón? ¿O solo un estúpido? Por ejemplo, Jarral, es alguien cercano a ti. ¿No te preocupa?
Shakiel: ¿Jarral? ¿Me estás jodiendo, hermano? Jarral no es familia. Es útil, sí. Hace muchas cosas por mí. Lleva cosas de un lado a otro. Cosas a las que no quiero acercarme. Pero es un puto imbécil. ¿Jarral? ¿Preocupado por él? Es mi perro faldero. No se atrevería. Me lo quedo mientras sea útil. No le digo nada. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Quién habla con su perro?

Jarral tragó saliva, como si tuviera algo desagradable en la boca que era demasiado educado para escupir.

—No me engañarás con esa mierda. Vete a tomar por culo…

Su abogado, un hombre que se estaba quedando calvo, con un traje holgado y sucio y sin corbata, intervino.

—Te recuerdo mi consejo.

Jarral agitó la mano con impaciencia y Sarah admiró, no por primera vez, la paciencia de los abogados. Jarral, indiferente, se cruzó de brazos y sacó la barbilla.

—Sin comentarios. Joder.

Elaine cerró su cuaderno con aire pensativo.

—Vale, Jarral. Detendremos el interrogatorio aquí. Te daremos la oportunidad de hablar con tu abogado. Tal como yo lo veo, por muchas tonterías que se digan en la calle, no es prudente ni noble que pagues el pato. Pero depende de ti. Al fin y al cabo, tú decides si es un engaño o no y cuánto tiempo quieres ir a la cárcel por alguien que te llama su perro faldero.

CAPÍTULO 62

SARAH VIO A SHAKIEL A través de la puerta de la sala de interrogatorios. Había alejado la silla de la mesa y se había reclinado; con las piernas abiertas y la cabeza echada hacia atrás, estudiaba el techo como si fuera más interesante que cualquier otra cosa en esta sala. Su abogada, sentada a su lado, parecía demasiado joven, demasiado arreglada, demasiado parecida a una colegiala bien educada para estar cualificada, pero Sarah no se dejaba engañar. Había leído su tarjeta: Shabnam Qasim, licenciatura y máster en Derecho de la Universidad de Oxford. Nadie en esa sala era tonto.

Este interrogatorio no tenía nada de dramático, ningún abordaje inteligente para convencer a Shakiel de que hablara. Era solo para que quedara constancia oficial. "Le hicimos preguntas. Le dimos la oportunidad de defenderse. Decidió no hacerlo porque no tenía forma de defenderse". Sarah hizo entonces la pregunta cuya verdadera respuesta quería saber.

—¿Qué clase de hombre le da un arma cargada a un niño?

Shakiel la miró con fijeza.

—Sin comentarios.

Más tarde, en el pasillo, cuando ella y Elaine lo llevaban de regreso a la celda, Shakiel habló.

—Tengo una pregunta para ti.

—Vale.

—Me preguntaste cómo alguien pudo darle un arma a ese chaval. Y lo que yo quiero saber es cómo acabó en un apartamento con un policía que lo había estado engañando durante meses.

Fue Elaine quien contestó. Estaba furiosa.

—No te atrevas a compararnos contigo. Hoy no. Lo que hacemos lo hacemos para proteger a la gente: personas inocentes, espectadores curiosos, gente vulnerable como Ryan.

—¿Por eso lo hacéis? ¿En serio?

—Por eso lo hago. Sí. Por eso sigo siendo policía, me levanto temprano y trabajo hasta tarde por un sueldo de mierda. ¿Y tú? ¿Por qué lo haces?

—¿Qué sabes tú?

—Sé lo suficiente. Sé que tenemos que detenerte. Pregúntale a la madre de Ryan qué piensa de ti. Los tíos como tú no sois la ley, por mucho que queráis serlo.

—¿Por qué no le preguntas tú a Loretta lo que piensa de ti?

—¿Sabes qué? Fue una estupidez. ¿A quién le importa lo que piensa Loretta? Yo no fui quien metió a su hijo a vender drogas. Yo no le di un arma.

Sarah se alejó de la discusión.

Jarral había indicado a través de su abogado que estaba dispuesto a colaborar a cambio de una reducción de su condena. Con viento a favor, hasta podrían acusar a Los Soldados de haber informado a Shakiel dónde estaría Lexi cuando la atropelló aquel coche. Tendrían que juntarlo todo. Intentar unir todos los cargos posibles para que el jurado pudiera ver el cuadro completo y cómo se relacionaban los delitos. Sin embargo, más allá de la perspectiva, el peso de las pruebas era abrumador.

En cualquier otro momento, este habría sido un instante de triunfo y, cosa increíble, compartido

con su viejo adversario, Kieran Shaw. Juntos habían atrapado a Shakiel por tráfico de armas, organización de una red criminal y el homicidio de Lexi Moss.

Sarah envió un mensaje de texto a Baillie.

¿Alguna novedad?

CAPÍTULO 63

CONNOR DORMÍA. LIZZIE, ACOSTADA EN la cama con él, también se había dormido, pero su brazo entumecido la despertó. Por un momento, no recordó nada, y luego, de repente, lo recordó todo y tuvo náuseas y deseó que no fuera verdad y luego esperó que todo saliera bien y, luego, deseó no tener esperanzas. Algún sonido se le había escapado y Connor se agitó. Lizzie reacomodó su cuerpito y luego estiró los dedos y sintió cómo la sangre volvía a circular. Su madre había llegado y había hecho lo que solía hacer para que el mundo no se viniera abajo, como si no hubiera nada que no pudiera arreglarse con las tareas domésticas. Había comida, más comida de la que jamás podrían comer, y Lizzie sentía que no quería volver a comer nunca más. Bandejas de plástico transparente de cuscús y pasta, tarros de yogur, plátanos y chocolate.

La pantalla de su móvil estaba llena de mensajes perdidos. Sus colegas… Ash, Arif. Trask. Y su hermana, Natty.

No paro de pensar en ti.
Puedo ir a ayudarte. Henry puede quedarse con los niños. Avísame.
Te quiero.

Era extraño, porque aunque Talulah se había marchado, Julia, la agente, todavía estaba allí. En este inframundo de desenlaces pendientes, ahora formaba parte de la familia. Las enfermeras eran atentas, pero se notaba que también sentían curiosidad por el extraño grupo de compañía. Era probable que lo ocurrido hubiera salido en los periódicos. Lizzie sintió náuseas al pensarlo. Habrían conseguido fotos. Siempre lo hacían. Más tarde, pasara lo que pasara, la gente que no sabía nada del asunto escribiría relatos convincentes de lo que había salido mal. Solo los que estuvieron cerca de los hechos no tendrían respuestas. El mundo entero, le parecía a Lizzie, tenía que ser diferente. Las personas también, diferentes.

¿Podía haber sido realmente Ryan quien hubiera iniciado todo esto? La primera vez que lo vio, de pie en lo alto de las escaleras en su apartamento, parecía tener menos de quince años, y también estaba más delgado. Su ropa, un uniforme de calle compuesto de pantalones de deporte y sudadera con capucha, le quedaba demasiado grande y a Lizzie se le había encogido el corazón. Y luego, en el interrogatorio, cuando todos tuvieron que presentarse, él había bromeado. “Ryan Kennedy”’, dijo. “Soy el criminal”. Todos se rieron y su madre, Loretta, la miró como diciendo: “¿A ti te lo parece?”. Pero resultó que el chiste fue que era un criminal, un verdadero delincuente.

Logró escabullirse de debajo de Connor. Estaba acalorado, con la cara todavía hinchada, pero deshinchándose como un melocotón que madura en un cuenco. Todas las noticias eran buenas. Los escáneres habían salido bien. Antibióticos intravenosos. Al parecer, celulitis periorbitaria. Los médicos habían estado preocupados por la visión de su ojo derecho, pero ahora decían que iba a ponerse bien. Gracias al Servicio Nacional de Salud. Lizzie besó la mejilla caliente. Luego rebuscó en la bolsa de plástico que le había dado su madre, sacó los elefantes para cuando Connor se despertara y los colocó en fila sobre la mesa junto a la cama, al lado de la jarra de plástico con agua.

Se acercó a la ventana. Una vista de Londres. Una hilera de luces de coches que avanzaban en

fila en dirección al norte. Un vecindario victoriano que se alzaba como un cuadro junto a un parque y la puesta de sol atravesada por estelas de color púrpura oscuro.

No había noticias de Kieran. Eso era bueno, ¿no? Que no hubiera noticias era una buena noticia. Miró a Julia y le sonrió para que se acercara.

Era una mujer joven y hermosa, pensó Lizzie. Cabello corto. Salud y juventud y un rostro que parecía despreocupado. Seguro que corría, como ella. Y estaba viviendo su sueño, como a todos les gustaba decir, como si estuvieran hablando con ironía cuando, en realidad, si eran sinceros, era lo que sentían por su trabajo. Los agentes autorizados a portar armas vivían el sueño de su vida: estaban súper en forma, eran guays y atrapaban a los malos. Lizzie podría haber sido una de ellos, si… Si.

—¿No ha terminado tu turno? —preguntó.

Julia negó con la cabeza.

—Estoy bien.

—¿No tienen que relevarte?

—He pedido quedarme.

—Vale, gracias. —Una pausa—. ¿Alguna noticia?

—Está en el quirófano.

Lizzie apretó los labios.

—¿Hay alguna posibilidad de que vaya para allá? Mi madre puede quedarse con Connor.

—Averiguaré qué está pasando.

Lizzie se quedó pensando. ¿Sería porque la esposa de Kieran estaba allí? ¿O había alguna otra razón? Intentaba ser optimista, demostrar que se podía confiar en ella para estar junto a la cama de Kieran.

—Genial. Me quedaré con Connor hasta que sepas algo.

Connor se estaba moviendo. Lizzie se volvió hacia él. Esos preciosos momentos cuando él no sabía que lo estaban observando. Había visto los elefantes, vaciló, cogió uno y se volvió.

—¡Mami!

Lizzie se acercó y se sentó a su lado en la cama.

—¿Te sientes mejor? —Connor sonrió, cogió los elefantes y empezó a hacerlos caminar por la colcha. Y en ese instante, Lizzie se volvió y vio a Steve Bradshaw al final de la sala, y lo supo.

CAPÍTULO 64

SARAH SALIÓ DEL ÁREA DE detención para presentar el escrito de acusación contra Shakiel Oliver. Había muchos cargos. Tráfico y suministro de armas de fuego. Numerosos delitos relacionados con drogas. Conspiraciones. Amenazas. El más grave era el cargo de homicidio de Lexi. Cadena perpetua con plazo de cumplimiento mínimo. Su reinado estaba acabado.

King también: el dominio del joven aspirante había quedado trunco antes de haber empezado siquiera, tal vez hasta antes de haber matado.

Ojalá pudiera sentir algún placer. Ojalá recibieran buenas noticias.

Estaba tecleando el código de la puerta cuando oyó el ruido. Tardó un momento en identificarlo: el llanto de una mujer. Y luego más ruido. Gritos. Se volvió hacia el área de detención y se encaminó hacia el ruido. Otros agentes corrían delante de ella hacia la celda. De pie detrás de los cuerpos amontonados de los oficiales, vio a Ryan que pateaba y se retorcía en el suelo de la celda.

—¡No, no!

Su madre, en el rincón.

—Todo va a salir bien, Ryan. Te quiero, hijo.

Un agente uniformado, pequeño, aseado y novato por su aspecto, se encontraba de pie en el pasillo, con un libro azul de pruebas en la mano.

—¿Qué está pasando? —preguntó Sarah.

—Está arrestado por homicidio. Directivas del sargento de detención. Ahora está arrepentido, ¿no?

Ryan estaba boca abajo en el suelo de la celda, le estaban atando las piernas y esposando las muñecas. Tenía sangre en el brazo. De alguna manera, se había cortado.

El sargento de detención que había visto antes estaba detrás de ella y le dijo que se quitara de en medio.

—Lo último que nos falta es que este asesino de mierda se nos muera.

Tenían que llevar a Ryan al hospital y no necesitaban que una detective gilipollas se interpusiera. La enfermera estaba esperando. Y Sarah pensó lo que todo el mundo piensa. No puede ser cierto.

DESPUÉS
VIERNES, 4 DE NOVIEMBRE

La espera había sido demasiado larga y la obediencia en la iglesia estaba flaqueando. El chico regordete con la chaqueta conducía coches de metal por el suelo de piedra con los típicos ruidos: bruum brum. La niña con un vestido de tafetán albaricoque que la hacía parecer más una dama de honor que una asistente a un funeral estaba de pie en uno de los bancos. Dio la espalda al altar y saludó a los concurrentes. El gesto fue respondido por una carcajada y la niña sonrió. Era evidente que disfrutaba del público y se disponía a repetir el gesto, o tal vez a pasar a otra cosa —¿una canción o un baile?—, pero su madre, sonrojada y con una sonrisa de disculpa, la cogió y tiró de ella para sentarla a su lado. Sarah observó sus espaldas, el brazo de la madre que rodeaba con fuerza a la hija, y vio cómo el caramelo pasaba de mano a otra. ¿Cómo sería ser esa madre?, se preguntó. Tanto esfuerzo. Tanta paciencia. Toda esa paja que ella recolectaba y trasladaba en su pico para construir el mejor nido posible. Todos esos gusanos inquietos que acarreaba en su vuelo para depositar en el coro insaciable de bocas hambrientas. Tanta vulnerabilidad ante la vida de otro.

Pensó en Caroline, que siempre había dicho que quería tener hijos. Cuando Sarah regresó a su casa después de aquel larguísimo día de octubre, había flores en un jarrón de cristal sobre la mesa de la cocina. Gipsófilas, rosas, hortensias rojizas y verdes, y hojas de castaño otoñales, rojas como el fuego. Y una tarjeta apoyada contra el jarrón.

Nada de reproches, solo una explicación. Las cosas no estaban funcionando. En el fondo, Sarah también lo sabía. Caroline lo lamentaba. Esperaba que pudieran ser amigas.

Sarah, demasiado cansada para encender el fuego, se había sentado en su silla junto a la chimenea fría, aplacada por la honestidad de las palabras de Caroline e inmóvil por los gritos del chaval que resonaban en su cabeza.

“¡No! ¡No!”.

Incluso ahora, aunque lo odiaba por lo que había hecho, no podía evitar la lástima desgarradora que le provocaba.

“Dios bendiga al niño que no necesite de nadie”.

Un susurro recorrió la iglesia. Sarah levantó la vista.

Lizzie había entrado. Estaba pálida, y aunque vestía un atuendo respetable, estaba desarreglada, como si hubiera dormido con la chaqueta puesta. Junto a ella iba Connor, que se aferraba a un elefante y, a su lado, había otra mujer, esbelta y elegante. Sarah la reconoció de un vistazo a través de una ventana años atrás: Rachel, la esposa de Kieran. Las dos mujeres avanzaron juntas por el pasillo. ¿Era una muestra de solidaridad o una mera coincidencia que caminaran juntas? Un grupo compacto las seguía detrás. Una niña —la hija de Kieran, supuso Sarah— y dos mujeres mayores. Otra mujer de la edad de Lizzie. Su hermana, tal vez. Otros dos niños. Dios sabe de quién eran. Un hombre de traje. Era eso: una familia que hacía todo lo que podía en un día difícil.

Se acomodaron en los bancos de adelante. Connor empezó a retorcerse y dejó caer su elefante, y la cabeza de Rachel desapareció de la vista cuando se inclinó para recogerlo. Connor estiró su mano y lo cogió de la mano de ella. Sarah carraspeó.

Y, entonces, la expectativa que había parecido interminable se aquietó. Las puertas de la iglesia se abrieron y todos se volvieron hacia el momento de un funeral. Después de todo, la muerte era real. Nadie había estado fingiendo.

No había uniformes, pero Sarah supuso que los portadores del féretro eran todos policías, con

los brazos entrelazados alrededor de los hombros, como en hermandad. Steve Bradshaw era uno de ellos.

La señora Shaw, guapa como su hijo, pronunció el panegírico, pero Sarah, que solía ser la más racional de las personas, descubrió que no podía oír las palabras. Solo captó fragmentos. Dos niños sin su padre… murió como un héroe… haciendo lo que amaba…

Odiaba todo eso.

Aunque casi no lo conocía, estos clichés no hacían justicia al hombre que había estado en el ascensor con ella en Scotland Yard y la había engañado para que traicionara a quien le había dado el nombre de Jarral. Había sido un cabrón, y también astuto, y en parte había sido un maldito buen policía porque había sido un cabrón astuto. Al final, había muerto como un héroe, pero Sarah no pudo evitar pensar en Hamlet, que había dudado de la oportunidad de matar al rey cuando lo encontró rezando por temor a mandarlo al cielo. La bondad y la maldad corren por nosotros como las vetas en el mármol. Y tampoco podía evitar sentir que su propia honradez era lo que había matado a Kieran. Al fin y al cabo, había sido ella quien había empujado a Ryan al límite cuando se había negado a protegerlos a él y a su familia con una mentira. No le encontraba sentido. Lloró al oír las últimas palabras de su la madre de Kieran.

—Había una vez un niño que no le hacía caso a nadie, que jugaba fuera hasta tarde y cuya madre se quedaba en el umbral de la puerta y gritaba su nombre al anochecer. Ha llegado la hora de entrar.

Los oficiales retrocedieron para cargar el ataúd. Lizzie, Connor, Rachel y Samantha se colocaron detrás.

Todo el mundo se puso de pie y Sarah, que se incorporó un poco tarde, oyó el resuello entrecortado del pequeño órgano, como un perro de tres patas que intenta coger velocidad, y las voces de la congregación se alzaron con intensidad para acompañar el momento.

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...

... estamos seguros de que disfrutarás leer *Delitos de familia* de Tove Alsterdal. Un thriller con la oscuridad característica de los países nórdicos, totalmente adictivo.

Así como en *La calle del delito*, este libro también contiene un crimen que la detective Eira Sjödin intentará resolver, solo que en este caso el homicidio actual tiene como sospechoso al culpable de una desaparición que tuvo lugar hace veinte años.

Cuando Olof Hagström era tan solo un niño, fue acusado y condenado por la desaparición de una chica del pueblo. Ahora, vuelve a la casa de su infancia y encuentra el cadáver de su padre en la ducha. El pueblo entero lo acusa, por lo que Eira pondrá todo su esfuerzo en ordenar las piezas de este rompecabezas.

Manos a la obra lector/detective, tienes *Delitos de familia* para resolver.

El equipo editorial



Escanear el código QR
para ver el más información de *Delitos de familia*



Foto de la autora: Tim Flach

Kate London se incorporó al departamento de policía municipal de Londres en 2006 y terminó su carrera trabajando como parte de la Unidad de Investigación Criminal del departamento de Homicidios. *La calle del delito* es la tercera novela de la serie "La Torre", protagonizada por la detective Sarah Collins. La primera entrega, *Post Mortem* y la segunda, *Llamada de emergencia*, fueron publicadas en este mismo sello editorial.

Nos gusta la adrenalina y la tensión que vivimos al leer un thriller. Ese hilito de sangre, ese tictac que hará detonar lo imposible, no saber quién es el culpable y también intentar deducir el final.

Nos intriga saber que la muerte pudo ser solo una coartada, la vuelta de tuerca, el reto que nos ponen al contarnos cada historia.

En el cine, la ansiedad nos lleva al borde de la butaca, y con los libros nos hundimos en el sofá, sudamos en la cama, devoramos cada párrafo a la velocidad de nuestras emociones.

Sentir que falta el aliento cuando la trama nos recuerda que la vida es un suspiro le da sentido a varios de nuestros días.

Nuestro compromiso es poner ante tus ojos solo autores que te provoquen todo eso que los buenos thrillers y novelas negras tienen.

Queremos que te sumes a esta comunidad a la que guía una gran sed de buen entretenimiento. Porque lo tendrás en cada uno de nuestros libros.

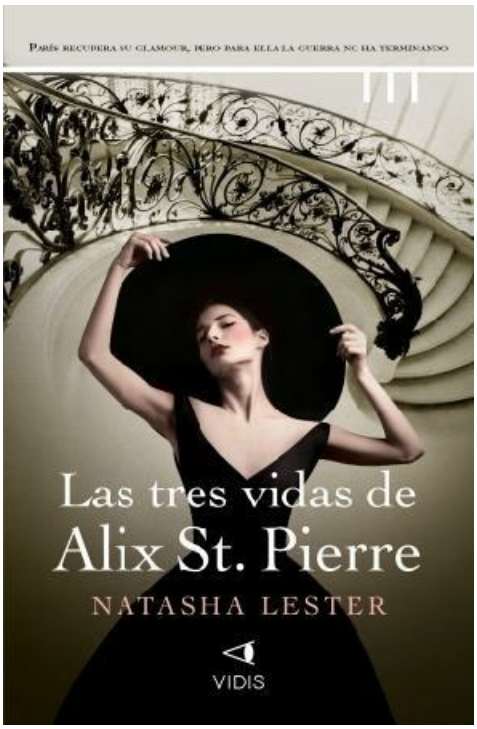
¡Te damos la bienvenida!

Únete al grupo escaneando el código QR:



 MotusThriller

www.motus-thriller.com


París recuperará su glamour, pero para ella la guerra no ha terminado
II
Las tres vidas de
Alix St. Pierre
NATASHA LESTER
VIDIS

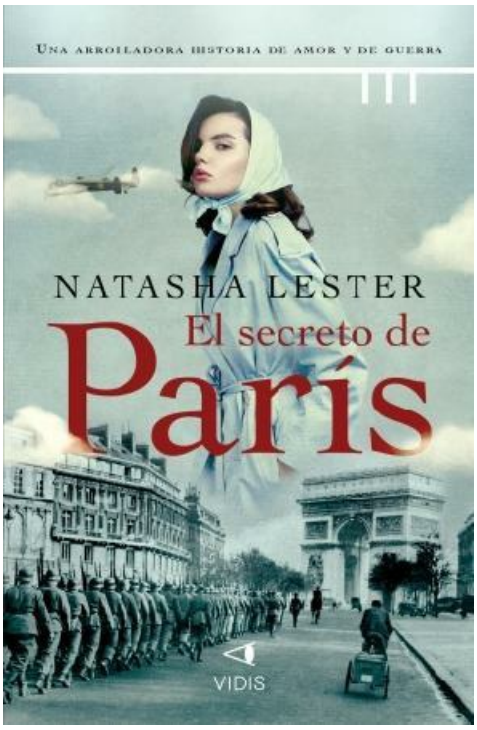
Las tres vidas de Alix St. Pierre

Lester, Natasha
9788419767233
480

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

1937. Alix St. Pierre tiene dieciocho años y nada en los bolsillos. El sueño de conquistar París acaba de comenzar.
1943. Alix ahora es refinada, independiente y audaz. Experta en relaciones públicas en Nueva York, ha lanzado varias campañas publicitarias en la alta sociedad de la moda. Mientras tanto, una nueva organización de inteligencia del Gobierno de EE. UU. necesita espías para terminar con Hitler. Alix cumple con todos los requisitos y es enviada en una misión secreta a Suiza.
1946. Ha terminado la guerra. Alix vuelve a París con su vida en una maleta. Logra, por su experiencia, convertirse en la responsable de prensa para el propio Christian Dior, justo antes del lanzamiento del *New Look.*
Sin embargo, un criminal de guerra reaparece en su vida y amenaza con destruir el brillante futuro que le espera. Ahora, Alix tiene la oportunidad de corregir sus errores del pasado y llevar ante la justicia a su peor enemigo.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Una arrolladora historia de amor y de guerra
NATASHA LESTER
El secreto de
París
VIDIS

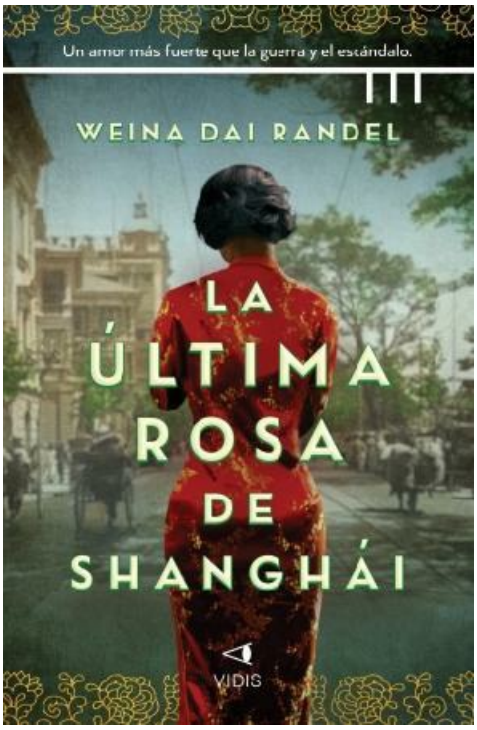
El secreto de París

Lester, Natasha
9788418711831
512

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Inglaterra, 1939: las hermanas Penrose no podrían ser más diferentes. Skye es una piloto atrevida y descarada y Liberty la desafía en todo momento. Incluso si a las mujeres no se les permite unirse en la Royal Air Force, Skye está decidida a luchar en esta guerra. Al volver de una misión, se reencuentra con su mejor amigo de la infancia, Nicholas, a quien no ha visto durante años. Ahora él está comprometido con una enigmática francesa llamada Margaux Jourdan.
París, 1947: el diseñador Christian Dior presenta su elegante primera colección, el *New Look*, a un mundo cansado de la guerra y el dolor. Es Margaux la modelo principal que da inicio al desfile…
En la actualidad: la historiadora de moda Kat Jourdan descubre una valiosa colección de vestidos Dior en la casa de su abuela. A medida que se adentra en el misterio de su origen, Kat comienza a dudar de todo lo que creía saber sobre su amada abuela.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Un amor más fuerte que la guerra y el escándalo.
WEINA DAI RANDEL
LA ÚLTIMA ROSA DE SHANGHÁI
VIDIS

La última rosa de Shanghái

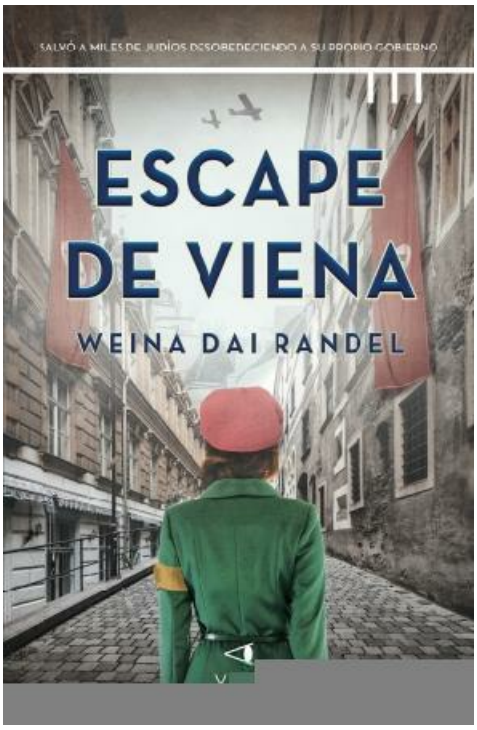
Randel, Wina Dai
9788419767158
480

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Es una épica historia de amor que se desarrolla durante un episodio casi desconocido de la Segunda Guerra Mundial.

1940. Aiyi Shao es una joven heredera, propietaria de un club nocturno en Shanghái, internacional y lleno de glamour. Ernest Reismann es un refugiado judío expulsado de Alemania. Ha perdido casi toda esperanza hasta que se cruza con Aiyi, quien lo contrata para tocar el piano en su club, en un escandaloso desafío a las costumbres. Ernest logra un éxito inmediato que hace revivir el club de Aiyi. Rápidamente ambos se dan cuenta de que comparten mucho más que la pasión por el jazz, pero sus diferencias son insuperables: Aiyi está comprometida y Ernest no le puede prometer ningún futuro.A medida que la guerra se hace más cruel, las vidas de Aiyi y Ernest se ven desgarradas por tener que elegir entre el amor y la supervivencia, y ya no queda más que sucumbir a la desesperación. Mientras todo parece ir en contra de ellos, se pone en marcha una cadena de sucesos, que cambiará la vida de los dos para siempre.Desde los brillantes clubes de jazz, pasando por las calles empobrecidas de una ciudad sitiada, y hasta el gueto judío, *La útima rosa de Shanghái* es una historia inolvidable de amor y redención.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


SALVÓ A MILES DE JUDÍOS DESOBEDECIENDO A SU PROPIO GOBIERNO
ESCAPE
DE VIENA
WEINA DAI RANDEL

Escape de Viena

Rai Randel, Weina
9788419767318
432

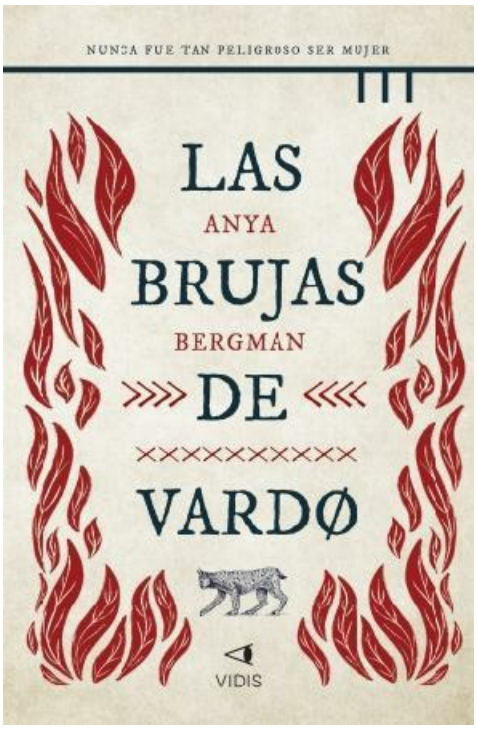
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

1938. El Dr. Ho Fengshan, cónsul general de China, es destinado a Viena junto a su esposa estadounidense, Grace. Tímida e incómoda con las obligaciones sociales, Grace se siente como una forastera en una ciudad que comienza a sucumbir al control nazi. Contra las instrucciones de su esposo de mantener relaciones amistosas con el Tercer Reich y evitar cualquier asociación con judíos, Grace encuentra en su profesora de alemán, Lola Schnitzler, su primera amiga verdadera.

Desafiando las órdenes del Dr. Ho, Grace sigue viendo a Lola en secreto. La situación se vuelve crítica cuando la familia de Lola sufre una brutal golpiza. En un acto de valentía, el Dr. Ho decide firmarles visas para Shanghái. A medida que la violencia contra los judíos se intensifica, el Dr. Ho se enfrenta a la difícil tarea de emitir miles de visas más para ayudar a los judíos a escapar de Viena antes de que sean deportados a los campos de concentración, de donde difícilmente saldrán con vida.

Basada en una historia real extraordinaria, *Escape de Viena* narra los riesgos asumidos por almas valientes, y el amor y la amistad que construyeron y perdieron en su lucha contra un mal incalculable.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


NUNCA FUE TAN PELIGROSO SER MUJER
LAS
ANYA
BRUJAS
BERGMAN
DE
VARDØ
VIDIS

Las brujas de Vardo

Bergman, Anya
9788419767110
504

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Basada en una investigación real sobre la quema de brujas en la Noruega del 1600.

Noruega, 1662. Una época peligrosa para ser mujer, cuando incluso bailar puede dar lugar a acusaciones de brujería. Zigri, una viuda del pueblo, tiene una aventura con un comerciante, es descubierta y enviada a la fortaleza de Vardø para ser juzgada como bruja.
La hija de Zigri, Ingeborg, se adentra en territorios helados y yermos para intentar rescatar a su madre. Maren, hija de una bruja, la acompaña en su travesía. Su naturaleza salvaje y su espíritu invencible le dan a Ingeborg el coraje para arriesgarlo todo.
En la fortaleza también hay otra mujer cautiva. Es Anna Rhodius, quien fue amante del rey de Dinamarca, pero fue enviada a la isla de Vardø después de perder su favor. ¿Qué hará y a quién traicionará para volver a su vida privilegiada en la corte?
Estas *brujas de Vardø* son más fuertes incluso que el rey. En una época en la que todo está en su contra, se niegan a ser víctimas. Se hará justicia, solo necesitan demostrar su poder.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)